EL CASO DE LOS milagros

Un periodista investiga la evidencia de lo sobrenatural

LEE STROBEL

AUTOR ***BEST SELLER*** DEL ***NEW YORK TIMES***

«Desafío confiadamente a todo el que lea *El caso de los milagros* y no vea que los milagros existen. Este libro constituye lo que cualquier persona con una mentalidad justa se siente obligada a llamar "prueba", y se lo recomiendo a todo el que se esté preguntando si de veras puede saber si Dios es real y aún obra en medio de nosotros hoy».

ERIC METAXAS, autor *best seller* del *New York Times* de *Siete mujeres: Y el secreto de su grandeza y Siete*
hombres: y el secreto de su grandeza

«Si *El caso de Cristo* renovó y fortaleció tu fe, caerás de rodillas en adoración cuando leas *El caso de los milagros*. Una vez más, Lee Strobel expone una argumentación clara y perfectamente razonada, esta vez para demostrarnos que Dios vive y sigue obrando de maneras milagrosas ahora mismo, en nuestro mundo».

SHEILA WALSH, cantante, conferencista,
anfitriona de televisión y autora *best seller*

«Aquí tenemos una obra maestra sobre el tema de los milagros; un libro poderoso y persuasivo que refuta a los escépticos y desarrolla todo un caso sobre el hecho de que Dios sigue haciendo milagros hoy en día».

JOSH D. MCDOWELL, autor y conferencista

«Una vez más, Lee Strobel usa su brillante mente, su serena lógica, su clara prosa y su convincente poder narrativo para desenredar un complejo tema. Esta vez se centra en el fascinante tema de los milagros. Tanto los escépticos como los creyentes —de hecho, todos aquellos que sean inte-lectualmente sinceros— se beneficiarán con esta imparcial investigación sobre la posibilidad de los milagros, su significado y las consecuencias que tienen para nuestra vida».

DR. RICK WARREN, autor de *Una vida con propósito* «*El caso de los milagros* es una entretenida y rápida defensa de la actuación milagrosa de Dios en el mundo. La forma en que Lee Strobel trata este tema es elogiable por su equilibrio, puesto que incluye no solo las evidencias positivas a favor de los milagros, sino también el caso de un escéptico en su contra; no solo examina historias de sanidades contemporáneas, sino también las milagrosas obras de la creación y los sucesos históricos conectados con la vida de Jesús; tampoco se mantiene al margen de casos en los cuales no se ha producido un milagro urgentemente necesitado y buscado por largo tiempo. Una manera conmovedora

y convincente de tratar este tema».

WILLIAM LANE CRAIG, profesor de Filosofía en la Escuela Talbot de Teología y profesor de Filosofía

en la Universidad Bautista de Houston

«Precisamente cuando pensábamos que Lee Strobel había cubierto todas las bases en sus libros sobre distintos *Casos*, escribe este. ¡No lo pude dejar hasta terminarlo! *El caso de los milagros* es magnífico en la presentación de los hechos y por encima de los mejores en cuanto a su cautivador estilo. Dudo mucho que vayamos a leer un libro más alentador en largo tiempo. Dios está muy ocupado con los milagros en nuestros días, y Strobel lo demuestra más allá de toda duda razonable».

DR. CRAIG J. HAZEN, fundador y director del Programa de MA en Apologética Cristiana en la Universidad

Biola, y autor de *Five Sacred Crossings*

«El caso de los milagros es una maravillosa adición a la serie de *Casos* escrita por Lee Strobel. Con su talento e integridad periodísticos, Strobel localiza las mejores fuentes, historias y evidencias a favor de lo milagroso. Así presenta un poderoso caso a favor de su realidad y, sin embargo, no evade el enfrentamiento con las cuestiones difíciles, como las oraciones que no han sido contestadas. Este libro estimula la mente y conmueve el corazón. Es lectura obligada, tanto para los creyentes como para los no creyentes».

DR. SEAN MCDOWELL, profesor, conferencista y autor o coautor de más de quince libros, entre ellos *Evidencia que exige un veredicto* «Lee Strobel se anota otro tanto al darnos la bienvenida para que lo acompañemos en su sincera investigación. Este es el libro por el que debe comenzar a leer todo aquel que se esté preguntando acerca de la posibilidad de que se produzcan milagros.

DR. CRAIG S. KEENER, F. M. y profesor Ada Thompson de Estudios Bíblicos en el Seminario Teológico Asbury y autor

de *Miracles: The Credibility of the New Testament Accounts «El caso de los milagros* es casi un milagro en sí mismo. Con esto quiero decir que es un caso asombrosamente poderoso a favor de la realidad de los milagros, en el cual se incluyen informes sobre investigaciones científicas con las cuales la mayoría de las personas no están familiarizadas. Todos los que estén interesados en el tema de lo sobrenatural deben leer este libro. Destruye las afirmaciones según las cuales la ciencia desmiente los milagros».

DR. ROGER E. OLSON, profesor Foy Valentine de Teología y Ética Cristianas en el Seminario Teológico

George W. Truett, Universidad Baylor

«Yo presencié en primera fila cómo Lee Strobel llegó a nuestra iglesia como ateo ardoroso y terminó convirtiéndose en pastor dentro de nuestro personal principal, y ahora en apologista cristiano de fama mundial. ¡Solamente Dios! ¡Este libro será un catalizador para tu fe!».

BILL HYBELS, fundador de la Iglesia de Willow Creek y del Global Leadership Summit

«¡Me encanta este libro! Lee Strobel nos lleva a un viaje entre las páginas de su libro, llevándonos desde la euforia de los milagros documentados de los tiempos modernos hasta la angustia que se siente cuando Dios calla. Lee se enfrenta a todas las preguntas difíciles, y hasta le permite al editor de la revista *Skeptic* que presente su mejor caso *contra* los milagros. De esa manera, tanto si eres un verdadero creyente, como si eres un experimentado escéptico abierto a las evidencias, este brillante libro le iluminará y le estimulará».

DR. FRANK TUREK, coautor de

I Don't Have Enough Faith to Be an Atheist

«El último libro publicado por Lee Strobel está repleto de asombrosos ejemplos de sanidades físicas verificadas médicamente y de intervenciones sobrenaturales y transformadoras de Dios en la vida de personas comunes y corrientes. Las evidencias son sencillamente asombrosas. Como de costumbre, Strobel les da a los escépticos mucho que pensar, y a los cristianos mucho en qué confiar, con un fascinante capítulo para aquellos que siguen sin recibir sus milagros. Ciertamente, *El caso de los milagros* va a cambiar su manera de orar. Hasta podría cambiar su vida entera».

GREGORY KOUKL, presidente de Stand to Reason y autor de *The Story of Reality* y *Tactics* «Lee Strobel adopta un enfoque poco convencional en *El caso de los milagros* al enfrentarse directamente a los argumentos de los escépticos y demolerlos de manera sistemática. Pero no termina allí; también presenta un poderoso caso a favor de la incidencia real de los milagros y de otras intervenciones divinas en nuestra vida. No evade ninguna de las preguntas incómodas, sino que presenta unas explicaciones consoladoras y satisfactorias sobre las razones por las cuales Dios no resuelve de manera sobrenatural todos los problemas a los que nos enfrentamos, ni borra todos los sufrimientos

humanos que existen de este lado de la eternidad. Este no es simplemente un libro para que unos creyentes hambrientos se sientan bien; es un detenido trato del tema que lo cubre por entero, desde lo subjetivo, lo empírico y lo anecdótico hasta lo objetivo, lo racional y lo teológico. Este es un libro de primera clase, y otra excelente contribución a su obra, ya de un valor incalculable».

DAVID LIMBAUGH, autor *best seller* del *New York Times* de *Jesus on Trial*

«Con su talento acostumbrado y su estilo de agradable lectura, Lee Strobel analiza extensamente la cuestión de los milagros por medio de una serie de interesantes entrevistas, dejando ver con claridad que ciertamente sería un verdadero milagro que se pudieran explicar incalculable cantidad de testimonios de milagros sucedidos a lo largo de todas las épocas por medio de una teoría en la cual no esté Dios involucrado. ¡Altamente recomendado!».

DR. BEN WITHERINGTON III, profesor Amos de Nuevo Testamento para Estudios Doctrinales en el Seminario Teológico Asbury

«Lee Strobel lo ha logrado de nuevo. En *El caso de los milagros*, va sacando su material de un sombrero mágico de teología y apologética en cuanto al tema, las evidencias y el estilo. En primer lugar, la pregunta general a la que se enfrenta en el libro exige valor, si no una audacia abierta. Se enfrenta a uno de los asuntos más espinosos perennemente incluidos en las discusiones entre fe e incredulidad: el tema de los milagros. En segundo lugar, mira de frente las evidencias a favor y en contra (!) de los milagros en el mundo de hoy, y los relatos son asombrosos. Finalmente, en cuanto a estilo, Lee presenta su caso por medio del desarrollo de materiales históricos, científicos y bíblicos de una forma que no solo es legible para una audiencia popular, sino que también se sostiene en un contenido teológico y filosófico sustancial. Una vez más, Lee Strobel ha hecho bien su tarea. ¡Recomiendo altamente este libro!».

ROBERT B. SLOAN, presidente de la Universidad Bautista de Houston

«*El caso de los milagros*, el nuevo libro de Lee Strobel, es un recurso que se ha estado necesitando en el campo de la apologética durante años. El rechazo del cristianismo por muchos adultos jóvenes se debe a la fuerte inclinación contra lo sobrenatural que tanto se ha impuesto en el aula y la cultura. Strobel es conocido por su meticulosa investigación, sus fascinantes entrevistas personales y sus convincentes conclusiones apologéticas, y *El caso de los milagros* cumple con todos estos puntos. Este libro ofrece nuevas investigaciones acerca de Dios y de la posibilidad de que él intervenga en el mundo. Tengo la seguridad de que esta obra de Strobel está ayudando de manera palpable a las personas para que vean

por encima de los prejuicios de tipo naturalista que han controlado al mundo académico durante demasiado tiempo».

ALEX MCFARLAND, director de Apologética y Cosmovisión Cristiana en la Universidad de North Greenville

«Es posible que este sea mi favorito entre los numerosos favoritos que ha escrito Lee Strobel. Sin lo milagroso, el cristianismo se desploma bajo el peso de sus propias afirmaciones. Una vez más, Lee aporta la curiosidad de un investigador, la habilidad de un editor legal, la mente de un científico y el corazón de un pastor para presentar su causa a favor de los milagros de una forma que conmine a los escépticos, fortalezca a los que dudan e inspire a las personas de fe».

GENE APPEL, pastor principal de la Iglesia Eastside Christian, Anaheim, California

«Lee Strobel centra su mente investigadora en la cuestión de los milagros en los tiempos modernos, entrevistando tanto a cristianos como a no cristianos, con el propósito de presentar un enfoque equilibrado. Me alegra poder recomendar *El caso de los milagros*, porque creo que nuestro Dios aún obra en el mundo, tanto para manifestarles su poder a los que no creen, como para fortalecer la fe de los seguidores de Jesús».

DR. ED STETZER, catedrático distinguido
Billy Graham en el Wheaton College

«Uno de los versículos más inquietantes de la Biblia dice que Jesús enseñó en su ciudad de origen, pero “no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos”. ¿Podría ser esto cierto también con respecto a *mi* vida? ¿A la *suya*? Una manera excelente de hacer que crezca su fe es leer *El caso de los milagros*. Este apasionante nuevo libro hará que aumente su esperanza sobre la actividad milagrosa de Dios […] incluso en su propia vida».

MARK MITTELBERG, autor *best seller* de *Confident Faith* y *The Questions Christians Hope No One Will Ask (with Answers)* «A lo largo de los años, he luchado con la forma de expresar con precisión la fe en los milagros. Parte de mi lucha procede del hecho de haber sido educada en general dentro del naturalismo ateo. Tengo la tendencia a desconfiar primero y después hacer preguntas. Después de leer *El caso de los milagros*, me doy cuenta de que me faltaba cohesión con respecto a mi manera de considerar los milagros. Mis intentos por comprenderlos eran desarticulados y secundarios. Lee Strobel investiga los milagros desde numerosos puntos de vista, entre ellos el escepticismo ateo, los

testimonios directos, las evidencias históricas, la posibilidad de una comprobación científica, las visiones y los sueños, la vergüenza de los evangélicos y las oraciones que no han sido respondidas. Es todo un torbellino de ángulos distintos, escritos a un nivel accesible, salpicados todo el tiempo por el irónico humor de Strobel. Si alguna vez se ha preguntado acerca de la obra milagrosa de Dios en su creación, este libro es para usted».

MARY JO SHARP, profesora de Apologética, autora y directora de Confident Christianity

Recursos de Lee Strobel

El caso de Cristo

El caso de Cristo audio
El caso de Cristo — edición estudiantil (con Jane Vogel) El caso de la Navidad
El caso del Creador
El caso de la fe
El caso de la fe audio
El caso de la fe — edición estudiantil (con Jane Vogel) El caso del Jesús verdadero
El caso de la resurrección
El caso de Cristo para niños
Explorando el código Da Vinci (con Garry Poole) El caso cerrado para niños libro digital (con Robert Elmer) Sobreviviendo un yugo desigual en el matrimonio (con Leslie Strobel) Experimente la pasión de Jesús (con Garry Poole) Santa Biblia de estudio: el caso de Cristo NVI Aventura inesperada (con Mark Mittelberg)

EL CASO DE LOS milagros

Un periodista investiga la evidencia de lo sobrenatural





La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en satisfacer las necesidades de las personas con recursos cuyo contenido glorifique al Señor Jesucristo y promueva principios bíblicos.

EL CASO DE LOS MILAGROS

Edición en español publicada por
Editorial Vida – 2018
Nashville, Tennessee

Originally published in English under the title:

The Case for Miracles

responsable del contenido de dichos sitios y números durante la vida de este libro.

Editora en Jefe: *Graciela Lelli* Traducción: *Andrés Carrodeguas* Adaptación del diseño al español: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Epub Edition March 2018 9780829752960

ISBN: 978-0-8297-5286-1

Categoría: RELIGIÓN *Vida cristiana* Crecimiento personal IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA 18 19 20 21 LSC 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Information about External Hyperlinks in this eBook

Please note that footnotes in this ebook may contain hyperlinks to external websites as part of bibliographic citations. These hyperlinks have not been activated by the publisher, who cannot verify the accuracy of these links beyond the date of publication.

A Emma Jean Mittelberg,
la chica milagro

Contenido

Mi guía debe ser mi razón y, ante la idea de los milagros, mi razón es rebelde. En lo particular, no creo que Cristo haya afirmado haber hecho milagros, ni que haya sostenido que tenía un poder milagroso. . . Lo sobrenatural no existe.

Thomas A. Edison[1]

Los sucesos que solemos llamar milagros no son sobrenaturales, sino que forman parte de una gama de sucesos naturales más o menos improbables. En otras palabras, un milagro, si es que ocurre, es un inmenso golpe de suerte.

Richard Dawkins[2]

Una ley científica no es tal cosa si solo se sostiene porque algún ser sobrenatural decide no intervenir Stephen Hawking[3]

En realidad, los milagros son un nuevo relato en letras minúsculas de la misma historia que está escrita a lo extenso de todo el universo con letras demasiado grandes para que algunos de nosotros las veamos.

C. S. Lewis[4]

Si [un incrédulo] se enfrenta a un milagro como realidad irrefutable, prefiere no creer a sus propios sentidos, antes que admitir esa realidad.

Fyodor Dostoyevsky[5]

Dios no es prisionero de las leyes de la naturaleza. . . Dios, que las estableció, puede introducir un nuevo hecho en el sistema desde el exterior. La ciencia no puede impedir que lo haga.

John Lennox[6]

Si es que existen los milagros, no es por sí mismos, sino para bien nuestro, para señalarnos algo subyacente. A alguien que está más allá.

Eric Metaxas[7]

«Ustedes nunca van a creer si no ven señales y prodigios».

Jesús, en Juan 4.48

Lo más increíble que tienen los milagros es que suceden.

G. K. Chesterton[8]

INTRODUCCIÓN

La investigación de lo milagroso

Todo el mundo albergaba grandes esperanzas con respecto a Benjamin después que quedó en tercer lugar en su clase, en una escuela secundaria donde predominaban los estudiantes afroestadounidenses. La puntuación más alta obtenida en la prueba de evaluación preuniversitaria —conocida como SAT— por un estudiante de las escuelas públicas de Detroit en veinte años la logró Benjamin.

Solo podía pagar la cuota de diez dólares para solicitar su admisión en una institución de educación superior, de manera que eligió la Universidad de Yale y le fue concedida una beca completa. Le pareció que era lo máximo. . . hasta el final de su primer semestre.

Ben estaba reprobando en química, requisito previo para realizar su sueño de convertirse en médico. Todo dependía del examen final, pero no estaba ni remotamente listo para esa prueba.

Aquella noche oró: «Señor, la medicina es la única cosa que he querido hacer en toda mi vida», dijo. «Por favor, ¿me querrías decir qué es lo que *tú* quieres realmente que haga?».

Aunque tenía la intención de estudiar toda la noche para el examen, el sueño lo venció. Todo parecía perdido, hasta que tuvo un sueño: estaba solo en un auditorio donde una figura difusa comenzaba a escribir problemas de química en la pizarra.

«Cuando fui a hacer el examen a la mañana siguiente, era como si estuviera viendo un programa de *The Twilight Zone* [“La zona desconocida”]», recuerda. «Reconocí el primer problema como uno de aquellos con los que había soñado. Lo mismo pasó con el siguiente, y el siguiente, y el siguiente. . . y aprobé el

examen y obtuve una buena nota en química. Y también le prometí al Señor que nunca más tendría que hacer eso por mí».

Ben siguió adelante hasta alcanzar su meta de convertirse en médico. A los treinta y tres años se convirtió en el director de neurocirugía pediátrica más joven de la nación, realizando operaciones de vanguardia en el Hospital Johns Hopkins. Separó a unos gemelos siameses unidos por el cerebro, realizó la primera operación de neurocirugía exitosa en un feto, desarrolló nuevos métodos para tratar los tumores del bulbo raquídeo y de la médula espinal, y recibió la Medalla Presidencial de la Libertad, el honor más elevado que se le concede en la nación a un ciudadano civil.

Una encuesta de 2014 clasificó a Benjamin Solomon Carson entre las diez personas más admiradas de Estados Unidos. Hasta intentó convertirse en presidente de Estados Unidos, alcanzando la posición de favorito en las primarias republicanas durante un tiempo. Todo gracias a un sueño que le ayudó a aprobar un curso de química hace casi cincuenta años.[1]

¿Qué le parece? ¿Se trató de una coincidencia? ¿Era acaso un relato fantástico exagerado para favorecer una carrera política? ¿O fue una intervención milagrosa de Dios?



En el África ecuatorial, lejos de las farmacias y los hospitales, una mujer falleció mientras daba a luz, dejando tras sí una afligida hija de dos años y una bebé prematura en peligro de sucumbir ante el frío de la noche. Sin incubadora ni electricidad, y con muy pocos suministros, la vida de la recién nacida corría peligro.

Una ayudante llenó una bolsa plástica con agua caliente para mantener el calor que la bebé necesitaba con toda urgencia, pero, de repente, la bolsa estalló, y era la última que había en la aldea.

Una misionera médica de Irlanda del Norte que estaba de visita, la doctora Helen Roseveare, les pidió a los huérfanos que oraran por aquella situación. . . pero una niña de diez años llena de fe llamada Ruth pareció ir demasiado lejos.

«Señor, por favor, envíanos una bolsa de agua caliente», suplicó. «Mañana ya no va a servir de nada, Dios mío, porque la bebé va a estar muerta, así que, por favor, envíala esta tarde». Como si aquella petición no fuera lo suficientemente audaz, añadió: «Y mientras lo haces, ¿podrías enviar por favor una muñequita, para que la pequeña sepa que es verdad que tú la amas?».

La doctora Roseveare recuerda: «Eso me hizo reaccionar. Sinceramente, ¿podía responder con un “Amén”? En realidad, yo no creía que Dios pudiera hacer aquello. Sí, sabía que lo puede hacer todo. La Biblia lo dice, pero hay límites, ¿no es cierto?».

La única esperanza de conseguir una bolsa de agua era que le enviaran un paquete desde su país, pero ella nunca había recibido ninguno en los casi cuatro años que había vivido allí. «De todas formas», cavilaba ella, «si a alguien se le ocurría mandar un paquete, ¿quién va a querer poner dentro una bolsa de agua caliente? ¡Estoy en el ecuador!».

Un par de horas más tarde, llegó un auto y dejó un paquete de diez kilos. Los huérfanos ayudaron a abrirlo y a clasificar el contenido: algo de ropa para ellos, vendas para los pacientes de lepra y algo de comida.

Ah y esto: «Cuando volví a meter la mano, sentí la. . . ¿Sería cierto? Sujeté aquello y lo saqué. Sí. ¡Una bolsa de agua caliente!», dijo la doctora Roseveare. «Lloré. No le había pedido a Dios que la enviara; en realidad, no creía que pudiera hacerlo».

Ante aquello, la pequeña Ruth dio un paso al frente. «¡Si Dios envió la bolsa, también debe haber enviado la muñequita!», exclamó.

Metió las manos entre todas las cosas que había en el paquete y la encontró en el fondo: una muñeca con un vestido hermoso. Entonces Ruth preguntó: «¿Puedo ir contigo, Mummy, para darle esta muñequita a la pequeña, y que ella sepa que Jesús la ama de verdad?».

Aquel paquete había sido preparado *cinco meses antes* por la antigua maestra de escuela dominical de la doctora Roseveare. Aquella líder, sintiéndose guiada por Dios, había puesto allí la bolsa de agua caliente y una niña contribuyó regalando la muñeca.

Y aquel paquete, el único que llegó en todo ese tiempo, fue entregado el mismo día en que Ruth oró para pedirlo con su fe de niña.[2]

¿Un simple giro del destino? ¿Un simple cuento embellecido? ¿O tal vez un milagro?



El mayor gozo que tenía Duane Miller consistía en predicar en su iglesita y entonar los cánticos de adoración. Dirigir una congregación bautista de Brenham, Texas, no era solo su sustento; era su pasión, su llamado y su fuente de gozo y satisfacción.

Un domingo por la mañana, cuando despertó resfriado, sintió la garganta como si fuera papel de lija y su voz no podía «atrapar» las palabras. Le dolía pronunciar cada sílaba. El resfrío desapareció pronto, pero siguió con la tráquea ardiendo y su voz se había reducido a un ronco susurro. Sentía una opresión en la garganta, como si alguien lo estuviera tratando de estrangular.

La voz de Miller, prácticamente, había desaparecido. Como ya no podía predicar, renunció a su posición de pastor. Terminó consiguiendo un trabajo gubernamental investigando documentos, posición que perdió después porque su incapacidad para hablar le impedía testificar ante los tribunales acerca de sus hallazgos. El seguro le dejó de pagar los tratamientos, por lo que se enfrentó a la necesidad de pagar miles de dólares en cuentas médicas.

«Por vez primera en mi vida, me sentí totalmente inútil. Mis ingresos, mi futuro, mi salud, mi sensación de bienestar, todo estaba repentinamente fuera de mi control. Fue una experiencia aterradora y humillante», afirma.

A lo largo de tres años, lo examinaron sesenta y tres médicos. Su caso fue sometido incluso a escrutinio en un simposio suizo donde se hallaban los mejores especialistas en garganta del mundo entero. El diagnóstico fue que el virus de la gripe había destruido los nervios de sus cuerdas vocales, dejándolas flojas. Cuando Miller preguntó acerca de las probabilidades de una recuperación, un médico le respondió: «Cero».

A pesar de las protestas de Miller, su antigua clase de escuela dominical en la Primera Iglesia Bautista de Houston lo convenció para que hablara. Así que se usó un micrófono especial para ampliar su baja y ronca voz afónica; además, los miembros de la clase aceptaron soportar aquel irritante sonido a causa de su amor a él y a sus enseñanzas.

Era irónico que el texto que usó fuera el salmo 103, cuyo tercer versículo dice que Dios «sana todas tus dolencias». Miller diría más tarde: «Con la lengua estaba diciendo: “Aún sigo creyendo que Dios sana”; sin embargo, en mi corazón estaba gritando: “*¿Pero por qué no* a mí, *Señor?*”».

Pasó al versículo siguiente, el cual dice que el Señor «rescata tu vida del sepulcro». Entonces les dijo a los estudiantes: «Tanto yo como ustedes hemos tenido experiencias *sepulcrales*».

Tan pronto como dijo la palabra *sepulcrales*, la sensación de asfixia desapareció. «Entonces, por vez primera en tres años, pude respirar libremente», recuerda. «Oí que un grito ahogado salía de la gente allí reunida y fue entonces cuando yo también me di cuenta de que había recuperado mi voz. ¡Me pude oír a mí mismo!».

Sus oyentes, atónitos, comenzaron a aplaudir, a aclamar, a gritar y a reír; su esposa, Joylene, se deshizo en lágrimas. «No comprendo lo que está pasando», dijo Miller con voz entrecortada; una voz nueva y fresca.

El dramático momento de la recuperación de Miller había sido captado en una cinta de audio que se volvió viral. Los exámenes médicos posteriores indicaban que el aspecto que presentaba su garganta no mostraba haber tenido ninguna clase de problemas; de hecho, contra todas las posibilidades, hasta el tejido cicatrizado había desaparecido.

Un médico dijo: «Aunque pudiera explicar que recuperaste la voz por casualidad, cosa que no puedo hacer, nunca podría explicar lo que le sucedió al tejido cicatrizado».

Miller, en la actualidad, es pastor de la congregación Pinnacle Church, que sirve a la zona de Cedar Creek Lake, en Texas. Es irónico que también sea el presentador de un programa diario en una estación radial de Dallas; sí, usa su voz para hablarles a los demás del Dios sobre el cual él mismo está convencido que aún realiza milagros.

«Vean: Dios no se limitó a restaurarme la vida», dice. «La *amplificó*».[3]

En su portal de la web se puede escuchar la grabación del momento cuando recuperó la voz.[4] Por eso le preguntamos: «¿Se trata de un acto sobrenatural de Dios, o es mejor explicarlo como una especie de remisión espontánea que se produjo solo por casualidad mientras él estaba citando algo que dice la Biblia acerca de la sanidad?».

✲ ✲ ✲

Jennifer Groesbeck, madre soltera de veinticinco años que estaba estudiando para convertirse en asistente de médico, se dirigía a su casa conduciendo su auto por una oscura autopista de Utah en el año 2015 cuando el auto golpeó de repente una barrera de hormigón y se salió a toda velocidad de la carretera.

El sedán rojo marca Dodge aterrizó después de darse vuelta, parcialmente sumergido en las heladas aguas de un río que no se veía desde la autopista.

Catorce horas más tarde, un pescador vio los restos del auto y llamó a la policía. Cuando llegaron cuatro oficiales, vieron un brazo que salía por una ventana del auto, pero la gravedad del accidente se oponía a la idea de que alguien hubiera sobrevivido a un accidente tan espantoso.

Fue entonces cuando escucharon que una mujer clamaba en voz baja: «¡Ayúdenme; estamos aquí!». Aquellas palabras eran tan claras como el día. Un

oficial le respondió gritando: «¡Resista! ¡Estamos haciendo lo que podemos!».

Con una nueva motivación para empujar con mayor fuerza, y la adrenalina alimentada por la esperanza de que hubiera una sobreviviente, los oficiales se lanzaron a aquellas aguas casi congeladas, que a veces les llegaban al cuello, y unieron fuerzas para tirar del vehículo lleno de agua hasta que quedó de lado.

Lo que descubrieron los dejó atónitos. Groesbeck había muerto en el momento del impacto. Sin embargo, en el asiento posterior encontraron inconsciente a una niña de dieciocho meses que había quedado colgada al revés de su asiento para el carro durante toda aquella noche helada con la parte superior de su rubio cabello a solo centímetros del agua.

Los rescatadores formaron una cadena humana para llevar a la niña a un lugar seguro, después del cual fue hospitalizada brevemente y más tarde dada de alta en buen estado de salud.

Ahora bien, aquella voz. . . ¿de dónde había salido? No era la de la señora Groesbeck, que había fallecido mucho tiempo antes a causa del golpe. Tampoco de la niña, que estaba inconsciente; además, según decía uno de los rescatadores, era decididamente la voz de una mujer.

El oficial Tyler Beddoes dice que no habría creído lo que sucedió, si los demás rescatistas no hubieran oído también aquella voz. «Esa es la parte del suceso que realmente me confunde», les dijo a los reporteros. «Yo no soy un hombre típicamente religioso. Es difícil de explicar, pero decididamente, fue algo. De dónde y por qué salió, no estoy seguro».

Muchas personas no dudaron en decir que se trataba de un milagro. ¿Pero podría haber otra explicación? Tal vez los rescatadores confundieron el sonido de una brisa al pasar por los árboles. O quizá la madre fallecida revivió de alguna manera por un instante, precisamente en el mismo momento, para darles a los policías la adrenalina extra que necesitaban. O es posible que todo fuera producto de la imaginación excesivamente activa de los oficiales, cuyos sentidos se habían agudizado en medio de aquella crisis.

¿Un milagro? Beddoes no está seguro, pero dadas las circunstancias, hasta ese escéptico policía admitió: «Eso es lo que parece que sucedió».[5]

✲ ✲ ✲

Hay más de mil personas en el auditorio británico. Brillan las luces y el sonido del órgano va en aumento con música evangélica de antaño. El evangelista sanador habla en una lengua desconocida; echa fuera demonios; toca a las

personas en el rostro y de inmediato caen hacia detrás. Hay una inconfundible sensación de euforia y expectación en el ambiente.

El evangelista, que parece estar respondiendo a alguna palabra de conocimiento privada, comienza a mencionar las enfermedades que se están sanando. Pronto, las personas hacen fila para dar testimonio de que sus dolencias han desaparecido milagrosamente. Alguien dice que su miopía ha quedado curada; otro informa que se le ha aliviado un zumbido continuo en los oídos; un tercero afirma que tenía un esguince en el tobillo y que este le ha sido restaurado de repente a toda su fuerza, de manera que puede volver a caminar sin sentir dolor.

La noche tiene el aspecto de un culto de sanidad carismático, pero con una gran diferencia: el «evangelista sanador» es ateo.

Derren Brown era cristiano y actualmente es uno de los ilusionistas más famosos de Inglaterra. «Su capacidad sin paralelo como "mentalista" es la que lo distingue", dice el comentarista cristiano Justin Brierley. «Usando una mezcla de sugestión, "lectura en frío", hipnosis y simples viejos trucos, Brown tiene la capacidad de hacer que la gente crea en Dios, en los milagros y en el poder de la oración».

Brown profesaba creer en Jesús cuando era joven, y asistía a una iglesia pentecostal, pero se desilusionó cuando sintió que lo manipulaban para que hablara en lenguas y cuando sus amigos cristianos le advirtieron contra su incursión en la hipnosis. Dice que su decisión de proclamarse homosexual no fue un factor tan relevante como su incredulidad cada vez mayor con respecto a la resurrección de Jesús.

En una actuación tras otra en su espectáculo *Miracles*, Brown creaba una atmósfera emocionante y estimulante. «Yo pensaba que si podía estimular algo de adrenalina, alguien que tuviera dañada la espalda me diría que no podía sentir el dolor», explicaba. «Es una cuestión química».

Es más, añadía: «Caían al suelo cuando los tocaba en el rostro porque tenían cierta expectación. Cuando alguien va a esas reuniones como creyente, sabe lo que se supone que debe suceder. Por eso presento videos de personas haciendo eso. Cuando suben al escenario, hay una expectativa similar con respecto a lo que se supone que hagan».

Brown insiste en que no está tratando de disuadir a las personas para que abandonen su fe. Citando a Arthur Schopenhauer, filósofo alemán del siglo diecinueve, afirma que el cristianismo puede ser útil como mito folclórico si ayuda a las personas a encontrarle sentido a su vida.

«Pero es necesario que se lo presente como real para que funcione y tenga efectos reales», afirma Brown. Y después admite: «Por supuesto, esto podría parecer muy condescendiente si uno cree que es algo real».[6]

¿Desacreditan estos «milagros falsos» a otras afirmaciones de milagros? ¿O bien, debido a que esta atmósfera no se parece a la forma en que se producen la mayoría de los milagros, es irrelevante el espectáculo de Brown en cuanto a la pregunta sobre si algunos milagros son realmente genuinos?

✲ ✲ ✲

Hace poco, estaba conversando con un antiguo colega de mis tiempos de ateo y editor legal en el periódico *Chicago Tribune*.

«Eras la última persona que se me habría ocurrido pensar que dejaría el periodismo para dedicarse a hablarles de Jesús a los demás», me dijo. «Tú eras una de las personas más escépticas que he conocido. Si te hubiera dicho que la cafetería de la cuadra hacía buenos emparedados, tú no me ibas a creer mientras no te presentara una docena de revisiones de restaurantes, además de un análisis químico certificado de los ingredientes hecho por la Administración Federal de Alimentos y Drogas».

Es obvio que se trata de una exageración, pero sí, mi formación en el periodismo y las leyes tendía ciertamente a aumentar mi personalidad, ya desconfiada por naturaleza. La sala de prensa, con su imperante actitud de escepticismo suspicaz, era un ambiente ideal para mí. Y, sin embargo, lo irónico del caso es que fue mi escepticismo el que terminó llevándome a la fe en Cristo.

Eso se debió a que la fe en Cristo, que hacía poco mi esposa Leslie halló, me instigó a investigar las bases históricas del cristianismo, seguro de que mis estratégicas objeciones terminarían socavando toda su religión y rescatándola de esa «secta».

Para mi consternación, los datos aportados por la ciencia (desde la cosmología y la física hasta la bioquímica y la conciencia humana) me convencieron de que hay un Creador sobrenatural, aun cuando las evidencias históricas me dieron satisfacción en cuanto a que Jesús de Nazaret había resucitado de entre los muertos, lo cual confirmaba su identidad como el Hijo unigénito de Dios.

La inexorable conclusión de que el cristianismo es verdadero hizo que depositara mi confianza en Cristo y más tarde dejara mi carrera de periodista para pasarme la vida relatándoles a los demás la historia de su muerte expiatoria

a favor de ellos.

No obstante, mi naturaleza escéptica no se disipó del todo. ¿Creía en los milagros? Sí, por supuesto; estaba convencido de que la resurrección y otros milagros se produjeron tal como informaban los Evangelios. Sin embargo, eso dejaba sin respuesta la pregunta sobre si Dios sigue haciendo milagros en el presente.

Sí estaba de acuerdo con el pastor y autor Timothy Keller, que dijo: «No hay nada ilógico en cuanto a los milagros si existe un Dios Creador. Si existe un Dios lo suficientemente grande como para crear el universo con toda su complejidad y su grandeza, ¿por qué un simple milagro habría de ser una enorme exageración mental?».[7]

Desde el punto de vista teológico, yo no estaba en el campo de los *cesacionistas*, que son los cristianos que creen que después que fallecieron los apóstoles y quedó establecido el canon del Nuevo Testamento, las señales y los prodigios cesaron, por tanto nosotros no los deberíamos andar buscando en la actualidad.[8]

Además de eso, había visto la misteriosa obra realizada por Dios en mi propia vida. Por ejemplo, un día mientras estaba orando, me sentí impulsado a hacer un cheque de caja de quinientos dólares y enviárselo —de forma anónima— a una joven de nuestra iglesia que estaba luchando por recuperarse de una vida de malos tratos y dificultades económicas.

Leslie oró al respecto y sintió precisamente el mismo impulso. Sabíamos que no era algo que hubiera salido de nuestra propia mente, porque en aquellos momentos, esa cantidad constituía casi toda nuestra cuenta bancaria. Concretamente, nos sentimos impulsados a poner el cheque en el correo de manera que llegara el lunes siguiente.

El lunes por la mañana, antes que pasara el correo, la joven nos llamó presa de un pánico total. «Por favor, oren por mí», suplicó. «El auto se me descompuso el sábado por la tarde y dicen que me va a costar casi quinientos dólares arreglarlo. El asunto es que no tengo ese dinero. ¡No sé qué puedo hacer!».

«Muy bien», le dije, tratando de esconder la alegría que sentía por dentro. «Leslie y yo vamos a orar por ti».

Aquella tarde, ella recibió el cheque anónimo. . . Leslie y yo sentimos el gozo de ser la respuesta a las oraciones de alguien.

¿Coincidencia? Supongo que lo habría sido, si ese fuera el único incidente de nuestra vida cristiana que nos hubiera dejado rascándonos la cabeza. En mi caso, eso encajaba bien en un patrón continuo de escuchar a Dios y responder de

manera sobrenatural.

Y, sin embargo. . .

Siento conflicto con respecto a la oración

Como miembro joven del personal en la congregación Willow Creek Church, cerca de Chicago, se me pidió que sustituyera a un pastor para presidir una sesión mensual de oración para personas que buscaban sanidad divina. Alrededor de un centenar de personas se reunieron en nuestra capilla para poner en práctica Santiago 5.14: «¿Está enfermo alguno de ustedes? Haga llamar a los ancianos de la iglesia para que oren por él y lo unjan con aceite en el nombre del Señor».

Lo que yo tenía que hacer era orar, en general, en nombre de todos los que se habían reunido allí; en cuanto a aquellos que quisieran después que se orara por ellos y se les ungiera, habría después a su disposición varios de nuestros ancianos.

Tengo que confesar que sentí un conflicto interno. Gran parte de la oración me vino con facilidad: pedirle a Dios que les diera sabiduría a los médicos, que consolara a los que estaban sufriendo, que aliviara sus dolores, que fortaleciera su esperanza y su fe, que guiara las manos de los cirujanos y demás. Por supuesto que todo aquello era importante.

Ahora bien, cuando se tratara de pedir sanidad específicamente, ¿cuán audaz debía ser? ¿Hasta qué punto debía hacer una fuerte petición? El temor que no estaba expresando era el siguiente: *¿Y si me lanzo a pedirle a Dios sanidad. . . y no sucede nada?* ¿Estaría tratando de salir del paso cuando terminé mi oración diciendo: «Que se haga tu voluntad»?

En definitiva, oré con tanta autenticidad y con tanta fe como pude. Sí, le pedí a Dios de modo explícito que restaurara de manera sobrenatural la salud de todos aquellos que estaban allí reunidos. Sin embargo, en el fondo de mi mente, me preguntaba si realmente Dios se les manifestaría en este mundo. En mi egoísmo, lo que me inquietaba era pensar que estaba poniendo en juego mi credibilidad.

Al fin y al cabo, por cada persona que experimenta un milagro como aquel que le sucedió a Duane Miller, cuya voz le había sido restaurada de forma instantánea después de varios años mientras predicaba, hay muchos otros cuyos milagros no les llegarán mientras no se encuentren en el cielo.

De hecho, el día que se le curó la voz de manera milagrosa a Miller, había un

padre de treinta y dos años sentado en aquella misma congregación. Le habían diagnosticado un tumor en el cerebro. A pesar de las fervientes oraciones de la iglesia, murió dos semanas más tarde.[9]

Yo no me podría identificar con algunos de mis amigos pentecostales, que citan Isaías 53.5 —«gracias a sus heridas fuimos sanados»—, para sostener que si alguien tiene suficiente fe en Jesús, es seguro que la sanidad física lo llenará en esta vida. Por supuesto, eso significa que lo contrario también sería cierto: si no son sanados, entonces de alguna manera es culpa suya, por falta de fe. Eso para mí es insostenible.

Miller se siente tan perplejo como cualquier otro en cuanto a la razón por la cual fue escogido para una acción sobrenatural tan dramática. «Yo no le puedo dar a nadie "diez principios para prepararse para la sanidad divina"», dice. «No fue mi fe, no fue mi reacción, no fue mi obediencia; yo no me gané nada. Solo recibí un favor suyo que no me merecía».[10]

Milagros contra coincidencias

Atravesaba el centro de la ciudad de Houston en mi automóvil —a la hora de mayor tráfico— abriéndome paso lentamente hacia un rascacielos donde debía tener una reunión cuando, contra todas las posibilidades, logré ver un espacio de estacionamiento vacío contiguo a la puerta.

Un milagro, pensé. . . y tal vez lo fuera. O quizás no. Lo cierto es que muchas veces nos viene a la mente esa expresión con demasiada facilidad.

Configuré mi computadora para que buscara la palabra *milagro* entre las noticias de Internet; como siempre, la encuentra en toda clase de artículos. Ese día, hallé los siguientes titulares: «Capitán de barco rescata a gato "milagro" que habían lanzado por la borda de un puente», «Milagro en Water Street: Un médico presencia un choque y salva la vida de un hombre» y «Bebé "milagro" nacido del tamaño de una pelota de tenis ya en su hogar». También se decía de un jugador de fútbol americano que necesitaba un «milagro» para resucitar su debilitada carrera y de un clavadista que sobrevivió después de golpearse la cabeza en la plataforma durante una competencia, del cual se dice que es un «hombre milagro».

¿Cuál es la mejor forma de definir lo milagroso? Los filósofos y los teólogos han ofrecido varias descripciones. Agustín lo dijo de manera poética, afirmando

que un milagro es «todo lo que parece difícil o poco usual por encima de la esperanza y el poder de aquellos que se asombran». El filósofo escocés David Hume lo dijo con escepticismo: «Un milagro es una violación de las leyes de la naturaleza». Richard Swinburne, de Oxford, lo dijo de manera directa llamando milagro a «un suceso de una clase extraordinaria, producido por un Dios, y de importancia religiosa».[11]

En lo particular, mi favorita es la definición ofrecida por el ya fallecido Richard L. Purtill, profesor emérito de filosofía en la Universidad de Western Washington: «Un milagro es un suceso (1) producido por el poder de Dios, que es (2) una excepción (3) temporal (4) al curso ordinario de la naturaleza (5) con el propósito de demostrar que Dios ha actuado en la historia».[12]

Para ilustrar su definición, Purtill relataba que le habían recetado tabletas de nitroglicerina para un problema del corazón. El farmacéutico le dijo algo que se le quedó en la mente: si dos píldoras tomadas una después de la otra no alivian el dolor, tome una tercera, pero llame enseguida a una ambulancia.

No había pasado mucho tiempo cuando se despertó con un dolor en el pecho. Tomó una píldora y después otra, pero ninguna de las dos le hizo efecto. Tomó una tercera. Su esposa se ofreció a llevarlo en auto al hospital, pero él le pidió que llamara al 911. Ella lo hizo, los paramédicos llegaron muy pronto y salvó la vida.

Después que se recuperó, se le estalló un neumático en un viaje en auto y tuvo un paro cardíaco mientras lo cambiaba. Cayó al suelo inconsciente, con la cabeza en la carretera. Dos autos que pasaban se detuvieron; dio la casualidad que los dos sabían hacer resucitación cardiopulmonar (RCP). Uno de ellos llamó a los paramédicos. El corazón de Purtill volvió a palpitar y una vez más salvó la vida.

Aunque afirmaba que le estaba agradecido a Dios por el resultado final de las cosas, Purtill insistió en que «no hubo nada en lo sucedido que sugiriera alguna causa no natural. La observación del farmacéutico, el entrenamiento de las personas que me ayudaron y la tecnología médica son todas cosas que no parecen necesitar una explicación que no sea natural».

Por consiguiente, no considera que la conservación de su vida haya sido milagrosa. Por otra parte, sí cree como cristiano que «como de costumbre, Dios estaba escondiendo sus actos divinos ante la vista de todo el mundo, en medio del transcurso ordinario de los sucesos».[13]

Por eso, algunas de las cosas que nosotros clasificamos de forma ocasional como «milagros» en realidad parecen más cercanas a unas «coincidencias»

afortunadas, o bien obras de Dios por medio de procesos rutinarios. ¿Cómo los podemos distinguir? En cuanto a mí, cuando veo algo extraordinario que tiene un matiz espiritual y es validado por una fuente o un suceso independiente, es cuando la campana del «milagro» comienza a sonarme en la mente.

En otras palabras, un sueño en el que se ve una figura nebulosa escribiendo problemas de química en una pizarra no es milagroso en sí mismo. Ahora bien, si esas ecuaciones son exactamente los mismos problemas que se presentan en un examen independientemente preparado al día siguiente, eso *sí* parece milagroso, sobre todo cuando el incidente se produce después de una oración en la que se le ha pedido ayuda a Dios.

Es cierto que algunas veces se producen remisiones espontáneas en las enfermedades graves, pero por lo general se producen a lo largo de un período de tiempo, y muchas veces no son permanentes. Si una enfermedad grave es erradicada de manera instantánea y permanente en el momento mismo en que se está orando para pedir sanidad. . . bueno, para mí eso tiende a hacer que la aguja pase a marcar la categoría de «milagro».

Más de noventa y cuatro millones de «milagros»

No tiene nada de sorprendente el que mi antigua tribu de ateos niegue la posibilidad de lo milagroso; sin embargo, lo que sorprende es la gran cantidad de ellos que son tan vocalmente hostiles a la idea.

«Para los nuevos ateos y sus compañeros. . . el escepticismo se ha convertido en un empeño evangélico», decía Noah Berlatsky, escritor contribuyente de *The Atlantic*. «Ya no basta con sentarse en una esquina y ser calladamente incrédulo; ellos sienten la necesidad de propagar su incredulidad con la aguda espada del racionalismo. El escéptico, como iluminado conquistador imperial, nos va a liberar del peso de la tradición y la superstición. . . tanto si queremos ser liberados, como si no».[14]

El fallecido ateo Christopher Hitchens usaba su considerable humor y sus talentos retóricos para tratar de humillar a todo aquel que se atreviera a afirmar en público que se habían producido milagros. Al debatir con cristianos, les solía preguntar: «¿Cree usted *realmente* que Jesús nació de una virgen? ¿Cree *realmente* que resucitó de entre los muertos?».

Si el cristiano le respondía que sí, Hitchens declaraba con ostentoso y dramático ademán: «Damas y caballeros, mi oponente acaba de demostrar que la

ciencia no ha hecho nada a favor de su cosmovisión».

Timothy McGrew, presidente del departamento de filosofía en la Universidad de Western Michigan, decía: «Siempre es astuto describir al adversario de uno como enemigo de la ciencia y Hitchens rara vez dejaba escapar una oportunidad para hacer buen teatro. Sin embargo, el buen teatro no siempre es buen razonamiento».[15]

Ahora bien, ¿cuál es la posición de la mayoría de los estadounidenses en cuanto al tema de los milagros? Al comenzar a hacer la investigación para este libro, mi curiosidad me llevó a encargar una encuesta científica nacional, que fue realizada por Barna Research.[16] Este es el primer lugar en el cual han aparecido sus resultados.

Es interesante saber que la mitad de los adultos de Estados Unidos (cincuenta y uno por ciento) dijeron creer que los milagros de la Biblia sucedieron tal como están descritos en ella.

Cuando se les preguntó si los milagros son posibles hoy, dos de cada tres estadounidenses (sesenta y siete por ciento) dijeron que sí, y solo el quince por ciento dijeron que no. Los adultos jóvenes estaban menos inclinados a creer (sesenta y uno por ciento) que los llamados Boomers (setenta y tres por ciento). Dicho sea de paso, los republicanos estaban más inclinados a creer en los milagros modernos (setenta y cuatro por ciento) que los demócratas (sesenta y uno por ciento).

A mí me interesaba saber qué estaba generando el escepticismo de los que no piensan que puedan suceder milagros en estos tiempos. Cuarenta y cuatro por ciento no creían en lo sobrenatural, mientras que veinte por ciento estaban convencidos de que la ciencia moderna había descartado por completo la posibilidad de los milagros.

Sobre todo, quería saber cuántas personas han tenido una experiencia que solo pueden explicar como un milagro de Dios.

Resultó que casi dos de cada cinco adultos estadounidenses (treinta y ocho por ciento) dijeron haber tenido una experiencia así, lo cual significa que un asombroso total de *94.792.000* de estadounidenses están convencidos de que Dios ha realizado por lo menos un milagro, personalmente para ellos.[17] ¡Es una cifra asombrosa!

Incluso si desecháramos las ocasiones en que se trataba en realidad de «coincidencias», por muchas que estas fueran sin duda alguna, ello aún nos deja con un sorprendente número de sucesos aparentemente sobrenaturales.

No obstante, el porcentaje decrecía según aumentaba el nivel de educación:

cuarenta y uno por ciento de los graduados de la escuela secundaria decían que habían tenido una intervención divina, comparado con veintinueve por ciento de los graduados universitarios. Lo mismo era cierto con respecto a los niveles de ingresos, con un escepticismo mayor entre los más adinerados. En cuanto al factor étnico, eran más de la mitad los hispanos y los afroamericanos que afirmaban haber tenido ese tipo de experiencias, comparados con la tercera parte de los anglosajones.

No es de sorprendernos que el número ascendiera hasta casi setenta y ocho por ciento entre los cristianos evangélicos. Tal vez muchos de ellos ni siquiera fueran creyentes de no haber experimentado a Dios de una manera tan notable.

Aunque la escéptica Harriet Hall desestimó los informes sobre sucesos sobrenaturales como «más comunes entre los que no son civilizados y no tienen estudios»,[18] una encuesta hecha en 2004 arrojó que cincuenta y cinco por ciento de los médicos estadounidenses han visto en sus pacientes unos resultados que ellos considerarían como milagrosos.[19] Esta cifra se refiere a unos profesionales altamente educados, entrenados en la medicina, que trabajan en el frente de servicio a los enfermos y los lesionados.

Las tres cuartas partes de los mil cien médicos encuestados están convencidos de que se pueden producir milagros hoy, porcentaje que en realidad es más elevado que el de la población estadounidense en general. Por eso no es sorprendente que seis de cada diez médicos dijeron que oran por sus pacientes de manera individual.[20]

De nuevo al camino

Sin embargo, la gran cuestión está en saber si la fe en unos sucesos sobrenaturales se basa en el error, en malentendidos, fraudes, leyendas, rumores, ilusiones, la inclinación a dar confirmación, el efecto placebo. . . o en la realidad.

En otras palabras, ¿existe realmente un Dios que hace milagros, que ha dejado sus huellas dactilares en todos los sucesos sobrenaturales a lo largo de la historia hasta la era presente? ¿Está él dispuesto todavía a intervenir en *tu* vida?

Eso es lo que me propuse determinar al escribir este libro. Aunque soy un cristiano comprometido, cuyas convicciones son ampliamente conocidas, me interesé en verdad en poner a prueba la fortaleza de la causa a favor de los milagros.

«Aquí vamos otra vez», dijo Leslie en voz baja con una sonrisa cuando me vio metiendo ropa en mi maleta.

Sí, iba a encaminarme para llevar a cabo una investigación cara a cara con las principales autoridades, de manera que pudiera aprovechar sus experiencias y sus conocimientos. Esa ha sido la metodología que he usado en la mayoría de mis libros: buscar expertos a quienes pudiera interrogar tratando de sacar a luz la verdad.

Me imaginé que no había nada mejor para comenzar, que hacerle una entrevista al escéptico más famoso del país, el doctor Michael Shermer, fundador y editor de la revista *Skeptic*.

Cerré la cremallera de mi maleta y tomé en la mano mi boleto de avión para Los Ángeles. Mi meta al entrevistar a Shermer era sencilla: quería que estableciera el caso más fuerte posible *contra* los milagros. Al fin y al cabo, si es racional creer en lo milagroso, entonces estaba seguro de que el caso a favor podría soportar todos los desafíos que él le hiciera.

Al final de todo, te pediré que des un veredicto sobre si realmente los argumenta o no.

PRIMERA PARTE

El caso *contra* los milagros

Entrevista con el doctor Michael Shermer

CAPÍTULO 1

La formación de un escéptico

No era aquel un lugar donde fuera típico para mí estar. Allí estaba yo, cristiano comprometido, sentado ante una mesa de conferencias, en las oficinas de la revista *Skeptic*, dentro de una casa de madera con dos cuartos en un vecindario residencial exactamente al norte de Los Ángeles.

Alrededor de las paredes había cuadros con las portadas de la iconoclasta publicación. Sobre una chimenea de ladrillo rojo había unos bustos de Darwin y de Einstein. Unas estanterías repletas de libros y baratijas sarcásticas atestaban hasta el último centímetro de espacio disponible. Había una barra de jabón «Lava tus pecados» que prometía reducir la culpa en el noventa y ocho punto nueve por ciento. La etiqueta de una botella adquirida en un viaje a Utah decía: «Portador de poligamia: ¿por qué conformarse con una sola?».

En cierto sentido, estaba visitando la anti-iglesia, un santuario dedicado a la ciencia y la razón que, al menos ante la vista de muchos escépticos, le exprimía toda la legitimidad a la fe en Dios.

Hubo una época en mi vida en la cual yo habría podido ser escritor de esa publicación librepensadora. Pero eso fue hace ya años, en mi era atea, cuando de lo único que disfrutaba era de divertirme con los cristianos que se aferraban a las enseñanzas de unos pastores del siglo primero en el Medio Oriente. En aquella época de mi vida, me habría encantado hacer una peregrinación a ese santuario del escepticismo.

En la actualidad, estoy convencido de que la ciencia, la historia y, de hecho, la razón misma en realidad apoyan la cosmovisión cristiana. Mi ateísmo ha recibido un vuelco total, si no de manera milagrosa, sí de forma inesperada y decisiva.

Había acudido a esas oficinas para encontrarme cara a cara con mi polo opuesto: alguien cuyo caminar lo ha llevado de la fe a la duda, convirtiéndolo de proselitista en pro de Jesús a apologista de la incredulidad.

En pocas palabras, el escéptico más desconfiado.

Después de haber estado esperando unos minutos, entró con energía a la habitación Michael Shermer, de sesenta y un años, diminuto y enjuto, fresco después de su periódico paseo en bicicleta de los jueves con una docena de amigos. Ese día había recorrido ochenta kilómetros en su bicicleta alemana de fibra de carbono, que apenas pesa siete kilos. Ese ejercicio solo es un poco de los trescientos kilómetros o más que recorre en bicicleta cada semana.

«Se vuelve algo adictivo», admite con una sonrisa.

Con una camiseta negra, pantalones negros y sandalias, Shermer se sienta junto a mí en la mesa de conferencias y enciende la pantalla de su computadora portátil. Me estrecha la mano de manera afectuosa con una sonrisa contagiosa. El cabello entrecano ya ha comenzado a escasear, pero sigue lleno de la energía y el entusiasmo de un adolescente.

Shermer parece llenar todos los requisitos de un californiano típico. ¿Entusiasta del ejercicio? Sí; hasta ha publicado dos libros sobre el uso de la bicicleta. ¿Cuidadoso con su dieta? Sí; come pollo o pescado solo una vez por semana. «Raras veces como carne roja», me dice. ¿Automóvil eléctrico? Por supuesto: «Llevo más de un año sin ir a una gasolinera». Políticamente, es liberal en las cuestiones sociales, aunque conservador en las fiscales.

Shermer vivía en esa casa de unos cien metros cuadrados de superficie, construida en 1941 y rodeada de una alta cerca de madera. Ahora es el hogar de su revista *Skeptic* —con una circulación de 35.000 ejemplares—, y la Sociedad de Escépticos, organizaciones sin fines de lucro fundadas por él en 1992. Allí trabajan cuatro empleados y el garaje sirve de oficina para la clasificación de la correspondencia. Hay dos empleados más que viven en Canadá y publican una revista *Skeptic* para menores.

La oficina de Shermer es estrecha y sus paredes están llenas de carteles promocionales de sus diversos debates, entre ellos uno llamado: «¿Existe Dios?» y otro llamado: «¿Hay reconciliación posible entre la ciencia y la religión?». En las fotos que hay en la pared, se le ve sonriente junto al ateo Richard Dawkins, de Oxford, y el biólogo evolucionista Stephen Jay Gould, de Harvard.

Hacemos una pausa para tomarnos una foto de los dos sonriendo juntos. Él la sube más tarde a Twitter, aunque dudo que vaya a terminar en una de sus paredes.

¿Extrañas *y* ciertas a la vez?

Le dije a Shermer que lo había buscado por dos razones. En primer lugar, porque valoraba su reputación como alguien receloso con respecto a la religión y, sin embargo, generalmente libre del tono burlón que empleaban algunos de los antiteístas más militantes. Sí, eso incluye a su amigo Dawkins, que en una ocasión alentó a sus compañeros ateos a «ridiculizar y mostrar desprecio» por las creencias y los sacramentos religiosos.[1]

A diferencia de él, Shermer prefiere el enfoque del filósofo holandés Baruch Spinoza, que dijo en 1667: «He hecho un constante esfuerzo por no ridiculizar, no amargarme, no burlarme de las acciones humanas, sino que trato de comprenderlas».[2]

En segundo lugar, estaba buscando a alguien que pudiera presentar el mejor caso posible contra lo milagroso, libre de emociones y respaldado por estudios y por argumentos del raciocinio. «Quiero lo mejor de usted», le dije.

Cuando la entrevista estaba a punto de comenzar, miré por encima de mi hombro. Colgados de un clavo había un par de guantes de boxeo. *Una buena señal* —pensé—, porque sinceramente quería que me golpeara con sus más fuertes objeciones a los milagros.

Se lo dije muy claro: yo no había ido allí para debatir con él. No tomé un vuelo hasta California para sostener una discusión. Quería escuchar y aprender, dialogar y comentar. No veía por qué los que tenemos fe y los que no la tienen no nos podíamos sentar para hablar de una manera racional, aunque fuera sobre un tema que por su naturaleza misma trasciende la simple racionalidad. Además, quería oír la historia de Shermer directamente de él. ¿Qué podía aprender de alguien que había escogido el camino opuesto al que yo elegí?

En verdad, no habría podido encontrar un escéptico mejor que Michael Brant Shermer, cuyo currículum vitae se extiende a casi treinta páginas. Obtuvo su licenciatura en psicología y biología en la Universidad Pepperdine, su maestría en psicología experimental en la Universidad Estatal de California y su doctorado en historia de la ciencia en la Universidad de Postgrado de Claremont. El tema de su disertación fue Alfred Russel Wallace, pensador evolucionista

británico del siglo diecinueve que en 1861 declaró ser «un incrédulo total de casi todas. . . las verdades más sagradas».[3]

Shermer escribe una columna para el *Scientific American*, bajo el título general de «Escéptico: Cómo ver el mundo con ojos racionales». En la Universidad Chapman, de Orange, California, Shermer imparte un curso de pensamiento crítico con un título muy adecuado: «Escepticismo 101». Ha escrito más de una docena de libros, entre ellos: *How We Believe*, *The Science of Good and Evil*, *Why Darwin Matters*, *The Believing Brain*, *The Moral Arc* y, el último de todos, *Heavens on Earth.*

Ha dado conferencias en más de cien universidades, entre ellas Harvard (en tres ocasiones), Yale y el Instituto de Tecnología de Massachusetts. Sus escritos, tanto populares como académicos son muy publicados (por ejemplo: «How to Be Open-Minded without Your Brains Falling Out», en la edición del otoño de 2002 del *Journal of Thought*). Ha aparecido en numerosos programas de televisión, además de ser productor y coanfitrión de «Exploring the Unknown” en el canal de la familia de Fox. Entre sus conferencias TED se incluye una titulada: «Por qué la gente cree cosas extrañas».

Me reí entre dientes cuando leí el título de esa conferencia. Seguramente, pocas cosas podrán sonar más extrañas en los oídos de un escéptico que la idea de un Creador divino que interviene en los asuntos diarios de los seres humanos.

No obstante, el asunto es si son cosas extrañas *y también* ciertas.[4]

Entrevista con el doctor Michael B. Shermer

En el instante mismo en que Michael Shermer, entonces alumno del último año de secundaria leía Juan 3.16 —«Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna»—, para después confiar en Jesús como Señor y Salvador suyo, aulló un coyote.

«Nos preguntamos si aquello no sería alguna clase de señal», me dijo Shermer mientras esbozaba una ligera sonrisa entre las comisuras de sus labios. «Tal vez Satanás se lamentaba de haber perdido un alma más».

Era una noche sabatina del año 1971 cuando George, el amigo de Shermer que era un cristiano consagrado, lo llevó a la fe en una casa de las montañas de San Gabriel, al sur de California. Tal vez la motivación de Shermer no era totalmente pura en esos momentos. Al fin y al cabo, pensaba que su conversión

lo ayudaría a tener más posibilidades para ser novio de Joyce, la hermana de George. Pero fue suficientemente real para él; fue un paso de fe que se fue consolidando a medida que pasaba el tiempo.

Shermer me contó la historia de su peregrinaje espiritual. Estaba recostado en su asiento, con una pierna cruzada sobre la otra, recordándolo todo de manera informal, como si hubiera ocurrido recientemente. Por otro lado, yo estaba sentado en el borde de mi asiento, mirándolo fijamente y sopesando cada una de las palabras que decía. Había pasado de ser un entusiasta seguidor de Jesús a convertirse, tal vez, en el escéptico espiritual mejor conocido del mundo entero.

«Al día siguiente, George y su familia me llevaron a una iglesia presbiteriana de Glendale. El pastor era un verdadero intelectual. . . eso me agradó. Al final, me dijo: "Si quieres ser salvo, ven con nosotros". Yo pensé: *Está bien; lo haré*. Tal vez si lo hacía en una iglesia, las cosas serían más oficiales».

—¿Procedía usted de una familia religiosa?

—En absoluto —me dijo—. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía cuatro años. Entre mis padres y mis padrastros no había uno solo que fuera creyente. Cuando anuncié que había nacido de nuevo, estoy seguro de que pensaron que aquello era un poco extraño. Según dijo uno de mis hermanos, me había convertido en un fanático de Jesús.

—¿Qué significaba eso?

—Que me involucré por completo. Asistía a un estudio bíblico en un lugar llamado el Granero, donde se reunían los adolescentes y adultos jóvenes cristianos todos los miércoles por las noches. Era algo muy de los años setenta: alguien tocaba la guitarra, cantábamos acerca de Jesús, todos llevábamos el cabello largo y usábamos cadenas en el cuello. La mía tenía el símbolo del *ichtus*, el llamado pez de Jesús, cuyas letras en griego representaban la frase «Jesús el Cristo, Hijo de Dios, Salvador». Te mostraré.

Apretando unas pocas teclas, sacó una foto suya, con la piel tostada, el pecho al descubierto y sonriente, sentado al sol con su abuela el día que cumplió veintiún años. En la foto se veía que llevaba la cadena colgada del cuello.

—Para mí, el paradigma cristiano le daba sentido a todo —siguió diciendo —. Si pasaba algo positivo, era recompensa de Dios por mis buenas obras, o por mi amor a Cristo; si pasaba algo malo, en fin, Dios obra de maneras misteriosas. Era algo pulcro y ordenado: todo en su lugar y un lugar para todo.

—¿Sentía usted que estaba creciendo espiritualmente?

—Sí, por supuesto.

Me dijo que le hablaba de su fe a su familia y a sus amigos, lo cual provocó

que una buena cantidad de ellos pusieran los ojos en blanco. Incluso iba de casa en casa, en un sincero esfuerzo por propagar el evangelio. Sus amigos ateos pensaban que era un antipático, pero Shermer creía que si el cristianismo era cierto, él tenía la obligación de hablarles de ello a los demás, aunque se sintiera incómodo al hacerlo.

—¿Se sentía cerca de Dios? —le pregunté.

—Sí, claro.

—¿Y sentía la presencia de él en su vida?

—En todo lo que hacía. Oraba por todo, desde conseguir un buen estacionamiento en la organización YMCA, donde trabajaba, hasta la carrera que debía escoger, mi novia. . . Todo.

—En aquellos tiempos, si yo hubiera tratado de hablarle para que desistiera de su fe, ¿cómo habría reaccionado usted?

Él lo pensó por un instante.

—Déjame decírtelo de esta manera: no lo habrías logrado.

Shermer se matriculó en la Universidad Pepperdine, una institución de la Iglesia de Cristo, donde disfrutaba de los cultos de la capilla dos veces por semana; cursos sobre el Antiguo y el Nuevo Testamentos, la vida de Jesús, los escritos de C. S. Lewis y la vida en medio de cristianos que pensaban igual que él. Tenía la intención de estudiar teología.

—Quería ser profesor de estudios religiosos —me dijo—. De esa manera, conseguiría entrar al mundo intelectual de la teología y tendría una posición permanente en la universidad, donde se me pagaría por dar clases, leer y pensar. La vida de la mente; eso era lo que me atraía.

—¿Qué lo detuvo?

Él se rio.

—Para ser profesor, necesitaba tener un doctorado en filosofía. Y para conseguir ese doctorado, tendría que aprender hebreo, griego, arameo y latín. Bueno, si apenas pude aprobar la clase de español. Las lenguas extranjeras no se me daban fácil. Así que me pasé a la psicología, que me interesaba porque me encantaban las ciencias. Sin embargo, todo aquel tiempo, e incluso después de mi graduación, yo era cristiano.

—¿Y entonces?

—Y entonces. . . perdí lentamente mi fe.

Yo me enderecé en mi asiento.

—¿Cómo sucedió eso?

—De forma gradual y por mi propia cuenta, que es como creo que suele suceder. A mí no me parece que se pueda sacar a nadie de eso a base de razonamientos. Es como dice el refrán: «No se puede sacar a nadie de algo basado en razones, si antes la persona no se ha abierto paso a base de sus propias razones». Me parece que en general, eso es lo cierto. No siempre, pero en mi caso, lo fue.

La senda hacia el escepticismo

Durante sus estudios de postgrado en psicología experimental fue cuando Shermer comenzó a alejarse de su fe, pero, en realidad, aquello era la culminación de varios pasos que se habían iniciado mucho antes, a principios de su experiencia cristiana.

De hecho, admitió: «Tuve problemas con mi conversión desde el principio», incluidos diversos motivos que se mezclaron (debido a su interés en la hermana de su amigo), la incomodidad que sentía al hablarles de Jesús a personas extrañas y los deseos sexuales normales, que crearon un conflicto y una frustración intensos. Muy profundo, en algún nivel, me dijo saber que tenía problemas.[5]

Se había sentido confundido por la respuesta que recibió cuando le habló a un amigo de la escuela secundaria acerca de la fe que acababa de hallar. Él esperaba un fuerte abrazo. Sin embargo, cuando le dijo: «Encontré a Jesús en la iglesia presbiteriana», su amigo, que era testigo de Jehová, se sintió horrorizado. «Oh, no», exclamó. «¡Te equivocaste de iglesia!».

Me comentó lo siguiente: «Eso me hizo preguntarme cómo otra religión podía estar tan absolutamente segura de tener la verdad como lo estaba yo».

Así que acudió a un ministro para hablar de temas teológicos: *Si nosotros tenemos libre albedrío, ¿significa esto que Dios está limitado en su conocimiento o en su poder?* Con un profesor de Pepperdine estuvo batallando con el problema del mal: *Si Dios es omnibenévolo y omnipotente, ¿entonces por qué pasan cosas malas?*

«Hasta el día de hoy, no he oído una respuesta al problema de la maldad que me parezca satisfactoria», me dijo. «Y en cuanto al problema del libre albedrío,

la mayoría de las respuestas comprenden giros complicados, torceduras de la lógica y juego semántico con las palabras».

En el Glendale College animó a su profesor de filosofía a leer un popular libro cristiano en el cual se alegaba que las profecías bíblicas señalaban el regreso inminente de Jesús. Sin embargo, en lugar de inclinar la rodilla ante Jesús, el profesor le envió a Shermer una violenta refutación del libro, escrita en dos páginas a un solo espacio. Shermer ha conservado esa carta hasta el presente.

Después de sus estudios de los primeros años universitarios, dejó de identificarse con una comunidad de cristianos.

—En la escuela de postgrado no se hablaba de religión. A nadie le interesaba —me dijo.

»En lugar de eso, encontré personas que se sentían felices y exitosas haciendo lo que deseaban. Entonces, mientras estudiaba antropología, sociología y psicología social, pude ver con claridad que las creencias religiosas están atadas a las culturas. Por ejemplo, si alguien nace en Estados Unidos, lo más probable es que sea cristiano; si nace en la India, es posible que sea hindú. Si las cosas son así, ¿cómo se puede decidir cuál religión es la que tiene razón? Así comencé a perder el interés por el cristianismo, al mismo tiempo que estaba cada vez más fascinado con la ciencia. Pronto, esta se convirtió en mi sistema de creencias y la evolución en mi doctrina.

—¿Hubo un momento en que usted se quitó su cadena con el *ichtus*? —le pregunté.

—Sí, al cabo de un tiempo, me sentí como un hipócrita por usarlo, porque en realidad no estaba seguro de creer aún en aquello. No me lo arranqué con ira. No proclamé que era ateo. Simplemente fue algo que hice en silencio. Para serte franco, no creo que nadie se diera cuenta, ni que le importara.

De nuevo buscó en su computadora portátil y sacó una foto.

—Aquí tienes una foto mía en la escuela de postgrado. Esta fue tomada cuando apenas estaba saliendo. ¿Ves? Ya no llevaba la cadena.

—¿Con qué la reemplazó?

—Más tarde comencé a usar un signo de dólar dorado. En aquellos tiempos, estaba interesado en *Atlas Shrugged*. Ahora no uso nada. Soy neutral.

Con todo, no fue ese el fin de su experiencia de fe. Habría un último intento por conectarse con Dios. En medio de una profunda crisis, se produciría una sentida súplica para pedir un milagro que nunca se materializó.

El milagro que nunca sucedió

Algunas veces, la tragedia reaviva la fe. Tal como observaba C. S. Lewis, el dolor puede ser el megáfono que usa Dios para estimular a los espiritualmente sordos.[6] Ahora bien, ¿qué sucede cuando en vez de una respuesta milagrosa a la oración, en medio de sus lágrimas, el peticionario solo escucha silencio en lo alto? El milagro que no sucede puede ser el ímpetu que lleve a la fe a disiparse en la nada.

Eso fue lo que le sucedió a Michael Shermer.

—Mi novia de la universidad se llamaba Maureen. Era una joven bella y maravillosa procedente de Alaska. Nos conocimos en Pepperdine y aún éramos novios después que yo terminé mis estudios postgraduados. Ella trabajaba para una firma de inventarios: viajaban en auto en medio de la noche hasta una compañía y hacían el inventario mientras estaba cerrada. Una noche, en un lugar descampado, la furgoneta dio un brusco giro, se salió de la carretera y dio vuelta varias veces. Ella no tenía puesto el cinturón de seguridad, y *bum*, se fracturó la espalda.

Yo hice un gesto de dolor. Aquello era desolador. Una furgoneta toda golpeada en las tinieblas y al fondo de un barranco. Gritos, gemidos, confusión, sirenas. Vidas cambiadas, sueños destrozados, futuros arruinados. Es una escena sombría y espantosa, pero más aun cuando la persona que están levantando hasta una camilla es alguien al que uno ama.

—¿Cómo se enteró del accidente? —le pregunté.

—Ella me llamó alrededor de las cinco de la mañana. Yo le pregunté: «¿Qué está pasando?». Ella me respondió: «Estoy en el hospital». Yo me quedé aturdido, porque la oía bastante normal. «¿Qué? ¿Qué pasó?». Ella me dijo: «No sé. No me puedo mover».

Paralizada desde la cintura hacia abajo, Maureen se pasó seis meses en el Memorial Hospital de Long Beach.

—Yo la visitaba casi todos los días; tenía que recorrer en mi bicicleta unos cuarenta kilómetros —me dijo Shermer—. Aquello era verdaderamente terrible. ¿Por qué le habría de pasar algo así a una joven tan maravillosa?

Yo sabía lo que estaría haciendo si me hallara en esa situación: como cristiano, estaría orando. Pero Shermer ya se había quitado su cadena de Jesús. ¿Le quedaría al menos una pizca de fe?

—¿Hubo algún momento en el cual usted le pidió a Dios que la sanara? —le pregunté.

—Por supuesto, claro que lo hubo. Fue una de aquellas noches que pasaba en la sala de urgencias. Aunque prácticamente había ya desechado mi fe, pensé: *Necesito intentar esto y pedirle a Dios que la sane*. No era como que estuviera poniendo a prueba a Dios. Sencillamente, me sentía tan triste por ella que habría intentado cualquier cosa.

—¿Cómo fue su oración?

—Doblé la rodilla y bajé la cabeza. Fui más sincero que nunca. Le pedí a Dios que pasara por alto mis dudas, por el bien de Maureen; que la sanara, que le infundiera vida. Creí, lo mejor que podía en aquellos momentos. *Quería* creer. Si existía un Dios poderoso y lleno de amor, si había algo de justicia en algún lugar del universo, entonces estaba seguro de que él ayudaría a aquella joven maravillosa, llena de afecto y de compasión.

Yo esperé a que Shermer continuara hablando. Durante un momento, solo hubo silencio. Entonces le pregunté:

—¿Qué sucedió?

Él movió la cabeza.

—Nada.

Yo dejé que aquella palabra quedara colgada en el aire antes de terminar preguntándole:

—¿Cómo reaccionó usted?

Él se encogió de hombros.

—No me sorprendí demasiado. Pensé: *Bueno, es probable que no exista un Dios. Las cosas pasan y ya.* Esta es la naturaleza de la maldad. ¿Por qué les pasan cosas malas a las personas buenas? Bueno, ¿y por qué no? Esta es la segunda ley de la termodinámica. Así es el mundo.

—¿Fue aquello el clavo final para el ataúd de su fe?

—Sí; eso fue lo que acabó por fin con ella. Fue como: «Bah, al diablo con todo».

—¿Estaba usted enojado con Dios?

—No podía estar enojado con nadie. Él no existe. Sencillamente, las cosas pasan. Lo bueno, lo malo. . . es algo al azar.

—En ese caso, usted cree que el universo carece de una razón de ser —le dije, más en forma de afirmación que de pregunta. Me vino a la mente una conocida declaración de Richard Dawkins: «El universo que observamos tiene precisamente las propiedades que serían de esperar si en el fondo, no hubiera un diseño, una razón de ser, un mal y un bien; nada más que una ciega y despiadada indiferencia».[7]

Shermer me dijo:

—No hay ningún propósito superior. Todo está en nuestras manos. Somos nosotros quienes creamos nuestra propia razón de ser. Ese es el único significado que tenemos en este universo.

Yo dirigí la vista a mis notas. En el margen, escribí: «Todo libro sobre los milagros que sea digno de crédito debe hablar de aquellos que nunca llegan a ocurrir».

Y después subrayé lo que había escrito.

Dos veces.[8]

CAPÍTULO 2

El argumento contundente

Hice una pausa de un instante después de escuchar la historia de Michael Shermer sobre la forma en que se desprendió de su fe. Sentí su sacudida emocional. La imagen mental de Shermer suplicándole a Dios que sanara a su novia paralizada no desaparecía con facilidad. Más bien, su experiencia exigía que yo ahondara más aún.

Estaba decidido a preguntarle el «porqué». ¿Por qué está convencido que no es lógico creer que se produzcan los milagros? Cuando me lancé por ese camino, quería aclarar el estado de la fe de Shermer. . . y de su incredulidad.

—¿Cómo se clasificaría usted a sí mismo? —le pregunté—. ¿Es ateo? ¿Agnóstico?

—Yo no soy uno de esos ateos fuertes que afirman: «Yo sé que Dios no existe». ¿Cómo lo podría saber con seguridad. El ateo débil dice: «Yo no creo en Dios», y así es como yo vivo mi vida. Cuando Thomas Henry Huxley acuñó el término *agnóstico* en 1869, quería decir que es imposible conocer si Dios existe.[1] Yo creo que eso es lo correcto. Al igual que él, yo diría que la cuestión acerca de Dios carece de solución.

»Sin embargo, yo prefiero el término *escéptico*», —siguió diciendo—. «Me sentiría totalmente sorprendido si existiera Dios. Y si encontrara un ser superavanzado, evidentemente omnisciente y omnipotente, ¿cómo sabría que no se trata más que de una inteligencia extraterrestre? Dados los avances continuos de la ciencia y la tecnología, en el futuro los seres humanos van a ser tan poderosos y a tener tantos conocimientos, que posiblemente no se los pueda distinguir de una deidad.

Sin embargo, el término «escepticismo» es algo resbaladizo.

—Es evidente que usted no es escéptico con respecto a todas las cosas —le dije—. En ese caso, ¿cómo define usted lo que es un *escéptico*?

—Es alguien que enfoca las afirmaciones de una manera científica. El peso de la prueba debe recaer sobre el que hace la afirmación. La Administración Federal de Alimentos y Drogas no aprueba una sustancia solo porque alguien le diga que funciona. El peso de la prueba no recae sobre ellos; es *uno mismo* quien tiene que demostrar que su droga funciona. Y así deberían ser las cosas con todas las afirmaciones.

Yo le dije:

—Usted hizo una pregunta en una ocasión: «¿Cómo podemos decir cuál es la diferencia entre lo que a nosotros nos *gustaría* que fuera verdad, y lo que es verdad *en realidad*?». Y dijo que la respuesta es la ciencia.[2] Estoy seguro que usted no cree que la ciencia sea el *único* camino a la verdad, pero ¿cuál papel puede desempeñar la ciencia en cuanto a guiarnos hacia aquello que es real y digno de confianza?

—La historia de la ciencia desde el siglo diecisiete con Francis Bacon ha consistido en superar las inclinaciones cognoscitivas y los factores psicológicos y emocionales que les han dado color a otras formas de conocimiento, como la intuición, el pensamiento anecdótico, el pensamiento en grupo, el pensamiento autoritario y demás. Todos esos métodos pueden ser muy poco dignos de confianza.

—Tampoco la ciencia es impecable —intervine yo.

—No, no lo es. Pero es el método más digno de confianza que poseemos. ¿Por qué? Porque se trata de un proceso comunal. Tenemos la revisión por parte de los iguales. Tenemos gente que mira por sobre nuestro hombro cuando se hacen experimentos. Otros laboratorios les dan validez a los resultados, o los desafían.

—O sea, que hay un sistema de controles y equilibrios.

—Sí. Lo necesitamos porque somos imperfectos. Hay preferencias en las confirmaciones, impresiones a posteriori, ilusiones. . . todas esas cosas pueden influir en nosotros. Si ves un remo metido en el agua, te parece que está torcido. Tampoco sentimos que la tierra se esté moviendo. El sol da la impresión de levantarse en el cielo. Muchas veces, nuestras intuiciones son erradas. Aunque haya situaciones de fraude y errores vergonzosos en la ciencia, casi siempre los captan otros científicos.

Yo le pregunté a Shermer si estaba de acuerdo con el científico Jerry Coyne, de la Universidad de Chicago, ateo que dijo: «Sería de mente estrecha el

científico que dijera que en principio los milagros son imposibles». Coyne añadió a eso que «para tener verdadera seguridad ante un milagro, se necesitan evidencias. . . masivas, bien documentadas, o bien reproducidas, o corroboradas de manera independiente, procedentes de múltiples fuentes dignas de confianza». Su conclusión: «Ningún milagro religioso se halla cerca siquiera de cumplir con esas normas».[3]

—Yo tiendo a estar de acuerdo —me contestó Shermer—. Dudo que exista algo sobrenatural, externo al espacio y al tiempo, que intervenga en nuestro mundo. Pero si existiera, nosotros seríamos capaces de medir sus efectos. ¿Qué fuerzas fueron utilizadas? Y si llega hasta dentro de nuestro ambiente, entonces forma parte del mundo natural, no del sobrenatural.

Yo incliné la cabeza.

—Entonces —le dije—, ¿usted no eliminaría de antemano la investigación de unos sucesos aparentemente milagrosos?

—De ninguna manera. Estudiémoslos lo mejor que podamos. Pongámoslos a prueba. Obtengamos las evidencias. Como dijo Coyne, en principio no los podemos desestimar de entrada, pero no creo que haya suficientes pruebas de nada que sea milagroso.

Milagros contra anomalías

Le presenté a Shermer la definición de lo que es un milagro, tal como la formuló el filósofo Richard L. Purtill: «Un milagro es un suceso que es producido por el poder de Dios, y que es una excepción temporal al curso ordinario de la naturaleza, con el fin de demostrar que Dios está actuando dentro de la historia».[4]

Shermer asintió.

—Aceptemos eso —me dijo—. Pero ten presente que la gente usa la palabra *milagro* para referirse a una gran cantidad de cosas más. Por ejemplo, se usa cuando se producen sucesos muy poco usuales que sencillamente hacen que uno exclame: «¡Vaya!». Como el equipo estadounidense de *hockey* que ganó los Juegos Olímpicos contra todas las predicciones en el año 1980. La gente llamaba a aquello «el milagro sobre hielo».[5]

»Hay una gran cantidad de cosas que se consideran milagros, y que solo son sucesos altamente improbables, como ese —siguió diciendo—. Si se dice que las posibilidades de que algo ocurra son de una en un millón, es posible que ese suceso parezca milagroso, pero en realidad, se produzca con bastante frecuencia. Cuando tenemos más de trescientos millones de personas en el país, suceden cosas extrañas. . . lo suficiente como para que aparezcan en el noticiero de la noche.

—Y, sin embargo —le dije yo—, hay otros incidentes que no son simplemente improbables, sino que encajan mejor dentro de la definición de Purtill. Por ejemplo, usted hizo un programa de radio con un pastor que presentó los ejemplos de varios casos en los cuales las personas se sanaron después que él oró por ellas en el nombre de Jesús. Y presentó los nombres, las fechas, los testigos y las evaluaciones médicas. ¿Por qué no considera convincentes esos casos?

—En primer lugar, yo no he visto por mí mismo los informes de los médicos —me dijo—. Pero cuando se presentan anécdotas acerca de sanidades médicas, siempre parecen ser cosas que habrían podido suceder por ellas mismas de todas maneras. Un tumor que entró en remisión. . . bueno, a veces el cáncer entra en remisión. No es frecuente, pero ¿es un milagro? Yo diría que se trata de una anomalía estadística. Es parte de la naturaleza, de manera que no, yo no lo calificaría de milagroso.

»Y dicho sea de paso, vemos unas recuperaciones notables por medio del efecto placebo, que es cuando las personas reciben un tratamiento fingido o carente de eficacia, pero su salud mejora porque *creen* que se están sanando, o *esperan* ponerse mejor. Podemos ver eso cuando se les pregunta a las personas que clasifiquen de forma subjetiva su nivel de dolor. “¿Cómo está hoy su migraña? ¿Es un nueve? Muy bien; vamos a probar con la meditación o la oración”. Y después de eso, baja a un seis. ¿Acaso funcionó lo que se hizo? No lo sé. Puede haber sido un caso de trabajo de la imaginación. Pero seamos realistas: nadie trata de sanar de esa forma a un paciente de SIDA».

—¿Qué sería necesario para convencerlo a usted? —le pregunté.

Shermer pensó por un instante.

—Tenemos todos esos soldados que regresan heridos de Afganistán y de Irak. Muchos de ellos han sufrido amputaciones. Tienen una familia cristiana que dirige a Jesús sus oraciones y, sin embargo, a ninguno de ellos le ha vuelto a crecer la extremidad amputada. ¿Por qué Dios no puede hacer eso? Hay algunos anfibios a los que les vuelven a crecer las extremidades. ¿Por qué Dios no puede

hacer algo así?

—O sea —le dije—, que usted querría algo sin ambigüedades, abierto. . . claro y evidente.

—Sí, me llamaría la atención el que a alguien le volviera a crecer una extremidad amputada. Eso sería más convincente que un cáncer. Decididamente, sería material para el noticiero de la noche. Por supuesto, me querría asegurar de que no fuera una especie de ilusión, o un truco de magia. Pero suponiendo que no lo fuera, diría: Muy bien, Dios, aquí tienes una sala llena de gente con amputaciones. ¡Ponte a trabajar!

Me dijo que el problema de las anécdotas acerca de las sanidades y de otros milagros es que son precisamente eso: anécdotas. «Sin una corroboración, o alguna forma de prueba física, diez anécdotas no son mejores que una sola, y un centenar no son mejores que diez», me dijo. «Necesitamos estudiar científicamente los casos. Y cuando lo hacemos, ¿adivina qué sucede? La ciencia no los apoya. Estoy seguro de que estás familiarizado con STEP.»

El Estudio de los Efectos Terapéuticos de la Oración de Intercesión (STEP, por sus siglas en inglés), llevado a cabo bajo los auspicios de la Escuela de Medicina de Harvard, fue una prueba experimental de 2,4 millones de dólares sobre los efectos de la oración en 1.802 pacientes con derivación cardíaca en seis hospitales.[6]

A los pacientes que eran sometidos a una cirugía de derivación cardíaca se los dividió en tres grupos. En el caso del primer grupo había unos intercesores orando por ellos; en el segundo no los había, aunque ningún paciente de los dos grupos sabía si se estaba orando por él o no. En cuanto al tercer grupo, se oró por ellos después de asegurarles que se los estaba presentando en oración. Después los investigadores les siguieron el rastro al número de complicaciones posteriores a las cirugías.

—Los resultados fueron muy reveladores —dijo Shermer—. No había diferencias en la cantidad de complicaciones entre los pacientes por los cuales se oró y aquellos por los que no se oró. Nada. Cero. Y de hecho, los que sabían que alguien estaba orando por ellos tuvieron *más* complicaciones. Este es el mejor estudio del que disponemos sobre la oración. O sea, que cuando se va más allá de las anécdotas y se utiliza el método científico, no hay evidencia alguna a favor de lo milagroso.

Yo levanté la mano para pedirle que se detuviera.

—No obstante —le dije—, estas clases de estudios sobre la oración tienen una serie de problemas intrínsecos. Por ejemplo, no se puede controlar el que las personas oren por ellas mismas, o que sus familiares y amigos estén orando por ellas.

—Eso es cierto —me dijo Shermer—. Pero tienes que admitir que este estudio es el mejor del que disponemos, y no logra apoyar todas esas anécdotas que afirman la existencia de una intervención divina. Y los fondos procedieron mayormente de la Fundación Templeton, la cual ciertamente es amistosa con la religión y la fe.

Me señaló con un gesto.

—Eso no es bueno para tu manera de ver las cosas, Lee.

—Pero aun así —le dije—, los milagros son una excepción temporal al curso normal de la naturaleza. Son sucesos que ocurren una sola vez. ¿Acaso eso no hace que sean difíciles de investigar de una manera científica?

—Sí, es difícil. Pero tenemos que recordar que está bien decir: «Yo no sé lo que pasó». Los cuerpos son unos sistemas extremadamente complejos. El hecho de que uno no sepa por qué sucede algo no significa que haya sucedido algo milagroso, sobrenatural o paranormal. Solo significa un «Yo no sé».

¿Un argumento «contundente»?

David Hume, entonces un ratón de biblioteca de veintitrés años, hizo algo radical en 1734: dejó a un lado el camino de su profesión, se marchó de su nativa Escocia y se dirigió a Francia para llevar allí una austera vida consagrada a pensar y escribir. Regresó tres años más tarde, cargado con su obra maestra en tres volúmenes: *Tratado de la naturaleza humana*.

Sin embargo, cuando se publicó esta obra suya, no logró captar el grado de atención que ambicionaba Hume. Al contrario, como se lamentaría años más tarde, «nació muerto en la imprenta, sin alcanzar distinción alguna que despertara por lo menos un murmullo entre los zelotes».[7]

Al fin, después de más años de trabajo y modificaciones, Hume emergería como un influyente filósofo, economista e historiador, famoso sobre todo tal vez por su escepticismo en cuanto a la fe y los milagros. En la actualidad es considerado como «uno de los filósofos más importantes que han escrito en inglés».[8]

Fue Hume el que afirmó: «El hombre sabio cree en proporción a las evidencias que encuentra», palabras que Shermer ha aclamado diciendo: «No se podrían encontrar mejores palabras para un lema del escepticismo».[9]

Hume dedica al tema de los milagros la sección X de su *Investigación sobre el entendimiento humano y sobre los principios de la moral*, escrita en 1748. Para Hume, los milagros eran una violación de la ley natural, pero la ley natural es uniforme siempre y de manera inalterable. Por tanto, ninguna cantidad de evidencias lo podría convencer de que Dios había intervenido. De hecho, *cualquier* otra explicación tenía más sentido que decir que se había producido un milagro.

Hume declararía que nunca en la historia ha habido milagro alguno que haya sido suficientemente establecido como cierto, que se haya producido en público y que haya sido presenciado y presentado por personas de integridad y reputación irreprochables.[10]

El erudito Graham H. Twelftree señala que hay diferentes interpretaciones de los diversos argumentos que presenta Hume en sus palabras. Una es que afirmaba que sencillamente, los milagros son imposibles. Otra es que las evidencias en contra de un milagro siempre exceden a las evidencias a favor del mismo. Una tercera es que la norma de las pruebas para establecer que se ha producido un milagro es tan elevada que es imposible alcanzarla y que, por lo tanto, los milagros son irracionales. De cualquier manera, Hume predijo con una notable falta de modestia que su caso contra los milagros serviría para eliminar de manera permanente las ilusiones supersticiosas.[11]

Cuando se le pregunta a Shermer si es personalmente escéptico con respecto a los milagros, invoca invariablemente a Hume.

—Su argumento clásico sigue en pie hasta hoy: ¿qué es más probable, que se suspendan las leyes de la naturaleza, o que la persona que nos relata la historia esté equivocada o haya sido víctima de un engaño? —decía—. Las percepciones erróneas son corrientes. La gente inventa cosas. Tenemos una gran cantidad de experiencias con respecto a eso. Es posible que se trate de una ilusión, una alucinación, un error. . . lo que sea. Todas esas cosas son más probables que un milagro.

—¿De manera que usted considera que el pensamiento de Hume es persuasivo? —le pregunté.

—Claro que sí. Me parece que su tratado en contra de los milagros es un verdadero argumento contundente. Todo lo demás solo es una nota al pie de página.

Entonces le pregunté:

—¿Por qué le parece que los cristianos creen en los milagros? ¿Acaso es porque son ingenuos?

—Eso no tiene nada que ver con la educación ni con la inteligencia. Cuando yo era cristiano, sucedían cosas pequeñas, y yo pensaba: *Dios hizo eso*. Entonces no hacía caso de las cosas que no se ajustaran a ese patrón. Eso es lo que yo llamo inclinación a dar una confirmación: uno halla evidencias que confirman lo que ya cree, y pasa por alto las evidencias que no se ajustan a esa fe.

»El poder de las expectativas es fuerte —añadió—. Lleva un grupo de personas a recorrer un viejo teatro de Londres y diles: “Este lugar está embrujado”. Lleva después a otro grupo y diles: “Estamos renovando el teatro; díganos qué les parece el aspecto del lugar”. Aunque los dos grupos oigan los mismos ruidos o vean las mismas sombras, lo van a interpretar todo de manera distinta, a partir de sus expectativas.

—¿Le parece a usted que esta clase de expectativas afectan a las personas en los cultos de sanidad de las iglesias?

—Gran parte de eso es psicológico. Yo no creo que los líderes de las iglesias pentecostales estén engañando a las personas. Me parece que ellos creen realmente que el poder de Dios está obrando. Pero cuando las personas esperan sentirse mejor, muchas veces eso es lo que les sucede. Es el efecto placebo. Se sienten mejor. . . por un tiempo. Pero raras veces existe documentación alguna de que esas supuestas sanidades sean permanentes.

—¿Cómo definiría usted la fe?

—Es creer en algo cuando no hay evidencias a su favor —me contestó—. Si existieran evidencias, no sería fe. La teoría sobre los gérmenes de las enfermedades no se toma con fe; la fe no cree que el VIH cause el SIDA. Uno acepta eso, porque hay buenas evidencias de que es real. Yo diría que creer algo cuando no hay buenas evidencias sería una categoría de la fe.

Me sentí tentado a señalar que la fe bíblica consiste en dar un paso en la misma dirección hacia la cual apuntan las evidencias, lo cual en realidad es racional y lógico. Pero no era un buen momento para un debate; aún quedaba mucho terreno por cubrir en su caso contra los milagros.

CAPÍTULO 3

Los mitos y los milagros

La Biblia recoge unas tres docenas de milagros realizados por Jesús de Nazaret, aunque el Evangelio de Juan dice que son solamente unas muestras de todas las maravillas que él obró.[1]

«Si abrimos los Evangelios en casi cualquier lugar, no podremos evitar encontrarnos con los milagros y lo milagroso», observaba Graham Twelftree, notable profesor de Nuevo Testamento.[2] Hasta Marcus Borg, experto liberal en el tema de Jesús, decía: «A pesar de la dificultad que significan los milagros para la mente moderna, a partir de sus fundamentos históricos es virtualmente indiscutible que Jesús era sanador y exorcista».[3]

Yo quería explorar esos milagros bíblicos mientras continuaba mi conversación con Shermer. Sintiéndome aún incómodo después de mi largo vuelo hasta California, me puse de pie para estirar las piernas y después me incliné de manera informal sobre el respaldo de mi asiento.

—Hablemos de Jesús —dije. Shermer asintió, evidentemente ansioso por hacerlo—. ¿Cómo evalúa usted la credibilidad de los relatos del Nuevo Testamento sobre sus milagros?

—Yo creo que, en parte, se trata de un problema de información —me contestó.

Yo le hice un gesto para pedirle que se explicara.

—¿En qué sentido?

—Bueno, ¿hasta qué punto son veraces esas historias? La gente dice que quinientos testigos vieron a Jesús resucitado, pero ¿tenemos quinientas fuentes? No; tenemos una sola fuente que dice que quinientas personas lo vieron. Eso no es lo mismo que disponer de quinientas fuentes. ¿Hasta qué punto se puede fiar

en una fuente que va pasando de una persona a otra?. . . ya sabes, como el juego del teléfono. Décadas después de los hechos, los escriben unos proselitistas que tienen una motivación para hacerlo.

Cambió de posición en su asiento; se sentó derecho como si apenas estuviera comenzando. —Además —añadió—, no están pensando en una precisión histórica de la forma en que la concebimos hoy. En los tiempos antiguos, el motivo para relatar una historia no era recoger por escrito lo que realmente había sucedido, sino decir algo significativo. Lo que Jesús dijo e hizo dentro de una secuencia no era importante para ellos. Por eso hay tantos detalles en los cuales difieren.

Y continuó:

—Se ve claro que los evangelios han sido ensamblados, editados, redactados, refinados. . . toda la Biblia es así. Todo eso ayuda grandemente a explicar por qué esas historias en particular evolucionaron y se desarrollaron a lo largo del tiempo a medida que se iba haciendo cada vez más importante solidificar la fe cristiana como la única religión verdadera, y no como una fe entre muchas.

»Estamos hablando de que pasaron cuatro siglos antes que la iglesia dijera: “Estos son los libros canónicos, y eso es todo. Todos esos otros libros son apócrifos y no entran en la lista”. ¿Por qué? ¿Qué hay de malo en el Evangelio de Tomás?[4] ¿O en los otros? Para mí, es imposible distinguirlos.

Yo me volví a sentar, tomé un sorbo de agua y pensé en mi siguiente pregunta.

—¿Cree usted que otras mitologías y religiones misteriosas, como las historias de Osiris y de Mitra, influyeron en los escritores del Nuevo Testamento?[5]

—Sí —me respondió—. Yo creo que hubo una difusión a través de las diferentes culturas con los mitos del mundo mediterráneo, en la que se estaban transmitiendo las tradiciones orales.

—Si los Evangelios no llevaban la intención de informar sobre unas historias reales —le dije—, ¿entonces cuál era su propósito?

—Toma la historia de Jonás y el gran pez. Olvídate del detalle de si es posible que una persona viva dentro de un pez o no. Eso no es lo que importa en esta historia. Lo que importa es la historia de la redención desde el principio. Se trata de homilías. Son mitos. En cierto sentido, preguntarse si se trata de hechos ciertos es perderse su mensaje. Lo realmente importante es lo que representan. Para los cristianos es esto: «Yo saco mucho de esta historia, porque me ayuda a

enfrentarme con las tragedias y los sufrimientos que tengo en la vida». *Eso es* lo que realmente importa en la historia. Y dicho sea de paso, creo que tampoco los ateos ven eso, porque se centran en cosas como: «¿Sucedió eso de verdad? Vamos a echar abajo todo este absurdo. Esto es basura». Me parece que ninguno comprende cuál es el mensaje importante, su carácter mítico. Los mitos son importantes.

—¿Cree usted que Jesús existió? —le pregunté.

En el fondo de mi mente, yo estaba recordando el artículo principal que hablaba de ese tema en una edición de la revista *Skeptic* del año 2014. Su conclusión, aparentemente llena de reticencia: a partir, no del Nuevo Testamento, sino de dos menciones hechas por Tito Flavio Josefo, historiador del siglo primero, se debía considerar a Jesús como un personaje histórico, aunque «apenas». Después aparecía esta advertencia: «Sin embargo, en última instancia, el Jesús histórico ha sido rodeado de tantas características míticas que estas han convertido su historicidad en algo irrelevante».[6]

—Sí —me contestó Shermer—. Acepto que Jesús vivió.

—¿Podemos saber muchas cosas acerca de él que sean dignas de confianza?

—Los detalles de su vida son bastante escasos —me respondió—. Por ejemplo, ¿qué hizo durante su niñez?

Yo le dije:

—Uno de los sucesos que los cristianos consideran importantes es la resurrección. El apóstol Pablo dice en su primera epístola a los Corintios 15.17 que si la resurrección no es cierta, entonces el cristianismo se viene abajo.[7] A mí me parece que esta es una cuestión histórica que los escépticos podrían investigar. ¿Vivió Jesús realmente? ¿Fue ejecutado? ¿Son de fiar los relatos sobre los encuentros posteriores con él? ¿Acaso esos tres datos no nos podrían llevar a una conclusión?

—En mi opinión, sí existió y fue crucificado —fue su respuesta—. Pero después se produce un salto ontológico: ¿hubo una resurrección milagrosa? ¿Sabes? A veces las personas ven a sus seres amados o escuchan su voz, porque quieren verlos o escucharlos. Los echan de menos. Se han pasado décadas con esa persona y la oyen en el cuarto contiguo: «Sí, está bien. Él está muerto. Pero yo escuché su voz». Tal vez haya sucedido algo como eso. O quizás se trate de una historia parcialmente inventada que surgió después de décadas de pensar, escribir y hablar. Al fin y al cabo, las historias sobre deidades resucitadas eran frecuentes; estaban flotando en el ambiente a pleno día. Yo puedo ver de qué manera eso pudo ser adoptado después de un período largo de tiempo. Además,

también está el problema judío.

—¿A qué se refiere?

—En lo cultural, los cristianos son hermanos de los judíos. Ustedes creen en el mismo Dios y, en gran parte, en el mismo Libro Santo. En ese caso, ¿por qué ellos no aceptan la historia de la resurrección? ¿Será que no están pensando con suficiente claridad? ¿Acaso no han examinado debidamente las evidencias? Estamos hablando de una gente realmente inteligente. Ni siquiera los musulmanes la aceptan. Se supone que Alá es el mismo Dios que Yahvé, pero ellos no creen que Jesús pueda haber sido el Hijo de Dios. Piensan que eso no solo es erróneo, sino también blasfemo.

Shermer aún no había terminado.

»¿Por qué varían entre sí los relatos sobre su resurrección? ¿Por qué esas discrepancias? —me preguntó—. Una vez más, se deben a que los detalles no eran muy importantes. Yo considero que la idea central sobre la historia de la muerte y la resurrección es una idea de destrucción y redención. Es un comenzar de nuevo. Es una reconstrucción. Me parece que el mensaje es que nos toca a nosotros crear nuestro propio cielo aquí. El reino de Dios está aquí. Es ahora. Eres tú. Está en tu corazón. A ti te toca construir una vida mejor para ti y para tu familia, tus amigos y tu comunidad. No en la otra vida, sino en *esta*.

—¿Y usted cree que la resurrección era una enseñanza metafórica, creada para presentar una idea importante?

—Lo considero posible.

—¿Quién cree usted que fue Jesús? —le pregunté.

—Es probable que fuera un maestro de moral, bastante avanzado para sus tiempos. Parece haber sido sensible a los problemas de las mujeres. Tenemos a Buda, Moisés, Jesús, Mahoma. . . todos ellos grandes maestros de moral que desempeñaron papeles diferentes en momentos también diferentes. Ninguno de ellos está por encima de los demás. Ninguno de ellos es Dios. Los musulmanes tienen sus propias creencias sobrenaturales: Mahoma subió al cielo sobre un caballo blanco volador. Esa idea no es más loca que la de resucitar de entre los muertos. Ambas son igualmente improbables. ¿Cuál es la cierta? ¿Por qué van a estar equivocados mil doscientos millones de musulmanes?

—Pero —le dije yo—, ¿por qué habrían ejecutado a Jesús, solo por ser un maestro de moral?

—Los romanos eran bastante tolerantes, mientras les pagaras tus impuestos y reconocieras al César como Dios; y yo creo que en parte, aquí fue donde Jesús se metió en problemas. . . No reconocía que el César fuera un dios —me contestó

—. En aquellos tiempos se ajusticiaban personas a diestra y siniestra por toda clase de cosas. Es lo que hacía la gente antes de las sensibilidades modernas.

Hizo una pausa y me dijo después:

—Mira: el mito de un mesías ha circulado una y otra vez a través de diferentes culturas a lo largo de los años. La creencia en un Mesías que regresará y que ofrece redención. . . Esa es una dentro del limitado número de respuestas a las adversidades de la condición humana. Podrá ser una narración ficticia, pero representa algo profundamente significativo. Es la búsqueda de una esperanza. De una razón de ser. De una segunda oportunidad. De un reino nuevo en este mundo.

Sacudió la cabeza.

—No de un mundo imaginario que vendrá.

El milagro que lo comenzó todo

El predecesor de todos los milagros es la creación del universo a partir de la nada. Si Génesis 1.1 está en lo cierto cuando afirma: «Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra», entonces los milagros más pequeños que este se vuelven más dignos de crédito. En otras palabras, si Dios puede dar la orden de que todo un universo, e incluso el tiempo mismo, puedan saltar a la existencia, entonces caminar sobre el agua parecería más bien un paseo por el parque y una resurrección sería tan simple como un chasquido de los dedos.

—Los cristianos señalan hacia la cosmología como evidencia a favor de la existencia de Dios —le dije a Shermer—. La ciencia nos dice que el universo comenzó a existir en algún momento del pasado; por tanto, ¿qué les habría dado existencia a todas las cosas? Sea lo que fuere, debe ser poderoso, inteligente, inmaterial, eterno o ajeno al tiempo, y demás cualidades: todas las cuales son atributos de Dios. ¿Qué tiene de incorrecto este argumento?

—Bueno, en primer lugar, no se puede determinar nada acerca de quién sería ese Dios. Se podría tratar de un comité de dioses. Podría ser algún dios sobre el cual nosotros no conocemos nada. No tiene que ser forzosamente Yahvé.

—Lo admito —le dije—. Pero no todos los argumentos tienen que ver con la misma idea.

—Esta es la situación: en la ciencia no tenemos un consenso sobre qué fue lo que desencadenó el «Big Bang». ¿Y qué había antes de aquello? Tal vez hubiera

diversos universos. Tal vez el desplome de un agujero negro cree una singularidad capaz de desencadenar un «Big Bang». Por eso, la respuesta que tenemos en estos momentos es: «No lo sabemos». Deducir que por tanto, se produjo un milagro y que fue Dios quien lo hizo. . . Bueno, en realidad eso no responde a la pregunta acerca de los orígenes. Aún necesitamos llegar hasta la cuestión sobre la procedencia de Dios.

»Los cristianos dirían que por definición, "Dios es aquello que no necesita una causa".

—Muy bien, ¿y por qué yo no puedo decir de igual manera que el universo es aquello que no necesita una causa? ¿Por qué no detener la regresión en el «Big Bang» y decir que antes de eso se ha perdido toda información? No lo sabemos. Nadie lo sabe. Los cristianos toman la regresión un paso más allá y dicen: «Dios lo hizo». En ese caso, yo iría otro paso más allá para preguntar: «¿Y de dónde salió Dios? ¿Quién lo creó? ¿Por qué no puede haber un "creador de Dios"? ¿Un dios que haga dioses?» Tal vez exista un diseñador superinteligente que creó al diseñador inteligente que creó a su vez este mundo. La gente dice que es necesario detener la cadena de causalidad en algún punto, pero no, no hay por qué hacerlo.

Se detuvo un minuto, tomando un trago de agua de una taza.

—Mira: este es uno de esos aspectos en los cuales los teístas tienen algunos argumentos bastante buenos —me dijo, haciendo una admisión que francamente me sorprendió—. Pero —añadió—, al final, nosotros no podemos determinar qué sucedió. Por eso está bien que nos limitemos a decir: «No lo sabemos».

—¿Qué me dice del ajuste del universo? —le pregunté—. Los cristianos insisten en que los números que gobiernan la operación del universo están calibrados con tanta precisión que es como si estuvieran sobre el filo de una navaja. Están convencidos de que la mejor explicación es la de un Creador. ¿Por qué a usted no le parece que eso sea persuasivo?

—Es un buen argumento —admitió Shermer—. Pero mira, ¿y si existen varios universos? Entonces, a nosotros nos ha tocado estar en uno en el cual las leyes de la naturaleza son tales, que dan lugar a que surja una gente como nosotros, que haga esta clase de preguntas.

—¿Le parece a usted que el concepto de un multiverso tenga algún mérito? —le pregunté.

—Mis amigos físicos me dicen que es una predicción basada en la forma en que se desarrollan los universos. Si hay una cantidad incalculable de universos con leyes dispuestas al azar y constantes en la naturaleza, tarde o temprano uno

de ellos va a admitir la vida. . . y ese es el nuestro. Nosotros nos sacamos la lotería cósmica. Ahora bien, no sabemos si hay más universos, pero es una explicación más plausible que decir: «Dios lo hizo».

Yo lo interrumpí.

—¿Y acaso no es eso una especie de argumento al estilo de una «ciencia de los vacíos»: «No lo sabemos, pero confiamos en que algún día la ciencia nos lo diga»?

—Solo se trata de saber si *existe* un vacío —me respondió—. Tal vez nunca lo sepamos. En estos momentos no podemos conseguir la información, y tal vez nunca logremos hacerlo. Uno de los problemas que tiene el multiverso es que, en principio, no podemos interactuar con los otros universos, de manera que no es probable que podamos conseguir una confirmación científica.

»Pero aun así —me dijo con tono firme—, prefiero esta hipótesis a la teoría sobre Dios.

Espiritualidad e inmortalidad

Yo sé que de vez en cuando, Shermer medita sobre la espiritualidad y el más allá, aunque lo haga con humor. En una ocasión publicó un tweet que decía: «No tengo prisa por llegar allí, pero estar en el infierno podría ser algo interesante». Entonces le añadió las fotos de sesenta y cinco ateos célebres con un pie de foto que decía: «No temas al infierno porque, si existe, te vas a encontrar en buena compañía».[8]

—¿Qué significa para usted la espiritualidad? —le pregunté.

—Para mí es la puerta que la ciencia ha abierto hacia el universo. Hay un tiempo profundo, la edad casi incomprensible que tienen el universo, nuestra tierra, nuestra especie y demás. Las cifras son asombrosas. Y el tamaño del universo. . . Me quedo atónito cuando visito el monte Wilson y los otros grandes observatorios del mundo. Y, dicho sea de paso, las catedrales.

Aquello me tomó por sorpresa.

—¿Las catedrales?

—Sí, las catedrales me dejan igualmente atónito. La catedral de Colonia, en

Alemania, de donde es mi esposa, es algo increíble —refiriéndose a la Catedral de San Pedro, un espectacular monumento de la arquitectura gótica con dos torres gemelas de ciento cincuenta y siete metros de altura—. Es asombroso entrar en ella. Cada vez que voy, encendemos una vela.

Ahora sí que me sentí intrigado.

—¿Usted encendiendo velas? ¿En serio? ¿Por qué?

—Por respeto al universo, a este mundo, a esta vida, y por supuesto, a la vida que compartimos mi esposa y yo. Al fin y al cabo, eso es todo. No hay nada más.

—¿Le preocupa la mortalidad?

—En realidad, no.

—Con sinceridad, ¿se puede enfrentar a ella?

—Sí, eso creo. No me siento particularmente preocupado por ella.

—¿Tiene usted la esperanza de llegar a alguna forma de inmortalidad?

—Por supuesto que sí. No me levanto cada mañana diciendo: «Oh, espero vivir para siempre». Pero algunas veces, sí pienso en eso.

—¿Cuál es su idea acerca del cielo?

Se le amargó el rostro.

—¡Aburrido! —afirmó—. ¿El cielo para siempre? ¿Qué? ¿Qué se supone que haga allí? ¿Hay canchas de tenis? Me parece algo cansón e intrusivo. Si estuvieras con un ser omnisciente, como dijo el escéptico Christopher Hitchens, aquello sería como una Corea del Norte celestial. Estarías ante un dictador que conoce todos y cada uno de tus pensamientos. ¡Oye, mis pensamientos son privados!

»Cuando se piensa en eso surgen una gran cantidad de cosas problemáticas —añadió—. ¿Dónde estaría yo? ¿Qué haría en todo el día? El amor infinito. . . incluso, ¿qué quiere decir eso? Es realmente inconcebible que un ser finito se imagine la eternidad y la infinitud. Para mí, eso es tan problemático, que probablemente no sea cierto.

—¿Piensa usted que hay situaciones en las cuales las personas, por razones psicológicas o morales, intensifican su escepticismo en lo que respecta a Dios? —le pregunté.

—Sí, tal vez. Es probable.

—¿Qué haría falta para que usted creyera que Dios existe?

—Bueno, esa pregunta sí es difícil. Me imagino que si después de morir

estuviera realmente en algún lugar, consciente y en mis cinco sentidos, estaría pensando: *¡Oh, no!*

Yo arqueé las cejas de un golpe.

—Entonces es posible que sea un poco tarde.

—Eso no me preocupa, porque en mi opinión, a cualquier dios digno de los títulos de omnisciente, omnipotente y todo amoroso no le preocuparía si yo creo en él o no. Yo soy un hombre que pienso más bien en función de las obras. Si hay un cielo, pensaría que la entrada a él se basaría más en lo que uno ha hecho, la forma en que se ha comportado, el modo en que ha tratado a las demás personas. Cualquiera que sea el sistema de justicia que Dios haya puesto en funcionamiento, no puede ser un simple sistema como el de la zanahoria y el palo, del cielo y el infierno. Eso es demasiado primitivo.

Yo le respondí:

—¿Y si la norma mínima de entrada para ser considerado como bueno fuera dedicar por completo su vida a servir a los pobres, sacrificándolo todo y viviendo una existencia totalmente entregada a los demás? ¿Estaría usted a la altura?

—Bueno. . . —comenzó a decir. Después hizo una pausa y continuó—. En serio, no creo que esa pueda ser la norma.

Le hice notar que el filósofo ateo Bertrand Russell hizo una famosa declaración en la cual afirmaba que si él moría y se encontraba frente a Dios, lo acusaría de no proporcionarnos suficientes evidencias a favor de su existencia.

—¿Qué diría usted si muriera y se encontrara con Dios cara a cara? —le pregunté.

—Yo le diría: «He usado el cerebro que me diste y lo he pensado todo detenidamente. He probado esto, he probado aquello. Creí realmente y después no creí. ¿Qué esperabas? Hice lo más que pude con las herramientas que me concediste. Tengo libre albedrío. Yo soy el que escogí. Y esto fue lo que escogí. Traté de hacer por los demás lo que habría querido que ellos hicieran conmigo. Sí, muchas veces no lo he logrado, pero he tratado de aplicar la Regla de Oro cada vez que he podido.

—Me miró fijamente a los ojos.

—En lo particular —terminó diciendo—, no puedo creer que un Dios bueno, un Dios todopoderoso y que es amor, me haría a mí nada malo por haber actuado

así.

Una puerta entreabierta

En todo el tiempo en que fui ateo, hubo momentos en que tuve mis dudas. Me parecía demasiado simplista atribuirlo todo al azar. Tal vez, solo tal vez, hubiera algo más de lo que ven los ojos. Una coincidencia inexplicable, un vistazo momentáneo a la intricada complejidad de la naturaleza, un momento de introspección sincera. . . Algo entreabría la puerta a la posibilidad de que existiera Alguien que obrara milagros.

—Hábleme de las cosas que han desafiado su escepticismo —le dije.

—Bueno —me contestó con algún titubeo—, hubo un incidente.

—¿El de la radio de transistores?

Él asintió.

—Ese mismo.

Yo había leído la columna que escribió acerca de aquello para el *Scientific American*. Lo que me había atraído era el subtítulo, que decía: «Acabo de presenciar un suceso tan misterioso, que ha estremecido mi escepticismo».[9]

—Eso es bastante sorprendente —le dije.

—Sí —me contestó Shermer—. Yo no fui el que escribió ese subtítulo, pero tengo que admitir que en realidad, aquel incidente me dejó atónito.

—¿Qué sucedió?

Shermer pasó a describir cómo él y Jennifer, su prometida alemana que era entonces su prometida, decidieron casarse en el juzgado de Beverly Hills y tener después una celebración en la casa de él.

—Ella se estaba sintiendo muy mal, porque estaba sola. La habían criado su madre soltera y su abuelo, a quien ella quería como a un padre. Él había fallecido cuando ella tenía dieciséis años, y no había ninguno de sus parientes o amigos presentes para la boda, de manera que se sentía algo triste.

Antes de venir a Estados Unidos, Jennifer había enviado algunos artículos personales. Uno de ellos era una radio de transistores de la década de 1970 que tenía un profundo valor sentimental para ella. Junto con su abuelo, había

escuchado música frecuentemente con aquella radio mientras estaban trabajando en el jardín, o sencillamente disfrutando de un tiempo juntos.

—Yo traté de arreglar la radio antes que ella llegara, pero nada funcionó —me dijo—. Le puse baterías nuevas; vi el estado de los cables; hasta le di un golpe en la mesa. . . nada. Al final, lo tiré al fondo de un escritorio que había en el dormitorio, debajo de una vieja máquina de fax y allí quedó varios meses.

Cuando la familia se reunió después de la boda, Jennifer dijo: «Necesito realmente estar sola unos momentos». Estaba alterada y llorando. «Echo de menos a mi abuelo», dijo. «Habría querido que él estuviera aquí».

Ella y su flamante esposo entraron al dormitorio del fondo de la casa y, de repente, oyeron una música. Una hermosa melodía romántica clásica. ¿Pero de dónde salía?

—Yo pensé: *¿Habré dejado aquí mi teléfono celular?* No; no es el teléfono. ¿Sería mi computadora portátil? No. ¿Vendría la música de la casa de los vecinos? No. Parecía como si saliera del escritorio —me dijo Shermer—. Jennifer me miró de repente asustada, y me dijo: «Eso no puede ser lo que yo creo que es, ¿no es cierto?».

»Entonces abrió el cajón del escritorio. De alguna manera, aquella pequeña radio se había encendido y exactamente entonces, en el momento perfecto, le estaba dando a Jennifer una serenata musical, tal como lo solía hacer cuando estaba con su abuelo. Nos quedamos allí sentados, en medio de un atónito silencio durante varios minutos. Jennifer me dijo con lágrimas en los ojos: «Mi abuelo está aquí con nosotros. No estoy sola».

Yo estaba allí sentado, fascinado ante aquella historia.

—Fue un incidente emocional —siguió diciendo Shermer—. Jennifer sintió que estaba conectada con su abuelo, como si él estuviera allí en aquel cuarto, precisamente en el momento en que ella más lo necesitaba. La radio siguió funcionando toda la noche, hasta bien entrada la mañana. . . después volvió a dejar de funcionar. Hasta hoy, nunca más ha vuelto a funcionar.

El momento especial en que había ocurrido aquel incidente era el que había hecho temblar el escepticismo de Shermer.

—¿Qué debía pensar yo acerca de aquello? —me dijo—. ¿Se trataba de alguna especie de mensaje divino? ¿Acaso el abuelo de ella estaba en otro plano de la existencia y le quiso hacer ver que todo estaba bien en aquel día tan

importante? ¿Se trataba solamente de una anomalía electrónica coincidente? Pero si lo era, ¿qué explicación tendría aquello? ¿Por qué la radio funcionó precisamente en aquel mismo instante, en el momento preciso? Era. . . bueno, muy extraño.

—Aquel incidente, ¿le entreabrió a usted alguna puerta? —le pregunté.

—Un poco, sí. Tal vez un poco.

Suspiró y después añadió:

—Yo no lo sé todo. *Nosotros* no lo sabemos todo. Tal vez haya otro plano de existencia. Es posible. Eso no demuestra nada al respecto. Solo hace que uno piense: *Necesitamos ser humildes ante el universo*.

—¿Llevó usted aquella radio a un experto en electrónica para tratar de hallar una explicación? —le pregunté.

—No, porque esa vez disfruté más de la experiencia que de la búsqueda de una explicación. Lo importante es el significado emocional que aquello tuvo para Jennifer. Y ese sería mi mensaje para que te lleves a casa con respecto a los milagros. No te preocupes por la mecánica. ¿Hizo que te sintieras mejor? Si así es, tómalo de esa manera. Con eso es suficiente. En nuestro mundo científico, a veces pensamos que necesitamos una respuesta excelente para todo. Por supuesto, eso está bien, pero hay algunas cosas que nunca podremos explicar. . . y eso está bien.

»Si después de esta vida resultara que existe algún otro plano de existencia, yo me alegraría. Me gusta estar consciente. Al igual que la mayoría de las personas, me sentiré triste cuando se acabe mi tiempo, porque disfruto de la vida. Tal vez esa vida siga. Yo pienso que es probable que no, pero sería magnífico que me llevara una agradable sorpresa.

»Y si Dios forma parte de la sorpresa, lo recibiré con agrado.

SEGUNDA PARTE

El caso a *favor* de los milagros

Entrevista con el doctor Craig S. Keener

CAPÍTULO 4

Del escepticismo a la fe

Todo comenzó como una nota al pie de página.

Mientras trabajaba en su masivo comentario sobre el libro de los Hechos (sí, masivo, con cerca de 4.500 páginas en cuatro volúmenes), el doctor Craig Keener comenzó a escribir una nota al pie de página acerca de los milagros que se registran en este relato del Nuevo Testamento y también de los principios del movimiento cristiano.

Observó que algunos lectores modernos desechan por completo la historicidad de Hechos porque no aceptan la posibilidad de que se produzcan milagros, creyendo que la experiencia uniforme de la humanidad indica que lo milagroso, simplemente no se produce. Ahora bien, ¿son razonables esas afirmaciones?

Keener comenzó a investigar. Y a escribir. La nota al pie de página fue creciendo y creciendo. Cuanto más descubría, más se convencía de que los milagros son más frecuentes de lo que piensa mucha gente, y que se hallan mejor documentados de lo que sostienen muchos escépticos. Luchó con los argumentos contra los milagros presentados por David Hume; viajó al África para investigar unas sanidades aparentemente sobrenaturales; analizó las Escrituras; desenterró ejemplos de prodigios, maravillas, visiones y sueños modernos.

Dos años más tarde se publicó su libro *Miracles*, otro exhaustivo proyecto erudito, tan completo, que cubre dos volúmenes con la sorprendente cantidad de 1.172 páginas. El erudito Ben Witherington III dijo lleno de entusiasmo que es «tal vez el mejor libro que se haya escrito jamás sobre los milagros en estos tiempos o en cualquier otro». Este comentario llevó a Craig Blomberg, profesor de Nuevo Testamento, a afirmar: «Ese “tal vez” es innecesariamente cauteloso».

Richard Bauckham, de la Universidad de Cambridge, afirmó cuando le preguntaron: «Y ahora, ¿quién le tiene miedo a David Hume?».

Una impresionante nota al pie de página.

✲ ✲ ✲

Mientras regresaba en auto a mi hotel de California, apenas terminado mi estimulante diálogo con el escéptico Michael Shermer, me acordaba de los volúmenes de Keener que se encontraban en la estantería de mi oficina en mi casa.

Shermer había presentado algunas objeciones problemáticas a la idea de lo sobrenatural y en cuanto a si podemos estar seguros de que se ha producido algo milagroso. Se había mostrado muy seguro de sí mismo y, en ocasiones, hasta casi arrogante. Había desestimado los supuestos milagros de Jesús como un fantasioso intento moralizador por parte de los escritores de los evangelios. Tal parecía que ningún supuesto milagro podría alcanzar el alto nivel de evidencias que él había establecido.

Si he de ser sincero, no esperaba menos del editor de la revista *Skeptic*. Aun así, sus críticas exigían unas respuestas.

Llamé a un amigo para conseguir la dirección de Craig Keener en el correo electrónico y después le envié una solicitud para una entrevista. Keener, a quien le encanta trabajar de noche, me envió su contestación a las tres en punto de la madrugada. Al cabo de poco tiempo, me vi volando hasta Lexington, Kentucky, para después conducir unos veinte minutos hasta el pequeño pueblo de Wilmore, donde solo hay dos semáforos. . . bueno, está bien; son tres los semáforos, si se cuenta el que todo lo que hace es destellar todo el tiempo.

Al parecer, me dije a mí mismo, los ateos tan amantes de los pleitos legales aún no han descubierto esta aldea de solo 1.638 hogares: su depósito de agua municipal tiene encima una cruz blanca gigantesca.

Entrevista con el doctor Craig S. Keener

«Yo soy una prueba viviente de que Dios no siempre hace milagros», me dijo Keener mientras me saludaba en su modesto hogar, situado en un vecindario donde se sentía en el aire el olor de las hojas de otoño que estaban quemando. «Sigo siendo corto de vista y sufriendo de la calvicie típica masculina. . . ¡que va

en aumento!».

Me acompañó escaleras abajo hasta su oficina, donde un escritorio atestado de cosas estaba rodeado por veintinueve archivos, todos ellos eficientemente llenos de papeles que contenían investigaciones y otras cosas, entre ellos una colección de los caprichosos dibujos animados que él dibuja para entretenerse. Cerca de ellos había una máquina elíptica de ejercicios.

Keener, a sus cincuenta y seis años, es alto y delgado (considera el ejercicio como uno de sus pasatiempos), con el cabello y la barba canosos muy cortos. Tenía puestos una camisa azul tejida y unos pantalones de mezclilla; a mediados de la tarde que pasamos juntos, se quitó los zapatos y anduvo caminando con sus calcetines blancos. Su conducta informal y amistosa no deja ver un calendario de trabajo que debe haber sido uno de los más rigurosos y productivos que se puedan imaginar.

Así que publiqué por Twitter una foto de nosotros dos juntos, con las palabras: «Un tiempo maravilloso entrevistando a Craig Keener para un proyecto. Mientras charlábamos, él escribió tres libros nuevos». Con la reputación de Keener de ser un autor prodigioso, yo sabía que esas palabras iban a conseguir unas cuantas risas.

Tras veinticinco años después de recibir su doctorado, ha escrito veintiún libros, pero eso solo da un pequeño indicio del trabajo que ha realizado. Su galardonada obra en cuatro volúmenes llamada *Acts: An Exegetical Commentary* tiene cerca de tres millones de palabras, densamente repletas de conocimientos eruditos, aunque escritas con un corazón de pastor.

Esta monumental obra dejó atónitos a los académicos. Gary Burge, del Wheaton College, dice: «Keener es un erudito con unos dones que solo aparecen una vez en cada siglo y aquí los vemos utilizados en plena fuerza. Nos vienen a la mente palabras como enciclopédica, magistral y épica. . . Keener tiene un dominio del mundo antiguo como pocos expertos en el mundo entero».

Gregory E. Sterling, de la Escuela de Divinidades de Yale, la reconoce como «el enfoque más amplio del libro de los Hechos en la erudición moderna». I. Howard Marshall, el eminente profesor de Nuevo Testamento de la Universidad de Aberdeen, la llamó «un notable logro de la erudición». Para Darrell L. Bock, del Seminario Teológico de Dallas, es «una valiosa joya»; para Samuel Byrskog, de la Universidad de Lund, es «una mina de oro».

Y esto es solo el comienzo. El currículum vitae de Keener es del tamaño de un libro pequeño. Su obra en dos volúmenes *Miracles: The Credibility of the New Testament Accounts*, con 620.000 palabras, «se puede decir que es el mejor

libro escrito jamás sobre el tema de los milagros», según el notorio erudito bíblico Craig A. Evans, de la Universidad de Houston Baptist.

Cuando Keener escribió su disertación en la Universidad de Duke, donde recibió su doctorado en filosofía sobre el Nuevo Testamento y los orígenes del cristianismo en 1991, le hicieron falta más de cien páginas, solo para hacer la lista de las fuentes que había consultado. Su disertación tenía en total cerca de las quinientas páginas. Hoy, hacen falta ochenta y cinco páginas para presentar la lista de todos sus libros, premios, artículos eruditos y populares conferencias dadas en distintas partes del mundo.

Por mencionar algunos de los demás libros de Keener, hablaremos de su obra *The Historical Jesus of the Gospels* (añadamos otras 831 páginas a su total) y comentarios sobre el Evangelio de Juan (con treinta mil referencias procedentes de fuentes antiguas); Mateo (que ganó el premio al Libro del Año en Estudios Bíblicos de la revista *Christianity Today*); Romanos; las dos epístolas a los Corintios y el Apocalipsis. *Su IVP Bible Background Commentary: New Testament* le dio más reconocimientos aún.

Profesor de estudios bíblicos actualmente en el Seminario Teológico Asbury, Keener vive en Wilmore con su esposa, Médine, que tiene un doctorado en filosofía y enseña francés, y sus dos hijos adoptivos procedentes del África: uno de diecinueve años y una de dieciséis. Médine estuvo refugiada durante unos angustiosos dieciocho meses en la selva del Congo, su país nativo. Ella y Craig relatan su historia en el libro *Impossible Love: The True Story of an African Civil War, Miracles, and Love Against All Odds*.

Keener y yo nos acomodamos en asientos uno frente al otro; yo preparé mi grabadora digital para captar la conversación. Comencé resumiendo mi entrevista con Michael Shermer, detallando aquella conversación punto por punto, mientras Keener la analizaba con un intenso interés.

—El doctor Shermer ha tenido un fascinante recorrido —comenté al final—. Hizo profesión de fe, pero ahora es escéptico.

Keener alzó una ceja.

—Exactamente lo contrario a lo que me sucedió a mí.

—Eso es interesante —le dije—. Cuénteme su historia.

Una presencia y un propósito

Keener creció como hijo de un sastre y una artista en una pequeña comunidad de Ohio que debe su nombre al obispo católico francés Jean-Baptiste Massillon. Se ajustaba claramente a la definición de «precoz» que da el

diccionario: a los trece años leía a Platón. Y ya para entonces se calificaba a sí mismo de ateo.

—Cuando yo tenía nueve años, mi madre me preguntó si creía en la vida más allá de la muerte —me dijo—. Le contesté que no. Me respondió que ella tampoco, y citó una encuesta según la cual, la mayoría de los intelectuales no creían en ella. Me sentí aprobado, pero tampoco le encontraba significado ni propósito alguno a la vida, lo cual correspondía bien con mi cosmovisión.

»Platón me hizo pensar en la inmortalidad del alma. Yo no quería quedarme apagado para siempre. Pero pensaba que si podíamos hallar la inmortalidad por medio de Dios, ¿por qué me habría de amar Él? Yo no era una persona amorosa. Era totalmente egoísta, y lo sabía.

»Además, el cristianismo no me parecía creíble. Pensaba: *Si algún día encontrara que hay un Dios, se lo entregaría todo, pero el ochenta por ciento de las personas que viven en esta nación se declaran cristianas y, sin embargo, no le entregan a Dios todo lo que son. Solo viven como si esta fuera la única vida.* Me daba la impresión de que la mayoría de los que se llamaban cristianos, en realidad no lo creían.

Yo le dije:

—O sea, que ya de adolescente usted estaba luchando con unas cuestiones espirituales de importancia.

—Así es. Recuerdo que en algún momento dije: «Si hay alguien ahí, si hay un Dios o unos dioses, entonces por favor, demuéstrenmelo».

—¿Qué sucedió?

—A los quince años, un día iba caminando de regreso a mi casa después de mi clase de latín, cuando dos bautistas fundamentalistas me arrinconaron. Me preguntaron dónde iría cuando muriera y comenzaron a decirme cómo podía ser salvo a la luz de la Biblia. Después de un largo intercambio de palabras, les dije: «Miren, señores, yo les he estado siguiendo la corriente, pero ustedes me están diciendo cosas sacadas de la Biblia. Yo no creo en la Biblia. Soy ateo. Me tienen que dar algo que no sea de la Biblia».

—¿Y lo hicieron?

—Estaba claro que no tenían nada. Así que les lancé mi gran pregunta: «Si hay un Dios, ¿de dónde vienen los huesos de los dinosaurios?».

Yo sonreí.

—Los estaba tratando de dejar mudos, sin respuesta.

—Sí. Me encantaba divertirme a costa de los cristianos. Uno de ellos me dijo: «El diablo los puso ahí para engañarnos». Entonces fue cuando les dije:

«Eso es ridículo. Yo me voy». Mientras me daba vuelta para irme, uno de ellos me dijo: «Estás endureciendo tu corazón contra Dios, y cada vez que hagas eso, te va a ser más difícil arrepentirte. Al final, vas a arder en el infierno para siempre».

—Bueno —le dije—, ese es un buen ejemplo de evangelismo amistoso.

—Esos no conocían el evangelismo amistoso; no conocían nada de apologética y, ciertamente, tampoco sabían paleontología —me contestó Keener —. Sin embargo, mientras seguía rumbo a mi casa, sentí la convicción del Espíritu Santo. Pasé frente a una iglesia católica y vi una cruz encima del campanario. Yo sabía lo que es la Trinidad y me pregunté si no me estaría mirando desde allí. Finalmente, llegué a mi cuarto, donde comencé a discutir conmigo mismo: *Esto no puede ser cierto. Pero. . . ¿y si lo es?* Y entonces lo sentí.

—¿Qué sintió?

—La presencia misma de Dios. . . allí mismo, en ese mismo momento, allí, en mi cuarto. Yo había estado deseando unas evidencias empíricas, pero en vez de dármelas, Dios me dio otra cosa: la evidencia de su presencia. Así que no fue la apologética la que me alcanzó; mi cerebro se tuvo que poner a la altura después de aquello. Sencillamente, me sentía abrumado ante la presencia palpable de Dios. Era como si Alguien estuviera allí mismo, en mi cuarto conmigo, y no era algo que yo estuviera generando, porque no era forzosamente lo que yo estaba deseando.

Me incliné hacia delante, atraído por su relato.

—¿Cómo reaccionó usted? —le pregunté.

—Dije: Dios, esos personajes que estaban en aquella esquina me dijeron que Jesús murió por mí, y que resucitó, y que eso es lo que me salva. Si es eso lo que me estás diciendo, lo voy a aceptar. Pero no entiendo cómo hacerlo. Así que, si me quieres salvar, lo vas a tener que hacer tú mismo.

—¿Y lo hizo?

—Sentí de repente que recorría todo mi cuerpo algo que nunca antes había sentido. Di un salto y dije: ¿Qué fue eso? Sabía que Dios había entrado a mi vida. En aquel momento quedé lleno de sorpresa y adoré.

Dos días más tarde, Keener se fue a una iglesia cercana, donde el pastor le preguntó: «¿Estás seguro de que has sido salvo?». Keener le dijo: «No, no sé si lo hice de la forma correcta». Entonces fue cuando el ministro lo guió en una oración de arrepentimiento y de fe.

—Esa vez tuve la misma sensación abrumadora de la majestad, la excelencia

y la grandiosidad de Dios —me dijo Keener—. Sentí una clase de gozo que nunca antes había sentido. Y por vez primera, comprendí cuál era mi razón de ser. Cuál es la razón de ser.

—¿Y cuál es?

—Nuestra razón de ser está en Dios: vivir para él, servirle, adorarle. —Hizo una pausa y después expresó de forma enfática un pensamiento más—: Todo debe ser edificado alrededor de Jesús.

Una fe firme y segura

No le llevó mucho tiempo al joven Keener darse cuenta de que hasta los niños de la escuela dominical sabían más Biblia que él, así que se dedicó a estudiarla para ponerse a su altura. Y lo logró. Descubrió que si leía cuarenta capítulos al día, podría leer el Nuevo Testamento entero cada semana y toda la Biblia cada mes.

Rechazó una beca nacional por méritos para estudiar en un colegio bíblico. Después de recibir su título universitario en Biblia, se fue a un seminario, donde obtuvo una maestría en lenguas bíblicas y otra en divinidades. Después de eso, recibió su doctorado en Duke.

Desde el principio, los interrogantes le daban vueltas en la mente a aquel joven que antes había dudado de todo y, en los primeros tiempos, las respuestas se iban presentando con lentitud. Escribía cada una de sus objeciones y después buscaba de forma sistemática las respuestas, pidiéndole a Dios profundidad y sabiduría.

Al cabo de los años, sobre todo después de adquirir acceso a las bibliotecas académicas, fue surgiendo con una fe firme y segura, no basada únicamente en su experiencia personal con Dios, sino también con base en la historia, las ciencias y la filosofía.

Me dijo:

—Yo me preguntaba por qué los brillantes eruditos liberales ponían en tela de juicio los fundamentos de la fe. Leía sus argumentos y los podía refutar en el papel. Pero me cuestionaba: ¿Y si ellos tuvieran la oportunidad de contestarme?

Cuando al fin tuve la oportunidad de hablar con ellos, les presenté mis mejores argumentos. Ellos los rechazaron con sus respuestas, las cuales me eran muy fáciles de refutar. Estaba perplejo. ¿Cómo era posible que sus posiciones fueran tan débiles y, sin embargo, aún las creyeran?

—Tal vez —le sugerí yo—, no se tratara solamente de las evidencias o de los argumentos, sino de una predisposición contra lo milagroso.

—Bueno, recuerdo haber estado debatiendo durante horas con un profesor que había sido cristiano. Me sentía frustrado, porque no lo podía persuadir. Un amigo que estaba conmigo me dijo: «Tú has refutado todo lo que él te ha dicho». Sin embargo, aquel profesor desestimaba cuanta línea de evidencia yo le presentaba. Finalmente, le pregunté: «Si alguien resucitara de entre los muertos delante de usted, ¿lo creería?».

—¿Cuál fue su respuesta? —le pregunté.

—Él me dijo: No.

Keener se detuvo un instante, como si se sintiera atónito de nuevo ante aquella respuesta.

—Me limité a sacudir la cabeza —me dijo—. Allí estaba él, acusándome de ser estrecho de mente por ser cristiano, pero estaba muy claro que él tenía una presuposición contraria a todo lo sobrenatural, que lo estaba cerrando a la posibilidad de una consideración completa de los argumentos y de las evidencias.

Aquello era diferente a lo que había sido la actitud de Keener durante todo el tiempo.

—Incluso cuando usted era ateo, me parece que a pesar de aquello, usted estaba receptivo a que lo retara algo que no había tenido en cuenta —le dije.

—Me agrada pensar que así era —fue su respuesta. Se encogió de hombros —. ¿Acaso no deberíamos estar dispuestos todos a evaluar de nuevo nuestra posición basándonos en nuevas evidencias?

En el caso de Keener, sus décadas de intenso estudio y de reflexión solo han servido para solidificar una fe que le llegó inicialmente a través de. . . ¿*qué*? ¿De un milagro?

Sí, se podría sostener que la experiencia sobrenatural que tuvo en su cuarto cae dentro de la definición de los hechos milagrosos. Fue producida por el poder de Dios; fue una excepción temporal del curso ordinario de la naturaleza y

demostró que Dios no actúa solamente en la historia, sino que actuó también en el corazón y la vida de ese muchacho de quince años, en ese mismo momento y lugar.

¿Le habría podido probar Keener ese milagro a un escéptico? Al fin y al cabo, era una experiencia de tipo individual, que ninguna otra persona había presenciado o autenticado. Y sin embargo, ha quedado confirmada una vez tras otra por la transformación radical de su personalidad, sus valores, su moralidad y sus prioridades, hasta convertirse en una vida consagrada a adorar a Dios con su corazón y su mente.

Y ahora, décadas más tarde, después de sumergirse en la historia y la teología, sería Keener quien escribiría la obra erudita definitiva acerca de la realidad de lo sobrenatural en el mundo de hoy.

—¿Qué lo impulsó a investigar los milagros? —le pregunté.

—Bueno —me contestó—, todo comenzó como una nota al pie de página en mi comentario al libro de los Hechos. En poco tiempo, aquella nota creció hasta tener doscientas páginas. . . y fue entonces cuando me decidí a convertirla en un libro.

Sin embargo, yo me preguntaba si el verdadero ímpetu se remontaba a su cuarto, unas cuatro décadas antes, cuando el Dios de Abraham, Isaac y Jacob se dignó manifestarle su presencia a un precoz adolescente que había estado leyendo a Platón y debatiendo con unos bautistas en la calle. Un joven que había visto una cruz sobre un campanario y se había preguntado si no habría alguien velando a ver a quién podría guiar a su hogar. Un ateo en ciernes que había jurado entregárselo todo a Dios si alguna vez lo encontraba y que cumplió su promesa.

Según la historia del propio Keener, el Dios de los milagros tocó la vida de aquel joven pero inflexible ateo. Y ahora, aquí estaba Keener como uno de los principales eruditos del mundo, describiendo y defendiendo las señales y prodigios de Dios ante un mundo cada vez más escéptico.

Saqué de mi cuaderno varias páginas de preguntas escritas a máquina y me moví un poco hacia el borde de mi silla. Había mucho más que tenía que preguntarle.

CAPÍTULO 5

De Hume a Jesús

Mientras los profesores de diferentes procedencias hablaban sobre el libro de Craig Keener, *The Historical Jesus of the Gospels* en un cónclave de eruditos, un miembro del Seminario de Jesús —del ala izquierda—, se puso en pie para dirigirse a los allí reunidos.

«Hay dos clases de eruditos: los eruditos críticos y los evangélicos», le dijo al grupo. «Los evangélicos no deberían ni estar siquiera en la misma habitación con los eruditos críticos, porque no son realmente críticos».

Keener protestó indicando que él había seguido unos principios historiográficos normales al escribir su libro. Señaló que los relatos de los evangelios pertenecen al género de las biografías antiguas, que normalmente se basan en sucesos históricos.

«Pero», le replicó el erudito, «¡contienen milagros!».

Lo que estaba señalando, aunque no lo dijo, era: Si los evangelios informan que Jesús hizo milagros, entonces sencillamente no se pueden tomar como históricamente dignos de confianza. En ese caso deben estar basados en la leyenda, la mitología o el error. ¿Por qué? Porque desde David Hume, todo el mundo sabe que sencillamente los milagros no se producen.

Yo continué mi conversación con Keener diciéndole:

—El escéptico Michael Shermer cree que los escritores de los evangelios ni siquiera tuvieron la intención de escribir una historia real. En vez de ello, nos relatan historias inverosímiles acerca de unos milagros ficticios con el fin de presentar un principio moral.

—Sí, es cierto que los evangelios presentan principios morales —fue la respuesta de Keener—, pero eso no significa que no estuvieran informando sobre

sucesos históricos. Los lectores de mediados del siglo segundo, hasta la mayor parte del siglo diecinueve consideraban los evangelios como biografías de algún tipo. Ese punto de vista cambió a principios del siglo veinte, cuando algunos eruditos les buscaron una nueva clasificación. Pero ahora, la evaluación dominante ha recorrido el círculo completo: hoy, son muchos los eruditos que consideran los evangelios como biografías.

—¿Qué sugiere eso acerca de ellos, que son como las biografías modernas, que supuestamente informan sobre lo que ocurrió realmente en la vida de una persona?

—Existen diferencias entre las biografías antiguas y las modernas. Las biografías antiguas no se preocupaban mucho por la cronología, por ejemplo, ni por la niñez de la persona sobre la cual fueron escritas. Sin embargo, al igual que las biografías contemporáneas, se suponía que las antiguas manejaban una información histórica, no sucesos imaginarios que sencillamente se inventaban para presentar algo importante.

—En ese caso, no es legítimo que clasifiquemos los evangelios como obras mitológicas —le dije.

—Claro que no. Los relatos de los evangelios se hallan a una gran distancia de los relatos del género mitológico, que tienden a referirse al pasado distante, no a unos personajes históricos más recientes. Los temas de estos últimos eran míticos, se desarrollaban en unas épocas primitivas, y presentaban criaturas fantásticas. No; decididamente la mitología es un género literario diferente al de los evangelios; no cabe la menor duda al respecto.

Keener hizo una pausa por un instante antes de volver a hablar.

—Piensa en las palabras con las que comienza el Evangelio de Lucas. Él afirma que ha «investigado todo esto con esmero desde su origen» para poder escribir «ordenadamente» lo que tuvo lugar en la vida y el ministerio de Jesús.

El tono de su voz se volvió más intenso.

—Esas no son las palabras de alguien con la intención de fabricar cuentos de hadas sacados de la nada con el propósito de enseñar una lección. Son las palabras de alguien que quiere informar sobre la certeza de lo que ha sucedido.

Jesús, sanador y exorcista

Los evangelios le atribuyen a Jesús más de treinta milagros.

—Caminar sobre el agua, resucitar muertos, curar la lepra de manera instantánea. . . hay que admitir que sostienen cosas bastante fantásticas —le dije a Keener.

—Sin embargo, observa la forma en que los evangelios informan sobre ellas —me contestó—. Con seriedad, y haciendo destacar los detalles. Había testigos presenciales; de hecho, con frecuencia Jesús realizaba sus milagros ante un público hostil. Sus enemigos no disputaban el hecho de que él hubiera realizado los milagros; todo lo que hacían era objetar que los hiciera en el Sábado. Además de eso, los evangelios fueron escritos cuando aún vivían los contemporáneos de Jesús, los cuales con toda seguridad no habrían estado de acuerdo con lo que decían, si hubiera sido inventado.

—Muy bien, tal vez esas historias sobre milagros no sean mitos, ¿pero acaso no podrían ser leyendas, es decir, unas historias que comenzaban con un pequeño núcleo de verdad, pero crecían y creían hasta convertirse en unos relatos más fantasiosos al cabo de un largo tiempo? —le pregunté.

—En realidad, si se indaga hasta hallar los materiales más antiguos acerca de Jesús, se lo sigue encontrando descrito como un sanador y exorcista que obraba milagros.

—¿Por ejemplo. . .? —lo incité para que hablara.

—Se considera que el Evangelio de Marcos es el primero que se escribió, y el cuarenta por ciento de sus narraciones tiene que ver de alguna manera con milagros —me dijo Keener—. Además, hay reconocimiento de los milagros de Jesús en la fuente Q, que muchos eruditos creen que fue una fuente muy temprana usada por Mateo y Lucas en la redacción de sus evangelios. De hecho, el material de la fuente Q se refiere a las aldeas de Corazín y Betsaida, diciendo que son juzgadas por no responder ante los extraordinarios milagros que Jesús hizo entre sus habitantes. Aquí se trata de una tradición fundamental acerca de Jesús, no de alguna leyenda posterior.[1]

Siguió hablando:

—En otro relato de la fuente Q, Jesús les dice a los seguidores de Juan que le informen a este que lo han visto a él realizando obras milagrosas en las cuales los ciegos, los cojos y los leprosos recibían sanidad e incluso los muertos eran resucitados.[2] Además de eso, vemos milagros en el material que son exclusivos de Mateo y de Lucas, y también en los escritos de Pablo. Por ejemplo, Pablo apela al conocimiento de los testigos acerca del mayor de los milagros de Jesús, su resurrección, en una carta que le escribe a la iglesia de Corinto.[3] Los eruditos

han fijado la fecha de esa tradición a unos pocos años, o incluso pocos meses, después de la muerte de Jesús.[4]

—¿Qué me dice de las fuentes no cristianas?

—Los rabíes y Celso, un filósofo griego anticristiano, dicen con claridad que Jesús era un obrador de milagros. Por supuesto, las fuentes no cristianas posteriores atribuían sus obras a la hechicería, pero aun así, seguían reconociendo que se había producido algo extraordinario. Además, Josefo, el historiador judío del siglo primero, escribió diciendo que Jesús era un hombre sabio que «hizo cosas asombrosas».

—¿Cosas asombrosas?

—Sí. Lo significativo de esto es que esa es la misma forma en que él describe los milagros asociados con el profeta Eliseo.

—Pero, ¿no es polémico ese pasaje de Josefo? —le pregunté—. Los críticos alegan que es un texto añadido más tarde por los cristianos.

—El historiador judío Geza Vermes, de Oxford, analizó el estilo de redacción de Josefo y llegó a la conclusión de que, en particular, esta afirmación sobre los milagros es realmente auténtica —me dijo Keener—.[5] Francamente, tengo que estar de acuerdo con lo que dijo el erudito Raymond Brown acerca de Jesús, que es que hasta «las tradiciones más antiguas lo presentan como un sanador».[6]

—Pero ¿por qué sanó Jesús a los enfermos, dominó la naturaleza y echó fuera demonios? —le pregunté—, es obvio que no estaba simplemente intentando demostrar su divinidad, puesto que más tarde sus discípulos también hicieron milagros. . . y podemos estar seguros de que no eran deidades. ¿Qué motivaba a Jesús?

—Sus milagros eran una señal de la llegada del reino —o el dominio— de Dios —me contestó—. Eran una manera de probar el futuro, cuando la sanidad será total. Jesús dijo: «Pero, si expulso a los demonios con el poder de Dios, eso significa que ha llegado a ustedes el reino de Dios».[7] Esas señales eran un preludio de la restauración total, cuando Dios haga un nuevo cielo y una nueva tierra. Nos recuerdan que viene el día en el cual ya no habrá más sufrimiento ni más dolor.

—Y nos muestran algo acerca de la naturaleza de Dios —propuse yo.

—Sí y mucho. Nos muestran su poder, pero también su benevolencia y su

compasión.

Al final de todo, no cabe duda alguna de que los informes sobre las obras sobrenaturales de Jesús se hallan inseparablemente tejidas en la urdimbre de su vida, incluso si nos remontamos a las fuentes más tempranas de todas. Gerd Theissen y Annette Merz, expertos en el tema de Jesús, escriben: «De la misma manera en que el reino de Dios se halla en el centro de la predicación de Jesús, también las sanidades y los exorcismos forman el centro de su actividad».[8]

Ahora bien, ¿se trataba de verdaderos milagros o simplemente de milagros aparentes? ¿Tenía Jesús un verdadero acceso a lo sobrenatural, o solo estaba embaucando a unas audiencias ingenuas y primitivas del siglo primero? Solo porque se informe acerca de milagros en un texto antiguo, eso no hace que sean forzosamente ciertos. Al fin y al cabo, ¿cómo es posible que una gente moderna y racional crea que un Nazareno del siglo primero podía burlar los poderes de la naturaleza?

«La fe en los milagros es injustificada —se mofaba Larry Shapiro, profesor de filosofía en la Universidad de Wisconsin-Madison, en su libro *The Miracle Myth*—. Nadie ha tenido jamás ni tenga en la actualidad buenas razones para creer en los milagros. Las razones que dan las personas para creer en los milagros. . . son malas».[9]

David Hume no lo habría podido decir mejor.

Las presuposiciones y el razonamiento circular

Michael Shermer no es el único en cuanto a considerar la causa de Hume contra los milagros como «un argumento contundente». Los ateos y los agnósticos citan de manera rutinaria a Hume cuando presentan sus razonamientos contra la posibilidad de unos milagros genuinos. De hecho, los partidarios de Hume señalan que los argumentos actuales contra lo milagroso son muchas veces reafirmaciones o reformulaciones del tratado original de Hume.[10] Está claro que es difícil exagerar la influencia que ha tenido en la controversia con respecto a lo sobrenatural.

Ahora bien, ¿es justificada la reputación de Hume? ¿Son sus argumentos tan irrefutables como los escépticos creen? No pude menos que sonreír mientras le mencionaba este tema a Keener.

—Si yo pudiera resumir lo que usted ha escrito acerca de Hume —le dije—, sería de esta manera: *Usted no es uno de sus seguidores*.

Keener se echó a reír.

—Bueno, seamos sinceros: sus argumentos contra los milagros se basan en suposiciones previas y en un razonamiento circular —me dijo—. Ya en sus tiempos, se le criticó por reciclar los antiguos argumentos que habían presentado los deístas contra el cristianismo, sin tener en cuenta las críticas que ya se habían presentado en contra de esos argumentos.

—Deme un ejemplo de la forma en que él usaba el razonamiento circular —le dije.

Keener pensó por un instante. Después me dijo:

—Hume define *milagro* como una violación de la ley natural y define *ley natural* como una serie de principios que no es posible violar. De esa manera, está descartando, ya desde el principio, la posibilidad de que se produzcan milagros. Está dando por sentado aquello que él ya ha afirmado que va a demostrar. . . y eso es un razonamiento circular. En realidad, se trata de un prejuicio antisobrenatural, no de un argumento filosófico convincente.

—¿Comete un error al decir que los milagros son una violación de las leyes de la naturaleza? —le pregunté.

—En la actualidad entendemos que las leyes lo que hacen es *describir* el patrón de conducta normal de la naturaleza; no *prescribirlo*. En otras palabras. . . —se giró en su asiento para tomar de su escritorio una pluma, y la levantó en alto para que yo la viera—. Si yo suelto esta pluma, la ley de la gravedad me dice que va a caer al suelo. Pero si yo extendiera la mano y la atrapara en el aire, no estaría violando la ley de la gravedad; solamente estaría interviniendo. Y ciertamente, si Dios existe, tendría la capacidad necesaria para intervenir en el mundo que él mismo creó.

Keener tiró la pluma sobre su escritorio y se volvió de nuevo hacia mí.

—Todo lo que hace Hume es rechazar cuanta evidencia contradiga su tesis —siguió diciendo—. Para él, los milagros como violaciones de la naturaleza son más increíbles que lo dignos de confianza que puedan ser los testigos presenciales, de manera que no existe evidencia alguna que se pueda considerar como persuasiva en cuanto a los milagros. En otras palabras, es inútil investigar las afirmaciones de los milagros, puesto que, por fuertes que sean las evidencias, no van a poder prevalecer. Sí, es cierto que señala los criterios que deben cumplir las buenas evidencias, pero pone tan alto el nivel que debe tener una prueba, que no hay nada que pueda llegar hasta él.

Una vez dicho eso, Keener me relató una historia acerca de Hume y Blas Pascal, el influyente científico y matemático francés.

«Marguerite Perrier, sobrina de Pascal, sufría de una grave fístula que había tenido durante largo tiempo en un ojo y que despedía un olor repulsivo. El 24 de marzo de 1656 fue totalmente sanada en un monasterio de una manera drástica, en la cual se había desvanecido incluso el deterioro causado en el hueso. Hubo evidencias médicas y de testigos presenciales; la diócesis verificó la sanidad. Hasta los médicos de la familia real la examinaron y la misma reina proclamó que aquello era una sanidad. En los meses siguientes, se produjeron ochenta milagros más. Así que aquí tienes milagros que eran recientes, públicos y autenticados por muchos testigos, e incluso médicos. . . todos los cuales reunían los criterios de Hume en cuanto a las evidencias. Pero al final, él desestimó todo aquello como irrelevante».

—¿Por qué?

—Se apoyó en el principio de que sencillamente, los milagros no son posibles, porque violan la naturaleza. Ahora bien, aquí tenemos un caso clásico de razonamiento circular.

Más aún, Hume se sintió en libertad de burlarse de todo el informe acerca de la sobrina de Pascal, porque se trataba de jansenistas, miembros de una controversial secta a la que se oponían tanto los protestantes como los católicos tradicionales.

Yo le pregunté:

—¿Qué me dice de la afirmación de Hume según la cual la experiencia uniforme de la humanidad indica que los milagros no suceden?

—Se trata de una afirmación; no de un argumento lógico. Lo que él está diciendo es: «Los milagros violan el principio de que ellos nunca suceden».[11] Observa una vez más lo circular que es esto. Además, sus criterios para evaluar los milagros son demasiado vagos e incluso contradictorios. Por ejemplo, él exige de todo testigo que sea persona de un buen sentido común incuestionable, pero después parece poner en tela de juicio el buen sentido de todo aquel que afirme haber presenciado un milagro.

—De acuerdo, Hume nunca experimentó personalmente ningún milagro. Pero a partir de esa realidad, llega a la conclusión de que la experiencia uniforme de la humanidad es que los milagros no suceden. Eso es totalmente ilógico, en especial hoy, en que tenemos tantos informes convincentes sobre sucesos milagrosos que proceden de testigos presenciales.

Yo intervine.

—Según el sondeo nacional que encargué, más de noventa y cuatro millones de personas adultas de Estados Unidos afirman haber pasado por una experiencia

que solo pueden explicar como un milagro de Dios. A nivel mundial, ese número, basado en otros sondeos, asciende a centenares de millones.

Keener asintió.

—Así es.

—Pero —le llamé yo la atención—, eso no significa forzosamente que fueran milagros reales.

—Eso es cierto, y tal vez la gran mayoría de ellos han sido coincidencias, anomalías, errores o fraudes, o el efecto placebo, o lo que se quiera. Ciertamente, esas cosas suceden, y es necesario que lo admitamos. Ahora bien, ¿se pueden explicar todos los casos de esa manera?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Sencillamente, algo así desafía la lógica. . . e ignora las evidencias.

El Emperador Hume no trae ropa

Me tomó un momento ir revisando mis notas para ver con rapidez lo que Keener había dicho hasta el momento. Entonces comenté: «Con todas esas debilidades en los argumentos de Hume, es difícil ver la razón por la cual aún lo citan con tanta frecuencia los escépticos de la actualidad».

—Estoy de acuerdo. Desde el mismo momento en que lanzó sus escritos ha habido críticos que señalan los problemas evidentes que presenta la labor de Hume, y hoy esos críticos son más fuertes aún. Algunos son francamente brutales. Una gran cantidad de filósofos de diversas procedencias están declarando finalmente que el Emperador Hume no trae ropa puesta.

Entre ellos se encuentra John Earman, prominente filósofo de la ciencia, cuya mordaz crítica, publicada por la Universidad de Oxford Press, lleva el título de *El desdichado fracaso de Hume*. Así dice en su devastadora introducción:

> No se trata solamente de que el ensayo de Hume no logre sus metas, sino de que esas metas suyas son ambiguas y confusas. La mayoría de las consideraciones hechas por Hume no son originales, sino versiones recalentadas de argumentos que se encuentran en los escritos de predecesores y contemporáneos suyos. Y las partes del «Of Miracles»

(«De los milagros») que distingue a Hume no resiste el escrutinio. Peor aún: este ensayo revela la debilidad y la pobreza de la explicación del propio Hume sobre la inducción y el razonamiento por probabilidades. Y para remate, el ensayo representa esa clase de extralimitación que le da a la filosofía un mal nombre.[12]

¿Qué había realmente detrás de la diatriba de Hume contra los milagros? Earman está convencido de que su motivación estaba en su animosidad contra la religión organizada, «que Hume veía como compuesta de supersticiones que han tenido de manera casi uniforme unos efectos perniciosos sobre la humanidad». Él afirma que Hume se sentía impulsado por un «fuerte deseo de lanzar un golpe destructor contra una de las principales columnas» de la fe, lo que lo llevó a «afirmar más de lo que podía presentar».[13]

Dicho sea de paso, debido a su violenta crítica a Hume, algunas personas se han preguntado si Earman no tendría un «plan oculto» en cuanto a la apologética cristiana. Él ha afirmado que, aunque valora grandemente la herencia judeocristiana, no obstante, no encuentra «nada atractivo, intelectual ni emocional, en las doctrinas teológicas de la cristiandad».[14] Como señalaría un crítico, «su meta es esbozar una epistemología que permita a la vez la posibilidad de los milagros y un sano escepticismo hacia las afirmaciones con respecto a ellos, metas gemelas que abrazan también muchos teístas».[15]

David Johnson, que obtuvo su doctorado en filosofía en la Universidad de Princeton y es profesor en la Universidad Yeshiva, admite que los argumentos de Hume acerca de los milagros «carecen por completo de mérito».[16] En su libro, publicado por Cornell University Press, afirmó: «El punto de vista de que en el ensayo de Hume hay [. . .] algún argumento, réplica u objeción que sean siquiera superficialmente buenos, y mucho menos, poderosos o devastadores, es simplemente un mito filosófico».[17]

Keith Ward, filósofo y teólogo ya retirado de su cátedra de profesor en la Universidad de Oxford clasificó los argumentos de Hume sobre los milagros de «excepcionalmente pobres» y dijo que solo son aceptables para aquellos que se sienten «impresionados por su agudeza filosófica general. . . una perspicacia que no lleva a sus señalamientos sobre los milagros».[18]

¡Ay!

Afirmaciones extraordinarias y evidencias también

extraordinarias

Hice un ademán en dirección a Keener.

—Si el enfoque de Hume no funciona, ¿cómo cree usted que la gente debe pensar sobre las afirmaciones de que se han producido milagros? —le pregunté.

Keener se inclinó hacia delante en su asiento.

—Yo creo que debemos mirar las evidencias con una dosis saludable de escepticismo, y al mismo tiempo también con una mente abierta —comenzó a decir—. ¿Hay testigos presenciales? Cuando tenemos varios testigos independientes entre sí y confiables, aumenta la probabilidad de que su testimonio sea veraz. ¿Tienen los testigos reputación de sinceros? ¿Ganan o pierden algo con lo que están diciendo? ¿Tuvieron una buena oportunidad de observar lo que sucedió? ¿Existe alguna corroboración? ¿Hay documentos médicos? ¿Cuáles fueron las circunstancias precisas y el momento exacto de lo sucedido? ¿Hay alguna explicación natural alterna para lo que sucedió?

Yo le indiqué que el científico ateo Jerry Coyne dijo que se necesitarían «evidencias masivas, bien documentadas y reproducibles, o independientemente corroboradas por múltiples fuentes dignas de credibilidad» para estar seguros de que se trata de un milagro.[19]

—¿Reproducibles? —me contestó Keener—. Los milagros son únicos. Forman parte de la historia que no se puede repetir. ¿Cómo podríamos poner a prueba si una persona ha sido resucitada después de muerta, disparándole para matarla y volviéndolo a intentar? No lo creo —me dijo entre risas—. Pero aparte de eso, lo cierto es que tenemos una gran cantidad de casos que cumplen con el requisito al que se está refiriendo Coyne.

—¿Cuál es la carga adecuada de una prueba? —le pregunté—. Son muchos los escépticos que dicen que las alegaciones extraordinarias exigen evidencias también extraordinarias.[20]

—El problema está en la forma en que se defina un término tan ambiguo como el de *extraordinario*. Por lo general, los escépticos elevan la norma a un nivel infinitamente alto. Yo creo que necesitamos evidencias *suficientes* y *dignas de crédito*, cosas que van a variar según cada caso. En general, es necesario que se trate de algo razonable, de manera que no seamos demasiado crédulos, pero que tampoco desestimemos las cosas desde el principio.

—¿Qué norma sugiere usted?

—En la ley civil, la norma es «más probable que improbable». Esa es

también la norma que la mayoría de los historiadores aplican en su trabajo. Así que me parece que es un punto de referencia adecuado para aplicarlo cuando estemos evaluando algo de lo cual se afirma que es un milagro. Por supuesto, en última instancia, las personas van a mirar los sucesos a través de su propio marco interpretativo.

—En otras palabras, en realidad es cuestión de la cosmovisión de cada cual, ¿no es cierto? —le dije.

—Seguro. Si no les das a los milagros oportunidad alguna de que sucedan, como hizo Hume, entonces no vas a encontrar ninguno. Pero si mantienes la mente alerta y sigues las evidencias, dondequiera que sea que te lleven. . . bueno, es posible que te lleve a lugares inesperados.

Con la pluma en la mano, busqué una hoja en blanco en mi cuaderno de notas. Allí era precisamente donde yo quería ir a continuación.

CAPÍTULO 6

Una oleada de milagros

Un médico comenzó a leer la obra de Craig Keener en dos volúmenes con una sola meta en su mente: reforzar su cosmovisión altamente escéptica.

«Yo estaba listo para "ver las verdaderas intenciones" de otro teólogo más que no sabía nada de las enfermedades psicosomáticas, las mejoras temporales sin continuidad a largo plazo, los diagnósticos médicos incorrectos, los desórdenes de conversión, las curas fingidas, los autoengaños y cosas semejantes», dijo.

Pero admitió: «Me sorprendieron».

Después de abrirse paso a través de los capítulos filosóficos, se encontró con los miles de estudios de casos que forman el núcleo de la obra de Keener; informes sobre sanidades extraordinarias y otros sucesos increíbles respaldados por testigos presenciales y, en muchos casos, por claras evidencias que los corroboraban.

«Los leí con el ojo crítico de un escéptico que tiene ya en su haber muchos años de práctica médica», dijo ese doctor.

Muchos de los informes no se hallaban suficientemente documentados para convencerlo. En algunas ocasiones, se podría imaginar otras explicaciones naturalistas para dar cuenta de lo que había sucedido.

Sin embargo, no fue así en todos los casos. «Ni remotamente», dijo. «Encontré [centenares de estudios de casos] que me parecieron sorprendentes. Sencillamente, no se podían desechar con una respuesta inteligente y un gesto de satisfacción. *Con respecto a mi cosmovisión, era como si me hubieran arrancado la silla en la que estaba sentado*».[1]

Tal es el poder persuasivo de las evidencias a favor de numerosas

afirmaciones sobre sucesos milagrosos. Es suficiente hasta para ganarse. . . bueno, al propio Keener.

Una hermenéutica de desconfianza

—Cuando yo era ateo, por supuesto que no creía que lo milagroso fuera posible —me dijo Keener—. Pero incluso después de llegar a la fe, seguía reteniendo cierta medida de escepticismo. Como cristiano, en principio creía en los milagros, pero tengo que admitir que dudaba de la veracidad de muchas afirmaciones que escuchaba al respecto.

—Es— posible que su trabajo como historiador influyera en usted en ese sentido —le sugerí.

—Sí. Se nos enseña a pensar de manera crítica, a exigir unas fuentes que sean convincentes, y casi a usar una hermenéutica basada en la desconfianza. Es frecuente que los académicos tomen esta actitud: «Duda todo lo que puedas y después, si al final queda algo, lo puedes aceptar. . . pero solo de manera tentativa».

—Puede haber un riesgo profesional si se investiga este tema, ¿no es cierto?

—Sin duda. Cuando me embarqué en este proyecto, me preocupaba que me calificaran un mal erudito, porque había tomado la decisión de examinar y documentar esos casos. Francamente, para los académicos es más seguro quedarse paralizados en su escepticismo, que tratar de buscar la verdad.

Me vino a la mente al instante un profesor que yo había entrevistado en una universidad pública altamente respetada. Este me explicó en detalle cómo había sido increíblemente curado de un tumor en el cerebro después de orar a Jesús. Pero no me permitió que publicara su historia. ¿Por qué? «Estoy tratando de obtener un profesorado numerario de por vida», me dijo. «Me temo que mis colegas me echen a un lado».

No obstante, Keener me dijo que había «tratado de mantener la honradez intelectual» en sus investigaciones, y de «seguir las pistas, dondequiera que me llevaran». ¿Y hacia dónde lo llevaron esas pistas?

—Dondequiera que miraba, me encontraba noticias de milagros que encajaban mejor en una explicación sobrenatural que en una conclusión naturalista. Muy pronto, me encontraba ante toda una oleada de ejemplos.

—¿Como por ejemplo?

—Como. . . —repitió, ansioso por aceptar el desafío. En su mente, Keener

fue recorriendo ejemplos de estudios de casos con los que se había encontrado, y comenzó a hablar en un tono que era urgente y sincero a la vez.

—Casos de cataratas y de gota. . . sanados de forma instantánea y visible —me dijo—. Paralíticos que de repente pueden caminar. Esclerosis múltiples curadas de manera radical. Huesos rotos arreglados de forma repentina. Sordos que comienzan a oír. Ciegos que comienzan a ver. Voces restauradas. Quemaduras que desaparecen. Hemorragias masivas que se detienen. Riñones que estaban fallando y se curaron. Artritis reumatoidea y osteoporosis que desaparecieron. Muertos que han vuelto a la vida, incluso después de varias horas de su fallecimiento.

»Tengo relatos del mundo entero: China, Mozambique, las Filipinas, Nigeria, Argentina, Brasil, Cuba, Ecuador, Indonesia, Corea del Sur y otros países. Testigos presenciales múltiples e independientes entre sí, con reputación de personas íntegras, en algunos casos, médicos. Nombres, fechas, documentación médica en muchos casos. Hay incluso un estudio científico revisado por otras autoridades que confirma la sanidad de una persona sorda.

»Y el momento en que las cosas ocurren suele ser el elemento más dramático: resultados instantáneos inmediatamente después de haber orado a Jesús. También hay una gran cantidad de sanidades de cáncer, por ejemplo, tumores cerebrales malignos y sarcomas de las células reticulares, pero no incluí la mayoría de ellos en el libro, puesto que sabía que la gente los descartaría, considerándolos remisiones espontáneas. Sin embargo, cuando la remisión se produce con tanta rapidez y de una manera tan completa después de unas oraciones específicas, eso es muy sospechoso.

—Y su conclusión a partir de todo eso es. . . ¿cuál es?

—Que con la excepción de alguna forma de intervención divina, muchos de esos fenómenos parecen inexplicables. En otras palabras, una gran cantidad de casos de esos se ajustan mejor a una explicación sobrenatural que a una natural.

Yo le pregunté:

—¿Fue ese su momento clave?

Su respuesta resultó ser ciertamente muy personal.

La sanidad de Teresa

Durante años, Keener había escuchado relatos poco precisos acerca de Teresa

Magnouha, la hermana mayor de su esposa, que había sido. . . ¿qué? ¿Reavivada? ¿Resucitada? ¿Levantada de entre los muertos? Keener necesitó volar hasta África y recorrer Congo-Brazzaville para descubrir de manera directa, gracias a testigos presenciales, lo que había ocurrido en realidad. Fue la conexión familiar la que le dio a esa experiencia un significado especialmente profundo para él.

—¿Qué edad tenía Teresa cuando sucedió eso? —le pregunté.

—Tenía dos años. Un día, su madre salió por un momento para llevarle algo de comida a una vecina. Cuando volvió, Teresa estaba llorando: la había mordido una serpiente. Así que se aseguró la niña a la espalda para poder correr con ella en busca de ayuda, pero descubrió muy pronto que la pequeña había dejado de respirar.

No había clínicas ni médicos. Así que subió con la niña por una zona montañosa y bajó por el otro lado de las montañas en busca de una amiga de la familia, «Coco» Ngoma Moise. La madre calculaba que Teresa había dejado de respirar hacía más de tres horas.

—¿Tres horas? —repetí yo—. El daño cerebral comienza después de solo seis minutos sin oxígeno.

—Es correcto. Puesto que no había ayuda médica disponible, todo lo que pudieron hacer después que llegaron ellas, fue orar al Señor Jesús. Eso hicieron y cuando levantaron su clamor al cielo, Teresa comenzó a respirar de nuevo.

—¿Sufrió algún efecto negativo?

—Esa es la otra cosa asombrosa: no. Se recuperó pronto y al día siguiente ya estaba bien. Hace poco terminó sus estudios de seminario a nivel universitario en preparación para dedicarse al ministerio de tiempo completo, de manera que no hubo daños al cerebro ni problemas de otra índole.

Mi escepticismo se abrió paso.

—Permítame que adivine —le dije—. Ellos forman parte de una exuberante iglesia carismática donde abundan las alegaciones de milagros como este.

Él movió la cabeza.

—No. Son de una denominación protestante tradicional.

—Si no había médicos cerca, ¿hubo alguna manera de saber si en realidad había muerto o no? —le pregunté.

—Esa es una cultura en la cual la gente tiene muchos más encuentros

personales con la muerte que los occidentales. Ellos saben cuál es su aspecto. Además, una madre tiene toda la razón del mundo para aferrarse a la esperanza de que su hija siga respirando, por poco que sea. Pero digamos que no haya estado clínicamente muerta. A pesar de eso, como mínimo, se trataría de una recuperación asombrosa, sobre todo teniendo en cuenta el momento en que se produjo: inmediatamente después que comenzaron a orar.

Debido a la conexión familiar, el incidente había conmovido profundamente a Keener. Sin embargo, después de leer los relatos sobre milagros página tras página en su libro, ese ni siquiera se hallaba entre los mejor atestiguados.

—De todos los casos que usted examinó, ¿me puede mencionar algunos de los más fuertes en función de los testigos y de las evidencias que los corroboran? —le pregunté.

Keener sonrió y se arrellanó en su asiento.

—¿De cuánto tiempo dispones? —me preguntó.

Una niña sorda comienza a oír

De inmediato, Keener comenzó a relatarme algunas de las historias que él había investigado. Empezó con el caso de una niña británica de nueve años a la que se le había diagnosticado sordera en septiembre de 1982, al parecer como consecuencia de un virus que le había dañado gravemente los nervios de los dos oídos.

—Informa sobre su caso el doctor R. F. R. Gardner, médico con buenas credenciales», —me dijo Keener—.[2] Lo que hace que este caso sea especialmente interesante es que hay confirmación médica anterior a la sanidad e inmediatamente posterior, lo cual es poco usual.

El historial médico de la niña dice que se le diagnosticó «sordera sensorioneural bilateral sin tratamiento posible». El médico que la estaba atendiendo les dijo a los padres que no tenía cura y que él no podía hacer nada para reparar sus nervios dañados. Se le pusieron unos aparatos para oír, lo que la ayudaba a oír algo.

La niña no quería usar los aparatos para oír por el resto de su vida, así que comenzó a orar para pedirle a Dios que la sanara. Su familia y sus amigos se le unieron. De hecho, la madre dijo haber sentido un claro impulso para invocar a Dios en busca de ayuda.

—Seguí sintiendo que Dios me decía que orara de forma específica para

pedir una sanidad —dijo—. Mientras leía, se me presentaban pasajes como estos: *Si tienen fe tan pequeña como un grano de mostaza*. . . ¿Está enfermo alguno de ustedes? Haga llamar a los ancianos de la iglesia para que oren por él. . . *Pidan y recibirán*. . . *Tu fe te ha sanado*».

El 8 de marzo de 1983, la niña fue al audiólogo porque uno de sus aparatos de oír se le había dañado en la escuela. Después de examinarlo y arreglar el aparato, fue enviada de vuelta a su casa.

A la noche siguiente, la niña saltó de repente de la cama sin sus aparatos para oír y bajó las escaleras saltando. «¡Mami, puedo oír!», exclamaba.

La madre, atónita, la probó para ver si podía detectar ruidos y palabras, y confirmó que podía oír susurros incluso. Cuando llamó al audiólogo, este le dijo: «No lo creo. Eso no es posible. Muy bien, si ha sucedido algún tipo de milagro, estoy encantado. Haga que le realicen audiogramas».

Al día siguiente le hicieron nuevas pruebas y, tanto su audiograma como su timpanograma, resultaron totalmente normales. «Yo no puedo dar ninguna explicación sobre esto», dijo el audiólogo. «Nunca había visto nada igual en toda mi vida».

El médico de la niña descartó el que hubiera alguna explicación médica posible. Después de repetidos audiogramas, todos ellos con éxito, el perplejo especialista les dio unas palabras de aviso a sus padres: «Olvídense de que haya estado sorda alguna vez».

En el informe médico, el otorrinolaringólogo de la niña usó la palabra «inexplicable» para describir lo que había sucedido. Eso fue lo que escribió: «Sí, se hizo un audiograma que arrojó como resultado que su audición en ambos oídos es total y completamente normal. Yo me sentí muy complacido. . . No puedo pensar en ninguna explicación racional en cuanto a que su audición volviera a ser normal, puesto que había una grave pérdida sensorioneural bilateral».[3]

Después de documentar numerosos estudios de casos como este en su libro, Gardner llega a esta conclusión: «La creencia en que ocurran casos de sanidades milagrosas en hoy es intelectualmente aceptable».[4]

Señala que las personas que aún son escépticas deben considerar «cuáles evidencias estarían dispuestas a aceptar. Si la respuesta resulta ser «Ninguna», es mejor que se enfrenten a la realidad de que han abandonado la indagación lógica».[5]

«Uno de los pacientes más desesperadamente enfermos»

Keener pasó después a hablar de otro caso que no se encuentra en su obra, pero que va acompañado de importante documentación.

—He entrevistado personalmente a Bárbara, a quien le fue diagnosticada una esclerosis múltiple progresiva en la Clínica Mayo —me dijo—. Yo confirmé los hechos con dos médicos que la trataron. Hay numerosos testigos independientes en cuanto a su dolencia, además de existir historiales médicos de años. De hecho, dos de sus doctores se quedaron tan atónitos con su caso, que han escrito acerca de él en libros.[6]

Uno de esos médicos, el doctor Harold P. Adolph, cirujano certificado que llevó a cabo veinticinco mil operaciones en su carrera, declaró: «Bárbara se encontraba entre los pacientes con menos esperanza de curar que yo había visto en mi vida».

Otro médico, el doctor Thomas Marshall, internista durante treinta años hasta su jubilación reciente, describió a Bárbara como una gimnasta en ciernes en la escuela secundaria, que tocaba la flauta en la orquesta. Pero comenzaron a aparecer los síntomas: tropezaba, se golpeaba contra las paredes y no podía alcanzar los anillos en la clase de gimnasia.

Por último, después que empeoró su estado, se confirmó el diagnóstico de esclerosis múltiple progresiva por medio de intervenciones en la espina dorsal y otras pruebas de diagnóstico. Después de examinar detalladamente su caso, los médicos de la Clínica Mayo coincidieron con aquel nefasto diagnóstico.

«El pronóstico no era bueno», dijo Marshall.

Durante los dieciséis años siguientes, su estado se siguió deteriorando. Se pasaba meses en los hospitales, muchas veces por neumonía después de no haber podido respirar. Un diafragma se le paralizó, lo cual hacía que uno de los pulmones no pudiera funcionar; el otro pulmón operaba a menos del cincuenta por ciento. Se le insertó un tubo de traqueotomía en el cuello y se le bombeaba oxígeno por él desde unos depósitos que estaban en su garaje.

Perdió el control sobre la orina y los intestinos; se le insertó un catéter en la vejiga y se le realizó una ileostomía, con una bolsa unida a ella para recoger los desperdicios de su cuerpo. Quedó legalmente ciega, incapaz de leer; solo podía ver los objetos como sombras de color gris. Hubo que insertarle también un tubo en el estómago para alimentarla.

«Tenía el abdomen grotescamente inflamado debido a que los músculos de sus intestinos no funcionaban», expresa Adolph.

«Ya para entonces, necesitaba el oxígeno continuamente, y los músculos y las articulaciones se le contraían y se deformaban, porque no los podía mover ni hacer ejercicios con ellos», dice Marshall. «Mayo [la Clínica] era su última esperanza, pero tampoco ellos tenían recomendaciones sobre la forma de ayudar a detener esa enfermedad progresiva y devastadora, excepto orar para pedir un milagro».

Ya en el año 1981, llevaba siete años sin poder caminar. Estaba confinada a una cama, con el cuerpo torcido como un garabato y en posición fetal. Tenía las manos dobladas de forma permanente, hasta el punto de que los dedos casi tocaban las muñecas. Sus pies estaban inmóviles, doblados hacia abajo.

Marshall le explicó a su familia que solo era cuestión de tiempo antes que falleciera. Ellos estuvieron de acuerdo en no hacer nada heroico, incluyendo la resucitación cardiopulmonar o más hospitalización, para mantenerla viva; eso solo habría servido para posponer lo inevitable.

Bárbara comenzó a recibir atención terminal en su hogar, con una expectativa de vida menor a seis meses.

«Esto es médicamente imposible»

Un día, alguien llamó a la estación de radio del Instituto Bíblico Moody, en Chicago, y relató la historia de Bárbara. Así que se lanzó al aire una petición a los radioyentes para que oraran fervientemente por ella. Unos cuatrocientos cincuenta cristianos escribieron a la iglesia de ella, diciendo que estaban presentando a Bárbara en oración ante el Señor.

En el Domingo de Pentecostés de 1981, la visitó su tía para leerle algunas de las cartas en las cuales las personas ofrecían oraciones por su sanidad. Se les unieron dos amigas. De repente, durante un momento de calma en la conversación, Bárbara oyó una voz varonil que hablaba desde detrás de ella. . . a pesar de que no había nadie más en aquella habitación.

«Las palabras eran claras y elocuentes, dichas con gran autoridad, pero también con gran compasión», escribiría Marshall.

La voz le dijo: «¡Hija mía, levántate y anda!».

Una de las amigas de Bárbara, notó que ella se estaba agitando, le tapó el hueco del cuello para que pudiera hablar. «Yo no sé qué van a pensar ustedes

acerca de esto», les dijo Bárbara, «pero Dios me acaba de decir que me levante y que camine. ¡Sé que fue él realmente! Corran y díganle a mi familia que venga. ¡Los quiero aquí, con nosotras!».

Sus amigas salieron corriendo y le gritaron a su familia: «¡Vengan rápido, vengan rápido!».

Marshall describe lo que sucedió después: «Barb se sintió obligada a hacer enseguida lo que se le había indicado de forma divina, así que literalmente, saltó de la cama y se quitó el oxígeno. Estaba de pie sobre unas piernas que no la habían sostenido por años. Le había vuelto la visión y ya no le costaba trabajo respirar, a pesar de no tener puesto el oxígeno. Sus contracciones habían desaparecido y podía mover con libertad los pies, además de las manos».

Su madre entró corriendo al cuarto y cayó de rodillas, tocándole las pantorrillas a Bárbara. «¡Tienes músculos otra vez!», exclamó. Su padre entró, la abrazó «y la levantó con fuerza para bailar con ella un vals alrededor de la sala familiar», dice Marshall.

Todos pasaron a la sala de estar para hacer —en medio de lágrimas— una oración de acción de gracias. . . aunque a Bárbara se le hacía difícil quedarse quieta. Aquella noche hubo un culto de adoración en la congregación Wheaton Wesleyan Church, a la cual asistía la familia de Bárbara. La mayor parte de la congregación sabía que su estado era grave.

Durante el culto, cuando el pastor preguntó si alguien tenía algún anuncio, Bárbara salió al pasillo del centro y pasó caminando alegremente hasta el frente, con el corazón palpitándole fuertemente.

«En todos los lugares de la iglesia se alzó una cacofonía de susurros», dice Marshall. «La gente comenzó a aplaudir y entonces, como si un director divino los guiara, toda la congregación comenzó a cantar: “Sublime Gracia del Señor, que a un infeliz salvó; fui ciego mas hoy veo yo, perdido y él me halló”».

Al día siguiente, Bárbara fue a la oficina de Marshall para hacerse un examen. Viéndola en el vestíbulo, caminando hacia él, recuerda: «¡Yo pensaba que estaba viendo una aparición! Nadie había visto nada como aquello antes de ese momento».

Él le dijo a Bárbara: «Esto es médicamente imposible. Pero ahora estás libre para salir a gozar tu vida».

Unos rayos X del pecho que le hicieron aquella tarde arrojaron que sus pulmones ya estaban «perfectamente normales», y que el pulmón colapsado estaba totalmente extendido. «Los intestinos que habían sido preparados para descargar por la pared abdominal fueron reconectados con normalidad», dice

Adolph. «Finalmente, quedó restaurada a una salud total».

Bárbara ha vivido ya treinta y cinco años sin que su enfermedad haya vuelto a aparecer. «Posteriormente, se casó con un ministro y siente que su llamado en la vida consiste en servir a los demás», dice Marshall.

Ambos médicos se maravillan ante su extraordinaria recuperación. «Nunca antes había presenciado nada como eso, ni tampoco después, y consideré como un privilegio muy especial haber podido observar cómo la mano de Dios realizaba un verdadero milagro», escribiría Marshall.

Adolph dijo: «Tanto Bárbara como yo sabíamos quién la había sanado».

Un tobillo roto que no lo estaba

Me quedé sentado en silencio durante un momento, atónito ante la historia de Bárbara. Keener compartía mi asombro. «Cuando entrevisté a Bárbara acerca de su caso, aún estaba repleta de emoción, incluso después de todos estos años», me dijo.

Mi mente buscaba explicaciones de tipo naturalista, sin encontrarlas. ¿Se podía descartar su recuperación como una especie de remisión natural? De ser así, ¿por qué se produciría de repente después de tantos años, precisamente cuando había centenares de personas orando por ella? Lo típico de las remisiones es que se produzcan a lo largo de un tiempo. Lo que sí era seguro, es que ni el efecto placebo, ni un diagnóstico errado, un fraude, una coincidencia o una serie de errores médicos podrían explicar lo que había sucedido.

Además, ¿qué decir acerca de la misteriosa voz que le dijo que se levantara y caminara? ¿O de la sanidad instantánea y simultánea de su vista, sus pulmones y demás? Con tantos testigos de integridad y experiencia incuestionables, además de toda una proliferación de documentos en su apoyo, su caso parecía alcanzar incluso el alto nivel de evidencia establecido por los escépticos.

En ausencia de una suposición previa contra lo milagroso, este parecía ser un ejemplo claro y convincente de intervención divina. Y aún le faltaba mucho a Keener para terminar. A continuación, comenzó a relatarme una serie de historias también asombrosas que había documentado en su libro, entre ellas la de Carl Cocherell.

—En marzo de 2006, rumbo a Missouri, Carl le estaba midiendo el aceite a su auto cuando al poner el pie sintió un fuerte chasquido —me dijo Keener—. El dolor hizo que se desmayara; era el peor que había sentido jamás. Tengo una

copia del informe de radiología sobre sus rayos X, en la cual se confirma la presencia de una fractura. El ortopédico le ordenó que se quedara hasta el día siguiente. Sin embargo, durante esa noche, Carl oyó una voz que venía del Señor.

—¿Qué le dijo la voz? —le pregunté.

—Que no tenía roto el tobillo.

Yo incliné la cabeza.

—¿A pesar de los rayos X?

—Así es. Al día siguiente, el doctor le enyesó la pierna y le advirtió que terminaría necesitando meses de terapia física. De vuelta en Michigan, su médico de cabecera ordenó más rayos X, y esa vez los resultados fueron radicalmente distintos.

—¿En qué sentido?

—Donde había estado la fractura no había tal cosa; ni siquiera se veía daño en los tejidos. También en ese caso, tengo el informe de radiología donde se indica que no existe ninguna fractura. De hecho, el médico le dijo: «Usted nunca tuvo roto el tobillo».

—Pero. . . —lo interrumpí—, ¿qué pasó con los rayos X de Missouri?

Keener continuó tranquilamente la narración.

—El médico miró de nuevo esos rayos X de Missouri y le dijo: «Ahora, aquí sí hay un tobillo fracturado». Pero en aquellos momentos, ya no existía señal alguna de fractura. Así que le quitó el yeso a Carl y lo envió a su casa. Carl nunca tuvo más problemas, ni tampoco necesitó terapia alguna.

—¿Qué piensa usted de todo eso? —le pregunté.

—En lo particular, no veo cómo puede haber sucedido algo así de manera natural —me dijo Keener—. ¿Se sanaría un hueso de un hombre de sesenta y dos años con tanta rapidez como para no dejar señal alguna de una fractura? No me parece probable. Y, por supuesto, eso no explicaría cómo Dios se adelantó a decirle lo que iba a suceder.

«¿Puede Jesús sanarme?»

Después de eso, Keener me habló de Ed Wilkinson, cuya educación en neuropsicología lo había convencido de que las personas que confían en la fe para la curación de sus dolencias solo están usando la religión como una neurosis para evitar el tener que enfrentarse con la realidad.

—Entonces en noviembre de 1984, a Brad, su hijo de ocho años, le fue diagnosticado que tenía dos agujeros en el corazón. Esa situación también afectaba a los pulmones. Se programó una cirugía —me contó Keener—. Cuando se acercaba la fecha de la cirugía, Brad comenzó a regalar sus juguetes, porque no esperaba sobrevivir. Un día le preguntó a su padre: «¿Voy a morir?».

—Dadas las circunstancias, es una pregunta difícil de contestar —le dije—. Y el padre, ¿le respondió con sinceridad?

—Le dijo que no todos los que tienen una cirugía del corazón fallecen, pero que sí puede suceder. Entonces su hijo le preguntó: «Y Jesús ¿puede sanarme?».

—Esa *sí que era* una gran pregunta —dije yo.

—Su padre estaba consciente de la frecuencia con la que se hace mal uso de la fe, así que le dijo: «Después te contesto eso».

—¿Y se lo contestó?

—Sí, unos días más tarde, después de varias oraciones llenas de angustia y de leer Filipenses 4.13,[7] Ed le dijo a su hijo que Dios sí sana, pero tanto si lo hacía en el caso de Brad, como si no, aún tenían la esperanza de vida eterna en Jesús. Después de eso, un pastor que estaba de visita le preguntó a Brad: «¿Crees que Jesús te puede sanar?». El niño dijo que sí y el ministro oró por él.[8]

Antes de la operación en el hospital de la Universidad de Missouri, en Columbia, Missouri, las pruebas que hicieron confirmaron que nada había cambiado en el estado de Brad. A la mañana siguiente, Brad fue llevado al quirófano para su operación, que se esperaba que durara cuatro horas. Sin embargo, después de una hora, el cirujano mandó llamar a Ed y le mostró dos placas.

La primera, tomada el día anterior, presentaba la sangre filtrándose de una de las cámaras del corazón a otra. La segunda, tomada apenas comenzó la operación, mostraba una pared de algún tipo donde había estado la filtración. El cirujano le dijo que no había nada malo en el corazón de Brad, incluso a pesar de los agujeros que habían estado claramente visibles el día anterior. Sus pulmones también estaban ya normales.

«Yo no he visto esto con mucha frecuencia», le dijo el cirujano. Le explicó que los cierres espontáneos suceden en los bebés, aunque raras veces, pero que no se supone que se produzcan en un niño de ocho años. «Esto lo puede considerar un verdadero milagro», le dijo.

El director técnico de riesgos dijo con firmeza: «Lo puede ver en las placas: no se trata de un diagnóstico equivocado». A lo cual añadió el pulmonólogo: «Alguien debe haber estado orando en algún lugar».

Más tarde, un agente de seguros llamó a Ed para quejarse de los formularios que él les había enviado. «¿Qué es un “cierre espontáneo”?», le preguntó el agente.

Ed le contestó: «Un milagro».

En la actualidad, dice Keener, Brad tiene más de treinta años, y dispone de su propio negocio y sus hijos. Nunca ha vuelto a tener problemas del corazón desde su sanidad.

Una muerte, una oración y una vida nueva

Keener continuó después con el caso de Jeff Markin, mecánico de autos de cincuenta y tres años que entró a la sala de urgencias del Hospital de Palm Beach Gardens, en la Florida, y se desplomó con un ataque al corazón el 20 de octubre de 2006. El personal de la sala de urgencias trató frenéticamente de reavivarlo durante cuarenta minutos, conmocionándolo siete veces con un desfibrilador, pero seguía sin reaccionar.

Al fin, llegó el supervisor de cardiología, Chauncey Crandall, un médico muy respetado que había estudiado en Yale y era profesor de la escuela de medicina, especializado en los casos del corazón más complejos. Examinó el cuerpo. El rostro, los dedos de los pies y los de las manos de Markin ya se habían ennegrecido por la falta de oxígeno. Tenía las pupilas dilatadas y fijas. No tenía sentido alguno tratar de resucitarlo. A las 8:05 de la noche fue declarado muerto.

Crandall llenó el informe final y se dio vuelta para marcharse. Sin embargo, sintió rápidamente un impulso extraordinario. «Sentí que Dios me estaba diciendo que me volteara y orara por el paciente», diría más tarde. Aquello parecía absurdo, así que trató de no hacer caso, pero recibió una nueva indicación de origen divino, más fuerte que la anterior.

Una enfermera estaba desconectando ya los fluidos intravenosos y lavando con esponja el cuerpo para que se lo pudieran llevar a la morgue. Pero Crandall comenzó a orar sobre el cadáver: «Padre Dios, clamo por el alma de este hombre. Si no te conoce como Señor y Salvador suyo, te suplico que lo levantes de entre los muertos ahora mismo, en el nombre de Jesús».

Crandall le indicó al médico de la sala de urgencias que usara el desfibrilador una vez más para causarle una sacudida más al cadáver. Como no veía que se pudiera lograr nada, el médico protestó diciendo: «Lo he sacudido una y otra

vez. Está muerto». Pero después, por respeto, hizo lo que su colega le indicaba.

Al instante, el monitor saltó de una línea fija a un latido normal del corazón, unos setenta y cinco latidos por minuto con un ritmo saludable. «En mis más de veinte años como cardiólogo, nunca he visto unos latidos del corazón restaurados de una manera tan total y repentina», afirma Crandall.

Markin comenzó inmediatamente a respirar sin ninguna ayuda y la coloración oscura fue desapareciendo de su rostro, de los dedos de los pies y de las manos. La enfermera entró en pánico, porque temía que el paciente quedara incapacitado permanentemente por la privación de oxígeno, pero él nunca dio señales de daño cerebral.[9]

Keener movió la cabeza maravillado.

—Como te podrás imaginar, este caso atrajo mucha atención de los medios noticiosos —me dijo—. Un consultor médico para un programa de noticias nacional sugirió que tal vez el corazón de Markin no se hubiera detenido por completo, sino que había entrado en un ritmo muy sutil durante esos cuarenta minutos.

—¿Qué respondió Crandall? —le pregunté.

—Que estaba tratando inútilmente de salvar la situación. Esa resucitación no podía haber sucedido de manera natural. Una descarga eléctrica administrada en esas circunstancias normalmente no habría logrado nada —me dijo Keener—. El veredicto unánime de aquellos que estuvieron realmente presentes fue que Markin había muerto, y en esto se incluye a Crandall, que es un cardiólogo reconocido nacionalmente con muchos años de experiencia.

En verdad, a la luz de las circunstancias, las explicaciones de los escépticos parecen huecas y forzadas, y nuevamente, no pueden explicar los dos impulsos misteriosos que llevaron a Crandall a volver sobre sus pasos para orar por una víctima que ya había sido declarada muerta. De no haberse producido, Jeff Markin estaría en su tumba hoy.

—Los críticos tienen que llegar a los límites mismos de la plausibilidad con el fin de mantener intacta su tesis antinatural —me dijo Keener.

En cuanto a mí, me saltó a la mente el texto de Hechos 26.8: «¿Por qué les parece a ustedes increíble que Dios resucite a los muertos?».

«Lo sé; es un milagro»

Yo sabía que Keener se podría pasar horas hablando de los casos que había

sacado a la luz en su sondeo ciertamente limitado de supuestos milagros. Por ejemplo, ha acumulado trescientos cincuenta informes, solo de personas que han sido sanadas de la ceguera. A continuación presento varios casos tomados al azar de su obra:

- Un soldador llamado David Dominong sufrió extensas quemaduras de tercero y cuarto grados cuando se electrocutó en octubre de 2002. Hospitalizado por más de cinco semanas, se le dijo que le llevaría cinco años volver a caminar. Había quedado confinado a una silla de ruedas, y se estaba considerando una amputación, cuando se oró por él y muy pronto pudo caminar y correr sin ayuda.
- El doctor Alex Abraham dio testimonio sobre el caso de Kuldeep Singh, que tenía una epilepsia intratable al punto que perdía la consciencia durante sus frecuentes ataques. Desde que el pastor Jarnail Singh oró para que Dios lo sanara hace quince años, no ha vuelto a tener ataques ni tratamientos. El doctor Abraham, que es neurólogo, afirma que la sanidad repentina, permanente y total de una epilepsia tan grave es altamente inusual.
- Matthew Dawson fue hospitalizado en Australia con una meningitis confirmada en abril de 2007. Se le dijo que tendría que permanecer bajo los cuidados del hospital por semanas o meses. Sin embargo, fue sanado repentinamente en el momento exacto en que su padre, que estaba en otro continente, oró por él.
- Mirtha Venero Boza, médico de Cuba, informa que su pequeña nieta se quemó seriamente la mano con una plancha caliente, lo cual hizo que se le inflamara y perdiera la piel. Sin embargo, menos de media hora después de haber orado, la mano estaba totalmente sanada sin intervención médica, como si nunca hubiera sufrido quemadura alguna.
- El profesor John Polkinghorne, de la Universidad de Cambridge, uno de los principales eruditos del mundo en el tema de la intersección entre la ciencia y la fe, presenta el relato de una mujer cuya pierna izquierda quedó paralizada por una lesión. Los médicos renunciaron a tratarla, diciendo que sería inválida para el resto de su vida. En 1980, aceptó con renuencia que un sacerdote anglicano orara por ella. Aunque no tenía esperanzas de sanarse, tuvo una visión en la cual se le daba la orden de levantarse y caminar. Afirma Polkinghorne, que tiene doctorados, tanto en ciencias como en teología: «Desde aquel momento, fue capaz de caminar, saltar y

agacharse, y sin ningún dolor».

• El médico John White informa que una mujer con un diagnóstico confirmado de tuberculosis en la espina cervical no había podido caminar, pero quedó sanada de forma instantánea después de orar. Dice que el médico de esa paciente «quedó desconcertado al descubrir que no había evidencia alguna de enfermedad en su cuerpo». Keener afirma: «Su enfermedad era cierta, su cura fue permanente y el testimonio es virtualmente indiscutible». White no fue solo el médico que oró por ella, sino que más tarde se casaron.

• Joy Wahnefried, estudiante de la Universidad Taylor, en Indiana, sufría de heteroforia vertical. Eso hacía que viera las imágenes con un ojo a un nivel más alto que con el otro. Eso desataba unas migrañas debilitantes que le podían durar hasta una semana. Un profesor y sus estudiantes oraron por ella durante tres reuniones de oración consecutivas, y Joy quedó sana de manera repentina, con una visión 20/20 y con la desaparición de su condición médica calificada de incurable. Su oculista dijo que «no lo podía explicar», y que nunca había visto nada semejante en un total de unos cuatro mil pacientes. Keener, que tiene copias de sus informes médicos anteriores y posteriores, confirmó que ella ya no necesita ni siquiera lentes correctivos.

• Una úlcera necrotizante, y del tamaño de una toronja, con una llaga que llegaba al hueso, se estaba abriendo paso a través del músculo de la pantorrilla de un hombre de setenta años de la Florida. Después que los tratamientos fracasaron, los médicos declararon incurable la herida y se programó una amputación. Sin embargo, uno de los médicos puso sus manos sobre la herida supurante y oró para pedir sanidad. La recuperación comenzó de inmediato; al cabo de cuatro días, la úlcera estaba desapareciendo y se estaba formando una piel nueva. Ya a la semana siguiente, la pierna había sido restaurada a la normalidad. La opinión del médico: «Eso no puede suceder solo. Es imposible». La esposa del paciente lo resumió todo: «Dios es real. Dios le sanó la pierna».[10]

• Robert Larmer, profesor universitario, informa que Mary Ellen Fitch fue hospitalizada con hepatitis B. Se estaba poniendo amarilla; el abdomen le aumentó de tamaño por la inflamación del hígado. Se le dijo que se quedaría en el hospital durante meses. Sin embargo, después de una semana, tuvo una profunda experiencia con Dios y puso su dolencia en las manos de él. A la mañana siguiente, sus pruebas de sangre salieron

normales. Los médicos estaban desconcertados y le repitieron los exámenes, siempre con los mismos resultados. Ya han pasado años, y ella sigue estando sana.[11]

• El director de una clínica para desórdenes de la voz y del proceso de tragar informa sobre el caso de un hombre de cincuenta y dos años que sufrió un grave derrame cerebral en la región de la médula espinal. Los derrames en este lugar dañan de manera irreversible la capacidad para tragar. Sin embargo, después que se oró, el hombre recuperó su capacidad para comer y tragar con normalidad. El paciente les dijo a los atónitos expertos: «Lo sé; es un milagro». Su recuperación es la única de su tipo que el director de la clínica ha visto en quince años.

«Una oleada de milagros»

Página tras página, Keener desarrolla tantas afirmaciones sobre sucesos milagrosos que, después de un tiempo, se vuelve fácil sentirse insensible ante ellos. Muchos proceden de su propio círculo de conocidos, lo cual significa que él solo está arañando la superficie del número de relatos sobre sucesos sobrenaturales que hay en el mundo. Aunque la cantidad de testigos y de documentos varía según los diferentes casos, muchos de ellos parecen exceder incluso las rígidas normas sugeridas por los escépticos.

No obstante, por impresionantes que sean esos informes, decidí cambiar la dirección de la conversación presentando la pregunta de Michael Shermer acerca del motivo por el cual no vemos informes de que Dios les haga crecer milagrosamente sus extremidades a las personas que han sufrido amputaciones. Cuando le presenté ese desafío a Keener, él analizó el tema durante un momento antes de responderme.

«Es interesante que veamos muchos milagros asombrosos realizados por Jesús, entre ellos la sanidad de la mano seca de un hombre,[12] pero no vemos la restauración de extremidades amputadas», me contestó. «Aunque he oído historias de extremidades que han vuelto a crecer, aún en estos momentos no he verificado ni examinado personalmente ninguno de ellos».

Buscó en su memoria y añadió: «Douglas Norwood, que era pastor en Surinam en esos momentos, habla de una reunión cristiana a la que asistió un enemigo de la iglesia que tenía un brazo seco, toda su vida lo tuvo paralizado. Ese hombre gritó: «¡Desafío a ese Dios cristiano!». En cuanto lo dijo, su brazo

se levantó en el aire, totalmente sano. Él lo miró y se convirtió al instante. De hecho, ese suceso fue el principio de un movimiento en el cual decenas de miles de personas aceptaron la fe en Cristo en Surinam.

«También está el caso de un hombre de Wisconsin que quedó aplastado bajo un remolque, lo que le destruyó gran parte del intestino delgado», siguió diciendo Keener. «Estaba muriendo lentamente de hambre, porque no podía digerir los alimentos. De ochenta kilos bajó a cincuenta y siete. Un amigo de él sintió que Dios le estaba indicando que volara desde Nueva York, solo con el propósito de orar por él. Cuando lo hizo, aquel hombre sintió algo como una descarga eléctrica que le recorrió todo el cuerpo. Quedó sanado; de hecho, un informe médico dice que su intestino delgado había aumentado el doble de largo que antes. El intestino delgado de un adulto se puede ensanchar, pero no se puede alargar.

»Ese es un ejemplo de una parte de un cuerpo que volvió a crecer, pero no estoy seguro de que fuera eso lo que le interesaba a Shermer —me dijo—. Yo creo que estaba diciendo que él necesita ver una sanidad más visible. . . Algo que sea irrefutable.

»De esas sanidades tenemos un gran número —me dijo—. Por ejemplo, ojos totalmente ciegos, blancos por las cataratas, que cambiaron de color, quedando normales y sanos. Es muy difícil buscarle a eso una explicación simplista.

—Aun así —le dije—, muchas de sus historias proceden del África, Asia y otros lugares lejanos. ¿Por qué tantos de esos milagros tan dramáticos suceden en países distantes y subdesarrollados, en los cuales la documentación es especialmente difícil?

—En Estados Unidos tenemos una gran cantidad de tecnología compleja, que es un regalo que Dios nos ha hecho, y la debemos usar. Esa es la forma en que él suele realizar las sanidades —me dijo—. En cambio, en muchos otros lugares del mundo, no se dispone de nada de eso, y tal vez la intervención de Dios sea la única esperanza en una gran cantidad de situaciones.

Yo le hice la observación de que el filósofo J. P. Moreland explicaba que los brotes de lo sobrenatural tienden a producirse en lugares donde hay un evangelismo pionero dirigido a nuevas culturas. En su libro *Kingdom Triangle*, Moreland escribe: «Un factor importante en el avivamiento actual que hay en el Tercer Mundo, según algunos cálculos hasta el setenta por ciento de él, se halla íntimamente conectado con las señales y los prodigios como expresiones de amor del Dios-Padre cristiano, el señorío de su Hijo y el poder de su Espíritu y su reino».[13]

Keener está de acuerdo. «Tenemos grandes cantidades de situaciones como estas», me dijo. «Hay quienes calculan que el noventa por ciento del crecimiento de la iglesia en China es alimentado por las sanidades. Edmond Tang, de la Universidad de Birmingham, dice: “Esto es especialmente cierto en los campos, donde con frecuencia las dependencias médicas son inadecuadas, o simplemente, no existen”».[14]

Intrigado, le pregunté a Keener si tenía otros ejemplos, me los presentó de inmediato.

«La doctora Julia Ma, del Centro de Oxford para Estudios Misioneros, dice que la mayoría de los que se convierten entre los kankanaey del norte de las Filipinas han llegado a Cristo por medio de la experiencia de unas sanidades poderosas», me dijo. «Una iglesia bautista de la India creció de seis miembros a más de seiscientos en solo un año, debido a las sanidades. En Etiopía, más del ochenta por ciento de los creyentes encuestados en una iglesia luterana atribuyeron su conversión a sanidades y exorcismos.

»En Brasil hay mucha gente pobre que no tiene un cuidado adecuado de la salud, por lo que se siente atraída al cristianismo cuando ve las sanidades. El ochenta y seis por ciento de los pentecostales brasileños dijeron haber tenido una experiencia de sanidad divina», añadió. «En Argentina, las sanidades son con mucho el instrumento primario del evangelismo y el crecimiento de las iglesias».

Recordé los comentarios del ya fallecido Jim Rutz, que vivía cerca de mi casa cuando yo residía en Colorado. Él había documentado el crecimiento reciente de la iglesia cristiana en el mundo entero, tomando especial nota de las intervenciones sobrenaturales de Dios, entre ellas los relatos sobre personas devueltas a la vida en cincuenta y dos países.

»Desde aproximadamente mediados de la década de 1980, ha comenzado una oleada de milagros que va a envolver a todo el planeta», escribió en su libro *MegaShift*. «A medida que avanzan los tiempos, los milagros se van multiplicando como los panes y los peces».[15]

El asunto de los milagros

Muy pronto, Keener y yo comenzamos a escuchar ruidos procedentes del segundo piso.

—Parece que Médine ya volvió a casa después de dar su clase de francés —

me dijo Keener—. Me agradaría que la conocieras.

—Por supuesto; me encantaría conocerla. *Je voudrais utiliser mon français rudimentaire en parlant avec elle*[16] —le contesté, con mi torpe acento de siempre —. Pero antes de irnos, permítame preguntarle otra cosa. Usted escribió su libro con el fin de lograr dos cosas. ¿Pudo alcanzar lo que esperaba?

—Mi primera meta tenía que ver con el Nuevo Testamento —me contestó—. Quería demostrar que no hay necesidad de desechar estos escritos como legendarios, fantasiosos o inexactos, solo porque informan sobre milagros. El mundo actual está lleno de afirmaciones de primera mano procedentes de personas que dicen haber presenciado milagros, por lo que no hay razón para suponer que el mundo antiguo haya tenido nada de diferente. Si los relatos de hoy pueden proceder de testigos presenciales y tienen el potencial de informar lo que ha sucedido en realidad, entonces eso mismo es cierto con respecto a los evangelios.

Estaba claro que esa meta había sido alcanzada.

—¿Y cuál era su segunda meta? —le pregunté.

—Demostrar que es racional pensar en la posibilidad de una causación sobrenatural para muchas de estas afirmaciones sobre milagros.

—Bueno, profesor, eso suena muy académico —le dije con una sonrisa.

—Muy bien; permíteme decirlo de otra manera —me dijo, aclarándose la garganta—. ¡Al parecer, Dios sigue estando en el negocio de los milagros!

Calló por un instante para permitir que aquella sencilla declaración se mantuviera en el aire. Después añadió:

—Por lo menos, esa hipótesis es totalmente razonable a partir de las evidencias. Muchas veces, la mejor explicación de lo que ha sucedido no es natural, sino sobrenatural.

—¿Cuáles son las consecuencias de esto? —le pregunté.

—El antisobrenaturalismo ha reinado como una inflexible premisa académica en occidente por un tiempo excesivamente largo. A la luz de los millones de personas que hay en el mundo entero y que dicen haber experimentado lo milagroso, ya es hora de que nos tomemos en serio sus afirmaciones. Investiguémoslas y sigamos las evidencias, dondequiera que estas nos lleven. Si al menos una pequeña fracción de ellas demuestran ser genuinas, tendremos que pensar en la posibilidad de que Dios esté aún interviniendo divinamente en su creación.

Cerré mi cuaderno de notas y me puse la pluma en el bolsillo de la camisa.

—¿Y usted cree que lo está haciendo? —le pregunté.

Keener me habló con voz firme. Esta vez estaba respondiendo no solo como erudito, sino también como pariente de la mujer sanada que era Teresa.

—Sí, yo creo que lo está haciendo.

TERCERA PARTE

Ciencia, sueños y visiones

CAPÍTULO 7

La ciencia de los milagros

Entrevista con la doctora Candy Gunther Brown

«Eso no es bueno para tu manera de ver las cosas, Lee».

Repetía aquellas palabras burlonas del escéptico Michael Shermer en mi mente mientras conducía el auto por la Carretera Interestatal 65 en dirección norte, el día después de mi entrevista con Craig Keener en la zona rural de Kentucky.

Shermer se estaba refiriendo a un análisis científico sobre el impacto de la oración en la recuperación de pacientes con operaciones cardíacas. Dirigido por el fundador del Instituto Médico Mente/Cuerpo en la Escuela de Medicina de Harvard y conocido como STEP (por sus siglas en inglés; en español, Estudio de los Efectos Terapéuticos de la Oración Intercesora), ciertamente aquella investigación de una década de duración parecía tener unas credenciales impresionantes.

En términos técnicos, era una «prueba controlada con grupos paralelos, escogidos al azar y prospectivos»; lo que se llama «estándar dorado» en la investigación. Costó 2,4 millones de dólares y fue publicada en el *American Heart Journal*, publicación revisada por sus colegas.

Sin embargo, los resultados eran desalentadores para aquellos que esperaban una confirmación del poder sanador milagroso de la oración. La conclusión de este estudio: a los que recibieron oración no les fue mejor que a quienes no la recibieron.

«Cero. Nada», fue la forma en que Shermer resumió fríamente la conclusión a la cual había llegado el STEP en cuanto a los efectos de la oración. «Este es el mejor estudio sobre la oración que tenemos», me dijo. «De manera que cuando

uno se va más allá de las anécdotas y usa el método científico, no encuentra evidencias de lo milagroso».

Cuando añadió: «Eso no es bueno para tu manera de ver las cosas, Lee», era fácil detectar un aire de triunfalismo en su voz.

Por supuesto, la ciencia no es el único camino a la certeza. La creencia de que la ciencia es el único árbitro de la verdad recibe el nombre de *cientismo*,[1] el cual se refuta a sí mismo. En otras palabras, la afirmación «La ciencia es el único camino para saber si algo es cierto» es en sí misma una afirmación que no puede ser demostrada por la ciencia.

Dejando de lado la ciencia, mi entrevista con Keener ilustró que el testimonio corroborado de testigos presenciales, en especial cuando procede de múltiples observadores independientes entre sí cuya integridad es incuestionable, puede ir muy lejos en el establecimiento de la credibilidad de algo que es considerado como milagro.

Aun así, hay formas en que la ciencia y la medicina pueden contribuir a la investigación de lo sobrenatural. Es cierto que no se pueden analizar los milagros en un tubo de ensayo; sin embargo, también es cierto que los tubos de ensayo se pueden usar para determinar si un virus ha desaparecido de forma repentina de la sangre de un paciente de hepatitis inmediatamente después de la oración, una corroboración importante para algo de lo cual se afirma que es una sanidad sobrenatural.

En 1997, Stephen Jay Gould, paleontólogo y biólogo evolucionista de Harvard, quien se describía a sí mismo como agnóstico, escribió que la ciencia y la fe ocupan unos «magisterios que no se superponen entre sí». Con esas palabras, quería decir que la ciencia se dedica al universo empírico, los hechos y las teorías, mientras que la religión se centra en cuestiones de significado moral y de valor.[2]

La visión de Gould era que debía existir un «respetuoso diálogo» y «un aporte constante por parte de ambos magisterios hacia la meta común de la sabiduría».[3] En otras palabras, la ciencia y la fe trabajando hombro con hombro, pueden traer nuevas comprensiones acerca de nuestra vida y nuestro mundo.

Aunque se trate de una meta elogiable, la rígida delineación que hace Gould del papel de la ciencia y el de la fe ha sido fuertemente debatida. Por ejemplo, el cristianismo no se interesa solamente en el significado moral y en los valores, sino que hace unas afirmaciones específicas sobre la realidad de determinados sucesos, entre ellos milagros como el de la resurrección, que se produjeron en la historia. Si esas afirmaciones no son realmente ciertas, la fe se derrumba y su

autoridad moral se evapora.

Lo cierto es que el uso de la experiencia científica puede ayudar en la investigación sobre si las afirmaciones respecto a sucesos milagrosos son válidas o no. Aunque la ciencia decididamente no pueda demostrar que Dios existe, o que se ha producido algo sobrenatural, sí puede proporcionar evidencias empíricas que apoyen o socaven los relatos sobre milagros.

Al fin y al cabo, Jesús nunca se opuso a que se escudriñaran sus propios milagros. Él les decía a los testigos presenciales que informaran sobre lo que habían visto personalmente,[4] y a un hombre sanado de lepra le indicó que se presentara al sacerdote para que este lo examinara.[5]

Entonces, ¿cuál es el papel legítimo de la ciencia en la investigación de las afirmaciones sobre sucesos sobrenaturales? Igualmente importante, *¿en qué no puede* contribuir? Y ¿tiene STEP la última palabra en cuanto a la eficacia de la oración intercesora? ¿Deja establecido realmente este estudio, como me sugirió Michael Shermer, que cuando se aplica el análisis científico, no hay evidencias persuasivas a favor de lo milagroso?

Estas eran algunas de las preguntas que me llevaron a hacer un viaje de más de trescientos kilómetros en dirección norte, desde la casa de Keener hasta el recinto de la Universidad de Indiana, en Bloomington. Miré mi reloj mientras conducía el auto alquilado. Aún tenía mucho tiempo para llegar a la hora prevista a mi cita con una experta educada en Harvard que está ideando formas de usar el magisterio de la ciencia para investigar el magisterio de la fe.

Entrevista con la doctora Candy Gunther Brown

Candy Gunther Brown, que obtuvo su título universitario Summa Cum Laude, y su doctorado en Harvard, es profesora de estudios religiosos en la Universidad de Indiana, que tiene cuarenta y ocho mil estudiantes en su recinto, situado a ochenta kilómetros al suroeste de Indianápolis.

Meticulosa investigadora, ansiosa por mantener la neutralidad académica, la doctora Brown hace un enfoque no sectario hacia los estudios religiosos. «Yo no doy por supuesta la existencia o no existencia de una deidad, ni de otras fuerzas suprahumanas», explica. «Lo que yo sostengo es que las creencias religiosas de las personas tienen con frecuencia efectos en el mundo real que se pueden estudiar de manera empírica».[6]

Entre sus libros se encuentran *Testing Prayer: Science and Healing*,

publicado por Harvard University Press, y *The Healing Gods: Complementary and Alternative Medicine in Christian America*, publicado por la Oxford University Press. Además, es la editora de *Global Pentecostal and Charismatic Healing*, también publicado por Oxford.

Brown ha enseñado diversas clases en la universidad, entre ellas las de «Religión, enfermedad y sanidad», «Enfermedad y salud» y «Cristianismo evangélico y carismático en las Américas». En Internet, es una escritora popular de *Huffington Post* y *Psychology Today*, y sus artículos —revisados por colegas suyos— han aparecido en *Academic Medicine* y en numerosas publicaciones especializadas.

Lo que me llevó a Indiana fue su enfoque en el estudio del impacto causado por la oración intercesora en la sanidad. Puesto que el recinto universitario estaba desbordado por el tráfico y el estacionamiento era un verdadero problema, decidimos que nos reuniríamos en la casa cercana que ella comparte con su esposo Joshua, que también es profesor en la universidad, especializado en ciencia cognoscitiva y neurociencia.

Con su oscuro cabello dividido a un lado, y observando a través de unos lentes con montura negra, Brown es una persona llena de vida, repleta de energía, con la voz fuerte y clara a causa de tantos años de dar conferencias en las aulas. Piensa y habla de una manera organizada, desarrolla sus conceptos de manera sistemática y con claridad. Escogimos dos sillas en la sala de estar situada en el frente de su casa, y nos preparamos para nuestra conversación.

—¿Qué les respondería usted a los escépticos que afirman que la ciencia no debería investigar las oraciones para pedir sanidades? —le pregunté—. Por ejemplo, el libro de texto de *Psicología de la religión* dice: «Las evidencias sobre la eficacia de las oraciones, cuando se refieren a sucesos dentro del mundo material, se hallan fuera del dominio de la ciencia. Los fieles que quieran creer, pueden creer, y al escéptico que decide no creer, no se lo podría convencer».[7]

Brown me contestó:

—Pienso que aquí se está ignorando a una tercera categoría de personas, que tal vez sea la más grande: aquellos que no tienen una conclusión predeterminada. Esa clase de personas solo quieren saber hacia dónde apuntan los hechos.

—Son personas dispuestas a ir dondequiera que las lleven las evidencias —le dije.

—Exacto. Aceptémoslo: las personas se enferman y, cuando eso ocurre, es frecuente que oren para pedir sanidad. Tanto si los científicos o los médicos piensan que es buena idea, como si piensan que no lo es, eso va a suceder. Por

tanto, tiene sentido averiguar lo que ocurre cuando se hacen oraciones para pedir una sanidad. ¿Son beneficiosas, ya sea por razones naturales o por razones sobrenaturales? ¿O hacen que las personas empeoren? Los legisladores, los científicos, los médicos, los pacientes. . . para todos ellos, eso es relevante.

—¿Cómo se puede usar la ciencia para investigar los efectos de las oraciones?

—De varias maneras. Por una parte, se pueden comparar los historiales médicos antes y después que se haga la oración. ¿Había alguna enfermedad que ya se había diagnosticado? Los rayos X, los análisis de sangre u otros procedimientos de diagnóstico, ¿muestran enfermedad o lesión? Y después, ¿se resolvió de alguna manera ese estado?

—Por supuesto, no se puede probar que Dios sanó a la persona, incluso aunque desaparezca su enfermedad —observé yo.

—Correcto. Puede haber existido algún tratamiento médico, o podría estar involucrado el efecto placebo. Incluso las pruebas de diagnóstico pueden estar expuestas a interpretación. Además, se pueden presentar recaídas posteriormente —me contestó ella—. Por otra parte, si la enfermedad no mejora ni empeora, entonces podemos decir que decididamente *no* se produjo una curación milagrosa. La ciencia es mejor refutando las cosas que demostrándolas.

—Los estudios clínicos también pueden ser de ayuda —le sugerí.

—Eso creo. Se preparan para un tiempo breve, de manera que podemos medir lo que sucede después que las personas oran. Ahora bien, se pueden presentar complicaciones, como personas ajenas al estudio que están orando por personas que están dentro de él, o la aplicación de un tratamiento médico, o recaídas posteriores. Y por supuesto, todos llegan con sus propias suposiciones previas cuando interpretan los datos, según en el punto del espectro en el cual se encuentren.

—¿El espectro?

—Sí; en un extremo del espectro se encuentran aquellos que esperan que los milagros son muy, muy posibles. Creen que Dios interviene con frecuencia en la naturaleza. Tal vez lleguen con rapidez a una conclusión: «Dios ha sanado a esta persona por medio de la oración». En cambio, las personas situadas en el extremo opuesto del espectro comienzan con la suposición previa de que los milagros no suceden *nunca*. Si la probabilidad es de cero, entonces por fuertes que sean las evidencias, tiene que haber una explicación más plausible, ¿no es cierto? Así que va a haber un condicionamiento previo a interpretar las cosas dependiendo del punto de partida de cada cual.

Los efectos de la oración intercesora

Le pregunté a la doctora Brown cuál era su opinión sobre el proyecto STEP que Shermer había citado en el sentido de que no había arrojado impacto alguno, ni siquiera un efecto ligeramente dañino, en unos pacientes que se estaban recuperando de problemas cardíacos. Yo pensaba que nuestra conversación iba a ser más bien rutinaria, pero francamente terminé totalmente sorprendido, hasta atónito, ante lo que ella me reveló.

—Permítame comenzar diciendo que se han hecho estudios tipo «estándar dorado» antes y después del STEP que han llegado a la conclusión opuesta: que el grupo que recibe oración ha tenido unos resultados *mejores* —me dijo.

—¿De veras? —le pregunté—. ¿Me puede dar algunos ejemplos?

—Uno de los primeros estudios ampliamente divulgados, y revisado por sus colegas, lo hizo el doctor Randolph Byrd; y fue publicado en 1988 en la revista *Southern Medical Journal* —me dijo—. Era un estudio prospectivo, hecho al azar y doblemente ciego entre cuatrocientos sujetos.

Me explicó que a unos cristianos nacidos de nuevo, tanto católicos como protestantes, se les dieron el nombre de pila, el estado y el diagnóstico de los pacientes. Se les indicó que oraran al Dios judeocristiano para pedirle «una rápida recuperación y se evitaran las complicaciones y la muerte, además de otros aspectos de la oración que ellos creyeran beneficiosos para los pacientes.»

—¿Cuáles fueron los resultados?

—Los pacientes que estaban en el grupo por el cual se oró tuvieron menos fallos congestivos del corazón, menos paros cardíacos, menos episodios de neumonía, fueron intubados y ventilados con menor frecuencia y necesitaron menos terapia con diuréticos y antibióticos —me respondió.

—Eso es muy interesante —le contesté—. ¿Cree que ese estudio fue científicamente sólido?

—Yo creo que lo fue. Por supuesto, en cualquier estudio como ese, no es posible controlar cosas como que las personas oren por ellas mismas, o que otras personas que no pertenezcan al estudio oren por ellas —me dijo.

—¿Cuál fue la reacción cuando se dio a conocer el estudio?

—La publicación recibió críticas de los lectores a los que no les gustaba que se estudiara la oración de esa manera. Un doctor les escribió para decir que la publicación le había hecho «un mal servicio a la ciencia de la medicina y, por tanto, a la humanidad en general».

—¡Vaya, eso es muy fuerte! —le dije.

Ella sonrió.

—Yo también pensé así. El editor contestó que el artículo de Byrd había sido sometido al usual proceso de revisión por sus colegas y se había juzgado que era una investigación científica adecuadamente diseñada y ejecutada. Entonces, una década más o menos después, se publicó un estudio de réplica —hecho por el doctor William S. Harris y otros colegas— en la revista *Archives of Internal Medicine*.

—¿Fueron similares los resultados?

—Ese era un estudio tipo «estándar dorado» sobre los efectos de la oración intercesora en casi mil pacientes de coronaria admitidos consecutivamente. Una mitad de ellos recibieron oración; la otra mitad, no. Y nuevamente, el grupo que recibió oración tuvo unos resultados mejores que el grupo de control.

—¿Hubo alguna controversia también esta vez?

—Mayor aún, probablemente porque esa publicación tiene un perfil más elevado y el artículo fue publicado en un clima cultural que era más hostil a la idea de que se estudiara la oración de una manera científica. Un crítico llegó incluso a citar el mandato bíblico de no poner a Dios a prueba.[8]

Volví a echarles una mirada a mis notas.

—Así que, permítame poner esto en orden —le dije—. Estos estudios afirmaban que los que recibieron oración habían tenido unos resultados mejores que aquellos que no la habían recibido.

Brown asintió.

—Así es.

Ahora sí estaba confundido.

—Entonces, ¿por qué cree usted que el STEP llegó a una conclusión tan diferente? —le pregunté.

—¡Ah! —me dijo—. Aquí es donde las cosas se ponen muy interesantes.

«Una secta clásica de la Nueva Era»

Brown comenzó su disección del proyecto STEP haciéndome una pregunta que no tenía nada de controversial.

—Si usted fuera a estudiar la oración —me dijo—, ¿acaso no sería importante quién es la persona que va a orar, a quién le va a dirigir su oración y de qué manera va a orar?

Aquello me pareció intuitivamente obvio.

—Por supuesto —le contesté.

—En el estudio de Byrd, los intercesores eran protestantes y católicos «nacidos de nuevo», que estaban activos en la oración devocional diaria y en la

comunión con una iglesia. Le estaban dirigiendo sus oraciones al «Dios judeocristiano».

Me pareció que aquello tenía sentido. Por ser creyentes nacidos de nuevo, tendrían fe en un Dios personal que es amoroso y que posee el poder y la inclinación para intervenir de manera sobrenatural en la vida de los seres humanos.

—Sí —le dije—. Me parece razonable que si uno está estudiando los efectos de la oración cristiana, quiera utilizar personas cuya teología sea ortodoxa.

—Exacto. De manera similar, en el estudio de Harris a los intercesores se les exigía que creyeran en un Dios personal que escucha y responde las oraciones hechas a favor de los enfermos.

Una vez más, aquello me pareció adecuado.

—¿Y qué me dice de STEP, donde no se le encontraron efectos beneficiosos a la oración? —le pregunté.

Ella se cambió de posición en su silla para verme más de frente.

—Aquí es donde entra en juego la diferencia —me dijo, como si me estuviera confiando un secreto profesional—. Los únicos protestantes reclutados para participar en el estudio procedían de Silent Unity, de Lee's Summit, Missouri.

En mi mente se levantó de inmediato un banderín rojo.

—¿Qué? —dije abruptamente. Verdaderamente, me había quedado de piedra; de hecho, estaba estupefacto—. Unity no es un grupo genuinamente cristiano —le dije.

—Ellos afirman que son cristianos; el nombre completo del grupo es Escuela Unity de Cristianismo,[9] pero estoy de acuerdo en que muchos eruditos cristianos no les concederían esa definición —me contestó la doctora Brown—. Ellos remontan sus orígenes al movimiento del Nuevo Pensamiento, a fines del siglo diecinueve.

Yo he estudiado apologética cristiana, o evidencias a favor de la fe, durante décadas, y soy profesor de pensamiento cristiano en una universidad. Nunca me he encontrado con ningún experto en movimientos religiosos que haya estado dispuesto a clasificar a Unity como tradicionalmente cristiano en su teología.

Con más de trescientas congregaciones de Unity, mil ministros licenciados, programas en más de mil estaciones de radio y de televisión, y treinta y tres millones de envíos de material por correo al año, Unity ha sido descrita como «uno de los grupos metafísicos más grandes de Estados Unidos».[10]

Los puntos de vista de esta secta con respecto a la divinidad de Jesús, al

pecado y la salvación, la Trinidad, la Biblia y prácticamente cada una de las piedras angulares de la doctrina cristiana serían imposibles de reconocer para cualquier cristiano de pensamiento ortodoxo.

Al ir leyendo las creencias de Unity, detecté una mezcla de hinduismo, espiritismo, teosofía, rosacrucismo y Ciencia Cristiana, unida a una especie esotérica de cristiano. Los conceptos bíblicos han sido despojados de su significado histórico para sustituirlos con ideas que son más cónsonas con el misticismo o el panteísmo de la Nueva Era.

De hecho, Ruth Tucker, experta en sectas y en religiones alternas, escribió: «La aceptación por parte de Unity de doctrinas no cristianas, como la reencarnación, junto con su rechazo a diversas doctrinas bíblicas, han situado a este movimiento *fuera* de la ortodoxia cristiana tradicional».[11]

Ron Rhodes, que tiene un doctorado en teología sistemática y ha escrito sesenta libros sobre creencias religiosas, escribió lo siguiente: «La Escuela de Cristianismo Unity podrá tener un nombre que suena como cristiano, pero decididamente, *no es* cristiana».[12]

Probe, una respetable organización de apologética, dice de Unity que es «una secta clásica de la Nueva Era [que] no es cristiana en ningún aspecto de su doctrina ni de sus enseñanzas».[13]

Cómo no se debe estudiar la oración

«Lo que es particularmente relevante es la actitud de Unity hacia la oración y lo milagroso», siguió diciendo la doctora Brown. «Los líderes de Unity han negado durante largo tiempo que la oración obre milagros y hasta han calificado de “inútiles” a las oraciones de petición».[14]

Charles Fillmore, cofundador de la secta, escribió en una ocasión: «Dios no realiza milagros, si con esto nos estamos refiriendo a un alejamiento de las leyes universales».[15] La otra fundadora, su esposa Myrtle, dijo: «Nosotros no aseguramos que la oración que decimos obre un milagro en otra persona. Nuestro trabajo consiste en llamar la atención hacia la verdadera manera de vivir e inspirar a los demás a querer vivir de esa manera verdadera».[16]

El grupo practica lo que llama «oración afirmativa», que consiste en repetir declaraciones positivas, como la siguiente: «Nosotros estamos impregnados de divinidad y somos físicamente saludables».

El portal de la secta en la web dice: «Cuando la mayoría de la gente medita en la oración, piensa en pedirle algo a Dios. Las cosas no son así en Unity. Unity usa la “oración afirmativa”. En vez de mendigarle o implorarle a Dios, este

método implica *conectarnos con el espíritu de Dios dentro de nosotros* y proclamar unas creencias positivas acerca del resultado que deseamos».[17]

Aunque hay cierta diversidad entre los afiliados a Unity, en esencia, Unity no cree en los milagros, no cree en un Dios personal que se halla fuera de nosotros y que interviene en la vida de las personas; tampoco cree que sea incluso adecuado que se pida ayuda sobrenatural.

Todavía estaba moviendo la cabeza con mi incredulidad, cuando la doctora Brown habló de nuevo.

—Entonces, ¿por qué vemos resultados diferentes en STEP? —me preguntó —. Bueno, porque tenemos unos criterios inclusivos que son diferentes. Mire quiénes están orando y cómo lo están haciendo. Es la historia de las manzanas y las naranjas cuando se compara con los estudios de Byrd y los de Harris.

Yo me quedé reflexionando en las consecuencias, que claramente son enormes.

—Eso significa que, de STEP, no se puede sacar ninguna conclusión acerca de la eficacia de la oración tradicional cristiana —le dije.

—Es cierto —me contestó—. Ninguna.

Con los comentarios de Shermer en el fondo de mi mente, le pregunté:

—¿Consideraría usted que STEP es un estudio definitivo o una última palabra en cuanto a la investigación sobre la oración?

La doctora Brown no vaciló un instante.

—De ninguna manera —me contestó.

Entonces le hice una pregunta más acorde con la misma corriente de pensamiento:

—A fin de cuentas, ¿nos dice este estudio *algo* que sea útil?

Ella lo pensó por un instante.

—Bueno —me dijo—, lo instructivo es en cuanto a la forma en que *no* se debe realizar un estudio sobre la oración cristiana.

Oración distante y oración personal

Además de sus críticas concretas acerca de STEP, la doctora Brown me habló de varios problemas que tiene el enfoque general de esos estudios «doblemente ciegos» acerca de la oración.

—En primer lugar, esos estudios no toman en consideración que la sanidad parece estar localizada en ciertas zonas geográficas —me dijo, lo cual me llevó a recordar la observación de J. P. Moreland según la cual las sanidades milagrosas se producen con frecuencia en lugares del Tercer Mundo donde el evangelio se

está abriendo a caminos nuevos.

—En segundo lugar —siguió diciendo—, esos estudios no reconocen que ciertas personas tienen reputación de poseer una «unción» especial o un porcentaje notable de éxitos con la oración de sanidad. En tercer lugar, esos estudios obscurecen el supuesto papel que desempeña la fe por parte del que hace la oración y del que la recibe. Al fin y al cabo, la persona por la cual se ora, no puede responder con fe, si no sabe ni siquiera que alguien está orando por ella.

—Básicamente —le dije—, usted está sugiriendo que esos estudios no reflejan la forma en que se practica realmente la oración, en especial entre los pentecostales y los carismáticos, que destacan la oración de sanidad.

—Así es —fue su respuesta—. Esos estudios se centran en una *oración intercesora distante:* a los intercesores se les da el nombre de pila de un desconocido y la enfermedad que padece y se les indica que oren para que no haya complicaciones en su cirugía. En cambio, cuando los pentecostales oran realmente para pedir sanidad, por lo general se acercan lo más posible a alguien que conocen; muchas veces, entran en contacto físico con la persona, y se identifican con sus sufrimientos. Es lo que yo llamo una *oración intercesora próxima*.

Mientras pensaba en las sanidades realizadas por Jesús, este parece haber sido su patrón de conducta. Era frecuente que tocara a las personas que estaba a punto de sanar; por ejemplo, leemos en Lucas 4.40: «Al ponerse el sol, la gente le llevó a Jesús todos los que padecían de diversas enfermedades; él puso las manos sobre cada uno de ellos y los sanó». Más aun, la Biblia dice que se debe ungir con aceite a los enfermos, lo cual también implica una proximidad y un contacto físico.[18]

—¿Se ha hecho algún estudio que tenga en cuenta los efectos de esta clase de oración cercana y personal? —le pregunté.

—Dale Matthews y su equipo hicieron un estudio controlado prospectivo sobre los efectos de la oración intercesora en pacientes con artritis reumatoidea, que salió publicado en el *Southern Medical Journal* en el año 2000 —me dijo—. No encontraron ningún efecto producido por la oración intercesora distante; en cambio, vieron que los pacientes experimentaron una mejora estadísticamente significativa con las oraciones directas y con contacto, comparados con los pacientes que solo recibieron el tratamiento médico.

—¿Cómo estaba organizado ese estudio? —le pregunté.

—Durante un período de tres días, las personas sometidas a él recibieron seis

horas de oración en persona, más otras seis horas de instrucción de grupo sobre la teología de la oración sanadora —me dijo—. Ese estudio en particular no aclaró si las mejoras fueron consecuencia de la oración misma, de la atención, el contacto físico, el apoyo social, la consejería o los intercambios de perdón que se ofrecieron. . . aspectos todos que han demostrado tener efectos terapéuticos.

—Eso sí que enturbia las cosas, —comenté.

—Sí. Por desdicha, la artritis reumatoidea es relativamente susceptible a mejoras de tipo psicosomático.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta? —le pregunté—. ¿Qué clase de estudio puede tener en cuenta toda esa dinámica?

—Yo llevé a cabo un estudio que considera esos factores —me contestó.

—¿Y los resultados? —le pregunté.

—Fueron fascinantes.

¿Milagros en Mozambique?

Con el fin de ir a un lugar de donde se están informando acerca de grupos de sanidades, Brown y su equipo volaron hasta Mozambique, donde abundan los informes acerca de milagros. Situada en la costa sureste de África, esa nación angustiosamente pobre, con veinticinco millones de habitantes, sufrió una devastadora guerra civil entre 1977 y 1992. Algo más de la mitad de sus habitantes son cristianos, el dieciocho por ciento son musulmanes y el resto tienen creencias animistas o no afirman pertenecer a ninguna religión en absoluto.[19]

Mozambique reúne las cuatro características que el autor cristiano Tim Stafford dice que son muy comunes en los lugares donde se manifiesta lo sobrenatural:

1. Hay analfabetismo. Los milagros manifiestan el poder de Dios sin idioma.
2. El pueblo no tiene en su cultura un marco para conceptos teológicos como los del pecado y la salvación. «Los milagros atraen la atención, aunque la persona no capte la naturaleza de su problema y la de la redención de Dios», escribe Stafford.
3. La atención médica es limitada, lo cual hace que los milagros sean el único recurso para los pacientes.
4. El mundo de los espíritus es muy real para las personas, por lo que «existe un conflicto franco de poderes espirituales». Los milagros son

demostraciones del poder de Dios.[20]

A fin de conectarse con un ministerio que reportara un alto porcentaje de éxito en las sanidades, el equipo de la doctora Brown trabajó con Heidi y Rolland Baker, misioneros carismáticos que habían servido en Mozambique durante más de veinte años. Ellos describieron cómo han acompañado los milagros de sanidad a la difusión del evangelio allí.

La doctora Brown se enfocó en las sanidades de ceguera y sordera (o de graves problemas de visión o audición), los cuales no son particularmente susceptibles a recibir una sanidad psicosomática. Su grupo usó exámenes estandarizados y equipo técnico para determinar el nivel de audición o de visión de la persona inmediatamente antes de la oración. Después de terminadas las oraciones, se le hacían prontamente las pruebas de nuevo al paciente.

—La duración de las oraciones variaba de un minuto a cinco o diez por lo general, pero siempre con contacto físico —me dijo—. Por ejemplo, había una mujer que no podía ver una mano frente a su rostro a treinta centímetros de distancia. Heidi Baker la rodeó con sus brazos, le sonrió, la abrazó, lloró y oró durante un minuto. . . y después, aquella mujer pudo leer.

En total, fueron veinticuatro las personas por las cuales se oró. ¿Los resultados?

—Después de las oraciones, hallamos unas mejoras significativas en la audición y otras estadísticamente significativas en la visión —me dijo la doctora Brown—. Vimos mejoría en casi todas las personas a las que hicimos pasar por las pruebas. Algunos de los resultados fueron bastante dramáticos.

—¿Por ejemplo?

—Tuvimos dos sujetos cuyo umbral de audición estaba reducido a más de cincuenta decibeles, lo cual constituye una reducción bastante grande —me dijo.

Por comparación, cien decibeles es el ruido que produce una motocicleta o una cortadora de césped a motor; ochenta decibeles es el sonido de un triturador de basura o de una batidora de alimentos; cincuenta decibeles es el sonido de una conversación típica en el hogar y cero decibeles es silencio.[21]

—Las mejoras visuales significativas fueron medidas para todo el grupo al que se le probó la visión —añadió la doctora Brown—. De hecho, la mejora promedio en la capacidad visual fue de más de diez veces la situación anterior.

Los sordos oyen, los ciegos ven

La doctora Brown mencionó la historia de Martine, una anciana ciega y

sorda de la aldea de Namuno. Antes de orar, no reaccionaba a los cien decibeles en ninguno de los dos oídos, lo cual quería decir que no habría podido oír un martillo neumático si lo hubieran estado usando junto a ella. Después de orar, respondía a los setenta y cinco decibeles en el oído derecho, y a los cuarenta en el oído izquierdo, lo cual significaba que podía entender una conversación.

Después de una segunda oración, la visión de Martine mejoró de 20/400 a 20/80 en la gráfica de la visión. Eso significaría que en principio, era legalmente ciega; pero, después de orar, podía ver los objetos a seis metros de distancia, de la misma forma en que una persona con una visión normal habría podido verlos desde veinticuatro metros de distancia.[22]

Yo traté de imaginarme cómo serían las cosas para las personas que estaban recibiendo una intercesión como aquella.

—«¿Qué sucedía durante las oraciones? —le pregunté—. ¿Cómo se sentían esas personas?

—Había diversidad —me dijo la doctora Brown—, pero con frecuencia, las personas por las cuales se estaba orando decían que sentían calor, frío, o incluso cosquilleo o picazón.

En su libro, la doctora Brown presenta un relato sobre Gabriel, que recibió oración por su oído derecho. Más tarde diría: «Comencé a sentir un calor. Y empecé a sentirme como si una hormiga pequeña empezara a caminar hasta entrar en mi oído, muy dentro. . . [Pronto] era como si tuviera ahí dentro todo un nido de hormigas caminando. Y entonces aquello se convirtió en un cosquilleo. . . Después todo estaba muy caliente, muy pero muy caliente. Y después, de repente, se enfrió mucho. . . Así que exactamente en el momento en que sentí aquella mano fría sobre mi hombro [el intercesor] dijo: “Sí, Señor, te doy gracias por tus ángeles. Ellos están aquí con nosotros, ayudándonos en esta sanidad”».[23]

A mí, la metodología de la doctora Brown me pareció asombrosamente sencilla, pero intuitivamente válida. La única cosa que cambiaba entre las pruebas anteriores a las oraciones y las posteriores era el hecho de que alguien le dirigía a Jesús una oración para que aquella persona mejorara. Y virtualmente todos mejoraron en algún grado, muchas veces de una manera asombrosa.

—¿Fue un estudio científicamente respaldado? —le pregunté.

—Lo publicaron en *Southern Medical Journal* y fue revisado por mis colegas. Fue hecho de manera prospectiva. Rigurosa. Era un *diseño con sujetos dentro de él,* un enfoque estándar a los estudios psicofísicos publicados en la revista principal, *Science,* y en otras. Usamos los equipos adecuados. Tuvimos un equipo de investigación entrenado. Obtuvimos resultados estadísticamente

significativos. Y la validez del estudio fue considerada como científicamente respaldada por la revista que lo publicó.

Yo levanté la pluma.

—No obstante —señalé—, el número de personas que pasaron por las pruebas era muy pequeño.

—Existe un concepto equivocado según el cual si se obtiene una muestra pequeña, esta no es estadísticamente significativa. En realidad, eso no es cierto —me contestó—. Con una muestra más pequeña, los efectos tienen que ser mayores y más coherentes para lograr una significación estadística. Y nuestros efectos lo fueron.

La doctora Brown y su equipo hicieron otro estudio de repetición en Brasil para comprobar si allí obtendrían unos resultados similares. . . y los obtuvieron. Una vez más, la vista y la audición mejoraban después que se oraba imponiendo manos en el nombre de Jesús.

Por ejemplo, en São Paulo, una mujer de cuarenta y ocho años llamada Julia no podía ver los detalles de los rostros, ni leer sin lentes.

—Después de orar, pudo hacer ambas cosas —me dijo la doctora Brown—. Una mujer de treinta y ocho años en Uberlandia no podía contar los dedos levantados en una mano a tres metros de distancia. Cuando abrió los ojos después de la oración, pudo leer el nombre que había escrito en la etiqueta que llevaba puesta la persona que había estado orando por ella.

Yo la interrumpí.

—Esos resultados, ¿se podrían deber a la sugestión o a alguna clase de hipnosis?

—No es probable. Un artículo publicado en el año 2004 resumió los resultados de los estudios con sugestión y con hipnosis, diciendo que no habían podido demostrar unas mejoras significativas en la visión ni en la audición.[24]

—En ese caso, ¿a qué conclusión llega usted? —le pregunté.

—Nuestro estudio demuestra que *algo* sucede en la oración intercesora próxima que hacen los pentecostales y los carismáticos —fue su respuesta—. Se trata de algo más que una simple ilusión. No es una farsa; no se trata de un fraude. No se trata de ningún televangelista tratando de lograr que las viudas le manden su dinero. No se trata de una atmósfera altamente cargada en la cual se juega con las emociones de la gente. *Algo* está sucediendo y, ciertamente, exige una investigación mayor.

En efecto, su esposo Joshua, que obtuvo su doctorado en la Universidad de Boston, encabeza el Instituto de Investigación Médica Mundial, en el cual se

aplican rigurosos métodos empíricos a la investigación de sucesos de los que se afirma que son sanidades milagrosas.

Mientras tanto, el trabajo y los análisis de Candy Gunther Brown ya han socavado la afirmación de Shermer según la cual, cuando se conducen las investigaciones de una manera científica, arrojan «cero» evidencias a favor de lo milagroso.

Lo contrario es lo que aparenta ser cierto. Según parece, después de más estudios, las evidencias *son* favorables para el lado cristiano.

CAPÍTULO 8

Sueños y visiones

Entrevista con el misionero Tom Doyle

La pared de ladrillo estaba descolorida, dispareja y erosionada; la imponente puerta de madera tenía más de dos metros de alto, pero menos de uno de ancho, con la parte superior arqueada y situada en un marco que tenía un par de metros de profundidad.

El visitante estaba de pie afuera, en la oscuridad, observando con detenimiento al cálido resplandor del interior barroco, una habitación cavernosa llena de mesas desbordantes con comidas cuantiosas y copas de vino. La gente que estaba dentro se disponía a disfrutar de su banquete, pero todos estaban esperando, al mismo tiempo que miraban hacia su izquierda, como a la espera de que alguien llegara para hablar antes de la cena.

Al mirar hacia dentro, el visitante vio a su amigo David sentado a una mesa que no estaba muy lejos de la puerta. Sorprendido, lo llamó para captar su atención. «Yo pensaba que íbamos a comer juntos», dijo el visitante.

David, sin quitar ni por un instante la vista del frente de la habitación, solo le pudo contestar: «Tú nunca me respondiste».

Mientras me describía la escena, mi amigo Nabeel tenía la mirada fija hacia un lado, con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, como si estuviera volviendo a vivir aquella experiencia. Se volvió para mirarme de frente.

—Ese fue todo el sueño —me dijo.

Mi sala de estar estaba silenciosa, con la excepción del ligero zumbido del aparato de aire acondicionado que estaba fuera.

—¿Y eso le sucedió después que le había pedido a Dios una visión clara? —le pregunté.

—Así fue —me contestó—. Al día siguiente llamé a David y le pregunté qué pensaba acerca de mi sueño.

—¿David era su amigo cristiano?

—Mi *único* amigo cristiano. Yo era un musulmán consagrado; no me gustaba mancharme asociándome con demasiados cristianos.

—¿Y qué le dijo?

—Me dijo que no había necesidad de interpretar lo que yo había experimentado. Todo lo que necesitaba hacer era abrir la Biblia en el capítulo trece de Lucas.

> Continuando su viaje a Jerusalén, Jesús enseñaba en los pueblos y aldeas por donde pasaba. —Señor, ¿son pocos los que van a salvarse? —le preguntó uno.
>
> Esfuércense por entrar por la puerta estrecha —contestó—, porque les digo que muchos tratarán de entrar y no podrán. Tan pronto como el dueño de la casa se haya levantado a cerrar la puerta, ustedes desde afuera se pondrán a golpear la puerta, diciendo: «Señor, ábrenos».
>
> Pero él les contestará: "No sé quiénes son ustedes. . ."
>
> «Allí habrá llanto y rechinar de dientes cuando vean en el reino de Dios a Abraham, Isaac, Jacob y a todos los profetas, mientras a ustedes los echan fuera. Habrá quienes lleguen del oriente y del occidente, del norte y del sur, para sentarse al banquete en el reino de Dios».[1]

—Yo estaba junto a la puerta, y aún no se había cerrado, pero sabía con claridad que no participaría de ese banquete de Dios, *ese cielo*, a menos que respondiera a la invitación —me dijo Nabeel—. La puerta sería cerrada definitivamente; el banquete seguiría adelante sin mí, para siempre.

—¿Cómo le hizo sentir aquello?

Él se detuvo un instante antes de responderme.

—Helado. Aterrado. Solo. *Desesperado*.

—Ese pasaje de Lucas. . . ¿cuántas veces lo había leído antes de aquella noche?

Nabeel pareció sorprenderse ante mi pregunta.

—Ni una sola vez —me dijo.

—¿Nunca?

—Yo nunca había leído *nada* del Nuevo Testamento antes. . . y sin embargo, vi representado aquel pasaje en mi sueño.

—¿Cómo puede explicar eso?

—Yo soy un hombre de ciencia. Doctor en medicina. Trabajo con la carne y los huesos; con las evidencias, los hechos y la lógica. Pero *esa* —me dijo, buscando las palabras correctas—, esa era exactamente la visión que necesitaba. Era un milagro. Un milagro que me abrió la puerta.

Despertar en el mundo musulmán

Aquel sueño fue esencial para guiar a mi amigo Nabeel Qureshi a la fe en Cristo y a reorientar su camino en la vida de la medicina a una apasionada defensa de la fe cristiana ante el mundo.[2] Nabeel es solo uno entre el número incalculable de musulmanes que han tenido visiones o sueños sobrenaturales, muchos de ellos corroborados por sucesos externos, que los han sacado del islam para llevarlos al cristianismo.

Es más, en las dos últimas décadas se han convertido en cristianos un número mayor de musulmanes que en los mil cuatrocientos años anteriores desde Mahoma, y se calcula que entre la cuarta y la tercera parte de ellos han tenido un sueño o una visión de Jesús antes de su experiencia de salvación.[3] Si esas estadísticas son precisas, entonces este fenómeno de que Jesús se les aparezca de forma sobrenatural a las personas es uno de los despertares espirituales más significativos en el mundo actual.

El apologista cristiano Ravi Zacharias fue el primero que llamó mi atención hacia esta tendencia mundial hace cerca de veinte años, cuando lo entrevisté para mi libro *El caso de la fe*.

—He predicado en muchos países islámicos, donde es difícil hablar de Jesús —me dijo en aquella ocasión—.

Prácticamente cada musulmán que sigue a Cristo lo ha hecho, en primer lugar, por el amor de Cristo expresado por un cristiano o, en segundo lugar, por una visión, un sueño o alguna otra intervención sobrenatural. Ahora bien, ninguna religión tiene una doctrina de ángeles y visiones más complicadas que los islámicos, y creo que es extraordinario que Dios use esa sensibilidad al mundo sobrenatural para revelarse mediante visiones y sueños.[4]

En la Biblia, Dios usaba con frecuencia los sueños y las visiones para impulsar sus planes. Desde Abraham, José y Samuel en el Antiguo Testamento, hasta Zacarías, Juan y Cornelio en el Nuevo, hay alrededor de doscientos ejemplos bíblicos del empleo de esta clase de intervención sobrenatural por parte

de Dios.

En la actualidad, los informes acerca de esas manifestaciones milagrosas parecen agruparse entre los seguidores del islam, desde Indonesia hasta Pakistán y la Franja de Gaza. Aunque debemos admitir que esas experiencias son únicas en cada caso, en muchos de ellos hay autenticación, como cuando Jesús le dice al individuo en el sueño algo que esa persona no habría podido saber por otra vía, o como cuando dos personas tienen sueños idénticos en la misma noche.

Además de eso, la asombrosa coherencia con que se producen esas experiencias a través de las fronteras nacionales sugiere que son más que un simple producto de unas imaginaciones excesivamente activas. Un musulmán consagrado no tendría incentivo alguno para imaginarse un encuentro así con el Jesús del cristianismo, que lo podría atraer a la apostasía con respecto al islam y, posiblemente, hasta a una sentencia de muerte en ciertos países.

¿Por qué estamos viendo esos fenómenos en el presente? ¿Por qué se habría de producir hoy una verdadera avalancha de esas manifestaciones en medio de los miembros de una fe que niega obstinadamente los pilares teológicos fundamentales de la cristiandad? ¿Qué les dice Jesús a esas personas, que estremece su mundo de una manera tan radical? Y si Jesús se puede aparecer en sueños y visiones como esos, ¿por qué no se manifiesta de esta forma a todos? ¿Acaso ese fenómeno no elimina en realidad la labor de los misioneros?

Tuve que admitirlo: esas intervenciones divinas no encajaban muy claramente en mi marco teológico, lo cual hizo que me sintiera más ansioso aún por llegar al fondo de ellas.

Leslie y yo pusimos nuestras valijas en el auto y viajamos por carretera unas tres horas hasta Dallas, Texas, donde tenía planificado un encuentro con un autor y misionero en el Oriente Medio que es uno de los principales expertos en los sueños y visiones que están experimentando los musulmanes en nuestros tiempos.

Entrevista con Tom Doyle, maestría en estudios bíblicos

Después de graduarse en una institución superior cristiana (Universidad Biola) y de obtener un diploma (en el Seminario Teológico de Dallas), Tom Doyle se lanzó con todo entusiasmo a su ministerio pastoral, en el que trabajó los veinte años siguientes. Sirvió en iglesias de Dallas, Albuquerque y Colorado Springs, y

disfrutaba en especial de su deber de predicar los domingos por la mañana. Entonces, en 1995, el Seminario de Dallas lo llamó para decirle que estaban llevando algunos pastores a Israel. ¿Estaría él interesado en unirse a ellos?

—Eso lo cambió todo para mí —recuerda Doyle—. Inmediatamente me sentí arrastrado al Oriente Medio; mordí el anzuelo.

A lo largo de los veinte años siguientes, se convirtió en misionero en esa región y terminó guiando un total de sesenta viajes a la Tierra Santa. En la actualidad es el fundador y presidente de «UnCharted», un ministerio dedicado a exhortar a los cristianos para que se unan al movimiento de Dios entre los judíos y los musulmanes, además de auxiliar a los creyentes perseguidos.

Lo que me impulsó a acercarme a Doyle fue su libro *Dreams and Visions: Is Jesus Awakening the Muslim World?*, que escribió con Greg Webster en 2012. En total, Doyle es autor de siete libros que giran alrededor de su condición de experto en el Oriente Medio, entre ellos: *El asesinato de cristianos: Vive la fe donde es peligroso creer y los siguientes en inglés: Two Nations Under God: Why You Should Care about Israel*; *Breakthrough: The Return of Hope to the Middle East*; y *Standing in the Fire: Courageous Christians Living in Frightening Times*.

Doyle, que ahora tiene sesenta y dos años y un pelo cada vez más canoso, se casó con JoAnn, su novia de la universidad, hace más de treinta y cinco años. Tienen seis hijos y varios nietos. JoAnn ministra a las mujeres en los países del Oriente Medio.

Los amigos de Doyle que lo conocen bien, lo llaman «el auténtico». Rob Bugh, pastor principal de la congregación Wheaton Bible Church en la zona suburbana de Chicago, dice de él: «He viajado con Tom al extranjero, y he visto de manera directa su notable amor por las personas perdidas, los desplazados, los musulmanes y los judíos».[5]

Otro de los amigos de Doyle, el conocido novelista y biógrafo cristiano Jerry Jenkins, afirma que el ministerio personal de Doyle en el Oriente Medio le da una autoridad especial para hablar de las tendencias que van apareciendo allí. Dice que Doyle tiene «la credibilidad de un hombre cuya ropa huele al frente de batalla, porque estuvo allí ayer y mañana estará de regreso».[6]

Leslie y yo cenamos con Tom y JoAnn en un café, la noche antes de nuestra entrevista, conversando por varias horas acerca de aquello que suele obsesionar a los abuelos: los nietos. Tom y JoAnn son sociables, apasionados y comprensivos; cualidades perfectas para los misioneros. Perdóneme lo trillado pero, en su caso, encaja muy bien: las sonrisas de ambos son contagiosas.

A la mañana siguiente, JoAnn y Leslie salieron un rato para permitir que Tom y yo tuviéramos una conversación privada en nuestro cuarto del hotel.

—¿Tuvo alguna vez afinidad por el trabajo con los musulmanes? —comencé yo mientras nos sentábamos uno frente a otro en unas (incómodas) sillas de respaldar recto.

—No. Es más, tenía una gran cantidad de ideas preconcebidas —fue su respuesta.

—¿Prejuicios?

—Se puede decir que sí.

—¿Qué le hizo cambiar de actitud?

—Poco después de los sucesos del 11 de septiembre, estuve en la ciudad de Gaza. Una mujer que llevaba puesto su hiyab se me acercó corriendo, me tomó por el antebrazo y me dijo: «Usted es de Estados Unidos, ¿no es cierto?» A lo que respondí: «Sí, así es». Entonces me dijo: «Cuando se desplomaron los edificios el 11 de septiembre, ¿vio usted el video de la gente de Gaza vitoreando y celebrando?». Yo le dije: «Sí, lo vi en la televisión». Ella me dijo: «Yo no. Yo estaba llorando por esa gente. No se merecían la muerte. Eso fue incorrecto. Lo siento mucho». Entonces se dio una palmada en el pecho, sobre el corazón y salió caminando.

—¿Cómo le hizo sentir aquello?

—Ese fue el día en que Dios comenzó a crear en mi corazón un espacio para los musulmanes —me dijo—. Todo se reduce a esto: ¿Somos capaces de ver a través de los ojos de Jesús y no de los nuestros? Él filtra y deja fuera todas las noticias y los prejuicios. Una vez que tienes sus ojos, ves a las personas tal y como son: hechas a su imagen.

«¡Tú eres ese! ¡Tú eres ese!».

Cuando la pregunté a Doyle en qué momento tuvo conocimiento del fenómeno de los sueños y visiones entre la gente islámica, recordó la primera vez que visitó Jerusalén y se reunió con un grupo de musulmanes que se habían convertido al cristianismo.

—Uno de ellos, Rami, me dijo que había sido un fervoroso musulmán hasta que comenzó a tener sueños con Jesús. Me dijo que eran diferentes a todo lo que había experimentado antes. Con frecuencia, los sueños son borrosos o confusos, pero esos eran brillantes y enfocados como rayos láser. . . y los seguía teniendo.

—¿Qué le decía Jesús?

—Era un hombre vestido con una túnica blanca y le decía, a Rami, que lo

amaba. Estaban junto a un lago, y Rami dice que se vio acercándose a Jesús y abrazándolo.

—¿Cómo reaccionó usted? —le pregunté.

Doyle se rió entre dientes.

—Yo no sabía si Rami estaba loco o qué le sucedía —fue su respuesta—. Pero una y otra vez, y de diversas personas, comencé a oír básicamente la misma historia: Jesús en una túnica blanca, diciéndoles que los ama, que murió por ellos, diciéndoles que lo sigan. Aquello comenzó a aumentar; en Irán, Irak, Siria, en todas partes. Hasta había anuncios publicados en periódicos egipcios.

Yo alcé los ojos y dejé de tomar notas.

—¿Qué clase de anuncios?

—Solo decían: «¿Has visto tú al hombre de la túnica blanca en tus sueños? Él tiene un mensaje para ti. Llama a este número». En otras palabras, eran tantos los musulmanes que estaban teniendo esos sueños, que los ministerios cristianos comenzaron a publicar anuncios para alcanzarlos.

Le pregunté a Doyle si me podía dar un ejemplo típico de la forma en que evolucionan esos sueños en la vida de alguien. Él escogió la historia de lo que les sucedió a Kamal, un fundador de iglesias subterráneas en Egipto, y a una madre musulmana casada, que se llamaba Noor.[7]

Me explicó que Kamal estaba ocupado en su trabajo un día, cuando sintió que Dios le estaba indicando que fuera al mercado del viernes en Khan el-Khalili, en El Cairo. Francamente, aquel era el último lugar al que habría querido ir; eso fue inmediatamente antes de las oraciones musulmanas y el mercado —con mucho ruido y en caos— estaba lleno de personas. Pero fue, porque se sentía convencido totalmente de que Dios tenía una encomienda especial para él.

Una mujer musulmana llamada Noor, cubierta de pies a cabeza con las vestiduras tradicionales, lo vio desde la distancia y comenzó a gritarle: «¡Tú eres ese! ¡Tú eres ese!». Mientras comenzó a abrirse paso entre la muchedumbre y se le fue acercando en línea directa. Entonces le dijo: «¡Tú estuviste en mi sueño anoche! Esa ropa. . . tenías puesta esa ropa. Estoy segura: eras tú».

Kamal sintió enseguida qué era lo que la estaba motivando. «¿Y yo estaba con Jesús?», le preguntó.

«Sí», le contestó ella. «Jesús estaba con nosotros».

Después le explicó: «Jesús estaba caminando conmigo por la orilla del lago y me hablaba de lo mucho que me ama. Su amor era diferente a todo lo que he experimentado en mi vida. Nunca he sentido tanta paz. No quería que él se fuera. A ese Jesús le pregunté: «¿Por qué me estás visitando a mí, una pobre madre

musulmana con ocho hijos?». Y todo lo que él dijo fue: “Te amo, Noor. Lo he entregado todo por ti. Yo morí por ti».

Cuenta que cuando Jesús iba a marcharse, le dijo: «Pregúntale por mí mañana a mi amigo. Él te dirá todo lo que necesitas para comprender por qué te he visitado». Ella le contestó a Jesús: «¿Pero quién es tu amigo?». Jesús le dijo: «Aquí tienes a mi amigo», y le señaló a una persona que estaba detrás de él en el sueño. «Él ha estado caminando con nosotros todo el tiempo que hemos estado juntos».

Ahora, allí en la plaza del mercado, Noor le dijo a Kamal: «Aunque tú habías caminado con nosotros alrededor del lago, yo no había visto a nadie más que a Jesús. Pensaba que estaba sola con él. Su rostro era maravilloso. No le podía quitar los ojos de encima. Jesús no me dijo tu nombre, pero tú llevabas puesta la misma ropa que tienes ahora, y tus lentes. . . son los mismos también. Yo sabía que no olvidaría tu sonrisa».

El encuentro los llevó a una profunda conversación acerca de la fe que duró unas tres horas. «Nunca he sido amada como cuando Jesús caminó conmigo en ese sueño», le dijo Noor. «No sentía temor alguno. Por primera vez en mi vida, no me sentía avergonzada. Aunque él es un hombre, no me sentía intimidada. No me sentía amenazada. Sentía. . . una paz perfecta».

Kamal le explicó que la religión nunca le daría esa clase de paz. «Eso es lo que [Jesús] te quiere dar», le dijo. «Antes de ir a la cruz, Jesús dijo: “La paz les dejo; mi paz les doy”.[8] No encontrarás; no podrás encontrar una paz como esa en ninguna otra persona. Ni siquiera hay nadie que no sea Jesús que te la pueda ofrecer».

La historia de Noor me fascinó.

—¿Aceptó ella la fe en Cristo? —le pregunté a Doyle.

—Ese día no —me respondió—. Ella está calculando el precio a pagar, tal como Jesús mismo dijo que haríamos. Precio que para ella, en Egipto, podría ser muy elevado. Dijo que quería saber todo lo que pudiera acerca de Jesús. Hay una gran cantidad de personas orando por ella.[9]

Parado en seco

Los libros de Doyle están repletos de historias como esta de Kamal y Noor, y siguen llegando relatos similares al suyo.

—Yo podría tomar el teléfono ahora mismo y llamar a Siria para preguntar si nuestra gente tiene alguna historia más acerca de esos sueños, y me darían tres o cuatro nuevas —me dijo—. Así de frecuentes son.

—Entonces, ¿no le parece que vayan a disminuir? —le pregunté.

—En absoluto. Hace poco conocí en Jerusalén a un hombre que creció en un campamento de refugiados como palestino —me dijo Doyle—. Odiaba a Israel. Me dijo que su meta en la vida era matar tantos judíos como pudiera.

—Eso causa escalofríos —le dije—. Y entonces, ¿qué sucedió?

—Se dirigía a una reunión con gente que trabaja con Hamás —me dijo, refiriéndose a la organización terrorista—. Él no sabía nada acerca de Jesús pero, de repente, un hombre vestido con una túnica blanca estaba de pie frente a él en la calle, y señalaba directamente a él. Aquel hombre le dijo: «Omar, esta no es la vida que yo tengo planificada para ti. Date vuelta. Vete a tu casa. Yo tengo otro plan para ti».

—¿Y qué hizo?

—Dio media vuelta y se fue a su casa. Más tarde aquel mismo día, alguien se estaba mudando a un apartamento que se hallaba frente al suyo, al otro lado del pasillo. Él descubrió que el nuevo inquilino era cristiano. Entonces le contó la experiencia que había tenido y le dijo: «¿Qué significa eso?». Aquel cristiano pasó un tiempo con él, recorrieron juntos las Escrituras, y lo ayudó a aceptar a Jesús. Hoy, Omar es fundador de iglesias subterráneas.

Aquella historia me conmovió profundamente.

—Así que allí estaba él —le dije—, de camino, con el propósito de unirse a Hamás, y tal vez dedicarse a una vida de extremismo y terrorismo. . . sin embargo, Jesús literalmente lo paró en seco.

—Exactamente —me dijo Doyle—. Conocimos en Jericó a otro hombre llamado Osama, que formaba parte de la Autoridad Palestina. Este comenzó a tener sueños con Jesús. Así que acudió a su imán y este le dijo que leyera más el Corán. Pero cuanto más leía el Corán, más soñaba con Jesús. El imán le dijo entonces que participara más en las actividades de la mezquita, y eso hizo él. . . pero seguían los sueños con Jesús. El imán le dijo que hiciera el hajj [peregrinación] a La Meca.

Yo me podía imaginar a esa persona en medio de la muchedumbre que se reúne en La Meca, caminando alrededor de la Kaaba, llamada con frecuencia «la casa de Alá», un edificio negro situado en el centro de la mezquita más sagrada del islam. Uno de los cinco pilares del islam dice que si un musulmán no está incapacitado, debe hacer la peregrinación del hajj a La Meca una vez en su vida

y caminar siete veces a pie alrededor de la Kaaba. Más de un millón de personas caminan en sentido contrario a las agujas del reloj alrededor de la Kaaba durante ese período de cinco días.

—¿Qué le sucedió? —pregunté.

—Se supone que los peregrinos deben mirar a la Kaaba y recitar sus oraciones. En vez de hacer eso, él miró hacia arriba, y encima de la Kaaba, vio al Jesús que veía en sus sueños.

—¡Eso lo debe haber asustado!

—¡Y lo asustó! —me contestó Doyle—. Jesús lo miraba fijamente y le decía: «Osama, vete de este lugar. Vas en una dirección equivocada. Vete para tu casa». Y eso hizo. Más tarde, un amigo cristiano le habló del evangelio y él aceptó la fe en Cristo. Hoy, ese hombre tiene un amor tan grande por Jesús, que se le puede ver literalmente en el rostro.

«Así es como Jesús actúa»

Hay una realidad que me parecía clara: La mayoría de las personas que tenían esos sueños no sentían una inclinación natural a imaginarse una visión del Jesús del cristianismo.

—De ninguna manera —me dijo Doyle—. Muchos viven en países cerrados, donde no hay un contacto previo con imágenes o ideas acerca del Jesús de la Biblia. Cuando Jesús les dice que él murió por ellos, eso es algo ajeno a todo lo que ellos han aprendido.

—¿Qué les dice el Corán acerca de Jesús?

—«Que él es un profeta, pero lo más significativo es que el Corán afirma que Jesús no murió en la cruz, que Alá no tiene ningún hijo y que nadie puede cargar con los pecados de otra persona. Las mismas cosas que dice el cristianismo que son esenciales para la fe, son negadas de manera explícita en las enseñanzas islámicas.

—Eso hace que los musulmanes se resistan cuando uno trata de comenzar una conversación con ellos acerca de la fe —le dije.

—Sí, exactamente. Lo típico es que los musulmanes respondan diciendo que la Biblia ha sido corrompida, o que los cristianos adoran a tres dioses, o que mires lo que sucedió durante las cruzadas —me contestó Doyle—. Estos son algunos de los grandes peñascos que obstaculizan el camino entre ellos y el Jesús verdadero. Pero en esos sueños de alta definición sobre Jesús, él los guía delicadamente para que evadan esos peñascos. Ven a Jesús tal como él es y entonces se sienten motivados a aprender más.

»Es interesante ver que —siguió diciendo—, después de tener un sueño o una visión, desaparezcan las objeciones típicas que los musulmanes erigen contra la cristiandad. Nunca he conocido a alguien que haya tenido un sueño con Jesús y que siga atascado en cuanto a la divinidad de Cristo o la veracidad de las Escrituras. Al instante, saben esto: Jesús es más que un simple profeta. Y quieren conocer más acerca de él.

Yo noté que en su descripción de esos sueños, Doyle no decía que el musulmán depositara de inmediato su confianza en Jesús. Por eso le dije:

—Al parecer, no se trata de que la persona se vaya a dormir siendo musulmana, tenga un sueño en el que ve a Jesús, y se despierte siendo cristiana.

—Así es: nunca he oído que haya sucedido tal cosa —me contestó Doyle—. Por lo general, el sueño les señala a alguien que les puede enseñar a partir de la Biblia y presentarles el evangelio, como en el caso de Noor, en el mercado de El Cairo. O como Omar, a quien Jesús disuadió de reunirse con Hamás, se fue a su casa y «por coincidencia» descubrió que un cristiano se estaba mudando al apartamento situado frente al suyo —dijo, acentuando las palabras «por coincidencia» con su tono de voz—. Los sueños los impulsan a buscar al Jesús real y hallar la verdad en las Escrituras.

El Jesús que ellos encuentran en sus sueños, me dijo Doyle, es un antídoto perfecto a una cultura que se basa en la vergüenza y el honor.

—Los musulmanes han sentido deshonra y vergüenza desde los tiempos de Mahoma, pero esos sueños tocan una cuerda emocional porque, de repente, sienten el extremo opuesto —me explicó—. Les honra que Jesús se les haya querido aparecer. Sienten amor, gracia, seguridad, protección, confirmación, gozo, paz. . . todas esas emociones que no reciben del islam. Eso estremece su mundo.

—¿Se comporta Jesús en esos sueños de la misma forma que el Jesús de los evangelios?

—Hay cierta uniformidad. Por ejemplo, el Jesús del Nuevo Testamento llegaba a los marginados: la mujer samaritana que estaba en el pozo y que había tenido varios maridos; los ciegos; los inválidos; los leprosos; Zaqueo, el odiado recaudador de impuestos. En la actualidad ¿quién es más marginado que los musulmanes? Jesús está manifestando su amor por ellos. Así es como Jesús actúa.

—¿Hasta qué punto son similares —le pregunté a Doyle—, esos sueños contemporáneos con los sueños y las visiones que se describen en las Escrituras?

—No quiero decir que sean como lo que experimentó Saulo en el camino a

Damasco —fue su respuesta—. Sin embargo, esas experiencias son estremecedoras para los que las tienen. No son como los sueños típicos, sino que son excepcionalmente vibrantes. No los pueden estremecer. Ellos sienten ese amor que les ha faltado en la vida, por lo que su reacción es muy comprensible: inevitablemente, quieren más.

«Que se las presentaran a Dios»

Yo hice un gesto en dirección a Doyle.

—Usted estudió en la Universidad Biola y en el Seminario de Dallas, instituciones evangélicas que son bastante conservadoras —le dije—. ¿Desafió ese fenómeno de los sueños su teología en alguna forma?

—Bueno, al principio me sentía escéptico —me dijo, haciendo que yo asintiera, puesto que yo también me sentía de la misma forma—. Yo pensaba: *Señor, ¿por qué está sucediendo esto?* Pero a medida que lo iba procesando en mi mente, iba comenzando a tener sentido.

—¿De qué forma?

—El mundo occidental no necesita sueños y visiones: tenemos fácil acceso a la Palabra de Dios. En cambio, se calcula que el cincuenta por ciento de los musulmanes que hay en el mundo no sabe leer y, en ese caso, ¿cómo les vamos a hacer llegar las Escrituras a ellos? Y el ochenta y seis por ciento de los musulmanes no conocen a un solo cristiano. Entonces, ¿quién va a compartir con ellos el evangelio? A la luz de esas realidades, ¿cómo los puede alcanzar Dios? Yo creo en un Dios justo y equitativo. La Biblia dice: «Tú, que eres el Juez de toda la tierra, ¿no harás justicia?».[10] Lo que yo pienso es que Dios va a encontrar una forma de llevar a Jesús hasta ellos.

—¿Incluso de una manera tan dramática como esa?

—Seguro. Recuerdo a Leila, que vivía en Bagdad. Su esposo la golpeaba todo el tiempo; pensaba que iba a morir. Una noche dijo: «Dios, he estado clamando a ti durante meses y no haces nada. Sigo preguntando: “Dios, ¿dónde estás?”. Ahora voy a cambiar mi pregunta: “Dios, *¿quién* eres?”. Tal vez he estado orando al Dios equivocado». Esa noche tuvo un sueño con el Jesús que la ama.

Él se encogió de hombros.

—Entonces, ¿qué debo hacer con todo eso, desde el punto de vista teológico? —me preguntó—. Es difícil negar las evidencias de que está sucediendo algo sobrenatural. Lo admito, es la Palabra de Dios la que guía a las personas a la fe, pero esos sueños aran en el duro suelo de los corazones musulmanes para que

puedan recibir la semilla del evangelio.

Doyle dejó que ese pensamiento perdurara unos momentos. Después continuó hablando.

—Ponte en la posición de Dios —me dijo, señalando hacia mi persona—. Quieres que tu mensaje llegue al mundo entero. Un gran número de musulmanes, a los que amas profundamente, no tienen acceso a los cristianos ni a la Biblia. Ahora, ¿cuál es tu plan B? ¿Cómo captarías su atención, en especial cuando se trata de una cultura que valora los sueños? Yo creo que tenemos que mirar al amor de Dios, más que pensar automáticamente que nuestra teología es la correcta. Nuestro amoroso Dios es así; quiere hacer algo radical para alcanzarlos. Los tiempos extremos exigen medidas también extremas.

Aun así, lo seguí presionando sobre este tema.

—¿Qué le diría a los cristianos que afirman que sí, que en la Biblia aparecen unos cuantos sueños, pero que eso pasó en otra era, en tiempos distintos, circunstancias diferentes. . . y sencillamente, esas cosas ya no pasan hoy?

—En la Biblia hay más de doscientos sueños o visiones —me contestó—. Sabemos que en la iglesia naciente también hubo sueños y algunos líderes espirituales los veían como un vehículo de la revelación divina. Es obvio que la Palabra de Dios es nuestra única autoridad. . . y hay algo interesante. ¿A qué les señalan esos sueños a las personas? A la Biblia.

—Un teólogo podría objetar que el canon de las Escrituras está cerrado y que esa sería una revelación extrabíblica, que es necesario tratar con mucha cautela —dije.

—Es necesario comprobar todo con las Escrituras. Yo no vacilo en cuanto a eso. Ahora bien, ¿cómo es que hay muchos cristianos en Estados Unidos que pueden decir que —estando en un restaurante— han sentido el impulso de testificarle a alguien que estaba sentado cerca de ellos? El Espíritu guía a las personas de esa manera todo el tiempo. En ese caso, ¿por qué el Espíritu no las podría guiar por medio de un sueño que les señale en dirección a los misioneros y a la Biblia? Francamente, nuestra teología no es la que determina las acciones que realiza Dios.

—Y en cuanto a los que se siguen sintiendo escépticos, ¿qué les diría?

—¿Qué más les podría decir? —me contestó Doyle suspirando—. Si tienen objeciones basadas en algún punto teológico, yo les diría que se las presentaran a Dios.

Entonces añadió una idea más.

—Yo, personalmente, no creo que Dios haya puesto lo sobrenatural en un

estante.

«¿Estás dispuesto a morir por Jesús?»

Una forma de valorar la legitimidad de esos sueños es medir la clase de fruto que producen. En otras palabras, ¿llevan a una fe superficial y pasajera, o tienen por consecuencia unas conversiones totales y una profunda consagración a Cristo?

—Sin duda alguna, estos sueños suelen llevar generalmente a un cambio de vida radical —me dijo Doyle—. El musulmán que acepta la fe en el Oriente Medio se está exponiendo a la posibilidad de recibir rechazos, golpizas, prisión o incluso la muerte. Eso no es para los débiles de corazón. No es un cristianismo trivial.

—Es irónico —le dije—, que en Estados Unidos veamos una proliferación de compromisos superficiales con Cristo debidos a un cristianismo cultural que en realidad no ha causado una revolución en el alma de las personas y, sin embargo, seamos escépticos con lo auténticas que son esas conversiones en el Oriente Medio, donde la gente se enfrenta a la persecución si sigue adelante con su fe.

Doyle coincidió conmigo.

—Antes de orar con alguien para que reciba a Cristo, muchos líderes del Oriente Medio les hacen dos preguntas. En primer lugar, ¿estás dispuesto a sufrir por Jesús? Y en segundo lugar, ¿estás dispuesto a morir por Jesús? —me dijo—. Yo quisiera que hiciéramos esas dos preguntas en las clases para nuevos miembros en Estados Unidos.

—Tal vez disminuiría un poco el número de interesados —le comenté.

—Es probable. Pero a pesar de que esos musulmanes saben que tienen muchas probabilidades de que seguir a Jesús los puede llevar al rechazo por parte de su familia, o incluso a la muerte, están aceptando la fe en un número sin precedentes.

—¿Cree que hay alguna manera de darles explicaciones naturalistas a esos sueños y esas visiones?

—Es difícil pensar cómo esas cosas pudieran serlo todo, menos sobrenaturales, si se tienen en cuenta las circunstancias —me contestó—. ¿Cómo explicas que Kamal haya sentido que Dios lo impulsaba a ir a la plaza del mercado en El Cairo, cuando no quería, y donde se encuentra con Noor, una mujer que había tenido un sueño con Jesús y con él la noche anterior?

—¿Coincidencia? —me aventuré a decir.

Doyle no pudo ocultar una risa.

—Eso exigiría mucha más fe para creerlo —bromeó.

—¿Pero por qué a Noor? —le pregunté—. ¿Por qué Jesús no se les está apareciendo en sueños a todas las personas? Les habría podido ahorrar grandes cantidades de tiempo, dinero y esfuerzos a las agencias misioneras con solo aparecérseles en sueños a todos los no cristianos que hay en el mundo.

Esa pregunta hizo que Doyle reflexionara un instante.

—Mira: yo no puedo hablar por Dios. Solo puedo hacer conjeturas —me dijo —. En muchas partes del mundo, el problema no es la falta de acceso al evangelio. Este se halla al alcance de todos. Por ello, en esos lugares, la verdadera pregunta para la gente es esta: «¿Cómo vas a responder?».

—También sabemos que, a lo largo de toda la historia de la iglesia, Dios se ha centrado en diversos grupos humanos en las diferentes eras. Ha habido grandes avivamientos en Asia, en Suramérica, en Europa, en Estados Unidos y en África. Por la razón que sea, hoy Dios está alcanzando a numerosos grupos humanos que tienen una cosa en común: una inmensa proporción de las personas de esos grupos son musulmanas. Yo no sé qué va a hacer él después.

Mientras conversaba con Doyle, tuve que confesar que sentía un poco de celos por las personas que han tenido sueños con Jesús. Yo llevo varias décadas siguiendo a Cristo. He profundizado bastante en las Escrituras. He sentido la presencia, la dirección y el poder de Dios en mi vida. Pero tener un sueño vibrante y lleno de vida en el que haya podido conversar con un Cristo vestido con una túnica blanca, y escuchar su voz ofreciéndome amor, gracia y aceptación. . . bueno, tengo que admitir que eso sería maravilloso.

—¿Los envidia? —le dije a Doyle mientras estábamos terminando nuestra conversación—. ¿Le agradaría que Jesús se le apareciera en un sueño?

—¡Vaya! —exclamó, solo con pensar en esa posibilidad—. ¿Quién no habría de querer un encuentro como ese? Sí, sería algo increíble. Pero tengo las Escrituras para que me hablen de Jesús; tengo su Espíritu para que me apoye y me guíe, y sé que algún día lo veré cara a cara.

Se le veía feliz.

—Sí —dijo finalmente—, eso es suficiente para mí.

Una cocina, un emparedado, un ángel y una profecía

Entre los miles de sueños que tuve cuando era joven, solo me llevé uno conmigo

a mi edad adulta. Eso se debe a que fue el más dramático —y enigmático— de mis años de juventud. Aún me asombran su claridad y su intensidad, además del impacto emocional que tuvo en mí en aquellos momentos. Aunque no fue un encuentro con Jesús, fue un sueño en el cual hablé con un ángel. . . y recibí una profecía que se hizo realidad unos dieciséis años más tarde.

Cuando tenía unos doce años, antes de llegar al ateísmo, soñé que me estaba haciendo un emparedado en la cocina cuando un ángel resplandeciente se me apareció y comenzó a hablarme, casi de una manera informal, de lo maravilloso y glorioso que es el cielo. Yo lo escuché por un momento y después le dije, como dándolo por hecho: «Yo voy a ir allí», pensando, por supuesto, en el final de mi vida.

La respuesta del ángel me dejó sorprendido. «¿Y cómo lo sabes?».

¿Que cómo lo sé? ¿Qué clase de pregunta es esa? «Bueno. . . yo. . . he tratado de ser un buen muchacho», dije tartamudeando. «He tratado de hacer lo que me dicen mis padres. He tratado de comportarme bien. He asistido a la iglesia».

El ángel me dijo entonces: «Eso no importa».

Entonces fui yo el que me quedé estupefacto. ¿Cómo que aquello no importaba? ¿Y qué con todos mis esfuerzos por ser obediente, por cumplir con mis deberes, por vivir a la altura de las expectativas y exigencias de mis padres y mis maestros? Sentí que el pánico se apoderaba de mí. No pude abrir la boca para responderle.

El ángel dejó que me preocupara por un instante. Después me dijo: «Algún día lo entenderás». En ese instante, desapareció. . . y me desperté bañado en sudor. Ese es el único sueño que puedo recordar de mi niñez.

Con el paso de los años, llegué a rechazar la posibilidad de lo sobrenatural, e incluso de Dios mismo, y viví como ateo un largo período de tiempo. Sin embargo, dieciséis años después de aquel sueño, la profecía del ángel se hizo realidad.

En una reunión de una iglesia en un cine suburbano de Chicago, escuché el mensaje de la gracia y por vez primera lo comprendí. Yo no me podía ganar la entrada al cielo por medio de mi conducta. . . Todo era un don gratuito de la gracia de Dios, y necesitaba recibirlo con arrepentimiento y fe.

En el momento en que comprendí eso, me vino a la mente una vívida memoria: la del ángel que me había predicho que algún día comprendería el evangelio. En última instancia, fue esa buena nueva la que pasó a cambiar mi vida y mi eternidad.

¿Fue aquel sueño una intervención sobrenatural? ¿Se lo podría calificar de milagroso? Te dejo a ti la decisión. Pero de una forma mucho menor, me puedo identificar con estas historias de sueños y visiones que nos llegan desde el Oriente Medio.

Un sueño, una visión, una Biblia y un bautismo

Nuestro mundo está más entretejido que nunca antes; de hecho, la industria mundial del petróleo ha conectado la ciudad de Houston, Texas, donde yo vivo, con muchas localidades del Oriente Medio. Así que tal vez no haya sido sorprendente que mientras estaba trabajando en este capítulo, me encontrara con un sueño sobre Jesús en la iglesia donde sirvo como pastor docente.

Esta historia tiene que ver con Rachel, una diminuta madre de voz suave, complexión aceitunada y delicados modales bondadosos. Vive con su esposo y su hijo en un suburbio exclusivo donde estoy seguro de que sus vecinos apenas se podrían imaginar que fue educada como musulmana devota en un país del Oriente Medio donde el cristianismo está prohibido.

Cuando tenía veintidós años, se vio acosada por algunas dificultades personales. Una noche, antes de acostarse, clamó a Dios: «Te ruego que me envíes a uno de tus profetas, que me libere de este sentimiento tan miserable. Tengo una grave necesidad de consuelo y de orientación».

Aquella noche tuvo un sueño en el que estaba en una especie de cine, donde el proyector lanzaba una luz brillante intensa. De repente, apareció un hombre: Jesús. «Al principio, parecía como un retrato, pero no permanecía fijo», dijo. «Me estaba mirando con unos ojos llenos de bondad y preocupación. Era como si pudiera sentir mi sufrimiento y mi tristeza».

Ella dice que Jesús le habló, pero sus palabras no eran tan importantes como la emoción que representaban: un sentimiento profundo, hondo, de alivio, consuelo, aprobación y gozo. Entonces su rostro desapareció. «Abrí los ojos, aunque estaba segura de que nunca había estado dormida», dijo. «Yo estaba con él en esa habitación».

A los treinta años, se había casado y se había mudado con su esposo a Texas. Un día, mientras hablaba con una vecina, le dijo de pronto: «Me gustaría estudiar la Biblia». Hasta hoy, no sabe por qué hizo aquel comentario, pero finalmente terminó estudiando el Evangelio de Juan, versículo por versículo, con una amiga que forma parte de nuestra congregación.

Por supuesto, el Evangelio de Juan comienza con la clara afirmación de que Jesús no es un simple profeta del islam, sino Dios mismo: «En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios».[11] Y Juan presenta una revolucionaria declaración hecha por Jesús que estremecería los cimientos de la formación islámica recibida por Rachel: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie llega al Padre sino por mí».[12]

Cuando comenzó a estudiar el evangelio, y antes de saber nada acerca del bautismo, tuvo una visión. «Vi un hombre con un libro», dijo. «Yo estaba de pie junto con él en el agua. Vi que mi amigo me tomaba por el brazo y ambos mirábamos al hombre que tenía el libro abierto en las manos. El hombre miraba al horizonte, mientras las lágrimas le corrían por el rostro; supe que ese hombre ama mucho a Jesús».

La duración de la visión, dijo, «fue breve y no lo fue. Aunque pude ver los detalles, solo duró unos minutos». Ella no había visto nunca antes el rostro de aquel hombre.

Cuando llegó el domingo de Pascua, su amiga la trajo a nuestra iglesia. Mientras estaban sentadas en el auditorio, en espera de que comenzara el culto, Rachel vio de repente que un hombre caminaba por el pasillo.

«Allí. . . ese es el hombre», exclamó. Era el hombre de su visión, un pastor llamado Alan, que preside los bautismos en nuestra iglesia. Ella no lo había visto nunca antes, pero allí estaba, frente a ella.

Cuando terminó la última página del Evangelio de Juan en su estudio bíblico, Rachel depositó su confianza en Jesús como su perdonador y guía, una gozosa ocasión en su vida. . . pero no fue una que se atreviera a dar a conocer a su esposo.

Así que un día que él no estaba en la ciudad preparó un bautismo privado. «Entramos todos al estanque bautismal», dijo. Allí estaban ellos: el hombre que ama a Jesús, leyendo una Biblia abierta, y su amigo junto a ella. . . tal como le había sido predicho.

«La visión se estaba convirtiendo en realidad frente a mis ojos», dijo. «Cuando el pastor habló, las lágrimas surcaron mi rostro. Le pedí que me mantuviera un poco más de tiempo bajo el agua, para poder sentir cada instante de aquello».

Un sueño. Una visión. Las palabras de Tom Doyle me vinieron a la mente: «Yo, personalmente, no creo que Dios haya puesto lo sobrenatural en un estante».

CUARTA PARTE

Los milagros más espectaculares

CAPÍTULO 9

El asombroso milagro de la creación

Entrevista con el doctor Michael G. Strauss

Geraint Lewis se gana la vida creando universos.

Es decir, usa supercomputadoras para jugar con los leptones, los cuarks y las cuatro fuerzas fundamentales de la naturaleza para edificar simulaciones exóticas del aspecto que tendrían unos mundos alternos al nuestro. Ha descubierto que es sobrecogedor hacerse pasar por creador, incluso para alguien que tiene un doctorado en astrofísica otorgado por el Instituto de Astronomía de la Universidad de Cambridge, que goza de un renombre mundial.

«Resulta que jugar con las leyes de la física puede ser catastrófico para la vida», escribió. «Con frecuencia, la catástrofe es el aburrimiento. La tabla periódica desaparece y nos abandona toda la increíble belleza y utilidad de la química. Las galaxias, las estrellas y los planetas que albergan la vida y le dan energía son reemplazados por unos mortales agujeros negros, o solo por una débil sopa de hidrógeno, unos protones solitarios vagando sin rumbo por un espacio vacío y un baño de tibia radiación. Ciertamente, esos lugares son muy aburridos, y no son de esos donde uno esperaría encontrar seres complejos y pensantes como nosotros».[1]

Por otra parte, crear un universo real a partir de la nada, al mismo tiempo que se lo afina al máximo para proporcionarles un próspero hábitat a los seres humanos, es una descripción de trabajo primaria para Dios. . . al menos, si el primero de los versículos de la Biblia es cierto: «Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra».[2]

Sin duda alguna, la *creatio ex níhilo* sería el milagro más extraordinario jamás realizado, que establecería de manera persuasiva la existencia de Dios y

de manera automática haría que todas las demás intervenciones sobrenaturales fueran mucho más plausibles.[3]

¿De qué manera? Aquí tiene un ejemplo. Cuando el notorio apologista cristiano William Lane Craig era adolescente, dudaba del nacimiento virginal de Jesús. ¿Por qué? Porque se habría necesitado que fuera creado de la nada un cromosoma «Y» en un óvulo de María, puesto que ella no poseía el material genético necesario para engendrar un hijo varón.

«Sin embargo», dice él, «más tarde se me ocurrió que si en realidad creía en un Dios que creó el universo, ¡para él crear un cromosoma "Y" sería un juego de niños!».[4]

En resumen, que si Dios creó las leyes de la naturaleza cuando habló llamando al universo a la existencia, entonces le sería fácil intervenir ocasionalmente en él con el fin de realizar milagros de toda clase, desde los verdaderamente asombrosos (como el de resucitar a alguien de entre los muertos), hasta los más sutiles (como el de darle aliento a alguien de manera sobrenatural en medio de una prueba).

En mi entrevista con él, el escéptico Michael Shermer me dijo que prefiere otras explicaciones para el origen y el afinamiento del universo. . . y ciertamente, los cosmólogos y los físicos han postulado una buena cantidad de modelos alternos y de teorías.

Tal vez el universo no haya tenido una causa. Quizá nunca hubo un principio absoluto para todo. Es posible que haya una multitud de universos, cada cual con unas leyes y constantes físicas seleccionadas al azar, por eso no sería sorprendente que uno de ellos, el nuestro, tuviera la suerte de sacarse el premio de la habitabilidad.

¿Podremos saber alguna vez con certeza si el universo y sus condiciones calibradas con precisión para albergar vida son un accidente cósmico o un milagro de asombrosas proporciones? Y qué decir de la objeción de Shermer, según el cual: si fue Dios el que creó el universo, entonces ¿quién creó a Dios?

Una famosa caricatura presenta a dos científicos conversando frente a un pizarrón. A la izquierda hay una complicada ecuación matemática escrita con tiza, seguida por las palabras: «Entonces sucede un milagro», las cuales llevan a otra exótica ecuación situada a la derecha. Uno de los científicos, haciendo un gesto hacia la mención del milagro, le dice al otro: «Me parece que deberías ser más explícito aquí, en el segundo paso».

¿Pueden ser explícitos los cristianos en cuanto a la forma en que las evidencias cosmológicas señalan a un Creador sobrenatural, obrador de

milagros? ¿O nos deberíamos encoger de hombros, como sugiere Shermer, y admitir que «no sabemos» de dónde vino todo lo que existe?

Yo estaba ansioso por recibir respuestas satisfactorias para Shermer y por seguir edificando sobre las evidencias científicas que había recopilado para mi libro anterior llamado *El caso del Creador*, así que le envié un correo electrónico a un popular profesor de física con unas credenciales impresionantes. El resultado fue que terminamos sentados en su casa, no lejos del recinto de la Universidad de Oklahoma, en Norman, para sostener una entrevista.

Entrevista con el doctor Michael G. Strauss

Al igual que Shermer, Michael George Strauss es un fanático del ciclismo. Recorre en bicicleta los seis kilómetros y medio que lo separan de su oficina en la universidad y después, cuando vuelve a casa, sigue pedaleando durante treinta y dos kilómetros, haciendo un circuito antes de llegar a su casa. Cuando le pregunté si montaba bicicleta por ejercicio o por diversión, se limitó a contestarme: «Sí».

Tal vez esa sea una de las razones por las cuales se le ve mucho más joven que los casi sesenta años que ya tiene. Su pelo castaño —que usa ligeramente sobre las orejas—, se está resistiendo a las canas, y su rostro sin arrugas —con sus ojos de color azul claro—, le dan el juvenil aspecto de un muchacho.

El interés de Strauss en la ciencia comenzó cuando era joven y vivía en Huntsville, Alabama, donde la NASA construyó la primera etapa del poderoso cohete Saturno V, que más tarde llevaría a los astronautas hasta la luna. Aún se nota el entusiasmo en su voz cuando dice: «Encendían aquellos cohetes aceleradores para probarlos y, *¡vaya!*, todo el pueblo se estremecía».

Strauss se graduó con las mejores calificaciones de su grupo en la escuela secundaria, y más tarde estudió ciencia y teología en la Universidad Biola. Mientras trabajaba para obtener un grado universitario en física en la UCLA, se sintió fascinado por la mecánica cuántica y las partículas subatómicas, y se unió a un grupo experimental de alta energía física que realizaba investigaciones en el Centro Acelerador Lineal de Stanford.

Más tarde, la UCLA le otorgaría su doctorado en Física de Alta Energía, centrando su disertación en el brillante tema: «Un estudio de la polarización de Lambda y el alineamiento de los Phi Spins en la aniquilación de electrones y positrones a 29 GeV como indagación sobre la conducta del campo de color»

(Le voy a dar un momento para que procese su dolor por el hecho de que él le ganó la delantera en cuanto a este tema.)

Strauss se unió en 1995 a la facultad de la Universidad de Oklahoma, y en la actualidad es el profesor David Ross Boyd de Física, habiendo recibido varios premios por destacarse en la enseñanza. Durante quince años, dirigió investigaciones en el Centro Nacional Fermi de Aceleradores. En la actualidad está realizando una investigación en el Colisionador de Hadrones Grandes de CERN, en Suiza, golpeando los protones unos con otros para comprender, entre otras cosas, las propiedades del cuark cima, la partícula fundamental con la cantidad más elevada de masa.

En 2012 colaboró en uno de los dos experimentos que usaron datas del colisionador para ayudar a descubrir el bosón de Higgs, la llamada «Partícula Dios», que fue la única parte no verificada del Modelo Estándar en la física de partículas. (El hecho de que se mencione una deidad no refleja el que la partícula en sí tenga alguna característica divina, sino que este nombre fue acuñado así en primer lugar porque era muy difícil de hallar. Lo irónico de esto es que el hombre del que heredó su nombre la partícula, Peter Higgs, es ateo).[5] Ahora Strauss se encuentra entre los que andan a la caza de evidencias sobre la existencia de bosones de Higgs con una masa más elevada.

Es interesante que el estudio de Strauss acerca de las partículas más diminutas del mundo se haya convertido cada vez en algo más relevante para comprender el origen y el orden de nuestro mismo vasto universo. Esto se debe a que, cuando el colisionador junta a los protones, la densidad de la energía que resulta es tan elevada que imita cómo era el universo una trillonésima de segundo después del Big Bang, lo cual ha ayudado a hallar nuevos conocimientos en el estudio de la cosmología.

Eso es lo que yo había ido a analizar con él: El origen y la delicada sincronización del universo, ¿señalan hacia Dios como el creador de los cuarks, los leptones, los bosones de Higgs y las demás piezas fundamentales de la naturaleza? Nos sentamos a conversar en la sala del frente de su casa.

Ver a Dios en la naturaleza cotidiana

—Cuando voy al laboratorio, no espero ver lo sobrenatural —me dijo al principio—. Si se produjeran milagros todo el tiempo, no podríamos estudiar la forma en que se comporta usualmente la naturaleza. Pero solo porque algo funciona de cierta manera la mayor parte del tiempo con las leyes de la naturaleza, no quiere decir que no se puedan presentar excepciones.

»De hecho —siguió diciendo—, ahora mismo estaba leyendo una ilustración de eso.[6] Supongamos que unos extraterrestres observaran nuestros semáforos para comprender cómo funcionan y descubrieran lo que significan el rojo, el amarillo y el verde. De repente, un vehículo con luces intermitentes y una sirena pasa la intersección gritando y rompiendo todas las reglas. ¿Quiere eso decir que las reglas normales ya no son válidas porque se ha producido una excepción ocasional? Por supuesto que no».

Yo estaba a punto de hacerle una pregunta para seguir el tema, cuando Strauss me hizo una interesante observación teológica.

—Dicho sea de paso, la Biblia dice que la manera en que vemos más corrientemente las evidencias a favor de la existencia de Dios es pormedio de los procesos normales de la naturaleza, no únicamente por medio de los milagros —me señaló—. Romanos 1.20 nos dice que las cualidades invisibles de Dios se ven con claridad. . . ¿por medio de qué? Por medio de lo que él ha hecho.[7] Y el salmo 19.1 dice: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento proclama la obra de sus manos». Así que, con franqueza, no necesitamos forzosamente de los milagros para hallar evidencias a favor de la existencia de Dios; todo está allí mismo, encerrado en los procesos naturales que él ha creado y que nosotros, los científicos, estamos estudiando.

Fue bueno recordar que cuando los protones colisionan y explotan para dividirse en partículas aun más diminutas, los científicos están logrando algo de visión dentro de la increíble complejidad y la maravilla de la creatividad de Dios, de la misma forma que nosotros detectamos sus cualidades sobrenaturales cuando observamos cómo una formidable tormenta eléctrica barre los campos, o contemplamos una multitud de estrellas que centellean en el cielo de la noche.

—No obstante —añadí—, de vez en cuando una ambulancia atraviesa nuestra vida ululando. ¿Qué me dice de usted? ¿Ha tenido alguna experiencia que solo ha podido explicar como una intervención sobrenatural de Dios?

—Bueno, *solo* es una palabra muy fuerte para un científico —comenzó a decir—. Así que probablemente, no. Pero sí hay una cantidad de cosas en las que creo, a pesar de no haberlas experimentado nunca personalmente. Por ejemplo, yo creo que el ADN tiene una estructura helicoidal, pero nunca la he visto. Cuando escucho a unas personas dignas de crédito hablar acerca de algo que solo se puede explicar de manera sobrenatural, no necesito experimentarlo para creer que ha ocurrido algo sobrenatural.

Las consecuencias de la expansión del universo

De vuelta a los griegos de la antigüedad, la mayoría de los filósofos y los científicos creían que el universo era eterno, y una gran parte de ellos se sentían bastante satisfechos con eso.

—Muchos científicos son filósofos naturalistas, creen que no existe nada más allá del mundo físico —me dijo Strauss—. Si el universo ha existido desde siempre, entonces eso va muy de acuerdo con su filosofía. La mayoría de ellos saben que si, en realidad, el universo tuvo un principio y aún se sigue expandiendo, eso tendría unas inmensas consecuencias teológicas.

Cuando Albert Einstein presentó en 1915 su teoría general de la relatividad, y la aplicó al universo como un todo, se sintió horrorizado al ver que señalaba que el universo debía estar creciendo o colapsándose. Su solución: añadir un factor amañado a su ecuación para «contener la gravedad», y de esa manera, estabilizar el universo, una acción que más tarde admitiría que había sido «el error más garrafal» de su carrera.[8]

Hasta hoy, las consecuencias teístas de que el universo haya tenido un principio se hacen inmediatamente evidentes, incluso para los ateos. En su gran éxito de ventas *A Brief History of Time* [*Historia del tiempo*], el físico teórico Stephen Hawking escribió: «Puesto que el universo tuvo un principio, podríamos suponer que tuvo un creador».[9]

Yo le pregunté a Strauss:

—¿Qué movió virtualmente a todos los científicos a llegar a la conclusión de que el universo tuvo un principio, incluso a pesar de que hubo algunos de ellos a los que hubo necesidad de arrastrar forcejeando y gritando hasta esa conclusión?

—Ya a fines de la década de 1920, el matemático ruso Alexander Friedman y el astrónomo belga George Lemaître usaron las teorías de Einstein para formular un modelo que demostraba que el universo se estaba expandiendo —me dijo—. De manera que si le damos reversa a la cinta grabada del universo, esta se va encogiendo hasta. . .

—El Big Bang —le propuse.

—Sí, ese fue el nombre que se le ocurrió al astrónomo británico Fred Hoyle, que era un ateo declarado al cual esta idea le parecía risible y la trataba con desprecio, pero le quedó el nombre.

De hecho, Hoyle estaba tan ansioso por librarse del principio del universo, que más tarde desarrolló la teoría del estado inmutable, en laque admitía que sí, el universo se está expandiendo, pero mientras lo hace, va generando su propia materia nueva y, por tanto, nunca tuvo un principio que hiciera necesaria la existencia de un creador.

Aunque su teoría sí lograba eliminar el punto de partida, ha sido universalmente rechazada por los cosmólogos de hoy a causa de las evidencias cada vez más abundantes de que el universo sí tuvo un principio, hace más de trece mil millones de años.

Una confirmación del Big Bang

Así que le pregunté a Strauss:

—¿Cuáles fueron los descubrimientos científicos que confirmaron la teoría del Big Bang?

—Fueron tres descubrimientos —me contestó—. Primero, en 1929, el astrónomo estadounidense Edwin Hubble descubrió el llamado «corrimiento al rojo» en la luz procedente de las galaxias distantes, el cual es la consecuencia de que esas galaxias se estén alejando unas de otras a unas velocidades enormes. Con eso se estaba demostrando que nuestro universo se está expandiendo con rapidez.

»En segundo lugar, en 1964, Arno Penzias y Robert Wilson midieron la radiación de microondas del fondo cósmico, la cual indicaba que el calor dejado por el Big Bang era de menos 450 grados Fahrenheit. Eso es exactamente lo que sería de esperar, si se produjo el Big Bang.

»El tercer descubrimiento tiene que ver con el origen de los elementos ligeros. Los elementos pesados se formaron más tarde en estrellas y fueron lanzados al espacio por supernovas, pero los elementos muy ligeros, como el hidrógeno y el helio, tuvieron que fraguarse en un ambiente mucho más caliente, como el Big Bang. Cuando medimos la cantidad de estos dos elementos que hay en el universo, encontramos que son precisamente lo que predecía la teoría que serían, con una aproximación de una parte entre diez mil.

—Entonces, ¿este caso es irrefutable, según usted? —le pregunté.

—Dadas las evidencias, en mi opinión no creer en el Big Bang es como creer que la Tierra es plana. Para mí, los datos son así de fuertes. El Big Bang es el origen de todo lo que nosotros conocemos: espacio, tiempo, materia y energía.

—¿Alguna advertencia?

—Tal vez una. Nosotros no podemos medir lo que sucedió en la fracción inicial de segundo después del Big Bang. Es entonces cuando la mayoría de los científicos creen que comenzó la inflación, que en un momento ya estaba expandiendo el universo a una velocidad mayor que la de la luz.

Yo levanté una mano.

—Espere ahí; espere un segundo —le dije—. Yo creía que nada puede ir a

una velocidad mayor que la de la luz.

—Nada de lo que se halla *dentro* del universo puede, pero el espacio mismo sí se puede expansionar a una velocidad mayor que la de la luz. Así que hemos perdido toda la información acerca de lo que sucedió antes que comenzara la inflación, alrededor de una trillonésima de trillonésima de segundo después del Big Bang. Necesitamos una teoría cuántica de la gravedad para describir lo que ocurrió, y esa no la tenemos aún.

—No obstante —le dije—, ¿cree usted que todo se remonta a un principio?

—Sí; yo creo que eso está claro. Hay algunos a los cuales les gusta proponer teorías exóticas sobre lo que sucedió en esos microsegundos. Sin embargo, el cosmólogo Lawrence Krauss, que es abiertamente ateo, admitió en un debate reciente que es probable que el universo sí comenzara a existir, incluso si existieran teorías cuánticas acerca de la gravedad.[10]

—A medida que se van haciendo más y más descubrimientos, ¿se van haciendo más fuertes o más débiles las evidencias a favor del Big Bang?

—Más fuertes; eso es seguro —me dijo—. Por ejemplo, hemos estado estudiando la radiación cósmica de fondo con una precisión cada vez mayor por medio del satélite Planck, y sigue señalando aún hacia el Big Bang. No solo se trata de que todas las evidencias confirman que el universo se halla en expansión, sino también de que en realidad, está acelerando.

»Además de lo anterior, tres prominentes cosmólogos formularon en 2003 lo que se llama el teorema de Borde-Guth-Vilenkin,[11] el cual afirma que ningún universo que se esté expandiendo, como promedio, a lo largo de toda su historia, puede ser infinito en cuanto a su pasado, sino que debe haber tenido un principio. Si este teorema es correcto, se aplica a nuestro universo, haya sucedido lo que haya sucedido en los microsegundos posteriores al Big Bang».

El problema de un principio cósmico

William Lane Craig es uno de los numerosos filósofos que presentan diversos argumentos a favor de la existencia de Dios. Sin embargo, si contamos el número de artículos publicados en las revistas de filosofía de los años recientes, encontraremos más comentarios acerca del argumento cosmológico *kalam,* de Craig, que de cualquier otra defensa contemporánea del teísmo. *The Cambridge Companion to Atheism* dice: «Tanto los teístas como los ateos por igual, "no pueden dejar tranquilo el argumento Kalam de Craig"».[12]

Este argumento deriva su nombre del vocablo árabe que significa «teología medieval»,[13] lo cual es adecuado, puesto que fue formulado por vez primera por

un filósofo musulmán del siglo once llamado Abû Hâmid Muhammad ibn Muhammad al-Ghazâlî. Su razonamiento se resume en tres pasos:

1. Todo lo que comienza a existir tiene una causa.
2. El universo comenzó a existir.
3. Por tanto, el universo tiene una causa.[14]

Yo le pregunté a Strauss:

—¿Cómo valora usted el argumento *kalam*?

—Es extremadamente fuerte —me dijo—. Piensa en esto: ¿Hay algo que comience a existir sin que tenga una causa detrás? Algunos científicos dicen que es posible que haya sucesos cuánticos sin causa, pero yo creo que hay buenas razones para ser escéptico con respecto a eso.[15] Y sabemos a partir de las evidencias que el universo sí comenzó a existir. Si esas dos premisas del argumento son ciertas, entonces les sigue inexorablemente la conclusión: el universo tiene una causa.

Algunos escépticos, entre ellos el ya fallecido astrónomo Carl Sagan—le dije— sugieren que podría haber algún mérito en la idea de un universo oscilante, según la cual el universo se expande, después se vuelve a comprimir, para volverse a expandir de nuevo, y así infinitamente, sin un principio. ¿Existe alguna evidencia que respalde esa idea?

—En realidad, no. La entropía, que es aproximadamente la cantidad de desorden, continuaría aumentando de ciclo en ciclo, lo cual significaría que cada una de las oscilaciones sería mayor que las anteriores a ella. Démosle reversa a la cinta grabada, y tendremos oscilaciones cada vez menores, hasta llegar a un principio —fue la respuesta de Strauss—. Además, eso exigiría que la «energía oscura», que sospechan los científicos que está acelerando la expansión del universo, se invirtiera de repente a sí misma y causara el colapso del universo. Eso es llevar las cosas más allá de la credulidad.

Yo le dije:

—Otros proponen que el universo simplemente brotó de la nada, de las fluctuaciones de la espuma cuántica en el espacio vacío. ¿Tiene eso algún sentido?

—La espuma cuántica es la urdimbre espaciotemporal del universo. *No es* la nada. De manera que si el universo brotó de ella, ¿de dónde brotó la espuma cuántica? Habría que buscar una respuesta a eso. Ahora bien, las fluctuaciones cuánticas sí permiten breves períodos de tiempo en los cuales llegan a la

existencia partículas virtuales, causadas por la energía cuántica, para después volver a dejar de existir.

—¿Cuál es la escala de tiempo de esto?

—Trillonésimas de segundo —me contestó—. Así que postular que algo que sucede en una trillonésima de segundo puede crear un universo entero que dure miles de millones de años, es una extrapolación que a mí me parece extremadamente inadmisible. Te voy a ser sincero: si no fuera una forma de tratar de prescindir de Dios, nadie habría pensado jamás en eso, en mi opinión.

—En mi entrevista, el escéptico Michael Shermer me dijo que la mejor respuesta en cuanto a la forma en que se originó el universo es limitarse a decir: «No lo sabemos». Así me sugería que habría otras explicaciones posibles que no fueran «Dios lo hizo».

—Mira: nosotros no vivimos la vida a partir de unas oscuras posibilidades. La vivimos a partir de las probabilidades. ¿Es posible que mi esposa me envenenara el cereal esta mañana? Todo es posible, pero no todo es probable —me contestó—. La verdadera pregunta es esta: Teniendo en cuenta lo que observamos con el universo, ¿cuál es la probabilidad mayor? Todo nos dice que hubo un principio real. Todo lo demás está en el campo de las simples posibilidades, y carece de evidencias basadas en la observación y en la experimentación que lo respalden.

Craig llegó a una conclusión similar.

—En cierto sentido, la historia de la cosmología del siglo veinte se puede ver como una serie de intentos fracasados uno tras otro por evitar el comienzo absoluto predicho por el modelo estándar del Big Bang —escribió—. Este desfile de teorías fracasadas solo sirve para *confirmar* la predicción del modelo estándar según la cual, el universo comenzó a existir».[16]

Tal vez haya sido Alexander Vilenkin, director del Institutito de Cosmología de la Universidad Tufts, quien lo expresó mejor: «Con las pruebas ya en su lugar, los cosmólogos no se pueden seguir escondiendo tras la posibilidad de un universo eterno en su pasado. No hay escapatoria posible; se tienen que enfrentar al problema de un comienzo cósmico».[17]

La creación del universo a partir de la nada es un milagro de proporciones épicas, pero hay más aún. De la misma forma que el Big Bang no fue un suceso ocurrido al azar, sino un fenómeno altamente ordenado, la operación posterior del universo es una danza increíblemente intrincada que señala hacia la existencia de un Coreógrafo divino.

Michael Strauss tenía mucho que decir acerca de eso, y yo me incliné hacia

delante, en previsión de lo que escucharía.

CAPÍTULO 10

Nuestro universo y nuestro planeta milagrosos

Continuación de la entrevista con el doctor Michael G. Strauss

Al ya fallecido Christopher Hitchens, autor de *Dios no es bueno* y uno de los ateos más ardientes de los tiempos recientes, se le preguntó cuál argumento a favor de la existencia de Dios es el más fuerte.

Es una pregunta que se les hace con frecuencia a muchos escépticos, por lo que Hitchens ya tenía una respuesta pensada. «Yo creo que cada uno de nosotros piensa que el más interesante es el del afinamiento del universo», contestó.[1]

Para Michael G. Strauss, profesor de física de la Universidad de Oklahoma, la increíble precisión del universo y de nuestro planeta, no solo es interesante, sino que es una evidencia que nos impulsa a pensar en un Diseñador capaz de hacer milagros.

—A lo largo de estas últimas cinco décadas, los físicos han descubierto que los números que gobiernan la operación del universo están calibrados con una precisión alucinante para que pueda existir vida inteligente —me dijo mientras continuábamos nuestra conversación en su hogar.

—Y cuando digo alucinante, no estoy exagerando —añadió con una sonrisa —. Imagínate un tablero de control con un centenar de diales y picaportes distintos, cada uno de los cuales representara un parámetro diferente de la física. Si giras cualquiera de ellos solo mínimamente hacia la izquierda o la derecha, *¡puf!* La vida inteligente se vuelve imposible en cualquier lado del universo.

»Hasta el simple hecho de tropezar por error con uno de esos diales podría

hacer que el mundo se volviera estéril y vacío. . . o incluso dejara de existir —me dijo—. Y esto no es solo opinión de los científicos cristianos. Virtualmente todos los científicos están de acuerdo en que el universo se halla calibrado de modo fino; la pregunta es esta: ¿Cómo llegó a ser de esta manera?[2] Yo creo que la explicación más plausible de todas es que el universo fue diseñado por un Creador.

—¿Me puede dar unos ejemplos de esta fina calibración? —le pregunté.

—Claro —me respondió Strauss—. Uno de los parámetros es la cantidad de materia que hay en el universo. A medida que este se expande, toda la materia es atraída por la gravedad hacia otra materia. Si hubiera demasiada materia, el universo colapsaría sobre sí mismo antes que se pudieran formar estrellas y planetas. Si hubiera muy poca materia, las estrellas y los planetas nunca se podrían fusionar.

—¿Hasta qué punto está finamente calibrada la cantidad de materia?

—Resulta que poco después del Big Bang, la cantidad de materia que hay en el universo fue calibrada con precisión a una parte en un trillón de trillón de trillón de trillón de trillón de trillones de partes —me contestó—. ¡Se trata de un diez seguido por sesenta ceros! En otras palabras, si se le hubiera añadido materia equivalente a una moneda de diez centavos, el universo no existiría.

Un cálculo pone en perspectiva el número: el universo visible tiene un diámetro de 27.600 millones de años luz. [N. de T.: Cada año luz tiene alrededor de 9,6 billones de kilómetros. O sea, $9{,}6 \times 10^{12}$ kilómetros en el sistema métrico decimal]. Un solo milímetro comparado con el diámetro del universo seguiría siendo incomprensiblemente más grande todavía que este parámetro finamente calibrado.[3]

Strauss continuó.

—El físico británico Paul Davies, que es agnóstico, dijo: «Ciertamente, esa precisión tan asombrosa es uno de los grandes misterios de la cosmología».[4]

—¿Cómo trata él de justificar algo así?

—Dice que tal vez la inflación cósmica fuerce al universo a tener exactamente la cantidad correcta de materia.

—Y eso, ¿tiene sentido?

—Aunque supongamos que la inflación cósmica fuera un mecanismo que funciona, eso no hace que desaparezca el problema de la fina calibración del universo.

—¿Por qué?

—Te voy a hacer una ilustración. Si yo tratara de echarle la gasolina a mi

cortadora de césped por medio de un agujero realmente pequeño, me sería muy difícil. ¿Por qué? Porque el agujero está finamente calibrado. En cambio, si tomo la misma gasolina y la derramo en un embudo, entonces puedo llenar con facilidad el tanque de gasolina de la cortadora. Ahora bien, el hecho de que yo disponga de un embudo, ¿significa que he eliminado el problema de la calibración? No; claro que no. Si yo tengo un mecanismo que funciona, eso también señala a la existencia de un diseñador.

—O sea que —dije yo resumiendo—, aunque la inflación cósmica fuera cierta, lo que estaría haciendo es moviendo la cuestión del diseño a una etapa anterior.

—Correcto —me dijo Strauss.

Un cero más en cada partícula

Entonces Strauss me ofreció otro ejemplo sobre la finura de la calibración, tomado de algo que él estudia en sus investigaciones: la potencia de la gran fuerza nuclear.

—Esto es lo que mantiene unidos los núcleos de los átomos —me explicó—. A fin de cuentas, es la potencia de esta fuerza la que produce la tabla periódica de los elementos.

A mí me vino a la mente la colorida tabla periódica que había estudiado en mis clases de química, en la cual están representados todos los elementos que se presentan en la naturaleza con sus números atómicos, desde el 1 (hidrógeno) hasta el 94 (plutonio), así como varios elementos más pesados que solo se han sintetizado en laboratorios o en reactores nucleares.

—¿Qué sucede si uno manipula la potente fuerza nuclear? —le pregunté.

—«Si lograras hacerla solo un dos por ciento más fuerte, mientras que las demás constantes permanecen iguales, le estarías añadiendo una gran cantidad más de elementos a la tabla periódica, pero esos elementos serían radioactivos y destruirían la vida. Además, tendrías muy poco hidrógeno en el universo. . . Y si no hay hidrógeno, no hay agua, ni hay vida.

—¿Y qué pasaría si moviera el picaporte en el sentido contrario?

—Disminuye la fuerza solo en un cinco por ciento y todo lo que tendrías sería hidrógeno. Una vez más, un universo muerto. Otro aspecto de mi investigación tiene que ver con los cuarks, que son los que forman los neutrones y los protones. Si cambiamos la ligera masa de los cuarks solo en un dos o tres

por ciento, no habría carbono en el universo.

—Y el que no haya carbono significa. . . ¿qué? —le pregunté.

Strauss gesticuló con la mano hacia nosotros dos.

—Que tú y yo no estaríamos sentados aquí.

Los ejemplos podrían seguir apareciendo uno tras otro. De hecho, se han escrito libros enteros acerca de ellos. Aquí tienes otra ilustración: la proporción entre la fuerza electromagnética y la fuerza gravitacional está finamente calibrada a una parte en diez mil trillones [N. de T.: $10^{12} \times 10^{12} \times 10^{12} = 10^{36}$ en el sistema métrico decimal].

El astrofísico Hugh Ross dijo que para comprender ese número, imaginémonos que cubrimos *mil millones* de continentes del tamaño de Norteamérica con monedas de diez centavos, hasta llegar a la luna; esas pilas de monedas tendrían 380.000 kilómetros de alto. Escojamos al azar una moneda de diez centavos, pintémosla de rojo y pongámosla en algún lugar dentro de los montones de monedas. Ahora vendémosle los ojos a un amigo y pidámosle que busque esa moneda entre los mil millones de continentes. ¿Qué posibilidades tiene de escoger la moneda pintada de rojo? Una en diez mil trillones.[5]

Ahora bien, el ejemplo más radical que he visto lo presentó Roger Penrose, físico matemático de Oxford, quien escribió en colaboración con Stephen Hawking el libro *La naturaleza del espacio y el tiempo*.

Sus cálculos arrojan que para echar a andar el universo de manera que hubiera tenido el estado requerido de baja entropía, su calibración habría necesitado ser exacta con una precisión de una parte en cada diez elevadas a la 125 potencia, o sea, 10^{125}.

Este número, que no le cabe a nadie en la mente, dijo Penrose, «sería imposible de escribir de la forma decimal acostumbrada, porque aunque fuéramos capaces de ponerles un cero a todas y cada una de las partículas del universo, ni siquiera habría partículas suficientes para acabar ese trabajo».[6]

La formación de un planeta que sustente la vida

Estas extraordinarias «coincidencias» cósmicas no han escapado a la atención de los científicos seculares.

—Para mí, hay poderosas evidencias de que está sucediendo algo por debajo de todo esto —dijo Paul Davies, profesor de física en la Universidad Estatal de Arizona—. Tal parece que alguien ha calibrado finamente los números de la

naturaleza para hacer el universo. . . La impresión de que existe un diseño es abrumadora.[7]

El cosmólogo británico Edward R. Harrison no vacila en sacar conclusiones a partir de la calibración tan fina como el filo de una cuchilla de afeitar que se encuentra en el universo.

—Aquí tenemos la prueba cosmológica de la existencia de Dios —dijo llanamente—. La fina calibración del universo nos proporciona una evidencia a primera vista a favor del diseño deísta.[8]

Y Strauss no había terminado todavía de hablar.

—No solo se trata de que nuestro universo se halle calibrado con precisión a un grado imponente, sino que también nuestro planeta se halla notable y afortunadamente situado de manera que sea posible la vida en él.

—¿En qué sentido? —le pregunté.

—En primer lugar, para tener un planeta como el nuestro —en el cual hay vida—, se necesita que esté en la clase correcta de galaxia. Hay tres tipos de galaxias: elípticas, espirales e irregulares. Es necesario estar en una galaxia espiral, como estamos nosotros, porque es la única clase de galaxia que produce los elementos pesados correctos y tiene los niveles de radiación adecuados a la existencia de la vida.

»Pero no se puede vivir simplemente en cualquier lugar de la galaxia —siguió diciendo—. Si estás demasiado cerca del centro, tendrás demasiada radiación y hay también un agujero negro que querrías evitar. Si estás demasiado lejos del centro, no vas a tener los elementos pesados correctos; te faltarían el oxígeno y el carbono que necesitas. Tendrías que vivir en la llamada «Zona de condiciones favorables» o zona galáctica habitable, donde puede existir vida.

—¿Se refiere usted a la vida inteligente? —le pregunté.

—A todo aquello que sea más complejo que una bacteria —fue su respuesta.

Entonces siguió explicando.

—Para tener vida, se necesita una estrella como nuestro sol. Nuestro sol es una estrella clase G, que ha sostenido órbitas estables de varios planetas en los lugares correctos durante largo tiempo. La estrella debe estar en su edad mediana, de manera que su luminosidad se halle estabilizada. Debe ser una estrella solitaria; en el universo hay muchas estrellas binarias, lo que significa que son dos estrellas que giran cada cual alrededor de la otra, lo que es malo para las órbitas estables de los planetas. Además, la estrella debe ser de tercera generación, como lo es nuestro sol.

—¿Qué significa eso?

—La primera generación de estrellas estaba formada por helio e hidrógeno y procedían del Big Bang. Solo duraron un tiempo relativamente corto. La segunda generación creó elementos pesados, como el carbono, el oxígeno, el silicio, el hierro y otras cosas que nosotros necesitamos. La tercera generación está formada por las estrellas que tienen material suficiente para crear planetas rocosos, como la Tierra, y formas de vida basadas en el carbono.

Strauss hizo una pausa, pero yo notaba que aún no había terminado.

—Son numerosos los parámetros que tienen que estar en su punto exacto para que nuestro planeta pueda sustentar la vida —me dijo—. La distancia del sol, la velocidad de rotación, la cantidad de agua, la inclinación de su eje, el tamaño correcto para que la gravedad deje escapar gases como el metano y a la vez permita que el oxígeno se mantenga en él.

»También se necesita una Luna como la nuestra, y es poco frecuente que un planeta solo tenga una sola luna grande, para estabilizar la inclinación del eje terrestre. Por ilógico que parezca, se necesita incluso tener actividad tectónica, de la cual los expertos afirman que podría ser «el requisito central para la vida en un planeta».[9] Las placas tectónicas manejan la biodiversidad, ayudan a evitar que haya un mundo acuático sin continentes y ayudan a generar el campo magnético. Además, es muy bueno tener cerca un planeta inmenso como Júpiter, que actúe como una aspiradora atrayendo cometas y meteoros potencialmente devastadores y alejándolos de nosotros.

—Los periódicos —dije— publican a cada rato el descubrimiento de lo que los astrónomos llaman un «planeta semejante a la tierra».

—Sí, pero por lo general, todo lo que quieren decir es que tienen un tamaño similar al de la Tierra o que se podría hallar en una posición que les permitiría tener agua en su superficie. Sin embargo, hay mucho más a considerar en la Tierra que esos dos factores.

—¿Cuántas condiciones sería necesario cumplir para crear un planeta semejante a la Tierra? —le pregunté.

— Hugh Ross fija su número en trescientas veintidós —me contestó—.[10] De manera que si haces cálculos de probabilidades, encontrarás que hay una posibilidad de 10–304 de encontrar otro planeta que realmente sea semejante a la Tierra.

—Pero aun así, hay una gran cantidad de candidatos potenciales en el espacio —le señalé—. Hay quienes calculan que podría haber más de mil millones de billones de planetas.

—De acuerdo —me dijo—. Así que añadamos este número como factor en

nuestra ecuación de probabilidades. Eso aún significa que la posibilidad de tener un planeta capaz de sustentar vida superior sería de una en un millón de billones.

Se detuvo por un instante para permitir que yo pudiera captar aquel asombroso número.

—En la ciencia —me dijo—, tenemos una frase para referirnos a probabilidades como esa.

—¿De veras? ¿Cuál es?

Sonrió y me dijo:

—No va a pasar.

La opción «multiverso»

Algunos científicos, reconociendo el evidente diseño del universo, han elaborado explicaciones extrañas sobre las formas en que esta insólita precisión se podría haber producido de una manera puramente naturalista.

Por ejemplo, John D. Barrow y Frank J. Tipler, en su libro *The Anthropic Cosmological Principle*, dijo que está claro que el universo tiene un diseño, lo cual exige inteligencia, y la inteligencia solo la poseemos los seres humanos. Por esa razón, lanzan una hipótesis, según la cual los seres humanos seguirán evolucionando hasta que un día se convertirán en una especie de dioses. . . *¡momento en el cual regresarán en el tiempo y crearán ellos mismos el universo!*[11]

—Se trata de dos científicos brillantes y eso es lo mejor que se les ha podido ocurrir —me dijo Strauss, moviendo la cabeza—. No es necesario añadir que su idea no ha logrado ganar terreno en absoluto.

Tampoco ha podido ganar terreno la idea de que nuestro universo es en realizad una simulación al estilo de *Matrix*, puesta en marcha en una gigantesca computadora por algún superprogramador. Al fin y al cabo, esto sigue presentando el problema de saber cómo *su* universo llegó a existir.

También hay quien tiene la idea, mencionada por Michael Shermer en mi entrevista, según la cual los agujeros negros llevan a la creación de universos diminutos, los cuales crean entonces más universos por medio de agujeros

negros, y así sucesivamente durante toda la eternidad. Sin embargo, eso también deja sin contestar la pregunta sobre el lugar de origen del primer universo productor de agujeros negros. Un erudito decía con sorna: «La física que sostiene esta idea es especulativa, en el mejor de los casos».[12]

Otra hipótesis que se evaporó con rapidez es aquella según la cual la fina calibración del universo es resultado de un accidente fortuito. Las posibilidades de que ocurra eso, según afirman los científicos, son funcionalmente equivalentes a imposible. «La precisión es fantástica por completo, tan matemáticamente imponente, que es tonto pensar que se hizo por accidente», dijo William Lane Craig.[13]

Es como el físico Robin Collins me dijo: «Sin embargo, si apuesto mil dólares a que puedo lanzar al aire una moneda y que esta quede cara cincuenta veces seguidas, y luego procedo a hacerlo, tú no lo aceptarías. Sabrías que las probabilidades en contra son tan remotas, cerca de una en mil billones, que es extraordinariamente improbable que ocurra. El hecho de que fuera capaz de hacerlo en contra de una improbabilidad tan monumental sería una sólida evidencia para ti de que el juego había sido arreglado. Y lo mismo es cierto para el ajuste fino del universo: antes de concluir que este rango de probabilidades fue el responsable, concluirás que existe una fuerte evidencia de que el universo ha sido arreglado. Es decir, diseñado».[14]

Entonces, ¿cuáles son las explicaciones más probables para esta fina calibración? El filósofo científico Tim Maudlin, autor de la obra *The Metaphysics within Physics*, publicada por Oxford University Press en 2007, dice que solo hay dos alternativas plausibles en cuanto al evidente diseño del universo: «Al parecer, las únicas reacciones consisten en abrazar la idea de un multiverso o la de un diseñador».[15]

—Hablemos de la opción del multiverso —le dije a Strauss—. Stephen Hawking habla de la Teoría M, la cual permitiría que existiera un número de universos más cercano al infinito. Si los diales de la física se giraran al azar en todos ellos, tarde o temprano iban a ganar la lotería, consiguiendo las condiciones correctas para la vida.

—En primer lugar —me dijo Strauss—, no sabemos si la Teoría M es correcta. Esta se basa en la teoría de la secuencia, que es un concepto esotérico para el cual aún no se han llegado a expresar todas las ecuaciones. La teoría podría ser inestable y no manipulable, y no existe evidencia alguna obtenida por observación que esté a su favor. Por tanto, ¿es realmente científica?

Strauss hizo notar que cuando Hawking propuso la Teoría M, el escritor de

temas de ciencia John Horgan escribió en *Scientific American:* «La Teoría M, según los teóricos lo comprenden en la actualidad, se presenta en un número casi infinito de versiones. . . Por supuesto, una teoría que lo predice todo, en realidad no predice nada».[16]

Strauss siguió explicando. «Los físicos han sugerido diversas ideas sobre la forma en que podrían nacer los multiversos, pero nuevamente, no hay ninguna evidencia favorable a eso procedente de la observación ni de la experimentación. De hecho, es probable que no tengamos forma alguna de descubrir algo que se halle más allá de nuestro universo. E incluso si hubiera múltiples universos, el teorema de Borde-Guth-Vilenkin dice que todos ellos deben remontarse a un punto en el cual comenzaron, de manera que ahora volvemos a la pregunta sobre quién o qué creó el universo en el principio».

¿Su conclusión? «Si alguien quiere creer en una de esas teorías sobre los multiversos, básicamente lo que necesita es tener una fe ciega».[17]

Unos comentarios similares proceden de John Polkinghorne, que fuera profesor de física matemática en Cambridge: «La explicación de los muchos universos es presentada a veces como si fuera puramente científica, pero en realidad, una documentación suficiente sobre los diferentes universos solo se podría generar por medio de procesos especulativos que van mucho más allá de lo que la ciencia rigurosa puede respaldar con honradez».[18]

Richard Swinburne, filósofo de Oxford, lo dijo con toda franqueza: «Postular la existencia de un billón de billones de otros universos, en vez de un Dios, con el fin de explicar el orden de nuestro universo, parece el colmo de la irracionalidad».[19]

La opción Dios

John Leslie, físico que hizo sus estudios en Oxford, autor del influyente libro *Universes*, cree que si nuestro universo es el único que existe, y una vez más, no hay evidencias científicas de que exista ningún otro, entonces su delicada calibración es «una genuina evidencia. . . *de que Dios es real*».[20]

—Yo estoy de acuerdo con él —me dijo Strauss—. Volvamos a lo que yo sé como científico que es real. Sé que hay un universo que parece haber tenido un principio, que está increíblemente calibrado de una manera que desafía las explicaciones naturalistas, y que hay un planeta altamente improbable, cuyas condiciones también improbables permiten que nosotros existamos. Para mí,

todo esto está pidiendo una explicación divina.

Yo levanté la mano.

—Espere un momento —le dije—. Tal vez nuestro universo *no esté* tan finamente calibrado. Por ejemplo, ¿por qué un creador desperdiciaría tanto espacio, si quería crear un hábitat para la humanidad? El universo es incalculablemente inmenso, pero en su mayor parte es un páramo inhóspito que no permite vida.

—En realidad, el universo tiene el menor tamaño que podría tener para aun así, sostener la vida —fue la contestación de Strauss.

Esa afirmación me tomó por sorpresa.

—Me agradaría oírlo explicar *eso* —le dije.

—Si comienzas por el Big Bang, y tu meta es fabricar un sistema solar como el nuestro, tienes que pasar por dos generaciones previas de estrellas. La primera generación dejó tras sí algunos de los elementos de la tabla periódica, pero le faltaban las cantidades correctas de carbono, oxígeno y nitrógeno para hacer planetas rocosos y vidas complejas. Después de eso, la segunda generación de estrellas se formó con los escombros de la primera generación. Cuando estos se quemaron y apagaron, hicieron unos elementos más pesados y los esparcieron por todo el universo. Nuestro sol se formó a partir de esos escombros.

—Ahora bien, este es mi punto: esta tercera generación de estrellas es la primera posibilidad para que exista un sistema solar como el nuestro. Así que si comienzas con el Big Bang, te lleva nueve mil millones de años crear un sistema solar, que es aproximadamente cuando se formó nuestro sistema solar, hace cuatro mil quinientos millones de años. Así que, si eres Dios, y tu propósito es crear la Tierra de manera que pueda sostener una población humana, y usas estos procesos, te tomaría alrededor de trece mil quinientos millones de años. Y durante todo ese tiempo, ¿qué está haciendo el universo?

—Expandiéndose.

—Correcto; se está haciendo cada vez más grande. Así que, aunque es increíblemente grande, esto es lo más joven, y por tanto lo más pequeño, que el universo puede ser, si quieres crea un planeta que pueda albergar vida.

—Muy bien, ya lo voy entendiendo —le contesté—. Pero hay una pregunta que suelen hacer los escépticos con frecuencia: Si este Dios hizo el universo, entonces ¿quién lo hizo a él?

—Nadie —me contestó de inmediato—. El argumento *kalam* no dice: «Todo cuanto *existe* tiene una causa». Lo que dice es: «Todo cuanto *comienza* a existir tiene una causa». Por definición, Dios nunca *comenzó* a existir; él siempre ha

existido. Él es el ser eterno necesario, que tiene existencia en sí mismo. Eso es parte de la definición de Dios. ¿Por qué asegurar que un triángulo tiene tres lados? Porque eso es parte de loque significa ser triángulo. La verdadera pregunta es esta: ¿Señalan las evidencias a la existencia de un ser divino así? Yo creo que lo hacen. . . y no solo las evidencias de la cosmología y de la física.

Yo recordé las palabras de William Lane Craig en entrevistas que le hice. «Y esta no es una petición especial en el caso de Dios», decía.[21] «Los mismos ateos se sentían muy a gusto afirmando que el universo es eterno y sin causa. El problema es que ya no pueden sostener esa posición por la evidencia moderna de que el universo comenzó con el Big Bang. Así es que no pueden rebatir legítimamente cuando yo afirmo lo mismo respecto a Dios: él es eterno y sin origen.».[22]

El alma del artista

—Si Dios es la explicación más probable en cuanto a nuestro universo y nuestro planeta —le pregunté a Strauss— ¿qué podemos deducir lógicamente acerca de él a partir de las evidencias científicas?

—Varias cosas. La primera —dijo agarrándose un dedo mientras iba pasando por cada uno de los puntos—, que Dios debe ser trascendente, porque existe aparte de su creación. La segunda, que debe ser inmaterial o espiritual, puesto que existía antes del mundo físico. La tercera, que debe ser atemporal o eterno, puesto que existía antes que fuera creado el tiempo físico. La cuarta, que debe ser poderoso, dada la inmensa energía del Big Bang. La quinta, que debe ser inteligente, dado el hecho de que el Big Bang no fue un acontecimiento caótico, sino que fue delicadamente calibrado de una forma magistral. La sexta, que debe ser personal, puesto que tuvo que tomar la decisión de crear. La séptima, que debe ser creativo; es decir, basta con que mires las maravillas del universo. Y la octava, que debe ser solícito, porque fabricó de una manera tan deliberada un hábitat para nosotros.

—Pero entonces, tal como Shermer me preguntó, ¿por qué no pensar en un comité de dioses? ¿Por qué solo uno?

—El principio científico y filosófico conocido como la navaja de Ockham dice que no debemos multiplicar las causas más allá de lo que sea necesario para explicar todos los fenómenos —me dijo.

—Pero aun así, ¿cómo sabemos que este creador es el Dios del cristianismo? —le pregunté.

—Todas las cualidades que hemos deducido de las evidencias son congruentes con el Dios que hallamos en la Biblia —me contestó—. Si solo hay un creador, entonces eso elimina la posibilidad del politeísmo. Puesto que él se halla fuera de la creación, esto elimina el panteísmo. El universo no es cíclico, lo cual viola las doctrinas de las religiones orientales. Y el Big Bang contradice las suposiciones de las religiones antiguas, según las cuales el universo es estático.

Hugh Ross, que obtuvo su doctorado en la Universidad de Toronto, ha señalado varias formas en las cuales los antiguos escritos recogidos en la Biblia reflejan los hallazgos de la cosmología contemporánea.

—Vale la pena notar —me dijo Ross—, que las Escrituras hablan acerca del comienzo trascendente de la realidad física, incluyendo el tiempo mismo (Génesis 1.1; Juan 1.3; Colosenses 1.15-17; Hebreos 11.3); acerca de la expansión cósmica continua, o «extensión» (Job 9.8; Salmos 104.2; Isaías 40.22, 45.12; Jeremías 10.12); acerca de las leyes físicas inmutables (Jeremías 33.25), una de las cuales es la ley generalizada de la degradación (Eclesiastés 1.3-11; Romanos 8.20-22). Estas descripciones van contra las suposiciones antiguas, que permanecieron y fueron dominantes, acerca de un universo eterno, estático. . . hasta el siglo veinte.[23]

El rugido de un camión que iba pasando interrumpió mi conversación con Strauss. Él se puso de pie y me dijo:

—¿Quieres un poco de agua?

Fue a la cocina, llenó dos vasos y volvió para ofrecerme uno. Yo miré mi reloj; debido a una cita a la cual Strauss necesitaba asistir, se nos estaba acabando el tiempo.

Sin embargo, el propósito de mi visita se cumplió. Pensando en el caso que había ido forjando Strauss, la existencia de un creador que obra milagros, y que se ajusta a la descripción del Dios de la Biblia, había quedado establecida más allá de toda duda razonable.

Strauss se sentó y miró brevemente por la ventana, volviéndose más filosófico en los últimos momentos que pasábamos juntos.

—¿Sabes? —me dijo, tomando un sorbo de agua—, soy amigo de un artista que dice que puede mirar una pieza de arte y ver el alma del artista. Yo no puedo hacer eso, pero soy científico. Puedo mirar profundamente el universo, el mundo subatómico y ver el alma del *Artista*. Por ejemplo, veo evidencias de su trascendencia. Entonces, ¿qué me dice eso? Me dice que para él, intervenir en el

mundo que hizo es algo sencillo. Los milagros son cosa trivial. Son fáciles de hacer.

»Luego miro al extraño mundo de la mecánica cuántica. Lee, es sumamente diferente a todo lo que tú o yo nos habríamos podido imaginar. Las partículas virtuales comienzan y dejan de existir continuamente; al parecer, una partícula puede estar en dos lugares al mismo tiempo. Para mí, eso es un reflejo de Isaías 55, donde se afirma que los caminos de Dios son diferentes a nuestros caminos. Sus pensamientos son más grandes que nuestros pensamientos.[24]

»El artista mira un cuadro y dice: «Estas pinceladas me dejan ver el humor que tenía el pintor al trazarlas». Como físico, sé que las partículas virtuales del interior de los protones tienen una masa que ha sido finamente calibrada para que pueda existir. Eso me dice algo acerca del humor del Creador: es ingenioso y solícito a la vez. Si no lo fuera, ¿por qué otra razón habría hecho que toda la creación se juntara para nuestro beneficio?

»Puedo decir con franqueza que miro una pintura y digo: “Uh. . . sí, está bonita”. Para mí no es más que una serie de colores sobre un lienzo. No puedo ver las realidades más profundas que sí puede ver un artista. Pero tengo el privilegio de ser científico. Puedo ver los matices y las sutilezas de la naturaleza de una forma que otros no pueden. E invariablemente, me señalan a una misma conclusión: nada puede competir con la hipótesis a favor de Dios.

CAPÍTULO 11

El milagro de la RESURRECCIÓN

Entrevista con el detective J. Warner Wallace

Hasta para un condecorado investigador de casos de homicidio cerrados en los archivos, aquello constituía un reto formidable. J. Warner Wallace había usado su considerable capacidad como detective para resolver casos de asesinato que tenían décadas de abiertos, pero nunca se había tenido que enfrentar a un caso que se extendiera por dos milenios.

Es más, esta vez no estaba solamente tratando de identificar al perpetrador de un crimen cometido hacía ya mucho tiempo; al contrario, estaba tratando de determinar si la víctima había muerto realmente. . . y si había desafiado todas las explicaciones naturalistas al resucitar de entre los muertos tres días más tarde.

Una gran tarea para alguien que en aquellos momentos era un ateo superescéptico.

Wallace es hijo de policía y padre de policía. Su progenitor combatió el crimen en Torrance, California, un enclave de alta tecnología situado al sur de Los Ángeles. Inicialmente, Wallace se resistió a la tentación de seguir los pasos de su padre. Comenzó con su carrera en las artes, consiguiendo un título en diseño y una maestría en arquitectura, pero al cabo de poco tiempo, el atractivo de la placa de policía demostró que era demasiado fuerte.

Después de su entrenamiento en el Departamento del Sheriff de Los Ángeles, Wallace se unió a las fuerzas de Torrance, trabajando en el equipo SWAT, en el servicio contra las pandillas e investigando casos de robo y de homicidio. Más tarde, se convirtió en miembro fundador de la unidad de casos cerrados de homicidio del departamento, asignada a resolver asesinatos que nadie más había podido solucionar.

Sus éxitos trajeron consigo elogios y oportunidades. Pronto se estaba presentando en el programa *Dateline*, de la NBC y los medios noticiosos acudían a su pericia en lo referente a arrestar asesinos que pensaban que habían logrado hacer el asesinato perfecto.

A lo largo de los años, el escepticismo de Wallace, perfeccionado en las calles, le prestó un buen servicio. «Como policía, si crees todo lo que la gente te dice, nunca vas a arrestar a nadie», me dijo. Para él, es necesario que los hechos sean consistentes, los testigos sean dignos de crédito y las evidencias sean contundentes; la corroboración siempre es crucial y las coartadas es necesario desmantelarlas. En resumen, era la clase de escéptico que hasta Michael Shermer habría podido admirar.

El escepticismo de Wallace en su adolescencia lo afianzó en el ateísmo. Sus padres se divorciaron cuando él era joven. Su padre, a insistencias de la madre, lo dejaba los domingos en la iglesia católica, donde asistía solo a una misa en latín.

«Yo no entendía ni una palabra, pero no me importaba», me dijo. «No creía nada de aquello. Además, no tenía ningún modelo católico a seguir que me pudiera explicar por qué ellos aceptaban todas esas cosas».

Fue a los treinta y cinco años cuando Wallace sometió los evangelios a meses de minucioso análisis por medio de diversas técnicas de investigación, entre ellas lo que los detectives llaman «análisis forense de las declaraciones». Esta habilidad incluye el análisis crítico del relato que hace una persona acerca de los acontecimientos, incluyendo las palabras que escoge y su estructura, para determinar si está diciendo la verdad o está tratando de engañar.[1] Al final, Wallace terminó convenciéndose de que el cristianismo es veraz más allá de toda duda razonable.

«En cierto sentido», me dijo, «fue mi escepticismo el que me llevó a la fe, porque me impulsó a ponerlo todo en tela de juicio, a dudar de mis propias dudas y a exigir respuestas que pudieran resistir el escrutinio».

Las respuestas terminaron convenciéndolo de que Jesús, en tiempo y espacio, sí venció realmente a su tumba y, por tanto, nos proporcionó evidencias convincentes de su divinidad. Fue esa meticulosa investigación sobre su resurrección milagrosa la que hizo que yo me subiera a un avión para volar hasta el sur de California, donde tuve un encuentro con Wallace en su casa tipo rancho del Condado de Orange.

Entrevista con J. Warner Wallace

«Yo soy de ese tipo de personas que lo dan todo», me indicó Wallace. «C. S. Lewis dijo que si el cristianismo no es cierto, carece de importancia pero, si lo es, no hay nada más importante. . . y yo estoy de acuerdo.[2] Por eso estoy por completo en él».

En 1996, después de convertirse en cristiano, Wallace obtuvo una maestría en estudios teológicos en el Seminario Teológico Bautista Golden Gate, sirvió como pastor de jóvenes y fundó una iglesia. En la actualidad, es profesor adjunto de apologética en la Universidad Biola, miembro distinguido del Centro Colson para una Cosmovisión Cristiana e imparte clases en Summit Ministries, en Colorado.

Hace ya varios años que soy amigo de Wallace, desde que escribí el prólogo de su libro *Cold-Case Christianity*, en el cual ofrece diez principios tomados de su labor como detective que se pueden usar para examinar la fiabilidad de los evangelios.

Entre sus otros libros se hallan *God's Crime Scene*, en el que examina ocho evidencias sacadas del universo que componen el caso a favor de la existencia de Dios; *Alive*, que se centra en la resurrección, y *Forensic Faith*, que ayuda al lector a saber defender mejor el cristianismo. Siempre artista, Wallace crea sus propios dibujos para ilustrar sus libros.

Durante sus dos décadas de labor investigativa, Wallace fue condecorado con la Medalla al Valor por «Superioridad sostenida» de la Policía y el Cuerpo de Bomberos y el Premio CopsWest por resolver un asesinato que databa de 1979. Aunque ya retirado de las fuerzas del orden, aún es consultor en casos de homicidio sin resolver y actúa como asesor investigativo para las redes de televisión. Wallace y yo hasta hicimos algunas breves apariciones en la película *God's Not Dead 2*, en la que dio testimonio a favor de la historicidad de Jesús en un caso ficticio ante los tribunales.

En la actualidad, este ateo y agnóstico absoluto, viaja por todo el país para hablar sobre cómo convertirse en un «creador de casos cristianos»; es decir, alguien que pueda presentar con eficacia las evidencias que respaldan las afirmaciones esenciales de la fe.

Wallace es un verdadero manojo de chispeante energía. Habla con oraciones rápidas y cortadas, algunas veces ametrallando verbalmente a los demás con una ráfaga de hechos. Continuamente se quita los lentes para volvérselos a poner

mientras habla, casi usándolos como una muletilla. Delgado y en buena forma física, da la impresión de hallarse aún tan bien que sería capaz de correr tras un ladrón y atraparlo, aunque al mismo tiempo, su canoso cabello, muy corto, le da el aire de investigador experimentado.

Yo siempre he apreciado la apariencia externa de Wallace, que manifiesta sensatez y espera a que «solo le den los datos», lo cual se ajusta bien a mi propia tendencia periodística, pero también admiro lo que hay debajo de ella: una gran compasión y un corazón lleno de bondad hacia los demás. Lo sé porque he recibido con gratitud sus bondades en el pasado.

Sin embargo, por raro que parezca, nunca había hablado largamente con Wallace acerca de su trayecto del ateísmo a la fe. Después que nos sentamos en su sala de recreo y conversamos un rato acerca de la familia, le pregunté:

—¿Qué fue lo que le impulsó a comenzar a analizar los evangelios?

—Mi esposa Susie creció en un catolicismo de tipo cultural, de manera que pensaba que era importante llevar a los niños a la iglesia, por lo que yo los acompañaba —me explicó—. Un domingo, el párroco dijo: «Jesús fue el hombre más inteligente que haya vivido jamás, nuestra cultura occidental tiene sus bases en sus enseñanzas morales».

—¿Cómo reaccionó usted?

—Yo pensé: *Aunque soy policía y me dedico a hacer cumplir el código penal, sé que por encima de todo hay una ley moral universal*. Al fin y al cabo, el adulterio es legal, aunque no sea correcto. Así que eso me hizo pensar en la procedencia de ese código moral. Esa es la razón por la que fui y me compré esto.

Sacó de la estantería una Biblia roja de púlpito y me la entregó.

—Me costó seis dólares —dijo.

Yo la abrí en una página al azar y vi que estaba marcada de una manera muy ordenada, pero casi total. Tenía etiquetas de hechura casera, notas en letra pequeña en los estrechos márgenes y estaba completamente subrayada con un código a colores. Busqué el evangelio de Marcos y vi que todo el texto tenía anotaciones.

—Estaba usando el análisis forense de las declaraciones para examinar los evangelios; por ejemplo, aquí, en el Evangelio de Marcos, estaba buscando la influencia de Pedro, de manera que eso es lo que representa uno de los colores —me explicó—. Me estaba fijando en todos los detalles; cuando acabé, había trabajado en tres Biblias.

—¿Cuánto tiempo le llevó su análisis?

—Seis meses.

—¿Cuál fue su veredicto?

—Que los evangelios registran de manera fiable unos sucesos verdaderos —me dijo—. Sin embargo, eso representaba un problema para mí.

—¿Por qué?

—Porque hablan de la resurrección y de otros milagros —me dijo—. Yo podía creer a los evangelios si me decían que Jesús comía pan, pero ¿qué hacer si me decían que el pan se elevaba en el aire? Vamos, aquello no lo habría podido creer. Yo no creía que se pudieran producir milagros, así que los rechazaba de antemano.

Más allá de unas obstinadas presuposiciones

Me podía identificar con su impedimento para creer lo sobrenatural, puesto que era una obstinada obstrucción también en mi propia investigación espiritual.

—¿Qué hizo que usted cambiara de forma de pensar? —le pregunté.

—Me pregunté a mí mismo: *¿Creo en* algo *que sea sobrenatural?* Y llegué a la conclusión de que sí, incluso siendo ateo, sí creía que algo extranatural había sucedido.

—¿Por ejemplo?

—El Big Bang —me contestó—. Todo salió de la nada. Si definimos la naturaleza como todo lo que vemos en nuestro ambiente, entonces tuvo que haber algo antes de eso; una primera causa que se hallaba más allá del espacio, la materia y el tiempo. Eso significaba que esa causa no podía ser espacial, material ni temporal.

Yo sonreí, recordando mi conversación con el físico Michael Strauss en los dos capítulos que preceden a este.

—Me di cuenta —siguió diciéndome Wallace—, que si había algo extranatural que había causado el principio de todo espacio, tiempo y materia, tal como se afirma en Génesis 1.1, entonces es esa misma causa la que pudo realizar todos los milagros recogidos en los evangelios. En otras palabras, si hay un Dios, entonces los milagros son algo razonable; tal vez incluso, algo que es de esperar.

—Así que usted pasó más allá de su presuposición previa contra lo milagroso —le dije.

—Lo hice. Como detective, sabía que las presuposiciones pueden descarrilar una investigación. Recuerdo un caso en el cual se había encontrado a una mujer muerta en su cama. En el lugar donde ella vivía, era notoria como adicta a las drogas, y había aparatos para usar drogas en su mesa de noche. Los oficiales de

la patrulla llegaron allí y ni siquiera se molestaron en quitarle las sábanas, puesto que era muy obvio que se trataba de una sobredosis. Sin embargo, cuando llegaron los investigadores, le quitaron las sábanas y vieron que la habían acuchillado hasta matarla.

Hizo una pausa mientras yo analizaba las consecuencias de aquello.

—Las presuposiciones pueden ser impedimentos para llegar a la verdad —me dijo—. La resurrección era la deducción más razonable a partir de las evidencias, pero yo estaba descartando los milagros desde el principio mismo.

—¿Qué lo llevó a la conclusión de que esta primera causa del universo era un ser personal, y no simplemente algún tipo de fuerza?

—Reconocí la existencia de leyes morales universales —me contestó—. Por ejemplo, es incorrecto torturar a un bebé para divertirse en todas las culturas, todos los lugares y todas las épocas. Y las leyes morales trascendentes son más que unas simples *verdades:* son obligaciones entre *personas*. Si hay obligaciones morales trascendentes y objetivas, la mejor explicación de su existencia es una persona moral también trascendente y objetiva.

—Muy bien, usted llegó a la conclusión de que los evangelios contienen relatos fidedignos de testigos presenciales, incluso en el caso de los hechos milagrosos —le dije—. ¿Qué sucedió después?

—Me quedé estancado con la pregunta sobre el porqué: ¿por qué Jesús vino, murió y regresó de entre los muertos? Comencé a analizar los escritos de Pablo, y me sentí intrigado por sus conceptos sobre lo que él llama el «hombre natural» o las personas pecadoras. Su descripción se ajustaba a mí mismo de una manera asombrosa —me contestó.

—Además, el mensaje de la gracia es muy contrario al sentido común. Todas las demás religiones se basan en la actuación, lo cual tiene sentido, porque a los seres humanos nos encanta alcanzar logros y competir para conseguir una recompensa. Ese mensaje de la gracia, de un perdón no merecido, no sonaba como que tuviera un origen humano. Parecía o muy ridículo o muy divino. Eso no demuestra nada en sí mismo, pero fue una pieza más del rompecabezas.

«A fin de cuentas, se trataba de un caso acumulativo —le dije, presentándole más una declaración que una pregunta.

—Dio en el blanco —me dijo claramente—. La totalidad de las evidencias me abrumó. Cuando estamos tratando de resolver un homicidio, lo típico es que vayamos colocando todos los hechos en una pizarra para ver si podemos reconstruir el caso. Yo no tuve que hacerlo aquí. El caso se había reconstruido por sí mismo.

Los evangelios de los testigos presenciales

He cubierto, en mi labor periodística, la labor de la justicia criminal durante años y me fascina la forma en que las evidencias proporcionadas por el ADN han sido usadas para resolver crímenes sucedidos décadas antes. En cambio, con Wallace, el ADN no ha sido factor relevante en ningún caso difícil que haya llegado a resolver.

—Lo típico ha sido resolverlos por medio del análisis de los testimonios de los testigos presenciales —me dijo—. Y esa es la forma en la que puse a prueba los evangelios.

—Michael Shermer cree que solo se trata de historias morales que no tienen ningún núcleo de historicidad en ellas —le dije—. ¿Por qué está usted convencido de que se basan en relatos de testigos presenciales?

—Hay buenas evidencias de que Juan y Mateo escribieron sus evangelios a partir de su propio testimonio como testigos presenciales, por ser discípulos de Jesús. Aunque Lucas no era testigo de lo sucedido, sí dice que ha «investigado todo esto con esmero desde su origen»,[3] presuntamente entrevistando a testigos presenciales. Según Papías, que era obispo de Hierápolis, Marcos fue el escriba del apóstol Pedro. . . y mi análisis forense del Evangelio de Marcos así lo indica.

—¿De qué manera?

—Marcos trata a Pedro con un gran respeto e incluye detalles que lo mejor es atribuirlos a Pedro —me contestó Wallace—. Marcos también hace un número desproporcionado de menciones de Pedro. Y, a diferencia de los demás evangelios, la primera vez y la última que Marcos menciona a un discípulo, menciona a Pedro, lo cual constituye una antigua técnica para señalar los dos extremos de los libros cuando una pieza histórica es atribuida a un testigo presencial en particular.

—Por supuesto —siguió diciendo—, Pedro dice de sí mismo que es testigo presencial,[4] y Juan dice que está informando acerca de «lo que hemos visto con nuestros propios ojos».[5] De hecho, cuando Pedro y Juan fueron arrestados por testificar acerca de la resurrección, dijeron: «Nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído».[6] Una y otra vez, los apóstoles se identifican a sí mismos como «testigos de todo lo que hizo [Jesús] en la tierra de los judíos y en Jerusalén».[7]

—A pesar de eso —interrumpí—, usted y yo sabemos que en los últimos años se ha puesto en tela de juicio el testimonio de los testigos presenciales. De hecho, algunos acusados que han sido condenados a partir de testimonios de testigos presenciales, han sido exonerados por medio de las nuevas evidencias de

ADN.

—No cabe duda: es necesario poner a prueba todos los relatos de testigos presenciales para comprobar su fiabilidad. En California, los jueces les indican a los miembros del jurado más de una docena de factores que deben tener en cuenta al evaluar el relato de un testigo presencial —me dijo—. Podemos aplicarles esas pruebas a los evangelios; por ejemplo, ¿hay alguna forma de corroborarlo, tenía el testigo algún motivo para mentir, fue cambiando su testimonio con el tiempo? Cuando lo hacemos, encontramos que se sostienen bien.

—¿En qué fechas piensa usted que fueron escritos los evangelios?

—El libro de los Hechos no se refiere a varios acontecimientos de importancia que se produjeron en el año 60 d. C., entre ellos los martirios de Pablo, Pedro y Santiago, al parecer porque fue escrito antes que ocurrieran. Sabemos que el Evangelio de Lucas fue redactado antes que el libro de los Hechos, y sabemos también que Marcos fue escrito antes que Lucas, porque este lo usa como una de sus fuentes. Incluso antes de eso, Pablo confirma la resurrección en un material que se remonta a pocos años después de la ejecución de Jesús.[8] Si tenemos en cuenta que Jesús murió en el año 30 o 33 d. C., la distancia se reduce a una cantidad de tiempo en la que deja de ser un problema.

—¿De manera que a usted no le molesta que los evangelios hayan sido transmitidos verbalmente antes de ser escritos? —le pregunté.

—En absoluto. He visto testigos en casos no resueltos relatar sus recuerdos de treinta años atrás como si aquello hubiera sucedido en día anterior; ¿por qué? Porque no todos los recuerdos son creados iguales.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Si usted me preguntara qué hice en el día de los enamorados de hace cinco años, es probable que no pueda recordar gran cosa. Eso se debe a que solo es uno entre muchos días de los enamorados que he celebrado con Susie. Pero si usted me preguntara acerca del día de los enamorados del año 1988, le podría dar un reporte detallado de lo sucedido.

Yo moví la cabeza.

—Me doy por vencido —le dije—. ¿Por qué?

Wallace sonrió.

—Porque ese fue el día en que Susie y yo nos casamos —me contestó—. Cuando los testigos experimentan algo que es único, que no se ha repetido y que es personalmente importante o poderoso, hay muchas más probabilidades de que lo recuerden. Por supuesto, muchas de las experiencias de los discípulos con

Jesús reúnen esos requisitos.

»¿Podían recordar todas las veces en que su barca se había visto en medio de una tormenta?, me preguntó. «Es probable que no, pero sí podían recordar la ocasión en la cual Jesús calmó la borrasca. Medita en la resurrección: por mucho que ellos hubieran experimentado, aquel suceso era único, irrepetible y extremadamente poderoso».

Lidiar con las discrepancias entre los evangelios

—Pero ¿qué me puede decir de los conflictos entre los diversos relatos de los evangelios; acaso no lanzan una sombra de duda sobre la fiabilidad del testimonio de los testigos presenciales? —le pregunté.

—Basado en mis años de detective, para mí era de esperar que hubiera variantes entre los cuatro evangelios —fue su respuesta—. Piense en esto: los primeros creyentes habrían podido destruir todos los evangelios, menos uno, a fin de eliminar las diferencias que había entre ellos. Pero no lo hicieron. ¿Por qué? Porque sabían que los evangelios eran veraces y que relataban la historia desde perspectivas diferentes, haciendo resaltar cosas distintas.

—Entonces, ¿los conflictos no son evidencia de que ellos estuvieran mintiendo?

—El que suponga eso, es que no ha trabajado nunca con testigos presenciales. En mi experiencia, los relatos de los testigos presenciales pueden ser fiables a pesar de las discrepancias. Además, si encajan entre sí de forma demasiado perfecta, eso sería evidencia de que se habían puesto de acuerdo.

Eso coincidía con la evaluación de Simon Greenleaf, de la Escuela de Derecho de Harvard, una de las figuras legales más importante de Estados Unidos, después de estudiar los evangelios. «Hay suficientes discrepancias para demostrar que no puede haber existido una conspiración previa entre ellos», escribió, «y al mismo tiempo suficiente acuerdo en losustancial para demostrar que todos ellos eran narradores independientes de la misma gran transacción».[9]

Lo interesante es que, mientras escribía este capítulo, estaba leyendo un libro revelador escrito por Michael R. Licona, erudito en Nuevo Testamento, publicado por Oxford University Press, que ofrece una forma innovadora de resolver las diferencias entre los evangelios.[10] Licona, que obtuvo su doctorado en la Universidad de Pretoria, es un notorio experto sobre el tema de la resurrección y colega mío en la Universidad Bautista de Houston.

Su investigación señala que muchas discrepancias aparentes entre los evangelios se pueden explicar mediante las técnicas estándar de redacción que

era típico que usaran los biógrafos grecorromanos de esa era. Como señaló Craig Keener en mi entrevista con él para este libro, los evangelios caen dentro del género literario de las biografías antiguas.

Por ejemplo, una técnica común, de la cual es modelo el historiador Plutarco, se llama «enfoque literario». Licona la asemeja a la actuación teatral en la cual hay varios actores en la escena, pero se apagan las luces y un foco de luz solo resplandece sobre uno de ellos.

«Uno sabe que hay otros actores en el escenario», dice, «pero no los puede ver, porque la luz se enfoca en una sola persona»

Al aplicar eso a los evangelios, se hace notar que Mateo, Marcos y Lucas dicen que varias mujeres visitaron la tumba de Jesús y descubrieron que estaba vacía. En cambio, el Evangelio de Juan solo menciona a María Magdalena. ¿Se trata de una discrepancia que arroja dudas sobre los evangelios?

«Tal parece que Juan está consciente de la presencia de otras mujeres, al mismo tiempo que hace brillar el rayo de luz sobre María», dice Licona. «Al fin y al cabo, informa que es María la que les anuncia a Pedro y al discípulo amado: "¡Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto!".[11] ¿Por qué María dice "no sabemos"? Es probable que se estuviera refiriendo a las demás mujeres que estaban presentes.

«Entonces, observemos lo que sucede después», sigue diciendo Licona. «En el Evangelio de Juan, Pedro y el discípulo amado corren a la tumba y la encuentran vacía, mientras que Lucas 24.12 dice que Pedro corrió a la tumba y no hace mención alguna del discípulo amado. Sin embargo, solodoce versículos más adelante, Lucas nos informa que los que fueron a la tumba eran más de uno.[12] Esas observaciones sugieren fuertemente que Lucas y Juan estaban empleando el enfoque literario en sus narraciones sobre la resurrección».

Basándose en un análisis exhaustivo de los evangelios, Licona llega a la siguiente conclusión: «Si lo que estoy sugiriendo es correcto —que hay una cantidad abrumadora de diferencias sobre los evangelios—. . . la explicación más plausible es la lectura de los evangelios en vista de su género biográfico: *las tensiones resultantes de casi todas las diferencias desaparecen*».[13]

Como consecuencia, afirma que el argumento según el cual los evangelios no son históricamente fiables debido a sus diferencias, «no podría seguir siendo sostenible».

La solución a los misterios de los evangelios

Wallace hace entonces una afirmación contraria al sentido común según la

cual algunas de las diferencias entre los evangelios muestran en realidad su cohesión de una forma que sería de esperarse si estuvieran basadas en relatos de testigos presenciales independientes.

—Yo notaba que algunas veces uno de los evangelios describía un acontecimiento, pero dejaba fuera un detalle que hacía surgir una pregunta en mi mente. . . y entonces, esa pregunta era respondida de manera no intencional por otro escritor de los evangelios —explica.

—Usted se está refiriendo a lo que ha sido descrito como «coincidencias no planificadas» —le dije.

—Cierto —me contestó—. En el Nuevo Testamento hay más de cuarenta lugares en los que vemos el apoyo de esta clase de testimonio presencial no deliberado.[14]

—¿Me puede decir algunos ejemplos?

—En el Evangelio de Mateo, Jesús se encuentra con Pedro, Andrés, Jacobo y Juan por vez primera. Son pescadores y están remendando sus redes. Él les dice: «Síganme» y, en efecto, ellos lo hacen de manera espontánea.[15] Ahora bien, ¿acaso no parece esto algo extraño, que ellos lo hayan dejado todo para seguir de inmediato a esa persona que nunca antes habían conocido?

—Eso sí que crea un misterio —admití.

—Por fortuna, tenemos el Evangelio de Lucas. Él dice que Jesús entró a la barca de Pedro y predicó desde ella. Entonces le dijo que sacara sus redes y Pedro lo hizo, sin desear hacerlo, porque habían trabajado toda la noche sin pescar nada. Milagrosamente, las redes salieron del agua repletas de pescados, tantos que comenzaron a romperse. De hecho, con aquella pesca se llenaron dos barcas. Lucas dice que Pedro y los demás estaban atónitos y que Pedro reconoció a Jesús como Señor.[16]

—De repente —dije— el relato de Mateo parece tener más sentido.

—Exacto. Cuando se reúnen los testimonios, se obtiene la imagen completa. Los discípulos oyeron predicar a Jesús y vieron el milagro de la pesca abundante. Después que regresaron a la orilla, Jesús les dijo que lo siguieran. . . y ellos lo hicieron, basándose en sus revolucionarias enseñanzas y en su manifestación sobrenatural de poder.

—¿Ha visto usted coincidencias no intencionales en su trabajo policíaco?

—He tenido circunstancias en las cuales el relato de un testigo deja preguntas sin responder, hasta que encontramos más tarde otro testigo —me dijo —. Esta es una característica común en los relatos verdaderos de los testigos presenciales.

—¿Hay otros ejemplos de esto?

—Mateo dice que durante el juicio de Jesús, los jefes de los sacerdotes y los miembros del concilio lo golpearon y le dijeron: «A ver, Cristo, ¡adivina quién te pegó!».[17] Ahora bien, esa petición es extraña. ¿Acaso Jesús no habría podido mirar a sus atacantes e identificarlos? Pero cuando Lucas describe la misma escena, menciona otro detalle: A Jesús le habían puesto una venda en los ojos. Ahí tiene. . . —me dijo Wallace, chasqueando los dedos—. Misterio resuelto.

—¿Cuál es su conclusión? —le pregunté.

—La explicación más razonable es que los evangelios fueron escritos por diferentes testigos presenciales que solo estaban informando lo que habían visto e incluyeron sin tener intención de hacerlo esos detalles de apoyo no planificados —me dijo.

—De manera que eso solo era una pieza más del rompecabezas para usted —le dije.

—Una entre muchas. Tenemos la arqueología, que corrobora ciertos puntos de los evangelios. Tenemos relatos no cristianos ajenos a la Biblia que confirman afirmaciones clave de los evangelios. Tenemos discípulos de los apóstoles que presentan relatos coherentes sobre lo que ellos estaban enseñando. Y tenemos una abundante proliferación de manuscritos antiguos que nos ayudan a regresar a lo que decían los evangelios originales.

—Entonces, muy bien, señor detective. ¿Cuál es su veredicto?

—Que los evangelios podrán estar desordenados, que están llenos de peculiaridades, que cada uno de ellos presenta las cosas desde una perspectiva diferente y que tienen variantes entre ellos. . . tal como sería de esperar en un grupo de relatos de testigos presenciales —me dijo—. Así llegué a convencerme de que constituyen un testimonio digno de confianza sobre la vida, las enseñanzas, la muerte y. . . sí, la resurrección de Jesús.

¿Murió Jesús realmente en la cruz?

¡Ah, la resurrección!

Hasta los escépticos coinciden con el apóstol Pablo cuando dice que si se demuestra que la resurrección es una falsedad, entonces toda la fe cristiana se desplomaría y sería irrelevante.[18] Por consiguiente, sus enemigos están inventando objeciones constantemente, con el propósito de socavar esta doctrina central del cristianismo. Por ejemplo, en años recientes, Bart Ehrman, experto agnóstico en Nuevo Testamento, y otros, han hecho nuevos esfuerzos por arrojar dudas sobre el hecho de que Jesús murió y después escapó de la tumba, vivo.

—Aunque lleguemos a la conclusión de que los relatos de los evangelios tienen sus raíces en testimonios de testigos presenciales —le dije a Wallace—, nos seguimos enfrentando al problema de si tiene sentido un milagro de la magnitud de la resurrección. Permítame desafiarlo con algunas de las objeciones más fuertes a la idea de que Jesús resucitó de entre los muertos.

—Adelante, dispare —me dijo, riendo enseguida al darse cuenta de lo que había dicho—. Tal vez esa terminología no sea la mejor para un policía. De todas formas, adelante.

—A mí me parece que las dos cuestiones relevantes aquí son, en primer lugar, si Jesús murió realmente como consecuencia de su crucifixión; y, en segundo, si lo encontraron vivo después, para lo cual se necesitaba que su tumba estuviera vacía —le dije.

Wallace se cruzó de brazos.

—De acuerdo —me contestó.

—Entonces, ¿cómo sabemos que estaba realmente muerto? ¿Es razonable que muriera con tanta rapidez? Los ladrones que estaban a ambos lados de él aún seguían vivos.

—Pero el camino de Jesús hasta la cruz fue drásticamente diferente al de los dos ladrones —me dijo.

—¿En qué sentido?

—Pilato no quería crucificar a Jesús, como se lo exigía el populacho, de manera que hizo una especie de ofrecimiento. De hecho, es como si hubiera dicho: «Les diré lo que voy a hacer. . . Lo voy a hacer flagelar hasta que esté casi sin vida. ¿Se sentirían satisfechos con eso?». Como consecuencia, recibió unos azotes especialmente horrorosos. Aquello no satisfizo al populacho y lo crucificaron, pero él ya estaba en tan mal estado, que ni siquiera pudo cargar con su cruz.

—Aquellos soldados no eran médicos —le dije—. Tal vez hayan pensado que Jesús había muerto, cuando no era así.

—Esa objeción la suelen presentar las personas que nunca han estado donde hay cadáveres. Como policía, he presenciado una gran cantidad de autopsias. Permítame decirle que los cadáveres no son como los de las películas. Tienen un aspecto diferente. Causan una sensación distinta. Se ponen fríos; rígidos; su sangre deja de correr. Aquellos soldados sabían cuál era el aspecto de la muerte; de hecho, tenían un motivo para asegurarse de que él había muerto, porque si un prisionero escapaba vivo, a ellos los ejecutaban. Además, el apóstol Juan nos da sin querer una pista importante.

—¿Cuál?

—Dice que cuando atravesaron el costado de Jesús con una lanza para asegurarse de que estaba muerto, brotaron sangre y agua. En aquellos días, nadie entendía eso. Entre los primeros líderes de la iglesia hubo quienes pensaron que se trataba de una metáfora para referirse al bautismo, o algo así. Hoy sabemos que eso concuerda con lo que sería de esperar, porque la tortura habría causado que se acumularan líquidos alrededor de su corazón y sus pulmones. Así que, sin darse cuenta siquiera, Juan nos estaba dando un detalle que sirve de confirmación.

Yo metí la mano en mi maletín y saqué un ejemplar del Corán, que puse en la mesa que estaba entre nosotros dos.

—Sin embargo —le dije—, hay más de mil millones de musulmanes que no creen que Jesús fue crucificado.[19] Muchos de ellos creen que Dios sustituyó a Jesús por Judas en la cruz.

Wallace tomó el Corán y fue pasando las páginas.

—Aquí está el problema —me dijo, devolviéndomelo—. Esto fue escrito seiscientos años después que Jesús vivió en la tierra. Compare esto con las fuentes del siglo primero que tienen uniformidad al informar que Jesús murió. No solo tenemos los relatos de los evangelios, sino que disponemos de cinco fuentes antiguas *aparte* de la Biblia».[20]

—Pero aun así, ¿cómo se puede demostrar que no es cierta la afirmación de que Dios cambió sobrenaturalmente a una persona por otra en la cruz? —le pregunté.

—Eso significaría que Jesús intentó engañar a las personas cuando se les apareció más tarde. No; eso iría en contra de lo que conocemos acerca de su carácter. ¿Y cómo se explica el que le mostrara los agujeros de sus manos y de su costado a Tomás?

—Entonces, a usted no le queda duda alguna de que él murió.

—No; no tengo dudas. Cuando los eruditos Gary Habermas y Michael Licona revisaron toda la literatura erudita existente sobre la resurrección escrita en los últimos treinta años, la muerte de Jesús estaba entre los hechos que eran virtualmente aceptados de forma unánime —me dijo.[21]

—Además —añadió—, la crucifixión era algo humillante; no se trata de algo que la iglesia naciente habría inventado. Y no tenemos noticia alguna de nadie que haya sobrevivido jamás a una crucifixión romana.

Tumbas, osarios y conspiraciones

Hasta el escéptico Bart Ehrman admite que Jesús fue matado por crucifixión, pero recientemente escribió un libro diciendo que es «poco probable» que Jesús fuera sepultado en una tumba, diciendo que «lo que le sucedía *normalmente* al cuerpo de un criminal, era que lo dejaban descomponerse para que sirviera de alimento a los animales carroñeros».[22]

—Por supuesto, si Jesús nunca fue sepultado, entonces eso podría explicar con facilidad la razón por la cual la tumba estaba vacía —dije yo.

Wallace sonrió y señaló hacia mí.

—Al parecer, su colega de la HBU ha respondido a ese punto de una manera bastante completa —me dijo.

Se estaba refiriendo a Craig Evans, un eminente erudito en Nuevo Testamento que trabaja conmigo en la facultad de la Universidad Bautista de Houston. Como parte de un libro escrito para refutar a Ehrman, Evans dijo que la descripción de Ehrman sobre las normas romanas acerca de la crucifixión y la orden de no sepultar a los crucificados «carece de matices y es incompleta».[23]

—Sencillamente, es erróneo afirmar que los romanos no permitían que se les diera sepultura a los que eran ejecutados, entre ellos a los crucificados —escribió —.[24] Las narraciones de los evangelios se hallan totalmente dentro de la práctica judía, la cual era respetada por las autoridades romanas durante los tiempos de paz.[25]

Evans dijo: «Mi conclusión según la cual el cuerpo de Jesús fue sepultado en una tumba conocida, de acuerdo a la ley y las costumbres judías, es altamente probable».[26]

—Y añadiré una cosa —me dijo Wallace—. En 1968 se descubrió un osario con los restos de una víctima que había sido crucificada y tenía un pedazo de clavo de hierro aún dentro del hueso del calcañar. Eso es evidencia de que al menos algunas víctimas de crucifixión eran sepultadas, tal como nos dice que lo fue Jesús el relato más temprano acerca de su muerte».[27]

Lo irónico es que uno de los colegas del propio Ehrman en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, un arqueólogo judío llamado Jodi Magness, afirmó: «Los relatos de los evangelios que describen que Jesús fue bajado de la cruz y sepultado son coherentes con las evidencias arqueológicas y con la ley judía».[28]

Cualquier cosa que haya sucedido hace más de dos mil años, hay poco debate en cuanto a que los discípulos *creyeron* que Jesús —que había estado muerto—, se les apareció vivo. No son solo los evangelios los que informan al respecto, sino que hay confirmación procedente de discípulos de los apóstoles

(Clemente y Policarpo), y también aparece en un credo temprano de la iglesia que se halla en 1 Corintios 15.3-8 y en un discurso de Pedro que se halla en Hechos 2.

—Usted ha roto una gran cantidad de casos de conspiración como policía —le dije—. ¿Ve alguna manera en que esas personas pueden haber estado mintiendo al respecto?

—Para que una conspiración tenga éxito, se necesita el menor número posible de conspiradores; que se sostenga la mentira por la menor cantidad de tiempo posible; que haya una comunicación excelente entre ellos, de manera que puedan estar seguros de que sus historias son iguales; si es posible, con estrechos vínculos familiares, y aplicándoles poca o ninguna presión a aquellos que están diciendo mentira. Esos criterios no encajan con los testigos de la resurrección.

»Además de todo lo anterior —añadió—, ellos no tenían motivos para querer engañar. De hecho, tenemos por lo menos siete fuentes antiguas que nos dicen que los discípulos estuvieron dispuestos a sufrir, e incluso morir, por su convicción de que habían tenido un encuentro con el Jesús resucitado.[29]

—Sin embargo —lo interrumpí— las investigaciones han demostrado que la historia es algo turbia en cuanto a lo que realmente les sucedió a algunos de ellos.[30]

—Es cierto, pero lo importante es que estaban *dispuestos* a morir. Ese hecho está bien establecido. Ellos sabían la verdad acerca de lo sucedido y por experiencia le digo que nadie está dispuesto a sufrir o a morir por algo que sabe que es mentira.

»Más importante aún es que no haya un solo documento, o una sola afirmación en la cual alguno de los testigos presenciales se haya retractado jamás de lo dicho. Piénselo por un minuto. Tenemos relatos antiguos en los cuales a unos cristianos de segunda, tercera o cuarta generación se les obligó a retractarse, pero *no* existe documento alguno de que uno de los testigos presenciales se retractara jamás de su testimonio. Yo creo que eso nos ayuda a establecer la veracidad de esos testigos presenciales.

De un milagro a otro

Yo intenté un enfoque distinto.

—Estoy seguro de que usted habrá visto casos en los cuales las personas

cercanas a una víctima de asesinato están tan angustiadas que eso influye en sus recuerdos en cuanto a lo sucedido —le dije.

—Hasta cierto punto —me contestó—. Pero creo que sé a dónde quiere usted llegar con esto: ¿No sería acaso que la angustia de los discípulos hizo que tuvieran una visión del Jesús resucitado? Eso es algo totalmente diferente.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque no hay alucinaciones colectivas y el informe más temprano sobre la resurrección afirma que lo vieron quinientas personas. En segundo lugar, Jesús se encontró en numerosas ocasiones con una serie de grupos diferentes. La teoría de la visión no parece tener muchas probabilidades con esas circunstancias diversas. Y al menos, me viene a la mente una persona que *no* sentía inclinación hacia una visión.

—¿Pablo?

—Sí, él era tan escéptico como. . . bueno, Michael Shermer.

—¿Y si uno de los discípulos, tal vez Pedro, hubiera tenido una visión debido a su angustia, y después hubiera convencido a los demás de que Jesús había regresado? Como usted sabe, Pedro tenía una personalidad fuerte y podía ser persuasivo.

—Yo he tenido casos de asesinato en los cuales un testigo enérgico ha logrado persuadir a otros de que algo había sucedido —admitió Wallace—. Inevitablemente, el que persuade a los demás tiene todos los detalles en su forma más fuerte, mientras que los otros tienden a generalizar porque, en realidad, no han visto personalmente lo sucedido. Pero esta teoría no puede responder por las veces que Jesús fue visto por grupos numerosos, divergentes y separados, descritos de una manera tan detallada. Además, Pedro no fue el primero en ver a Jesús resucitado.

—Buen punto ese —dije.

—Voy a añadir un último punto —me dijo Wallace—. Con todas esas teorías sobre visiones y alucinaciones, el cuerpo sigue estando en la tumba.

—¿Qué sucedió cuando usted llegó finalmente a la conclusión de que ninguna de las puertas de escape le permitía evitar la conclusión de que la resurrección es un hecho real? —le pregunté.

—Recuerdo que estábamos en la iglesia un domingo, aunque no puedo recordar lo que estaba diciendo el pastor —me dijo—. Me incliné hacia Susie y le dije en un susurro que era creyente.

—¿Así de fácil?

Él se rió.

—No tan fácil —me dijo—. Sí, las evidencias se abrieron paso a través de mi naturalismo filosófico; además, los evangelios superaron todas las pruebas que usamos para evaluar los relatos de testigos presenciales. De esa manera, llegué a creer *que* Jesús es quien afirmaba ser. Pero después hubo un paso más: creer *en* Jesús como mi perdonador y mi líder.

—¿Cómo sucedió eso?

—Cuanto más comprendía la verdadera naturaleza de Jesús, más quedaba *mi* verdadera naturaleza al descubierto. . . y no me gustaba lo que veía. Ser policía me había llevado a perder la fe en la gente. El corazón se me había marchitado. Para mí, todos eran unos mentirosos capaces de manifestar una conducta depravada. Me veía a mí mismo como superior a los demás. Era cínico, arrogante y distante.

Me sorprendió sinceramente esa descripción que hacía de sí mismo. Yo solo he conocido a Wallace como una persona cálida, sincera y generosa; pero bueno, lo cierto es que solo lo he conocido como seguidor de Jesús.

—Suena como algo estereotipado —siguió diciendo Wallace—, pero con el tiempo, la llegada a la fe en Cristo fue cambiándome. Puesto que soy alguien a quien mucho se le ha perdonado, aprendí a perdonar a los demás. Después de recibir la gracia de Dios, fui capaz de mostrar más compasión. Ahora mi vida se consume en dar a conocer a otros que la fe en Cristo no es solo una emoción subjetiva, sino que tiene sus raíces en la verdad de la resurrección.

Yo pensé en las palabras que dijo el apóstol Pablo —un hombre endurecido, encargado de hacer cumplir la ley, pero que fue transformado después de su encuentro con el Jesús resucitado—: «Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!».[31]

¿Por qué los judíos no aceptan la resurrección?

Tras concluir nuestra entrevista, Wallace recorrió conmigo su estudio, cuyas paredes estaban adornadas por los reconocimientos que había recibido como detective, recuerdos de sus años en la fuerza policíaca y fotografías de familia, entre ellas una en la que se veían juntas tres generaciones de policías: su padre, él y su hijo.

—Una última cosa —le dije antes de apagar mi grabadora—. Shermer me preguntó por qué el pueblo judío, que comparte gran parte del mismo libro santo con los cristianos, no acepta la resurrección. ¿Tiene alguna idea?

Wallace se apoyó en el escritorio donde graba sus podcasts y pasó un instante organizando sus pensamientos.

—Es probable que existan tres razones por las que la rechazan —me dijo—. La primera es racional. Por supuesto, todo el mundo expresa su rechazo de una manera racional, porque uno se siente bien diciendo que es demasiado listo para creerlo. Pero me pregunto cuántos judíos habrán hecho su propio análisis a profundidad de esas cuestiones. Algunas sinagogas presentan seminarios opuestos a los misioneros para alegar contra el cristianismo y los demás se limitan a aceptar lo que ellos dicen allí, sin comprobarlo por ellos mismos.

»En segundo lugar, existe una razón de tipo emocional. En las familias judías hay barreras de cultura y de tradición. Los cristianos vemos a Jesús como el cumplimiento de las profecías judías, pero cuando una persona judía acepta la fe en Cristo, los demás suelen ver eso como una traición o una abdicación de su identidad judía. El temor al rechazo puede ser un impedimento.

»La tercera razón por la cual la rechazan es de tipo volitivo. El pueblo judío tiene como orgullo el haber seguido las leyes de Dios; de hecho, ellos les añadieron seiscientas leyes más, a las cuales los más devotos han tratado de adherirse con esmero.

»A los seres humanos nos encantan los sistemas basados en las obras, porque así pueden medir su propio progreso y compararse favorablemente con los demás, es difícil aceptar un sistema basado en la gracia, que diga: "Las leyes existían para demostrarles que necesitaban el perdón, porque nunca será posible obedecerlas todas". Son muchas las personas que no quieren aceptar eso.

A mi mente llegó el recuerdo de mis amigos judíos que se tomaron el tiempo necesario para investigar estas cuestiones y llegaron a la fe en Cristo. Pensé en Louis Lapides, un soldado que regresó de Vietnam desilusionado. Impulsado a investigar por un evangelista callejero, se dio a la tarea de hallar a Jesús en las Escrituras judías, lo cual hizo, por medio de las antiguas profecías acerca del Mesías que se habían realizado en Jesús contra toda posibilidad.[32]

También Stan Telchin, ya fallecido, enérgico hombre de negocios que se dedicó a la labor de poner al descubierto a la «secta» del cristianismo después que su hija se fue a la universidad y recibió a *Yeshúa* (Jesús) como Mesías. Su investigación lo llevó a él y también a su esposa al Jesús resucitado y más tarde se hizo pastor.[33]

Como había sucedido con Wallace, el milagro de la resurrección había llevado a esos amigos judíos a un segundo milagro que es igualmente extraordinario, igualmente asombroso, igualmente causa de adoración. Cada uno de ellos, en su vida, cambió su pecado por la gracia de Dios; experimentó un nuevo y profundo nacimiento espiritual, y fue transformado de una manera que

es sencillamente inexplicable en simples términos humanos.

Ese es el poder permanente del milagro de la resurrección. Una y otra vez, hasta este día, en mi propia experiencia y en la de un número incontable de personas, el milagro de la resurrección hace brotar milagros personales de perdón, redención y vida nueva.

QUINTA PARTE

Las dificultades con los milagros

CAPÍTULO 12

Avergonzados por lo sobrenatural

Entrevista con el doctor Roger E. Olson

La petición fue sencilla: «Háblenos acerca de su peregrinar a la fe». Yo estaba en una sala de conferencias, rodeado por mi pastor, varios de los ancianos de la iglesia y un profesor universitario de teología. Se me estaba entrevistando para la ordenación como ministro del evangelio. Había dejado mi carrera de periodismo, disminuyendo mis ingresos en un sesenta por ciento, y me había unido a una gran congregación en la zona suburbana de Chicago. El siguiente paso era la ordenación.

No titubeé en relatarles la historia de cómo pasé de ser un periodista ateo en el *Chicago Tribune* a convertirme en seguidor comprometido de Jesús. Yo sabía que mi relato sobre la forma en que usé mi entrenamiento en el periodismo y en las leyes para investigar las evidencias científicas e históricas a favor del cristianismo encontraría un eco en todos los que estaban en aquella sala.

Al fin y al cabo, se trataba de una iglesia llena de gente exitosa que vivían en los suburbios más distinguidos: pensadores, triunfadores, líderes, personas que influían en los demás. Ciertamente se sentirían identificados en la forma en que Dios usó la lógica y la razón para hacerme llegar a la conclusión de que la resurrección es un acontecimiento histórico real, y que demuestra que Jesús es el Hijo unigénito de Dios.

Sin embargo, estaba batallando en cuanto a decidir cuánto les debería relatar acerca del resto de mi historia. Por ejemplo, ¿acaso debía mencionar el influyente sueño que describí en el capítulo sobre los sueños y las visiones, en el que un ángel se me apareció cuando solo era un jovencito y me dio una profecía que se hizo real dieciséis años más tarde? ¿Cómo reaccionarían ellos si yo

describía algo sobrenatural como aquello, un suceso aparentemente extraño que iba más allá de la razón y las evidencias normales?

Por supuesto, todos los que estaban en aquella sala creían en un Dios que hace milagros. Todos y cada uno de ellos afirmarían que Dios es soberano y que puede intervenir en cualquier momento para dar a conocer su presencia y lograr sus propósitos.

Aun así, ¿me dejarían de apreciar si yo comenzaba a conversar acerca de sueños, ángeles y profecías personales? ¿Habría dado un paso más allá de los debidos? ¿Se quedarían boquiabiertos si yo declaraba que mi sueño había sido un encuentro real con un mensajero del Todopoderoso? ¿Dónde está la línea que divide a la simple irracionalidad de una creencia razonable en que Dios había intervenido en mi vida de una manera milagrosa?

Al final, les hablé del sueño y del ángel; pero no se sintieron sorprendidos ni perturbados con aquello. Se me concedió la ordenación sin controversia alguna. Sin embargo, siempre he recordado aquella incomodidad que sentía al tener que decidir si les relataba o no aquella parte de mi historia. De hecho, hasta hoy casi nunca hablo de ese sueño en público.

Esa es la razón por la que me sentí interesado cuando vi que un teólogo había escrito un blog titulado «Avergonzados por lo sobrenatural». Sin haberlo leído siquiera, me podía identificar con esa sensación de que en Estados Unidos, y en el siglo veintiuno, hasta cristianos como yo titubeamos muchas veces cuando pensamos en hablar con franqueza de las intervenciones divinas que se han producido en nuestras vidas.

No queremos que nos vean como personajes extraños o ajenos a la cultura conservadora. No queremos que nos identifiquen con los televangelistas y los extravagantes sanadores de fe. Queremos ser respetables y que nos acepte la gente en nuestra cultura secular. ¿El resultado de eso? En nuestras iglesias, e incluso en nuestras oraciones, algunas veces evitamos inconscientemente abrazar al Dios que aún realiza milagros.

Noté que el autor del blog era profesor en la Universidad Baylor, en Waco, Texas, a solo unas horas de mi casa. Así que hice una llamada telefónica con la que conseguí una cita y muy pronto estaba de camino una vez más.

Entrevista con el doctor Roger E. olson

Roger E. Olson creció en el hogar estricto pero lleno de amor de un pastor pentecostal, donde no había televisión, ni películas, ni bailes. Disfrutaba de los cultos en la iglesia («nunca eran aburridos»), y hasta cargaba con su Biblia cuando iba a las clases en la escuela secundaria. «Los otros muchachos se reían de mí, pero eso no me importaba», me dijo. «Mis amigos no estaban en la escuela; estaban en la iglesia».

Mientras trabajaba para su maestría en la Universidad Rice de Houston, donde más tarde recibiría su doctorado en estudios religiosos, Olson pasó a una cultura eclesiástica más conservadora, sirviendo como ministro de jóvenes en una iglesia presbiteriana.

En la actualidad, Olson es titular de la cátedra de Teología y ética cristiana Profesor Foy Valentine en el Seminario Teológico George W. Truett de la Universidad Baylor. Se describe a sí mismo como un hombre «apasionadamente evangélico», palabras que define con una sonrisa como «un cristiano que ama a Jesús, cree en la Biblia y teme a Dios».

En los círculos intelectuales es conocido como un ardiente arminiano[1] que debate con frecuencia (y efectividad) con los calvinistas acerca de sus diferencias teológicas. De hecho, uno de sus libros, llamado *Against Calvinism* es considerado a la par con su contrincante *For Calvinism*, del teólogo reformado Michael Horton.

No obstante, Olson no encaja del todo dentro del espectro teológico conservador-liberal. Yo prefiero llamarlo «teológicamente peleador», puesto que ha sido autor de libros como los siguientes: *How to Be Evangelical without Being Conservative*, *Reclaiming Pietism*, *Reformed and Always Reforming* y *Counterfeit Christianity*.

Sus obras eruditas, varias de las cuales han ganado premios importantes, son las siguientes: *20th-Century Theology*, *The Story of Christian Theology*, *The Westminster Handbook to Evangelical Theology*, *Arminian Theology: Myths and Realities*, *The Essentials of Christian Thought* y *The Mosaic of Christian Belief*.

A nivel popular, Olson ha sido durante largo tiempo editor contribuyente de *Christianity Today* y es el autor de un popular blog llamado *Patheos* dedicado a sus «cavilaciones teológicas arminianas», en el cual entreteje observaciones muy reflexivas y en ocasionas también muy personales, acerca de la fe y la vida.

Olson y yo nos reunimos en el hotel donde me alojé en Waco, una ciudad de

135.000 habitantes a orillas del río Brazos, a mitad de camino entre Dallas y Austin. Waco (que toma su nombre de una tribu nativa) es una vibrante comunidad universitaria que aún está tratando de restaurar su reputación por el «sitio de Waco», en el cual setenta y cuatro miembros de la secta davidiana (o vara del pastor) perecieron en un incendio después de un enfrentamiento de cincuenta días con agentes federales en 1993.

Olson usa lentes continuamente, es bajo de estatura (un metro y seis décimas), es un entusiasta trotador (cuatro días a la semana) y levanta pesas. Usa el cabello entrecano peinado hacia atrás y lleva un bigote recortado que también se está llenando de canas.

Por coincidencia, los dos nacimos en 1952, con unos pocos días de distancia. Ha estado casado con su esposa Becky durante casi cuarenta y cinco años, y tienen dos hijas, un nieto y una nieta. Olson está activo en Calvary Baptist Church, una congregación de la asociación Cooperative Baptist Fellowship.

Me atrajo el hecho de que Olson tiene experiencia en diferentes círculos cristianos con diversos grados de apertura en cuanto a la actividad sobrenatural de Dios en el mundo de hoy. Fue pentecostal hasta los veinticinco años y hasta impartió clases por un tiempo en la Universidad Oral Roberts. Su breve incursión en la iglesia presbiteriana le dio una perspectiva de la iglesia tradicional. Más tarde se hizo bautista y trabajó en la facultad de Bethel College (ahora Bethel University), antes de unirse a Baylor en 1999.

Me imaginé que él sería una buena fuente de sabiduría desde una diversidad de puntos de vista relevantes. . . y no me equivoqué.

«Como si Dios no estuviera aquí»

Hace más de treinta años, dos respetados pensadores cristianos, Stanley Hauerwas —profesor de ética teológica en la Escuela de Divinidades de la Universidad de Duke—, y William H. Willimon —profesor de ministerio cristiano en Duke—, escribieron una vigorizante crítica a las iglesias protestantes conservadoras de Estados Unidos.

El título de su escrito, publicado en la revista *Christian Century,* era suficientemente convincente: «Avergonzados por la presencia de Dios».[2] Después de casi tres páginas de prosa mayormente caballerosa, presentaron su evaluación final de una manera directa: «El problema central para nuestra

iglesia, su teología y su ética es que es sencillamente atea».[3]

Sí, leyó bien. Estaban acusando a las iglesias principales de desarrollar sus actividades como si en realidad, Dios no importara. «Les concedemos pensiones a nuestros clérigos y diseñamos estrategias para el crecimiento de las iglesias», escribían, «*como si Dios no estuviera aquí*».[4]

¿Cómo afectan a la iglesia estas suposiciones previas ajenas a Dios? «Nuestro culto dominical es inmoral e indiferente (si no es un tanto absurdo), a menos que creamos realmente que Dios está presente en nuestra reunión y en el mundo, y que la forma en que escuchamos las historias, servimos a los demás y partimos el pan sean peligrosos intentos por permitirle a Dios que sea Dios».[5]

Le mencioné este artículo a Olson cuando se sentó en un sofá verde.

—Lo admito; estaban hablando de forma hiperbólica para presentar su punto —me dijo—. Pero la veta de verdad que hay en su argumento nos ayudó a despertarnos para ver la secularidad que prevalece en el cristiano occidental moderno. La he visto en algunas de las iglesias en las que he estado activo a lo largo de los años.

—¿En qué sentido?

—Hace ya años, noté que las iglesias no tendían a pensar bíblica o teológicamente en cuando a su forma de operar. Las decisiones me parecían seculares, como si se estuvieran tomando en la sala de juntas de una corporación. Preguntaban: «¿Encajará esto en nuestro presupuesto?» sin tener en cuenta la fe en que podrían llegar más fondos. Querían que las cosas fueran predecibles. Y el temor a los pleitos legales implicaba que los abogados estaban adquiriendo una voz cada vez más potente en las iglesias y las organizaciones cristianas.

—Entonces, ¿usted estaría de acuerdo con Hauerwas y Willimon?

—En esencia, sí, aunque yo no lo habría presentado con tanta fuerza. La situación varía de una denominación a otra, pero admito que la religión estadounidense en general se ha secularizado. Eso significa que una gran cantidad de iglesias en realidad no creen que Dios intervenga o guíe, de no ser por medio de lo que nosotros llamamos sabiduría y razonamiento humanos.

Yo le señalé que a los evangélicos estadounidenses les agrada ufanarse de estar resistiendo el secularismo que hay en nuestra cultura. . . pero Olson no lo aceptó.

—Sostengo que el cristianismo evangélico estadounidense se ha adaptado al racionalismo y el naturalismo de la modernidad —me dijo—. Lo cierto es que en realidad no esperan que Dios haga nada fuera del interior de su vida espiritual. De labios para afuera, hablan de lo sobrenatural, a pesar de que la Biblia misma

está saturada de ello.

—¿Me puede dar un ejemplo? —le pregunté.

—Seguimos creyendo que Dios puede cambiar a las personas, pero mayormente lo que queremos decir es que Dios las va a ayudar a pasar la hoja y seguir adelante; no que las vaya a transformar de una manera radical. Cuando se produce esa clase de nuevo nacimiento radical, reaccionamos pensando: «¡Vaya! ¡No sabíamos que podía ocurrir algo así! Me gustaría que sucediera con mayor frecuencia». Pero entonces, nos volvemos a hundir en una situación en la cual en realidad no estamos esperando que suceda de nuevo. Al fin y al cabo, no nos queremos volver demasiado fanáticos.

—Verás —siguió diciendo—, el Espíritu Santo es algo impredecible y a nosotros, los evangélicos conservadores, nos ha llegado a encantar que las cosas sean predecibles. No queremos grandes sorpresas. No queremos abrirle la puerta a algo que realmente nos sorprenda, porque no lo podamos controlar.

—¿Y le tenemos un poco de miedo?

—Se lo tenemos, claro que sí. Muchos evangélicos no están convencidos en lo más profundo de su alma de que Dios aún esté sobrenaturalmente activo. No le dan lugar a esa clase de actividad en su iglesia ni en su vida.

—Aun así —le dije—, el equilibrio es importante.

—Es cierto. He estado en iglesias en las cuales prevalece la actitud opuesta y la gente piensa que los milagros son cosa de todos los días. Todo se convierte en un milagro. Ese es también otro peligro; elimina el pensar en lo milagroso como algo especial. Para mí, la mejor guía es el libro de los Hechos.

»Recorrí en mi mente el libro de los Hechos, en el cual se desarrolla la historia de la iglesia en sus primeros tiempos. Los apóstoles parecían andar siempre a la expectativa de que cuando se proclamara a Jesús y su resurrección, algo sobrenatural pudiera ocurrir. Pero eso no nos sucede a nosotros hoy —dijo Olson.

—Todo lo que nosotros esperamos que suceda en nuestros tiempos cuando proclamamos a Jesús y su resurrección, es que las personas asientan con un delicado movimiento de cabeza y nos digan: «Ah, sí aceptamos eso». Entonces se van a sus casas y viven como si en realidad no fuera cierto, porque no esperan que sigan sucediendo milagros. No esperan que Dios haga cosas que sean inexplicables. Eso haría que su vida fuera impredecible.

—Esa es una triste manera de ver las cosas para un cristiano —le dije.

—Sí, así es. Sin embargo, me vienen a la mente una gran cantidad de personas que se sienten más felices cuando viven de una manera predecible, en

lugar de esperar que Dios haga cosas poco usuales en su vida. Oyen hablar de la actividad sobrenatural y los milagros que se están produciendo en África y dicen: «Bueno, alabado sea Dios», pero lo que no dicen es esto: «*Me siento muy contento de que esas cosas no pasen aquí. Sería algo escalofriante*».

«¿Por qué estamos susurrando?»

Lo que quiso decir Olson estaba claro: tanto si lo reconocen, como si no, muchos evangélicos de Estados Unidos han relegado lo sobrenatural y lo milagroso al pasado (a los tiempos bíblicos) y al extranjero (los campos misioneros) en lugar de ver esas cosas como una posibilidad siempre presente en su vida.

—Esto se hace obvio en nuestra forma de reaccionar cuando alguien se enferma —me dijo—. Por supuesto, oramos por la persona, pero ¿qué pedimos? Que Dios la consuele en medio de sus sufrimientos. Que Dios guíe las manos de los cirujanos. Que Dios les dé a los médicos sabiduría y discernimiento. ¿Qué falta aquí?

—Que le pidamos a Dios que sane sobrenaturalmente a esa persona.

—Precisamente —me contestó—. La Biblia dice que oremos por los enfermos para pedir su sanidad, les impongamos manos y los unjamos con aceite, pero los evangélicos conservadores tienden a mirar con menosprecio a las iglesias que hacen eso. Sospechan que esas iglesias son sectarias o que convencen a los enfermos de que no busquen tratamiento médico. Más aun, evitan todo lo que sea mencionar a los demonios, y rechazan los exorcismos como primitivos y supersticiosos. . . con excepción de los que hizo Jesús.

Esas observaciones de Olson me hicieron recordar lo que sucedió en el año 2012, cuando Leslie me encontró inconsciente en el suelo de nuestro dormitorio. Me llevaron a la carrera en ambulancia al hospital, donde un médico me dijo después que desperté: «Usted está a un paso de un coma y a dos de la muerte».

Estaba sufriendo de una grave hiponatremia, una rápida disminución del sodio en la sangre, que estaba haciendo que las células de mi cerebro absorbieran agua y se expansionaran dentro de los restrictos límites de mi cráneo. El pronóstico, si no me trataba ese padecimiento, era confusión mental, alucinaciones, convulsiones, coma y muerte.

Mientras me sometía a un tratamiento urgente durante varios días, fueron llegando sucesivamente varios amigos para orar por mí. Muchos de ellos

hicieron exactamente lo que dijo Olson: oraron por la sabiduría de los médicos y por mi fortaleza, y yo les agradecía grandemente ambas cosas, pero muy pocos llegaron para pedirle a Dios de una manera directa, valiente y sincera que me sanara de una manera sobrenatural.[6]

Olson continuó diciendo: «Una gran cantidad de evangélicos conservadores han aceptado la idea de que "la oración no cambia las cosas, sino que me cambia a mí". No se dan cuenta, pero están adoptando las enseñanzas de Friedrich Schleiermacher, el padre del liberalismo teológico moderno, quien denigraba la oración petitoria como algo que hacen los niños, porque no saben hacer nada mejor».

Olson mencionó un encuentro que tuvo con un pastor bautista y su esposa, que es doctora en medicina.

«Yo les estaba hablando acerca de mi propia sanidad física, aunque muchas veces prefiero no relatar esa historia ni siquiera estando con evangélicos, porque se ponen escépticos cuando lo hago. Entonces el pastor bajó la voz y dijo calladamente: "¿Sabe una cosa? Mi hija estaba muy enferma y yo la ungí con aceite, oré fervorosamente por ella y se sanó. . . Fue algo totalmente sobrenatural". Y yo pensé: *¿Por qué estamos susurrando?*».

Yo me reí.

—Más bien parecería que debía estar gritando por lo que pasó.

—Bueno —me dijo Olson—, eso ilustra cuál es el problema. Entonces admitió que era probable que su iglesia no respondiera de manera favorable ante su relato.

«Estamos desesperados por encajar en el grupo»

Le pregunté a Olson si existe una palabra que pueda resumir la razón por la cual una gran cantidad de cristianos evangélicos parecen avergonzarse ante lo sobrenatural. Lo pensó un poco y después me dijo:

—Respetabilidad.

—¿Por qué esa palabra? —le pregunté de nuevo.

—En general, los evangélicos estamos tratando de superar la vergüenza de nuestro pasado —me contestó—. Estamos muy conscientes de la versión que Hollywood ha hecho de nosotros: el predicador excéntrico, el sanador de fe falso, el predicador itinerante hiperemotivo, el hipócrita codicioso. Queremos huir de esas descripciones. Queremos que nuestros vecinos nos vean como personas normales, que no somos muy diferentes a ellos. Estamos desesperados por encajar en el grupo.

—Así es como —dije nos divorciamos de lo sobrenatural, porque al mundo le parece algo extraño.

—Así es. Queremos demostrar que somos personas cultas y refinadas, que no somos crédulos ni supersticiosos, que no somos los fanáticos exagerados que ven nuestros vecinos en la televisión. De hecho —añadió—, mi experiencia me dice que cuanto más ricos y más estudiosos se vuelvan los evangélicos, menos probable es que esperen realmente que se produzcan los milagros.

—¿Por qué será eso? ¿Demasiado complicados?

—Yo casi podría predecir por la marca de los autos que hay en el estacionamiento lo que cree una iglesia. Cuanto más prósperos y educados seamos, más posibilidad hay de que sustituyamos el poder de la oración por nuestra propia inteligencia y nuestros propios logros. Ese es el poder seductor que tiene la prosperidad: hace que nos apoyemos menos en Dios. Pensamos que lo tenemos todo bajo nuestro control.

Entonces añadió una observación que resonó profundamente en mi interior:

—Muchos evangélicos no creen realmente en lo sobrenatural hasta que el médico les dice: «Usted tiene una enfermedad mortal».

Recordé mi propio caso, tendido en la cama del hospital, cuando se me dijo que podría estar enfrentando la muerte, y me sentí desesperadamente vulnerable y mucho más dependiente de que Dios me rescatara. No queda duda alguna: los momentos así nos arrancan nuestra autosuficiencia y nos dejan frenéticamente desesperados por recibir un toque sobrenatural y directo de Dios.

—Antes que se produzca un momento como ese —siguió diciendo Olson—, muchas personas no le dan lugar en su vida a Dios para que haga algo sobrenatural. Sí, claro, creen en Dios; aman a Jesús. Pero es más una imagen, que una realidad viva.

Esas observaciones de Olson me llevaron a reflexionar una vez más en la encuesta nacional que encargué para este libro. Como era de esperar, los datos señalaban que cuanto más elevados fueran el nivel de estudios y los ingresos de una persona, menos probable era que creyera que Dios había intervenido en su vida de una manera sobrenatural.

Cuando se les preguntó si alguna vez habían tenido una experiencia que solo se podría explicar como un milagro de Dios, el cuarenta y uno por ciento de los que tenían un nivel de estudios secundario dijeron que sí, comparados con el veintinueve por ciento de los graduados universitarios. Más de cuarenta y tres por ciento de las personas que ganaban menos de cincuenta mil dólares al año decían haber tenido una experiencia así, comparadas con el veintinueve por

ciento de aquellas cuyos ingresos eran de cien mil dólares o más.

—Cuanto más acaudalados nos volvemos, y más estudios tenemos, menos cómodos nos sentimos con lo milagroso —me dijo Olson—. En realidad, no sentimos que lo necesitemos. Nos va bastante bien en la vida. Al fin y al cabo, somos triunfadores.

La teología que se va filtrando

Olson, siempre historiador teológico, tiene una teoría acerca de la forma en que la subcultura evangélica se ha vuelto más secularizada y menos sensible a lo sobrenatural. —Yo la llamo la teoría de la infiltración de la teología —me dijo —. En otras palabras, estamos viviendo la influencia de pensadores del pasado de los cuales nunca hemos oído hablar.

—¿Se refiere usted a gente como Schleiermacher, a quien mencionó antes?

—Sí. Él es el padre de la teología liberal y falleció en el año 1834. Fue al cristianismo lo que Copérnico a la astronomía, Newton a la física, Freud a la psicología y Darwin a la biología. Con esto quiero decir que fue *el* pionero, el pensador que los teólogos posteriores no pueden pasar por alto.

Olson siguió hablando.

—Él y Baruch Spinoza fueron decisivos en el crecimiento del naturalismo metodológico, el cual afirma que la manera correcta de llevar a cabotoda investigación seria es centrarse en las explicaciones naturalistas para dar cuenta de un fenómeno, excluyendo con esto los milagros.

—Esa es la cosmovisión típica de la ciencia —observé.

—Correcto; esto es lo que prospera en el academicismo científico. Pero entonces, Schleiermacher introdujo una visión naturalista del mundo entero en la corriente de la teología protestante. Dijo que creer en los milagros es dudar de Dios, porque es insinuar que él no sabía lo que estaba haciendo cuando estableció el mundo como un sistema cerrado.

—¿De manera que negó la posibilidad de los milagros? —le pregunté.

—Es muy incierto saber si él creía en los milagros. Decía que si sucedía uno, tenía que haber formado parte del plan universal de Dios desde el principio, y estar ya incluido en la urdimbre del universo. En otras palabras, que estaba determinado antes de tiempo que se produciría. No podía ser una respuesta ante algo nuevo que se produjera y, por tanto, en realidad no es sobrenatural.

—¿Negó el milagro de la resurrección?»

—Sí, lo hizo. Ni siquiera creía que Jesús fuera Dios encarnado en ningún sentido tradicional. Trató de hacer que todo el cristianismo se basara en la

experiencia, pero no en una experiencia sobrenatural. Así la fe queda interiorizada.

—¿Cómo se ha ido infiltrando eso en las iglesias de hoy?

—Hasta en muchas iglesias bautistas, en general las personas interiorizan a Dios y la relación que tienen con él. Eso significa que Dios actúa en nuestro estado consciente y nuestra vida interior, pero no en el mundo exterior. Nuestro interior es el lugar donde Dios está; la ciencia puede explicar todo lo que hay fuera. De esa manera, la religión queda reducida a dos esferas: la espiritualidad y la ética.

—¿Qué falta aquí? —le pregunté, sabiendo de sobra de qué manera me iba a responder—.

—¡El libro de los Hechos! —declaró—. Lo sobrenatural. Y eso se ha infiltrado en nosotros, sin que nos hayamos dado cuenta de ello. Francamente, la mayoría de los evangélicos conservadores en realidad no echan de menos la dimensión milagrosa de la fe, porque crecieron sin ella. Están acostumbrados a que la religión se centre primordialmente en nuestra vida devocional, y tal vez en el evangelismo y la moralidad.

Aunque yo no lo quería confesar, le dije:

—Yo veo algo de eso en mi propia vida.

—Yo también —me contestó.

—¿De veras?

—Sí, por supuesto.

—¿Cómo?

—Yo tuve una experiencia muy profunda en la cual Dios me habló. Su voz no me llegó de una manera audible, pero lo que me dijo fue totalmente claro. No era lo que yo quería oír, pero hice lo que me dijo, y pasaron cosas extraordinarias. Sin embargo, cuando tuve esa experiencia, quedé totalmente estupefacto. Si no hubiera crecido en una iglesia donde es normal que un cristiano oiga a Dios, no sé cómo habría reaccionado. Tal vez habría dicho: «Bueno, eso solo fue un traspié de mi cerebro».

—¿Qué me dice de esos teólogos que creen en la Biblia, pero afiman que los milagros ya cesaron? —le pregunté.

—Existen dos clases de cesacionistas —me explicó—. Hay unos que afirman que ya Dios no ofrece un don espiritual de sanidad; otros dicen que han cesado los milagros mismos. En otras palabras, una vez que quedó escrita toda la Biblia y la iglesia echó raíces en el Imperio Romano, ya no se necesitaron los milagros, y Dios dejó de hacerlos.

—¿Cuál es su reacción ante eso?

—Me siento perplejo. Sé que a mí mismo me han sucedido milagros, de manera que ellos no pueden estar en lo cierto. Si Dios es omnipotente, y lo es, entonces para mí tiene sentido pensar que va a seguir actuando así.

Atrapado por un ángel

La mención que Olson hizo acerca de intervenciones sobrenaturales en su propia vida me llevó a preguntarle por una sanidad física que recibió siendo niño.

—Mi madre falleció a los treinta y dos años, de daños al corazón causados por la fiebre reumática; yo tenía entonces solo dos años y medio —comenzó a contarme—. A los diez años, contraje una faringitis y me enfermé mucho. Mi familia creía que Dios sana por medio de la oración, y los médicos eran un último recurso para ellos, pero me llevaron a un osteópata que me recetó penicilina.

—¿Y eso le curó la faringitis?

—Tal vez lo hubiera hecho, pero mi madrastra tiró la receta a la basura.

—¡Vaya! ¿En serio?

—Ella me dijo: «Yo no creo que necesites esto realmente». Bueno, una semana más tarde, se me desarrolló una fiebre reumática, como le había pasado a mi madre. Estuve enfermo, entrando y saliendo de los hospitales tres meses. La fiebre reumática ataca las válvulas del corazón; la mayoría de los pacientes terminan necesitando una operación para reemplazarlas, algo que aún no existía cuando falleció mi madre.

—Me imagino que su familia y su iglesia oraron por usted.

—Sí, recuerdo que los ancianos de la iglesia fueron a la casa, me impusieron manos, me ungieron con aceite y oraron por mí. Y aquella oración no fue nada superficial. Más tarde fui a mi examen semanal y el médico me dijo: «Yo no oigo ningún soplo en el corazón».

—¿Y tenía usted un soplo antes de aquel examen?

—Sí; de hecho, el médico había dicho que era «impresionante». Luego me dijo: «No oigo nada y tu prueba de sangre para ver el nivel de inflamación comprobó que todo estaba normal».

—¿Estaba sorprendido el médico?

—Mucho, pero lo atribuyó al cuidado que me habían dado. Sin embargo, hasta este día no tengo ningún daño en las válvulas del corazón. Voy cada año al cardiólogo para que me revise y siempre me dice lo mismo: «Su corazón no

tiene reuma».

—¿Y usted cree que Dios lo sanó?

—Por supuesto. No sé de qué otra manera lo podría explicar.

—Pero aun así, da miedo pensar que su madrastra tirara a la basura la receta del antibiótico que habría podido evitar la fiebre reumática desde el principio —le dije.

—A mí no me parece que la mejor manera de enfrentar algo así sea decir: «Dios me va a sanar, así que todo lo que voy a hacer es orar». Por lo general, Dios obra por medios naturales. Él espera que nosotros hagamos uso de los dones que nos ha proporcionado, como los medicamentos y la tecnología. De lo contrario, eso sería como esperar que cayera maná del cielo cuando hay una tienda de víveres en la esquina.

Yo sonreí.

—Esa es una buena analogía.

—La mejor manera de enfocar las cosas —dijo como conclusión—, es unir la oración con la medicina.

A la congregación de la iglesia pentecostal de su padre no le costó problema alguno aceptar que la sanidad de Olson había sido un relato milagroso procedente de Dios. Para ellos, lo sobrenatural era un elemento siempre presente.

—Recuerdo un incidente en el cual un pequeño de nuestra iglesia, tal vez de unos diez años, abrió por accidente la puerta del auto familiar y cayó de él mientras iban por una carretera —me relató Olson—. Cuando salieron a recogerlo, pensaban que estaría muerto, pero lo encontraron allí, tranquilamente esperando de pie. Le preguntaron: «¿Qué pasó?» y él les dijo: «Bueno, ¿pero ustedes no vieron al hombre? Él me atrapó».

Olson carraspeó y después se quitó lentamente los lentes de marco metálico. Sacó un pañuelo del bolsillo y se secó los ojos.

—Me emociono un poco, porque echo eso de menos —me dijo—. De veras. En mi mente no tengo duda alguna de que un ángel lo atrapó en su caída.

Se volvió a poner los lentes y siguió hablando.

—Recuerdo cuando estaba dando clases en la Universidad Oral Roberts, que se me averió el auto. Y no tenía dinero suficiente para arreglarlo. Entonces un colega mío, que no tenía idea alguna de lo que le pasaba a mi auto, se me acercó, me dio un cheque por quinientos dólares y me dijo: «Dios me indicó que te diera esto». Era lo que necesitaba para arreglar el auto.

Entonces le dije:

—Yo tuve una experiencia muy similar, solo que esa vez fui yo el que di el

dinero.

—Bueno, a mí me parece que eso debería ser normal en la vida cristiana —me contestó, mientras se guardaba el pañuelo en el bolsillo—. He estado alejado de todo eso tanto tiempo que, algunas veces, sencillamente me duele.

«Ese no es nuestro cristianismo»

Las clases de Olson en Baylor atraen a estudiantes del mundo entero, incluso países del Tercer Mundo donde el cristianismo y su actitud hacia lo sobrenatural tienen un aspecto muy diferente al de Estados Unidos.

—Cuando esos estudiantes de África y Asia ven el movimiento evangélico occidental por vez primera, ¿cuál es su evaluación al respecto? —le pregunté.

—Hay que forzarlos a dar esa evaluación —me dijo Olson—. Pero cuando la dan, es una consternación total.

—¿Por qué?

—Porque dicen: «Ese no es nuestro cristianismo. Nuestro cristianismo en África está rodeado de guerra espiritual. No lo podemos desechar diciendo que es superstición. Dios interviene realmente, y hace cosas maravillosas, pero no vemos eso aquí. Pensamos que se debe a su prosperidad, su individualismo, su materialismo y su falta de fe en el mundo espiritual», con lo que se están refiriendo a lo sobrenatural.

Olson me contó acerca de una ocasión en que invitó a un sacerdote católico de Nigeria para que les hablara a sus estudiantes.

—Él no quiso hablar acerca de la doctrina católica —me dijo Olson—. Quiso hablar acerca de los milagros. Durante una hora y veinte minutos, estuvo hablando acerca de las actuaciones sobrenaturales de Dios en Nigeria.

—¿Cómo reaccionaron los estudiantes?

—Estaban fascinados. No lo podían creer.

—¿Prendió aquello algún fuego en sus estudiantes?

—Claro que sí.

—Hay quienes dicen que la razón por la cual abundan tanto los milagros en África y en otros lugares del Tercer Mundo es porque ese es el frente delantero del evangelio —le dije.

—Sí. El primero que presentó ese argumento fue Benjamin Warfield, en un libro llamado *Counterfeit Miracles*, a principios del siglo veinte—me contestó.

—¿Qué piensa usted de esa afirmación?

Me contestó sin andarse con rodeos.

—Es absurda.

—¿De veras? —le contesté.

—Nosotros necesitamos lo sobrenatural tanto como lo necesitan en China. Estados Unidos sigue siendo un campo misionero. Sospecho que el cristianismo real es una minoría, incluso entre los que se llaman cristianos. Con demasiada frecuencia pensamos que solo necesitamos de la apologética, las evidencias, los debates y las discusiones para propagar el evangelio aquí, en vez de pensar que necesitamos ver a Dios haciendo una obra sobrenatural. Así que Warfield dio con esa explicación de que los milagros no se producen en las ilustradas sociedades occidentales, porque ya estamos cristianizados. Bueno, disiento de él con todo respeto.

✲ ✲ ✲

Enfoqué otra razón por la cual muchos cristianos se sienten incómodos con lo sobrenatural.

—No todas las personas por las que se ora, recuperan la salud —le dije—. Tal vez sea esa una de las razones por las cuales nuestras iglesias no insisten en esas oraciones. No quieren quedar avergonzadas si no se produce una respuesta. ¿Cómo explicamos las cosas cuando Dios *no* sana a alguien?

—No las explicamos —fue su respuesta—. Yo creo que Dios es soberano, no es arbitrario. Él sabe lo que está haciendo. Cuando no responde a nuestras oraciones como nosotros queremos, es posible que haya detalles particulares acerca de esa situación que simplemente, nosotros no comprendamos. El apóstol Pablo dijo que tenía un aguijón en la carne que Dios nunca sanó a pesar de sus oraciones.

Yo le hice la observación de que en algunos círculos pentecostales es corriente acusar de falta de fe al paciente como razón por la cual Dios no lo ha sanado.

—Eso es sencillamente dañino —me dijo—. Cuando murió mi madre, una señora que había estado asociada con un evangelista que oraba por sanidad le dijo a mi padre que su muerte se debía a que ellos no habían seguido el llamado de Dios al campo misionero.

—¡Ay, qué duro fue eso! —le dije.

—Por fortuna, mi padre se encogió de hombros y dijo: «Eso es una locura». Pero esa clase de afirmaciones sin base alguna pueden hacer mucho daño. Tenemos que alejarnos del intento de explicar por qué una persona determinada no ha recibido sanidad. Eso es asunto de Dios. Todo lo que nosotros sabemos es

que él nos dijo que oremos por la sanidad de los enfermos, por lo que debemos ser obedientes.

—Eso puede ser todo un reto —le dije.

—Sí —me contestó—. Pero tenemos que enfrentar algo: la vida cristiana es en sí un reto también.

Los delicados susurros de Dios

No todos los milagros consisten en sanidades espectaculares de enfermedades incurables. No todas las intervenciones sobrenaturales son tan estremecedoras como que alguien sea resucitado de entre los muertos. Es más frecuente que Dios nos hable con susurros delicados o que disponga los sucesos cotidianos de una manera tal que le envíen un mensaje de aliento, corrección o esperanza a alguien que lo necesita con toda urgencia.

Son muchos los cristianos que experimentan estas «indicaciones» o «impresiones» sutiles e inaudibles procedentes de Dios, pero muchas veces prefieren no hablar de ellas por temor a la reacción escéptica que van a recibir, y así es como se quedan callados, avergonzados por lo sobrenatural.

¿Por qué mi amigo Bill Hybels, el influyente líder de la congregación Willow Creek Community Church, en las afueras de Chicago, esperó treinta y cinco años antes de escribir un libro acerca de esos impulsos del Espíritu Santo? «A causa de las controversias que este tema tiende a hacer surgir», explicaba.[7]

«Cuando me referí en público a los susurros de Dios, apenas había logrado salir de la plataforma, cuando media docena de personas se me acercaron para recordarme que los asesinos que atacan con hacha defienden muchas veces los homicidios que cometen, alegando: «Dios me dijo que lo hiciera», dice Hybels. «Los cristianos conservadores ponen en tela de juicio mi ortodoxia cuando describo mis experiencias. . . y los secularistas, o lo encuentran divertido, o le dicen en voz baja a su esposa que Hybels se ha vuelto loco. O ambas cosas a la vez».[8]

Sin embargo, Hybels ha descubierto que esas comunicaciones sutiles, pero muy reales, de parte de nuestro Dios trascendente, se hallan entre los aspectos más gozosos de la vida cristiana.

«Sin el menor rastro de exageración», dice, «yo puedo declarar osadamente que los callados susurros de Dios me han salvado de una vida de aburrimiento y

autodestrucción seguros. Han reorientado mis pasos, me han rescatado de tentaciones y me han devuelto la energía durante algunos de mis momentos más profundos de desesperación. Me inspiran para vivir en lo que los marinos llaman “aceleración máxima”, adelante a toda velocidad».[9]

Cuando le pedí a Olson su opinión sobre si Dios aún habla a sus seguidores, me respondió con rapidez y sin bochorno alguno. «Sin duda alguna», me dijo. «Yo sigo creyendo que Dios les habla hoy a los suyos, aunque admito que algunas veces me encuentro bastante solitario en eso».

En uno de los blogs que publicó, Olson describe cómo salió de un examen médico profundamente perturbado y desanimado. El médico le había hallado un problema y había hecho surgir el espectro de que se podría necesitar una operación quirúrgica.

Al día siguiente, comenzó a pasar por su mente un viejo himno, aunque no lo había vuelto a oír desde su niñez. Las palabras del himnose repetían una y otra vez, como si fuera un disco rayado, sirviéndole de ruido de fondo toda la semana.

«Es un himno de consuelo y seguridad. . . de que Dios está presente, pase lo que pase», me dijo. «Puesto que era un buen bautista, solo pensé que era la forma en que mi propia mente estaba manejando el estrés emocional que estaba sintiendo».

Aquel domingo, Olson fue con su esposa a la iglesia, donde notó que el primer himno que se iba a cantar era el #220, «Coronadlo con muchas coronas». Tomó el himnario del anaquel que tenía delante y buscó el himno #220, pero no fue ese el himno que encontró allí. Al contrario, encontró el que tuvo en la mente toda la semana.

«Entonces noté que el himnario que había tomado no era el de la iglesia, donde ni siquiera está ese himno», escribió. «Hasta tenía grabado el nombre de una iglesia diferente en letra dorada en la portada. Yo no había visto aquel himnario nunca antes; no tenía por qué estar allí. No tengo ni idea de cómo llegó allí».

De hecho, era el único himnario de ese tipo en toda la iglesia, y vino a estar en el estante que se hallaba directamente delante de donde se sentó Olson.

—Entonces, ¿cómo calificas eso? —me preguntó Olson—. ¿Pura coincidencia? Es posible. ¿Acaso no es algo de pensamiento mágico el creer que Dios me estaba enviando el mensaje de que aquel himno venía de él? Es posible. Mi mitad bautista me dice: «Solo es una coincidencia; no le des mucha importancia». Mi mitad pentecostal me dice: «Eso es incredulidad; acéptalo

como venido de Dios».

Muchas veces los cristianos presentan objeciones a la legitimidad de esas «cosas de Dios» porque dicen que la gente ya no necesita que Dios le hable. Al fin y al cabo, insisten en que el canon de las Escrituras está completo y que Dios ha decidido hablar por medio de los predicadores para comunicar mensajes basados en esas enseñanzas bíblicas.

«En lo personal, encuentro que eso es absurdo», me dijo Olson. «Si Dios fue lo suficientemente bondadoso como para darles orientación, consuelo y corrección a las personas y a los grupos "en aquellos tiempos", entonces ¿por qué habría dejado de hacerlo?».

La idea de que Dios usa ahora solamente a los pastores para comunicar sus mensajes «es muy difícil de conciliar con la creencia bautista en el sacerdocio de los fieles», me dijo Olson. «Es una forma de clericalismo».

En verdad, añadió algunas advertencias. «Al decir que Dios habla hoy aparte de las Escrituras, no me estoy refiriendo a una inspiración y una autoridad al mismo nivel de las Escrituras», me dijo. «Es necesario probarlo todo con la Biblia para determinar su validez».

Aunque Olson está consciente de que los escépticos califican esas «cosas de Dios» como formas de «pensamiento mágico», lo que le perturba es que haya muchos cristianos que tengan esa misma actitud. «De palabra, aceptan que Dios "hable" en los tiempos actuales, pero de inmediato dan media vuelta y, cuando les presentan un ejemplo de eso, lo califican también de "pensamiento mágico"».

En cuanto al incidente del himnario, Olson me dijo: «No puedo decir con toda seguridad que eso que me sucedió fue realmente una "cosa de Dios". Tal vez lo fuera; tal vez no. Quizá solo se haya tratado de una simple coincidencia. Yo creo que las coincidencias suceden, pero algunas son demasiado claras como para no detenernos a pensar si no son algo más que eso».

A todos esos pensamientos les puso fin con una pregunta en la que vale la pena meditar: «Si existe un Dios al que no solo *le interesamos*, sino que también *nos ama*, ¿por qué *no habría de hacer* esas cosas?».

Al igual que Olson, Hybels y muchos otros, yo también creo que él hace esas «cosas de Dios». . . hasta el punto de enviar un ángel a un sueño para asegurarle a un jovencito espiritualmente confundido que algún día comprendería su maravillosa gracia.

Eso es algo para celebrar, diría yo. . . no para hacernos sentir avergonzados.

CAPÍTULO 13

Cuando los milagros no suceden

Entrevista con el doctor Douglas R. Groothuis

Mi esposa Leslie tiene dolores todos los días. Cuando fracasaron los tratamientos médicos tradicionales, probó la acupuntura, los masajes profundos, los suplementos dietéticos y otras terapias alternas. Aunque algunas le han dado un alivio temporal, ninguna ha detenido el crónico dolor pulsante en los músculos que la asalta una y otra vez.

No se conoce cura alguna para la fibromialgia, un desorden neurobiológico que afecta la forma en que los signos del dolor son procesados en el sistema nervioso central. Y así, año tras año, década tras década, se enfrenta lo mejor que puede a la incomodidad, los dolores musculares, el sufrimiento.

Permítame decirle algo acerca de Leslie: es una seguidora de Jesús totalmente consagrada; una mujer de oración y espiritualmente profunda cuya persistente intercesión ante Dios fue, a mi manera de ver, el factor que influyó más en traerme a la fe en Cristo. Devora la Biblia todos los días; consume una dieta constante de recursos cristianos, y su compasión por los que sufren y los que están espiritualmente confundidos no tiene límites. Sencillamente, es la persona más maravillosa y consagrada que he conocido en toda mi vida.

¿Que si ha orado para pedir el alivio de sus dolores? *Continuamente.* ¿Que si le hemos pedido a Dios que la sane? *Con frecuencia y fervorosamente.* ¿Que si hemos visto alguna mejora? *Todo lo contrario.*

¿Qué si yo podría darle media docena de razones teológicas por las que hay sufrimiento en este mundo marcado por el pecado? Por supuesto. Soy un

apologista cristiano que da conferencias sobre ese tema. Pero se trata de *mi* Leslie. Es *mi* esposa. Son *su* dolor y *su* sufrimiento. Y eso convierte la situación en algo duramente personal.

Mientras investigaba para escribir este libro, encontré inspiradores ejemplos de cómo Dios les ha restaurado milagrosamente la vista a los ciegos, el oído a los sordos y la vida a los muertos. Y celebraba a través de cada uno de los que recibían aquella palpable expresión de la gracia de Dios.

Sin embargo, después de escribir cada historia, me preguntaba: *¿Por qué no ha habido un milagro para Leslie?* Sí, yo sé que Dios promete hacer que brote el bien de nuestros sufrimientos si estamos consagrados a él. *¿Pero por qué no ha habido un milagro para Leslie?* Sí, comprendo que el sufrimiento produce perseverancia y refina nuestra personalidad. *¿Pero por qué no ha habido un milagro para Leslie?* Sí, estoy consciente de que en el cielo no habrá más lágrimas. *¿Pero por qué no ha habido un milagro para Leslie?* Mi esposa sufre todos los días. Necesita un milagro.

Cuando Michael Shermer describía cómo las oraciones de su paralizada novia parecían perderse en el éter sin haber sido escuchadas, yo podía identificarme con su lamento. Aunque mi fe permanece, puedo comprender por qué la de él se desvaneció. Tal vez usted también pueda, porque le ha estado implorando a Dios que atienda a una urgente necesidad que hay en su vida. . . y no se ha producido milagro alguno.

Este capítulo es para usted. . . para Leslie, para Michael. Y para mí.

✲ ✲ ✲

A veces Leslie siente la llamada «fibroniebla» un bloqueo u olvido mental que es endémico entre los que sufren de fibromialgia. Eso es lo que mi amigo Douglas Groothuis pensaba que le estaba sucediendo a su esposa Rebecca, a quien unos años antes le habían diagnosticado fibromialgia.

Entonces un día, ella fue a la misma peluquería donde había estado asistiendo por años, pero no pudo encontrar el camino de vuelta a su casa. Estuvo perdida varias horas y, finalmente, Doug tuvo que buscar la ayuda de la policía. Estaba claro que aquello había ido más allá de una simple distracción.

Así comenzó para Becky el deterioro de sus facultades mentales. Más tarde se le diagnosticó una enfermedad cerebral progresiva, incurable e invariablemente mortal. Era una tenebrosa ironía que esa persona, que fuera en el pasado miembro de Mensa [Sociedad de personas con alto coeficiente de

inteligencia], que escribía y corregía libros con tanta elegancia y estilo, ahora estuviera batallando por hallar la palabra correcta para definir los objetos comunes y corrientes de su casa.

Hablando humanamente, no hay esperanza. La muerte es tan segura como el lento e inevitable deterioro de su capacidad para hablar, pensar, hacer planes y realizar las tareas más sencillas. Así que, como cristianos comprometidos que son, Doug y Becky han buscado fervorosamente la ayuda divina y, sin embargo, después de todo este tiempo, ella sigue perdiendo la mente de manera gradual.

Entrevista con el doctor Douglas R. Groothuis

Groothuis creció como hijo único en Alaska. Su padre, activista del movimiento obrero, murió en un accidente de aviación cuando él tenía once años. Esa tragedia fue formativa en muchos sentidos, contribuyendo a su deseo de triunfar, tratando de ganarse la aceptación de un padre que ya no estaba presente y alimentando su temperamento naturalmente melancólico. Encontró solaz en los libros y se convirtió en aficionado a la música de jazz.

Su meta original de convertirse en periodista se frustró cuando no pasó una prueba de mecanografía en la universidad, fue incapaz de teclear veinticinco palabras por minuto en una máquina de escribir. Pronto halló que su personalidad investigadora, su pasión por aprender y su atracción a los temas profundos le daban cierto talento para la filosofía.

Aunque de niño se le enseñó que creyera en Dios, comenzó a investigar en el misticismo oriental cuando asistía a la Universidad del Norte de Colorado, en Greeley. Su breve incursión en el ateísmo se desvanecía cada vez que contemplaba la grandeza de las Montañas Rocallosas. Finalmente, a través de algunos cristianos con los que se encontró y libros que leyó, entre ellos *La enfermedad mortal*, del filósofo danés Søren Kierkegaard, llegó a la fe en Cristo y fue bautizado a los diecinueve años.

Groothuis siguió estudiando hasta obtener su doctorado en filosofía en la Universidad de Oregón, al mismo tiempo que retenía el estilo de redacción tenso, típico de un periodista. Fungió como pastor en el recinto universitario una docena de años, antes de unirse a la facultad del Seminario de Denver, en 1993.

Desde entonces ha publicado trece libros, entre ellos *Unmasking the New Age*, *Deceived by the Light*, *Truth Decay*, *The Soul in Cyberspace*, *Jesus in the Age of Controversy* y *Philosophy in Seven Sentences*. Su *Christian Apologetics*

de 752 páginas es un sondeo escrito amplio y lúcido de las evidencias a favor del teísmo cristiano. Sus intereses son realmente enciclopédicos, desde la historia, la psicología y la sociología hasta el arte, la poesía y la teología.

En el caminar de su vida, ha sido profesor en una universidad secular, ha debatido con ateos y ha contribuido a libros como *The History of Science and Religion in the Western Tradition* y *The Encyclopedia of Empiricism*. Durante años, escribió blogs bajo el banderín de «El cascarrabias constructivo», cuyo título era una alusión, tanto a su melancólica personalidad como a su hábil sentido del humor. (Bromeaba diciendo: «Una vez leí un libro llamado *Contra la felicidad. . . y lo disfruté*».)

Y después está el libro que nunca quiso escribir. En sus memorias abrumadoramente sinceras, *Walking through Twilight* hace una crónica del padecimiento de su esposa Becky con la afasia primaria progresiva.[1] Esas memorias son, sin exagerar, una obra maestra.

«Este es un libro difícil de leer. . . como cuando estamos viendo las noticias y enterándonos de las guerras, la pobreza y el hambre», dijo Kelly M. Kapic, profesor de estudios teológicos en Covenant College. «Preferiríamos mirar hacia otro lado, ignorar y fingir».

El filósofo J. P. Moreland dijo que nunca había leído un libro como aquel. «No hay consignas cristianas baratas, no hay versículos bíblicos puestos como un poco de esparadrapo en una herida casi mortal, no hay simplistas “felices para siempre”», escribió. «Pero hay esperanza. Una esperanza que se alza sobre una profunda reflexión acerca del cristianismo, el sufrimiento y el sentido de la vida».

Groothuis, acercándose ya a sus sesenta años, y con una barba rebelde, todavía no había escrito ese libro cuando nos reunimos para una entrevista en su oficina atestada y repleta de obras de Littleton, Colorado.

De hecho, después supe que estuvo a punto de cancelar nuestra reunión, por lo difícil que se le hacía hablar de lo que estaban pasando él y su esposa. Pero aceptó realizarla si podía beneficiar a otros que también estuvieran esperando, aparentemente en vano, que un milagro los rescatara de sus propios y dolorosos apuros.

La era posterior a Hume

Vestido de manera informal, como si se preparara a salir a dar una caminata matutina, Groothuis giró su asiento de la oficina para quedar frente a mí. Se ve joven para su edad, aunque le surcan el rostro algunas líneas recientes. El cabello castaño se veía como si lo hubiera peinado con los dedos.

Comencé nuestra conversación observando que él era coeditor del libro erudito *In Defense of Natural Theology: A Post-Humean Assessment*,[2] que desmantela de manera sistemática los argumentos de David Hume contra Dios y contra los milagros, un caso que Michael Shermer consideraba la «demolición» del cristianismo.

—Durante mucho tiempo se consideró que los argumentos de Hume eran sacrosantos e impenetrables, pero cambió la marea en años recientes, debido al vigoroso resurgimiento de la filosofía cristiana —me dijo Groothuis—. El disolvente del pensamiento crítico y las evidencias afirmativas a favor del teísmo ha disuelto en gran parte el caso levantado por Hume. Personalmente, encuentro que sus argumentos no son convincentes. Sus críticas terminan, o bien evitando el tema, o no teniendo en cuenta de una manera cuidadosa las evidencias del Nuevo Testamento.

—¿Entonces, es racional creer en milagros? —le pregunté.

—Sí —me contestó—. Cuando se tienen en cuenta las fuertes evidencias a favor de un creador y diseñador; por ejemplo, los argumentos cosmológicos y los relativos a la delicadeza de la calibración existente en el universo, ciertamente, los milagros son posibles. Más allá de eso, es posible observar las convincentes evidencias históricas a favor de los sucesos considerados como milagrosos, para ver que esos sucesos milagrosos son reales. Si existe un Creador sobrenatural, entonces es seguro que puede intervenir en la historia. . . y el cristianismo apuesta la vida al basarlo todo en la milagrosa resurrección de Jesús.

—Hablando de la resurrección, este milagro les trae esperanza a los que están pasando por algún sufrimiento —observé—. En una ocasión, un filósofo me dijo que si Dios puede tomar la peor de todas las cosas que hayan sucedido jamás en el universo, como la muerte de su Hijo en la cruz, y convertirla en la mejor de las cosas que jamás hayan sucedido en el universo, como la apertura del cielo para todos los que le sigan, entonces puede tomar nuestras circunstancias difíciles para sacar bien de ellas.[3]

—Hay verdad en esa afirmación. A menudo regreso a Génesis 50.20, donde

José les dice a sus hermanos, que lo habían traicionado: «Es verdad que ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios transformó ese mal en bien». Tal vez a corto plazo no sepamos cuál bien está logrando Dios, pero dada la credibilidad del cristianismo y dados mis cuarenta años de experiencia como cristiano, me siento justificado al creer que hay un significado y un propósito para el sufrimiento.

—No obstante —le dije—, muchas veces eso no nos consuela gran cosa en medio de nuestro dolor.

—Nosotros no podemos leer la mente de Dios —fue su contestación—. No tenemos conocimientos de la razón por la cual decide hacer un milagro en algunos casos y no en otros. Sí, puede ser algo atormentador cuando uno ha orado y ayunado para pedir la sanidad de un ser amado, y Dios parece haber dicho que no, o que espere hasta la eternidad.

Y todo aquello nos llevó a Becky.

La historia de Rebecca

—Hábleme de Rebecca —le dije—. ¿Dónde se conocieron ustedes?

—Los dos teníamos casi treinta años y formábamos parte de un ministerio en el recinto universitario de Eugene, Oregón. Ella era escritora y editora, y yo era ministro en el recinto.

—¿Cómo la describiría usted?

—Seria, tal vez un poco melancólica, como yo. Tímida, lista, amante de los libros, profunda, con un excelente sentido del humor y atractiva. Pianista y cantante. Los dos estábamos interesados en las mismas cosas, especialmente la apologética y la relación del cristianismo con la cultura y el arte.

—Ella era especialmente buena para las palabras —le comenté yo, porque había leído detenidamente algunos de sus escritos. A lo largo de los años, escribió y corrigió varios libros sobre cuestiones relacionadas con el matrimonio y los sexos, entre ellos *The Feminist Bogeywoman*, *Women Caught in the Conflict: The Culture War between Traditionalism and Feminism*, *Discovering Biblical Equality* y *Good News for Women: A Biblical Picture of Gender Equality*.

—Por supuesto. Era elegante como escritora e ingeniosa como editora. Recuerdo que marcó un breve párrafo en un artículo que yo estaba escribiendo, y puso al margen: «Una falta gramatical y dos frases hechas». —Aquel recuerdo lo

hizo sonreír—. Sin embargo, eso fue lo peor que recibí de ella. Pero siempre mejoraba lo que yo escribía.

—¿Qué añadía?

—Claridad. La palabra perfecta. El giro correcto en una frase. Le encantaba el lenguaje. Podía escribir oraciones magníficas que fluían a lo largo de sesenta palabras o más.

—¿Cuánto tiempo pasó entre que se conocieron y que se casaron?

—Casi un año.

—¿Y cuánto tiempo después surgieron los problemas de salud?

—Ella tenía treinta y tantos años cuando le diagnosticaron la fibromialgia —me contestó—. Era un diagnóstico relativamente nuevo en aquel entonces. Algunos médicos no sabían qué hacer con él. Intentamos terapias alternas, pero nada la ayudó gran cosa.

Yo asentí, puesto que he pasado por el mismo proceso con Leslie, a partir de los días en que unos médicos escépticos pensaban que esa enfermedad era más psicológica que física.

—Con el tiempo —siguió diciendo—, comenzaron a olvidársele las cosas y tenía confusiones. A ese punto, no sabíamos si se trataba de las primeras etapas de un deterioro mental o qué estaba sucediendo. El suceso que más me preocupó fue cuando estuvo en la peluquería donde había estado ya docenas de veces, y no pudo encontrar el camino de vuelta a casa. Tuve que reportarla como persona perdida en la policía. Fue una noche horrible.

—¿Hubo otros episodios como ese?

—Fue al dentista y después, cuando volvió al auto, no sabía cómo echarlo a andar. Yo fui y descubrí que el auto estaba puesto en una velocidad. En una ocasión, me preguntó: «¿Cómo se hace que funcionen los limpiaparabrisas de nuestro auto?». En ese momento, hacía ya diez años que teníamos aquel auto. Cada vez era mayor su dificultad para trabajar en la computadora. De hecho, le compré una nueva que era más fácil de usar, pero nunca la pudo manejar. Terminé regalándola.

»Nosotros pensábamos que todo aquello era la confusión que causa la fibromialgia, pero cada vez era peor. Un neurólogo creyó que era una deficiencia mental semejante a la depresión y estuvo tratándola durante un año, pero no hubo mejora. De hecho, se puso peor.

La pérdida de sus facultades mentales

Entonces, pasado el Día de los Enamorados en el año 2014, Groothuis tuvo

que llevar de prisa a Becky a la sala de emergencias con una depresión aguda.

—No se podía levantar de la cama, básicamente. No podía hablar —me dijo, frunciendo los labios ante aquel recuerdo—. El psiquiatra la puso en la unidad de salud de la conducta en un hospital al extremo opuesto de la ciudad. La ataron y se la llevaron en una camilla. . . se veía tan desolada. . .

—¿Cuánto tiempo estuvo hospitalizada?

—Cinco semanas en total. Yo la visitaba todos los días. Era increíblemente triste verla en aquella unidad psiquiátrica, deambulando sin rumbo, confundida y desconcertada. Al final, no era capaz siquiera de firmar los papeles para que le dieran de alta. La diagnosticaron con afasia primaria progresiva.

—Nunca he oído hablar de esa enfermedad —le dije.

—Es poco frecuente. La afasia es la dificultad para encontrar palabras, sobre todo nombres, lo cual es trágico debido a lo mucho que ella ama el lenguaje —me dijo—. Justamente esta mañana, bajó al primer piso porque no podía encontrar ningún cepillo de pelo y no podía recordar cómo se llamaba ese objeto. Me hacía gestos y se apuntaba hacia el cabello. Yo le dije: «¿El cepillo de pelo?». Ella me dijo: «Sí». Hace unos días, no sabía qué era el teléfono ni cómo hacerlo funcionar.

—Esa dolencia es progresiva, ¿cierto?

—Sí; comienza en el lóbulo frontal del cerebro y se va moviendo hacia atrás, que es lo opuesto a lo que hace el Alzheimer. Uno pierde el uso de las palabras y después sus funciones de ejecución; la capacidad para analizar y realizar tareas. Lo que es particularmente cruel en esta enfermedad es que se va perdiendo con lentitud el uso de la mente. . . y uno se da cuenta de que lo está perdiendo.

—¡Cuánto lo siento! —fue todo lo que atiné a decir.

Groothuis agradeció mi simpatía asintiendo y después siguió hablando.

—Por lo general, los pacientes de Alzheimer pueden hablar hasta el final, aunque tal vez no sepan lo que están diciendo. Pero con esta enfermedad, las palabras fallan desde el principio. Lo típico es que la persona fallezca a los cinco o diez años de iniciarse su dolencia.

—De manera que usted va notando el deterioro día tras día —le dije.

—Así es, lamentablemente. Ahora tenemos una señora que la cuida, que vive con nosotros. Ella y Becky viven en el segundo piso de nuestra casa. Becky todavía se puede atar los cordones de los zapatos, puesto que esa es una función

automática, pero muchas veces se los pone en el pie equivocado. Por lo general, puedo entender lo que está tratando de deciry termino completando las oraciones que dice. En cambio, cuando se molesta, puede llegar a ser incomprensible. No tiene nada de natural que esa mujer, que tanto adoraba el lenguaje, ya no tenga un solo libro en su dormitorio.

Yo no supe qué responderle. La tristeza se asentó, como una negra nube. Por un instante, Groothuis no dijo nada. Cuando volvió a hablar, dijo con voz tierna:

—Su mente siempre me maravilló. Era más inteligente que yo. Recuerdo que en una ocasión había estado organizando algunos papeles y me encontré su tarjeta de miembro de Mensa, la sociedad de los que son genios certificados. La tomé en la mano. . . y lloré. Su firma en la parte inferior de la tarjeta estaba trazada con su hermosa letra; en cambio hoy, no puede escribir ni una palabra. No sabe usar una pluma.

—Vivimos en una sociedad de cosas desechables, donde el divorcio es algo corriente —le dije—. Sin embargo, usted ha mantenido su compromiso cristiano de una forma que va contra la cultura.

Él se encogió de hombros.

—Me imagino que sí. Pero no soy ningún héroe. La decisión de permanecer casado y de apoyar a mi esposa quedó establecida cuando intercambiamos nuestros votos matrimoniales: en lo mejor y en lo peor; en enfermedad y en salud. Por supuesto, eso ha resultado ser más profundo de lo que pensábamos ninguno de los dos.

Las huellas de las lágrimas

Hace varios años que conozco a Groothuis, de manera que me sentí en libertad de hablarle con franqueza.

—Usted parece exhausto —le dije.

—*Estoy* exhausto —me dijo—. Esto es una batalla diaria. Hace muchos años, la esposa de un colega estaba sufriendo de cáncer y le dijo a él: «Yo no sabía que el cuerpo humano podía soportar tanto sufrimiento». Bueno, yo no sabía que un alma podía soportar tanta angustia emocional. Me estoy convirtiendo en un experto en sufrimiento. —Con una débil sonrisa, añadió—: Me gustaría que Dios hubiera escogido a otra persona.

—Sin embargo, como filósofo, usted se halla preparado de una manera única para reflexionar sobre muchas de las profundas cuestiones que suscita todo esto —le dije.

—A nivel intelectual, me imagino que eso sea cierto —me contestó—. Pero

mucho de lo que estamos pasando solo es visceral. Yo nunca había llorado tanto como en estos últimos años. Hasta en público. Algunas veces, cuando se me empañan los lentes, me los quito y veo que las manchas son marcas de lágrimas.

»Un día Becky y yo estábamos reposando en la cama, disfrutando de un momento tranquilo juntos, cuando comencé a llorar. Estaba sintiéndome melancólico por lo que hemos perdido. Ella me dijo con mucha dulzura: «Dime qué anda mal». Yo le dije: «Todo». Ella se rió un poco, lo que me pareció adecuado. . . Un reconocimiento de que sí, *todo* era la palabra correcta. Ese problema de la mente ha ido extendiendo sus tentáculos a todos los aspectos de nuestra vida.

—Cuando Becky se desespera, ¿qué le dice usted?

—¿Qué le puedo decir? No le puedo decir que las cosas van a mejorar en su vida. Eso no sería sincero, nosotros nos comprometimos a evitar las palabras trilladas y las respuestas demasiado fáciles —me contestó—. Así que le digo que tome las cosas día a día, que busque las cosas buenas de la vida, que recuerde que Dios la ama. Le digo: «Piensa en el futuro, en el mundo sin lágrimas, sin maldición, cuando tengas un cuerpo resucitado perfecto y veas a Dios cara a cara».

—¿Eso la ayuda?

—Así es. De hecho, esta mañana le dije: «A la larga, todo va a estar bien». Ella me preguntó: «¿Qué quieres decir?». Yo le respondí: «El nuevo cielo y la nueva tierra».

—¿Y cómo le respondió ella?

—Con una gran sonrisa. Tenemos una esperanza, pero ha sido diferida —me contestó—. Hace poco, Becky y yo estábamos cenando, y yo me sentí impulsado a hacer un brindis.

—¿Un brindis? —le dije—. ¿Cuál fue la razón?

—La fuente de nuestra esperanza —me dijo—. La vida futura.

Lamentar, pero no pecar

—¿Cómo ha afectado esto su relación con Dios? —le pregunté.

Él exhaló profundamente:

—He aprendido a lamentarme —me dijo—. Entre los salmos, sesenta son de lamentos. Hay lamentos también en Eclesiastés y en Job. Jesús se lamenta por la incredulidad de Jerusalén. En la cruz, su lamento surgió como un grito: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?».[4] Si Jesús se pudo lamentar y no pecar, supongo que también lo puedo hacer yo. Y así como la respuesta a su

lamento fue su resurrección, también lo será la nuestra.

»Mira: el pecado ha quebrantado a este mundo que Dios creó bueno; es moral y espiritualmente correcto lamentarse por la pérdida de un verdadero bien. Yo me siento agradecido por los lamentos que encontramos en las Escrituras; es Dios que nos ayuda a aprender a sufrir bien.

—¿A sufrir bien? —repetí yo—. Eso suena a una contradicción de términos.

—Esa frase puede tomar por sorpresa a las personas. Se suele decir: «No es posible sufrir bien; el sufrimiento es algo malo». No; uno puede sufrir bien cuando admite su angustia, cuando ora a pesar de no sentir deseos de hacerlo, cuando es sincero con Dios y cuando no trata de disimular sus emociones.

—Sin duda, eso es algo desagradable.

—Mucho. Y no siempre he sabido sufrir bien. Ha habido ocasiones en que nos hemos pasado de la raya. Le he dicho a Dios que lo odio por lo que está sucediendo. Esa fue la expresión sincera de mi angustia en ese momento, pero no quiero acusar a Dios. Él también lleva llagas; las llagas de tus pecados y de los míos. Jesús sufrió mucho más que cuanto tú y yo sufriremos jamás.

»Yo no he dudado nunca de que Dios exista, pero confieso que ha habido momentos en que he puesto en duda su bondad. Hay un libro llamado *Hating God*, en el cual Bernard Schweizer le da nombre a una nueva religión: *el misoteísmo*.[5] Estas personas admiten que Dios existe, pero lo odian y se niegan a adorarlo. Iván, en el libro *Los hermanos Karamazov*, es misoteísta, y explica el odio que le tiene a Dios después de relatar un caso tras otro de sufrimiento humano.

—¿Cómo supera usted esas emociones?

—A fin de cuentas, sé demasiado para pensar que Dios no sea el bien perfecto —me contestó—. Me siento agradecido de que nos permita ventilar nuestras frustraciones. Lee Eclesiastés, o los salmos de lamentación; son asombrosamente sinceros. En cuanto a mí, he encontrado una práctica que me ayuda a ponerlo todo en la perspectiva debida.

—¿De qué se trata?

—Cuando me enojo con Dios, cuando me siento perturbado, angustiado y furioso ante mis circunstancias, pienso en Cristo colgado en la cruz por mí. Eso me devuelve a la cordura espiritual. Él sufrió la tortura de la crucifixión porque me amaba. No lo tenía que hacer. Decidió hacerlo. O sea, que no se ha limitado a simpatizar con nosotros en nuestro sufrimiento, sino que siente empatía hacia nosotros. En última instancia, encuentro consuelo en esto.

—Como filósofo, usted está acostumbrado a dar respuestas intelectuales

cuando las personas le preguntan por qué hay sufrimiento en el mundo —le dije —. Si usted tuviera que dar un paso atrás para darle una respuesta estrictamente cerebral a alguien que se encontrara en su situación, ¿qué le diría?

—Yo veo esto en función de las posibilidades de las distintas cosmovisiones —contestó—. El ateísmo no da una respuesta suficiente; bajo esa filosofía, el mundo carece de sentido, y la vida no tiene razón alguna de existir. El islam cree en un Dios personal, pero no en un Salvador. El panteísmo no tiene un Dios al que le interese la suerte de los seres humanos.

»Compara a Jesús con Buda. La primera de las cuatro nobles verdades del budismo es el sufrimiento. No se trata de que haya sufrimiento en un mundo bueno, sino de que la vida *es* sufrimiento. La respuesta del Buda es escapar del mundo y entrar al nirvana por medio de un cambio de conciencia; despersonalizarse a sí mismo para salir del mundo, algo así como flotando. No hay resurrección, no hay redención y no hay salvador.

»El cristianismo es muy diferente. Piensa en Jesús ante la tumba de Lázaro. Jesús llora; se identifica con el sufrimiento de las hermanas de Lázaro. Ellas se enojaron: “Jesús, ¿por qué no llegaste antes? Tú lo habrías podido sanar, y él no habría tenido que morir”. Es algo bastante impío; ¿pero qué hace Jesús? Le devuelve la vida a Lázaro.[6] Para nosotros, el mensaje está claro: hay un futuro, hay una esperanza, hay una resurrección, habrá un nuevo cuerpo en un mundo sin lágrimas.

—Aun así —le dije—, la maldad es un desafío también al cristianismo, puesto que Dios es totalmente bueno y totalmente poderoso y, sin embargo, existe mucho sufrimiento.

—El cristianismo es la mejor de las explicaciones en cuanto a la maldad y el sufrimiento debidos a la caída de la humanidad. Desde aquel mismo momento, el mundo ha estado plagado de muerte, decadencia y desilusión. Pero gracias a que Cristo experimentó lo peor del mundo y triunfó sobre ello, y se halla ahora a la derecha del Padre, sé que habrá una resurrección y que mi esposa y yo viviremos en el nuevo cielo y la nueva tierra. Lo admito: Dios no ha eliminado por completo el sufrimiento y la maldad, pero tenemos la seguridad de que *lo hará*. Como ves, hay una diferencia entre el sufrimiento sin sentido y el sufrimiento inescrutable.

—¿Qué es eso?

—*El sufrimiento sin sentido* es el sufrimiento que, sencillamente, está aquí. No logra un bien mayor; carece de propósito. *El sufrimiento inescrutable* es aquel cuyo propósito desconocemos, pero en el cual tenemos razones para creer

que Dios es providencial, lleno de amor y totalmente poderoso. Nuestro sufrimiento podrá parecernos sin sentido, pero no lo es. Esta es la idea principal: Dios usa el mal para producir un bien mayor que no se podría lograr de ninguna otra manera. . . aunque nosotros no lo podamos comprender ahora, dadas nuestra inteligencia limitada y nuestra naturaleza falible.

»En otras palabras, nosotros tenemos un marco de conocimiento acerca de la veracidad del cristianismo, pero dentro de ese marco hay puntos que ignoramos. Dios es infinito e ilimitado en poder, conocimientos y sabiduría, nosotros no. Es de esperarse que haya algunas cosas que nos parezcan oscuras.

La oración de renuncia

—¿Todavía ora usted para pedir un milagro? —le pregunté—. ¿Sigue pidiéndole a Dios que sane sobrenaturalmente a Becky?

—Durante un largo tiempo, oramos y ayunamos algo más. Buscamos personas dotadas en sanidad y liberación espiritual. Leímos todos los libros que hablan de la sanidad y tratamos de seguir sus consejos. Sin embargo, ahora solo oro para pedir un milagro de vez en cuando. A veces me voy por detrás de Becky cuando ella está comiendo y le doy un abrazo. Le toco la cabeza y digo: «Señor, ¿querrías entrar aquí dentro y arreglar esto?». Una parte de su cerebro se está muriendo, es algo terrible. Pero no, ya no oro mucho para pedir un milagro.

Para ser sincero, aquello me sorprendió.

—Entonces, ¿qué pide en sus oraciones?

—Pido sabiduría para enfrentarme a las complicaciones que tiene estar dedicado a cuidarla. Pido su bienestar espiritual y maneras de hacerla sentir feliz, y que su vida tenga sentido.

—¿O sea, que usted ha perdido la esperanza de una sanidad? —le pregunté.

—En Eclesiastés hay un versículo que dice que hay un tiempo para desistir.[7] Después que nos dieron el diagnóstico, yo no desistí de creer en Dios, no abandoné a Becky, pero después de un tiempo, esencialmente desistí de que fuera sanada. Dejamos a un lado todos los remedios exóticos, los profesionales en medicina alterna y he tratado de apoyarla de la mejor manera posible en este triste trayecto. El psiquiatra suizo Paul Tournier dijo que la sabiduría consiste en saber cuándo resistirse y cuándo rendirse.[8]

—¿Se sintió usted tentado a abandonar el cristianismo?

—No; recuerdo el momento en el cual algunos discípulos se alejaron de Jesús a causa de sus fuertes enseñanzas y él les preguntó a los Doce: «¿También ustedes quieren marcharse? —Señor —contestó Simón Pedro—, ¿a quién

iremos? Tú tienes palabras de vida eterna».[9] Yo no estoy seguro de que Pedro entendiera aquel día lo que Jesús estaba enseñando, pero confió en él a causa de su personalidad y sus milagros. Reflexiono mucho acerca de eso. Sé demasiado para dejar de ser cristiano. Es como dicen las palabras de ese viejo himno: «He decidido seguir a Cristo; no vuelvo atrás, no vuelvo atrás».

—¿Cree usted que si fuera Dios, decididamente sanaría a Becky?

—Esa manera de pensar es una falacia. Dios es perfecto y actúa de acuerdo con esa perfección. Si yo fuera Dios, sería perfecto. . . por tanto, actuaría de la misma manera que actúa él. Nosotros no comprenderemos por qué hace lo que hace, pero es absurdo que pensemos que nosotros haríamos mejor las cosas.

Yo me rasqué la cabeza.

—Sin embargo, es irritante que Dios realice sanidades en unas circunstancias y no en otras.

—Sí. Uno se siente solo. Se siente vacío. Pero Dios recibe la gloria de una manera u otra. Él recibe la gloria cuando alguien es sanado milagrosamente y también la recibe cuando alguien desarrolla su fidelidad y su carácter por medio del sufrimiento.

—Sin embargo, ¿no deberíamos nosotros estar *siempre* orando para pedirle a Dios que intervenga de una manera milagrosa? —le pregunté—. Desistir parece. . . —busqué la palabra correcta, porque no quería parecer hiriente—. Bueno, parece. . . poco espiritual.

Para alivio mío, él no se sintió ofendido.

—De ninguna manera —me dijo—. Recuerda que yo no he renunciado a mi fe. No me estoy apartando de Dios. No estoy dejando a Becky y no estoy abandonando las esperanzas. Sin embargo, a veces el paso más adecuado cuando nuestras súplicas no son respondidas es hacer una oración de abandono.

Catherine Marshall habla sobre esta clase de oración en su libro *Adventures in Prayer*. «Existe una diferencia crucial aquí entre la *aceptación* y la *resignación*», escribe la autora. «En la oración de abandono no hay resignación. La resignación dice: “Esta es mi situación, me resigno a ella y me acomodo en ella”. La resignación se echa en medio del polvo de un universo sin Dios y se prepara para lo peor. La aceptación dice: “Es cierto; esta es mi situación en este momento. Miraré sin pestañear su realidad. Pero también abriré las manos para aceptar de buen agrado todo lo que me envíe el Padre amoroso”. De esa manera, la aceptación nunca le cierra de un golpe la puerta a la esperanza».[10]

—En Getsemaní —me dijo Groothuis—, Jesús le pidió al Padre que lo rescatara del destino de la cruz, pero su oración final fue una de abandono. Se

rindió cuando habría podido escapar. Se puso por completo en las manos de su Padre; todo lo que su Padre le tuviera reservado era lo que él quería para sí mismo. Y cuando no llega la sanidad, algunas veces tenemos que decir: «Señor, todo lo que tú me tengas reservado es lo que yo quiero», por difícil que pueda parecer eso en ese momento. En cierto sentido, es una oración de obediencia, de sumisión, de confianza y de fe.

Más tarde supe que en la oración que Marshall modela, ella sugiere que lo confesemos si hemos tenido una actitud exigente, o si hemos elevado nuestros deseos personales al punto de la idolatría, o tratado de manipular a Dios o de regatear con él para que haga lo que nosotros queremos. «Padre, quiero confiar en ti», dice en su oración. «Mi espíritu sabe que estas verdades son siempre dignas de confianza, aun cuando no *siento* nada: que tú estás presente. . . que tú me amas. . . que solo tú sabes qué es lo mejor para mí. . . Así que ahora, por un acto de mi voluntad, te lo dejo todo a ti. Voy a aceptar tu voluntad, cualquiera que esta sea».[11]

—¿Cómo ha cambiado su actitud respecto a la sanidad el hecho de hacer una oración de abandono? —le pregunté a Groothuis.

Él reflexionó un minuto, acariciándose la barba.

—En lugar de sentir que siempre estoy golpeando a Dios con los puños —me dijo—, ahora siento más como si estuviera descansando en sus brazos.

Volví a preguntarle:

—Cuando usted escucha historias de otras personas que han sido sanadas, ¿cómo lo hace sentir eso? ¿Gozoso? ¿Celoso?

—Para ser sincero, siento ambas cosas. Trato de regocijarme con los que reciben un milagro, pero me es difícil no decir: «¿Y Becky, por qué no?» Pero no comprendo todos los caminos de Dios. Él nunca le dio a Job una razón específica por la cual permitió que sufriera; lo que hizo fue revelarle su propia grandeza y su poder, y pedirle que confiara en él a la luz de aquello. Lo mejor que puedo hacer es confiar en el amor y la fidelidad de Dios y, tanto como pueda, meditar en el significado del sufrimiento.

Una esperanza bien dirigida

Por definición, los milagros se hallan fuera del curso normal de los acontecimientos. Son excepciones sobrenaturales a la forma en que el mundo

suele funcionar. Aunque son más frecuentes de lo que creemos, con todo siguen siendo relativamente escasos, lo cual significa que en el caso de la mayoría de las personas no se va a producir una sanidad repentina y total. Sin embargo, eso no significa que Dios esté ausente. Lo que sí indica es que nosotros andamos a la deriva, enfrentándonos solos con nuestras luchas.

—Hay una línea por la que debemos caminar —me dijo Groothuis—. No debemos ser excesivamente optimistas, como Pollyanna. No debemos fingir despreocupadamente que todo está bien, cuando eso no es cierto. Si alguien me pregunta cómo estoy, no le respondo con una sonrisa: «Una enfermedad cerebral está consumiendo a Becky, pero no es nada de qué preocuparse: Dios terminará sanándola». Eso no es ser auténtico. No es darle lugar a la angustia. Es no darle lugar al lamento.

»Por otra parte, *sí es cierto* que al final, la sanará. Y las Escrituras nos prometen en Romanos 8.28 que Dios puede y quiere hacer que surja el bien de las dificultades de nuestra vida, si le somos fieles. Eso suena como una frase más, lanzada con frivolidad. Sí, en medio de nuestras circunstancias es difícil *sentir* eso, pero no debemos olvidar algo.

—¿Cómo qué?

—¡Que es cierto! —declaró—. En este mundo o en el otro, de una u otra forma, tengo fe en que Dios sacará algún bien de las trágicas circunstancias que vive Becky. El apóstol Pablo sabía que la esperanzaes refinada por medio de la tribulación.[12] Jesús dijo: «Dichosos los que lloran»,[13] de manera que sé que Dios levantará a los que ahora sufren. Y confío en que aquello que vendrá será mejor que lo que es ahora.

—O sea, que usted ha puesto su esperanza en el mejor lugar —le dije.

—Exactamente. Una y otra vez, cuando comenzamos a perder eso de vista, vuelvo a la apologética; a las razones claras y determinantes para tener la seguridad de que Dios existe, de que Jesús es su único Hijo, de que la resurrección sucedió realmente y, por tanto, las promesas que él nos ha hecho, promesas de esperanza y de una sanidad definitiva, son ciertas. Recuerdo las décadas de mis propias experiencias con Dios, y puedo ver que me ha bendecido de numerosas formas.

»Aunque esto ha sido duro, Dios me ha permitido ver el mundo a través de mis lágrimas, que tal vez sea la forma más auténtica de verlo. La angustia me ha enseñado unas lecciones que de otra manera, nunca habría podido aprender.

Eché una mirada alrededor de su oficina, que estaba repleta de libros. Allí en Front Range, Colorado, contemplando la magnificencia de las Montañas

Rocallosas, Groothuis aún acude al aula para enseñarles a la próxima generación de líderes eclesiales cómo amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas. . . y sí, con toda su mente también.[14]

Su considerable depósito de conocimientos se halla ahora coronado con unas experiencias de vida que nadie desearía para sí mismo, pero que a él le han dado una nueva profundidad, una nueva comprensión, una nueva empatía. Incapaz de rescatar a Becky, Groothuis ha invitado a Dios para que lo refine *a él*.

—Este recinto es muy hermoso —le dije—. Me lo imagino caminando hacia su clase y a alguien que lo llama y le dice: «Hola, profesor Groothuis, ¿qué tal está?». ¿Qué le respondería usted?

—Bueno, por supuesto, le diría la verdad.

—¿Cuál. . .?

—Que estoy pendiendo de un hilo —me dijo—. Pero que, por fortuna, ese hilo lo tejió Dios.

CONCLUSIÓN

Llegue a su propio veredicto

Adrian Holloway se sintió turbado. No; es mejor decir que se sintió *reticente*. Estaba de pie delante de más de cuatro mil personas en un estadio británico. Por vez primera iba a hacer una oración pública para pedirle a Dios que sanara a los enfermos.

Al igual que yo, Holloway procedía del mundo del periodismo, donde había perfeccionado una mentalidad escéptica. Había llegado a la fe siendo adolescente y, cuando lo desafiaron los que dudaban de todo, utilizó su diploma de historia otorgado por la Universidad de Durham para satisfacerse totalmente a sí mismo en cuanto a saber que la resurrección de Jesús se apoya en una realidad sólida.

Después de una exitosa carrera cubriendo los encuentros de balompié para periódicos, radio y televisión, lo dejó todo para dedicar su vida a propagar el mensaje de esperanza y amor de Cristo por toda su nativa Inglaterra y fuera de ella.

Pero ¿orar en público para pedir sanidades? No se sentía cómodo haciéndolo. Su fe era más cerebral que emotiva. Además, estaba seguro de que Dios querría un vaso más puro, más santo que él, para una tarea tan sagrada. ¿Y qué pasaría si no se sanaba nadie? Si ya estaban enfermos, esto los haría sentirse más desilusionados aún. No podía soportar esa idea.

Claro, él había escudriñado las Escrituras para asegurarse de que Dios aún está activo sanando a los que tienen dolencias. Sin embargo, aquello era un ejercicio teológico. En cambio, esto era la realidad.

El escenario era un estadio llamado Meadow Lane, en Nottingham. Aquello sucedía a mediados del verano de 2005. Allí había acudido gente espiritualmente

curiosa para oír a Holloway hablar acerca de lo que sucede *después* que la persona muere y, de hecho, él se sentía seguro al explicar lo que dice la Biblia acerca del pecado, la redención, el perdón, la eternidad. Pero ¿orar para que Dios sanara a las personas *antes* de llegar al cielo? Nunca había hecho aquello en tal escenario. Sí, *reticencia* sería una buena palabra para describir su conducta.

Respiró hondo. Hizo una oración. Al final, dijo: «Si usted ha sido sanado, venga a decírnoslo». Una vez terminado aquello, comenzó su charla evangelística. «Yo no tenía idea de lo que sucedería», me contó.

Al instante, en medio de la multitud, algo le sucedió a una jovencita de dieciséis años llamada Abbi. Ella sabía que había sido sanada. Durante una década había sufrido de una alergia a las proteínas que amenazaba su vida y que le causaba una sacudida anafiláctica si comía una manzana o tocaba algo hecho de goma. Tres veces la habían tenido que volver a la vida en el hospital. Tenía que tomar medicamentos a diario y llevaba consigo un equipo médico de respuesta de emergencia dondequiera que iba. Su vida se hallaba fuertemente limitada y lo típico era que estuviera todo el tiempo en su casa.

Abbi estaba tan segura de su curación instantánea, que enseguida se puso en la muñeca una banda de goma. No hubo reacción. Se comió una rebanada de la manzana que tenía su primo. Tampoco hubo reacción. Frenéticos, sus amigos, que no aprobaban lo que ella estaba haciendo, se prepararon para llamar una ambulancia si era necesario.

Al terminar la reunión, Abbi subió a la plataforma, llevando dos de sus jeringas y una manzana. Por lo que vieron todos los presentes, había sido totalmente sanada de una manera inmediata.

No se trataba de una respuesta emocional provocada por la adrenalina, que se desvanecería con el tiempo. Un año más tarde, informaría: «Ya estoy totalmente bien. No he tenido una sola erupción, un solo escozor, un solo hormigueo. Nada. . . Soy Abbi. Ya no soy la niña de la alergia. Estoy libre».

Y, en cierto sentido, también Holloway se sintió libre. A partir de aquel momento, se sintió libre para orar por sanidad dondequiera que iba. Dios le ha respondido muchas veces.

También está Annie, cuya enfermedad del corazón, llamada síndrome de taquicardia ortostática postural hacía que se desmayara, y que se echó a llorar cuando sus síntomas desaparecieron instantáneamente después que se oró por ella en el nombre de Jesús. Las pruebas médicas confirmaron la sanidad; pasó un año y todavía estaba bien, y ya para entonces, estaba embarazada. «¡Ahora soy una persona totalmente diferente!», exclama.

Hannah carecía por completo de audición en un oído desde su nacimiento; estaba profundamente sorda en ese oído, según los médicos. Después de orar, hubo una sanidad total y espontánea. El audiólogo diría más tarde: «Pasar de estar absolutamente sorda a oír a la perfección es algo que no se puede explicar».

Edie estuvo confinada a una silla de ruedas quince años con esclerosis múltiple; no podía hablar sin ayuda mecánica y necesitaba cuidados médicos las veinticuatro horas del día. Sin embargo, recuperó su salud después de orar por ella. Holloway tiene una carta de su médico: «Me quedé atónito ante su recuperación, que parece ser total y carente de explicación».

Los ejemplos son muchos y siguen. Holloway comprueba las historias lo mejor que puede, confirmando la veracidad de la persona, obteniendo documentación médica cuando puede y grabando videos con los relatos de los sanados.

—Mi principal reacción es. . . *¡Vaya! —decía* Holloway, rebosante de gozo en una conversación conmigo—. *Este* es el poder de Dios.

—¿Cómo te ha cambiado la vida esta experiencia? —le pregunté.

Él pensó un instante.

—Ha fortalecido mi confianza en la integridad y la fiabilidad de la Biblia, y en la buena disposición de Dios para actuar hoy —contestó—. Me muestra la compasión divina; esa es la evidencia inmediata para la persona que él acaba de sanar. Una y otra vez, él usa esas demostraciones de su poder para abrir los corazones al evangelio.

Holloway ha llegado a su propio veredicto en el caso a favor de los milagros: Dios aún les está restaurando la vida y la salud a los que sufren, y todos nuestros esfuerzos por controlar eso, dominarlo, predecirlo o comprenderlo del todo, terminan invariablemente en frustración.

—Lo cierto es que se produce una gran celebración cuando alguien muy enfermo se da cuenta de que ha sido sanado de forma instantánea —me dijo—. Pero aun así, todavía las iglesias tienen funerales. No todos son sanados.

Cuando el milagro no es de uno

Conocí a Holloway, padre de cuatro hijas, un tipo común, con una calvicie incipiente, cuando lo oí debatir con el escéptico estadounidense Michael Shermer acerca de los milagros en un programa radial británico.

Aunque Shermer no haya salido de allí convencido, puesto que no tengo

conocimiento de que haya clausurado la revista *Skeptic*, sospecho que muchos de sus radioescuchas llegaron —a partir de los casos documentados que presentó Holloway— a la conclusión de que Dios sigue haciendo cosas sobrenaturales en la vida de los que sufren.

Como es natural, Shermer sacó a relucir la pregunta sobre la razón por la cual muchas personas siguen estando enfermas a pesar de la oración intercesora a favor de ellas. No la presentó como estratagema de polemista para ganar puntos. Para mí, que estoy casado con una mujer crónicamente enferma, es una cuestión totalmente legítima.

—Ni siquiera el mismo Jesús sanó nunca de manera automática —me explicó Holloway—. Cuando estuvo en Nazaret, el Evangelio de Mateo dice: "Y por la incredulidad de ellos, no hizo allí muchos milagros".[1] En Mateo 10 se dice que los discípulos recibieron autoridad para sanar y sin embargo, siete capítulos más adelante, no pudieron sanar a un muchacho endemoniado.[2] Pablo tampoco sanó a todo el mundo; la Biblia dice que dejó a Trófimo enfermo en Mileto,[3] y que él mismo nunca quedó libre de la «espina clavada en su cuerpo».[4] O sea, que hay razones bíblicas paraqua no nos sorprendamos cuando no se sanan todas las personas cada vez que se ora por ellas.

Con todo, el golpe emocional que causa esta cuestión sigue hiriendo. Hace algunos días, encontré un blog escrito por alguien que habla con autoridad personal sobre los milagros que no se han producido.[5]

El esposo de Tricia Lott Williford falleció inesperadamente, después de una enfermedad de doce horas, dejándola viuda con dos niños que ni siquiera estaban en kindergarten. Esta autora, del libro *And Life Comes Back: A Wife's Story of Love, Loss, and Hope Reclaimed*, tiene que enfrentarse a menudo con el problema de las angustias personales y las oraciones no respondidas. Aquí estaba escribiendo con una cruda sinceridad.

«Cuando Dios les da a otras personas de una manera que no te ha dado a ti, te es fácil sentir que te han discriminado, y te es difícil saber lo bueno que él ha sido con esas otras personas», decía.

Tricia cita a Nancy Guthrie cuando dice: «Hay quienes afirman que una fe fuerte se define como una que se lanza con toda energía a suplicarle a Dios un milagro que se lleve nuestro sufrimiento y después creer sin tener duda alguna de que él lo va a realizar. Sin embargo, la fe no se mide por nuestra capacidad de manipular a Dios para que haga lo que *nosotros queremos*; se mide por nuestra disposición a sometemos a lo que *él quiere*.[6]

»Lo cierto es que —continuó Williford— no hay fórmula en la cual podamos

confiar sobre cuándo Jesús dice que sí y cuándo dice que no. Esa es la trampa que tiene la soberanía: *Él es quien decide que sí, que no, si, cuándo y cómo*. No podemos averiguar lo que él va a hacer, ni podemos fundamentar nuestra propia seguridad en su favor. En cambio, sí podemos fundamentar nuestra seguridad en su fidelidad.

»Los milagros son temporales, pero la Palabra de Jesús, sus enseñanzas, nos traen vida eterna. Vida real. Tu fe en él, tu fe en que él es real, aun cuando no recibas el milagro, aun cuando él no te diga que sí. . . eso es lo que trae consigo vida eterna».

Aunque Williford ha sido bendecida ahora con un nuevo matrimonio, se da cuenta de que otras personas reciben ayuda cuando ella habla acerca de algunas de sus luchas a lo largo del camino. Ha descubierto que nuestra capacidad para soportar las dificultades es casi ilimitada. . . siempre que tengamos la seguridad de vivir en la esperanza.

Su consejo a los que sufren: «Decirle a Dios: "Señor no confío en ti, pero quiero confiar" es el principio de la esperanza cuando no eres tú quien recibe el milagro».

El encuentro de un punto en común

Me recosté en mi sillón después de terminar lo último de mis viajes y de mis investigaciones para este libro. Archivos con documentos, libros de texto, cuadernos de notas de páginas amarillas y montones de transcripciones de las entrevistas, regados por el suelo de mi sala de estar, porque ya no cabían en mi atestada oficina. Con una taza de café en la mano, estaba reflexionando sobre esa jornada de descubrimiento en cuanto a lo milagroso y lo sobrenatural.

Pensé afectuosamente sobre mi entrevista con Michael Shermer, hacía casi un año. Aunque estamos en desacuerdo en muchas cosas, ninguno de los dos permitió que eso impidiera una cordial relación. Él es una persona que agrada con facilidad. Me alegró darle todas las oportunidades que pude para que presentara su caso en contra de los milagros. . . y de hecho, identifiqué la presencia de algún terreno en común.

Por ejemplo, la revista de Shermer publicó un artículo de siete páginas escrito por una médico retirada llamada Harriet Hall, en el cual ella trata de refutar la posibilidad de una intervención divina en el mundo.[7] Aunque hay mucho discutible en ese artículo, también estuve de acuerdo con algunas de sus

afirmaciones.

Por ejemplo, ella afirma que las remisiones espontáneas se producen. *De acuerdo.* También dice que en el mundo hay charlatanes. *Lamentablemente, es cierto.* Dice que algunas veces, los análisis de sangre salen mal, los rayos X son mal interpretados y los diagnósticos son erróneos. *Por supuesto.* Dice que las coincidencias ocurren. *Claro que sí.*

Dice que hay personas que tienen una motivación para mentir. *Sin duda*. Dice que hasta las personas sinceras pueden percibir equivocadamente las cosas. *Cierto*. Dice que la memoria puede fallar. *Claro*. Dice que una persona aparentemente muerta puede volver a la vida. *Sin duda alguna*. Dice que cualquier matasanos puede presentar testimonios escritos de que su aceite de serpiente funciona. *Por supuesto*.

Todo eso es correcto, pero ¿les sirve de explicación a todos los relatos sobre los milagros? *No; lo siento*. Para creer en los milagros no es forzoso aceptar todas las reclamaciones de acontecimientos sobrenaturales que se vayan regando por la primera página de los periodicuchos de supermercado.

La doctora Hall dijo que los testigos presenciales eran «notoriamente poco dignos de confianza». Sí, puede haber problemas con algunos testigos presenciales, pero yo me atrevería a adivinar que si hubieran asesinado al esposo de la doctora Hall, ella querría que todos los testigos presenciales posibles testificaran contra su victimario en los tribunales.

Todo lo que hace su observación es insistir en que es importante poner a prueba los relatos de los testigos presenciales, basada en considerar el carácter de cada testigo, su motivación, sus prejuicios y su oportunidad de ver lo que sucedió. . . y buscar corroboración y documentación siempre que sea posible.

Se trata sencillamente de una práctica estándar para los abogados, jueces, periodistas, detectives, historiadores, jurados y otros que estén tratando genuinamente de buscar la verdad.

Persuadidos por las evidencias

A fin de cuentas, el caso *contra* los milagros no es satisfactorio. De hecho, sus cimientos mismos han sido erosionados por el «abyecto fracaso» del filósofo David Hume al tratar de desacreditar lo milagroso, por tomar prestada una frase procedente del título de la devastadora crítica de sus escritos publicada por

Oxford.[8] El supuesto argumento «contundente» de Hume contra los milagros ha terminado contundentemente derrotado.

Es más, el voluminoso estudio de Craig Keener sobre los milagros fue convincente en cuanto a su profundidad y su alcance. Yo encontré que estaba de acuerdo con la escéptica doctora que admitió que, aunque podrían existir explicaciones de orden naturalista para algunos de los relatos de milagros presentados por Keener, eso no es cierto en todos los casos. *No lo es y por un amplio margen.*

En realidad, me sentí impresionado por tantas asombrosas ocasiones de intervenciones sobrenaturales en las cuales hubo múltiples testigos presenciales dignos de confianza, documentación médica y ausencia de motivos para engañar.

En cuanto a los estudios clínicos que Shermer promocionara con tanta seguridad, el que no arrojaba efecto alguno de la oración intercesora sobre la sanidad. . . bueno, ha quedado decididamente socavado.

Candy Gunther Brown reveló que la persona que oró en ese proyecto formaba parte de una secta no cristiana que ni siquiera cree en la posibilidad de una intervención divina. O sea, que ese estudio que se llevó diez años y costó 2,4 millones de dólares, no nos dice nada acerca del efecto que tiene la oración cristiana auténtica en la sanidad.

Y en sentido contrario, la investigación de la propia Brown, revisada por sus colegas, muestra unas mejoras instantáneas en la visión y la audición después de una oración con imposición de manos por parte de seguidores sinceros de Jesús. Otros estudios, revisados por colegas, también muestran que la oración tiene un impacto positivo en la sanidad. Cada vez más, los investigaciones están llevando el caso a favor de los milagros del nivel anecdótico al de los datos.

Los extraordinarios sueños que se están produciendo entre los musulmanes, tal como informa sobre ellos el misionero Tom Doyle, van claramente más allá de ser simples coincidencias, porque son validados por una fuente o un suceso externo e independiente. Por ejemplo, muchos sueños fueron autenticados más tarde cuando la persona que soñó se encontró con personas concretas que solo había visto en su visión anterior. No se trata solamente de un acontecimiento fortuito; algo extraño estaba sucediendo.

Nosotros diríamos que algo sobrenatural.

A nivel fundamental, me siento cada vez más convencido de que el origen y la fina calibración de la que fue objeto el universo, y que describió el físico Michael Strauss en su entrevista, apuntan poderosamente a la existencia de un Creador sobrenatural.

Y estoy persuadido de que los datos históricos, citados por el detective J. Warner Wallace, establecen de forma convincente que Jesús de Nazaret no solo afirmaba ser el Hijo único de Dios, sino que después lo demostró al regresar de entre los muertos.

De hecho, la resurrección va más allá de confirmar la existencia de lo divino. Las torturas, la muerte y la tumba vacía de Cristo también responden a la pregunta sobre *por qué* Dios querría intervenir en unas vidas individuales por medio de su toque milagroso.

El hecho de que Jesús estuviera dispuesto a soportar la crucifixión nos dice que Dios se siente motivado a actuar de manera extraordinaria para rescatar a los seres humanos de las consecuencias de su vida descarriada. Y si ama *tanto* a las personas individuales, entonces es razonable creer que habría momentos en los cuales tomaría la decisión de usar una mano para detener las fuerzas de la naturaleza, mientras usa la otra para sanar de una manera milagrosa a alguien que está sufriendo.

Llegue a su propio veredicto

Por el hecho de haber sido ateo, siempre me interesan aquellas cosas que llevarían a un escéptico a admitir que se ha producido un milagro. En nuestra entrevista, Michael Shermer sugirió que a él lo persuadiría el que a un ser humano le volviera a crecer un miembro que le hubiera sido amputado.

Harriet Hall no piensa que ni siquiera eso sería suficiente. Al fin y al cabo, según dice ella, «sería concebible que los avances de la ciencia nos dieran el control suficiente de nuestro ADN para hacer lo que ya hacen los lagartos y las estrellas de mar».

Entonces, ¿a qué altura establece la doctora Hall el nivel necesario de pruebas para creer? ¿Qué le parecería esto? Ella pregunta: «¿Qué tal si una gallina comenzara a hablar en inglés, aprendiera a leer y derrotara a un gran maestro de ajedrez?».

Algo así, dice, haría que ella «llegara provisionalmente a la conclusión» de que «algo fuera del curso extraordinario de los sucesos» ha ocurrido; algo que parezca «imposible de explicar sin tener que apelar a unas fuerzas sobrenaturales». Sin embargo, aun entonces, ella no estaría demasiado dispuesta a pronunciar la palabra *milagro*.

Yo me reí al leer aquello. Ciertamente, podía comprender la tentación de llevar el nivel de las evidencias a una altura cómicamente elevada. . . para decir en cierto sentido: *Los milagros son imposibles y punto. Ahora, adelante, trate de defender su caso.*

La Biblia habla de nuestra tendencia humana a suprimir la verdad y a caminar por una senda distinta a la de Dios, y yo he visto eso manifestándose en mi propia vida. Cuando era ateo, no *quería* que el cristianismo fuera cierto. Tenía un estilo de vida de narcisismo, embriaguez e inmoralidad, y lo disfrutaba.

Cuando Leslie aceptó la fe en Jesús, su personalidad y sus valores comenzaron a cambiar y a mejorar. Aunque aquello me impresionaba, yo quería de vuelta a la Leslie de antes. Entonces pensé que si podía probar que era falso que Jesús regresó de entre los muertos, tal vez podría echar abajo al cristianismo.

Mientras desataba mi curiosidad por ese suceso fundamental de la fe, supe que estaría perdiendo mi tiempo si enfocaba la investigación con un punto de vista prejuiciado, habiendo alcanzado ya mi conclusión por adelantado.

Si algo me había enseñado mi entrenamiento en el periodismo, era a mantener la mente abierta mientras buscaba respuestas. Solo los peores aficionados se guiaban por el lema: «No dejes que los hechos se interpongan en el camino de una buena historia». En la escuela de derecho aprendí a evaluar las evidencias y los testimonios para determinar si eran sólidos o débiles.

He aquí algo que me sorprendió: el cristianismo *invita* a investigar. El apóstol Pablo dijo que si alguien puede demostrar que el milagro de la resurrección es una cuestión mitológica, una fantasía, un error, una leyenda o un cuento de hadas, entonces tiene una justificación para abandonar la fe.[9] Cuando los Evangelios informan sobre los sucesos sobrenaturales, no comienzan diciendo: «Había una vez. . .» Al contrario, presentan su informe con un lenguaje sobrio, de una manera concreta y dentro de un contexto histórico que se puede comprobar.

Después de casi dos años de investigación, llegué a mi propio veredicto acerca de los milagros: muchas veces son creíbles y convincentes, y contribuyen de manera poderosa al caso acumulativo a favor de Cristo. Movido por las realidades, me uní a Leslie y seguí yo también a Jesús, y la palabra *milagro* no tiene nada de exagerada al describir la forma en que Dios ha revolucionado mi vida como consecuencia.

En cuanto al tiempo que invertí en estudiar las evidencias para este libro en particular, ciertamente, fue bien empleado. Al final, mi seguridad de que tenemos a un Dios que obra milagros se ha hecho más profunda y más fuerte.

Como diría un tribunal de apelaciones: *El veredicto queda confirmado.*

Ahora bien, si el cristianismo es veraz, eso quiere decir que la confianza de Shermer en un sistema de salvación basado en los méritos personales se hallaría trágicamente fuera de lugar. Yo recuerdo haberle oído decir durante nuestra entrevista que él no creía que Dios lo fuera a juzgar severamente si él trataba de vivir de acuerdo con la Regla de Oro, por imperfectamente que lo hiciera.

Recuerdo haberle preguntado: «¿Y si la norma del nivel más básico de la bondad consistiera en entregar la vida completamente al servicio de los pobres, sacrificándolo todo y llevando una existencia totalmente entregada a los demás, estaría usted a la altura de eso?»

«Bueno. . .», me contestó vacilante. «Hablando en serio, no creo que esa pudiera ser la norma».

En realidad, la norma es mayor aún: es la perfección. Eso es algo que ninguno de nosotros puede alcanzar por medio de sus esfuerzos. Por fortuna, lo que Dios nos provee es su *gracia*, un don gratuito por el que obtenemos el perdón y la vida eterna todos los que lo recibamos con arrepentimiento y fe.[10] Eso es lo que hicieron la muerte y la resurrección de Jesús: pagaron el castigo que nosotros merecíamos por nuestros fallos y nuestras malas acciones, y después nos elevaron para darnos una nueva vida con él. . . para siempre.[11]

Ese es el milagro más valioso de todos.

Cada uno de nosotros debe tomar por sí mismo la decisión de recibir o rechazar su regalo. Mientras reflexiona sobre el contenido de este libro, confío en que mantenga la mente abierta y el corazón receptivo. Tengo la esperanza de que esta promesa, tomada del libro de los Proverbios, le dará aliento:

> Si tu oído inclinas hacia la sabiduría
> y de corazón te entregas a la inteligencia;
> si llamas a la inteligencia
> y pides discernimiento;
> si la buscas como a la plata,
> como a un tesoro escondido,
> entonces comprenderás el temor del Señor
> y hallarás el conocimiento de Dios.[12]

Reconocimientos

Aunque en la portada aparece un nombre, este libro tiene muchos «coautores» que contribuyeron de modo significativo a su contenido y producción. Me siento profundamente agradecido a cada uno de ellos por sus aportes a la configuración de este manuscrito y por el resultado obtenido.

Como siempre, mi amigo Mark Mittelberg brindó una orientación clave y una aguda edición del proyecto de principio a fin. Antes que cualquiera de mis manuscritos vaya al publicador, Mark está listo para examinarlos y ofrecer valiosos aportes.

John Sloan, editor de todos mis títulos de la serie El caso. . . —publicados por Zondervan—, fue una fuente constante de aliento y sabio juicio a lo largo de la investigación y redacción de este libro. Sus oportunas sugerencias han mejorado cada volumen de la serie.

También agradezco a todo el personal de Zondervan, especialmente a Dirk Buursma, mi nuevo editor; a Tom Dean y a los equipos de marketing y ventas; al editor comercial de Zondervan, David Morris; y a las personas dedicadas que diseñaron, produjeron y publicitaron este libro.

Mi esposa, Leslie, merece un elogio especial por tolerar mis ausencias mientras viajaba por el país en busca de expertos en milagros. Y hablando de las autoridades que entrevisté, gracias a cada una de ellas por dar a conocer su experiencia y sus historias personales. A fin de cuentas, el escritor no es mejor que las fuentes que consulta.

Sobre todo, agradezco al Dios de los milagros que le dio, a un ebrio y narcisista redactor periodístico, una nueva vida y un nuevo propósito: decirle al mundo que hay esperanza en Jesús. No puedo evitar pensar que soy la primera evidencia del caso de los milagros.

Conozca a Lee Strobel

Lee Strobel, ateo convertido en cristiano, antiguo editor legal galardonado del periódico *The Chicago Tribune*, ha sido nombrado por el *New York Times* autor superventas con más de veinte libros. En el pasado dio clases sobre la Ley de la Primera Enmienda en la Universidad Roosevelt y sirve en la actualidad como profesor de pensamiento cristiano en la Universidad Bautista de Houston.

Lee cursó sus estudios superiores en la Universidad de Missouri (licenciatura en Periodismo) y en la Escuela de Derecho de Yale (maestría en Leyes). Fue periodista durante catorce años en el *the Chicago Tribune* y otros periódicos, ganando la honra más distinguida de Illinois por periodismo de servicio público, otorgado por United Press International. También estuvo al frente de un equipo que recibió el primer premio de UPI por sus informes investigativos en Illinois.

Lee se hizo cristiano en 1981, después de examinar las evidencias a favor de Jesús. Posteriormente pasó a ser pastor docente en dos de las iglesias más influyentes de Estados Unidos y anfitrión del programa *Faith under Fire* en las redes televisivas de la nación. Actualmente es pastor docente en la congregación Woodlands Church, en Texas.

Lee ha ganado premios nacionales por sus libros *El caso de Cristo*, *El caso de la fe*, *El caso del Creador* y *El caso de la gracia*. En el año 2017 se presentó su peregrinar espiritual en una importante película llamada *«El caso de Cristo»*, clasificada entre las primeras veinte películas basadas en la fe en cuanto a taquilla.

Lee y su esposa Leslie tienen cuarenta y cinco años de casados. Su hija Alison es novelista. Su hijo Kyle es profesor de teología espiritual en la Escuela de Teología Talbot, de la Universidad Biola.

Recursos recomendados para continuar la investigación

Los milagros

Belmonte, Kevin. *Miraculous: A Fascinating History of Signs, Wonders, and Miracles*. Nashville, TN: Thomas Nelson, 2012.

Brown, Candy Gunther. *Testing Prayer*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2012.

Earman, John. *Hume's Abject Failure: The Argument against Miracles*. Nueva York: Oxford University Press, 2000.

Geivett, R. Douglas, and Gary R. Habermas. *In Defense of Miracles: A Comprehensive Case for God's Action in History*. Downers Grove, IL: InterVarsity, 1997.

Grudem, Wayne A., ed. *Are Miraculous Gifts for Today? Four Views*. Grand Rapids: Zondervan, 1996.

Keener, Craig S. *Miracles: The Credibility of the New Testament Accounts*. En dos volúmenes. Grand Rapids: Baker Academic, 2011.

Larmer, Robert A. *Dialogues on Miracle*. Eugene, OR: Wipf & Stock, 2015.

———. *The Legitimacy of Miracle*. Lanham, MD: Lexington Books, 2014.

Lennox, John C. *Miracles: Is Belief in the Supernatural Irrational?* Cambridge, MA: Veritas Forum, 2013.

Lewis, C. S. *Los milagros*. Nueva York: Rayo, 2006.

Metaxas, Eric. *Miracles: What They Are, Why They Happen, and How They Can Change Your Life*. Nueva York: Dutton, 2014.

Stafford, Tim. *Miracles: A Journalist Looks at Modern-Day Experiences of God's Power*. Minneapolis: Bethany House, 2012.

Strobel, Lee. *El caso de la fe*. Miami, Fl: Editorial Vida, 2001.

Twelftree, Graham H. *Jesus the Miracle Worker: A Historical and Theological*

Study. Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999.
———. *Paul and the Miraculous: A Historical Reconstruction*. Grand Rapids: Baker Academic, 2013.

Los evangelios y la resurrección

Bauckham, Richard. *Jesus and the Eyewitnesses: The Gospels as Eyewitness Testimony*. Grand Rapids: Eerdmans, 2008.
Blomberg, Craig L. *Can We Still Believe the Bible? An Evangelical Engagement with Contemporary Questions*. Grand Rapids: Brazos Press, 2014.
———. *The Historical Reliability of the Gospels*. 2nd ed. Downers Grove, IL: InterVarsity Academic, 2007.
Copan, Paul, and Ronald K. Tacelli, eds. *Jesus' Resurrection: Fact or Figment? A Debate between William Lane Craig and Gerd Lüdemann*. Downers Grove, IL: InterVarsity Academic, 2000.
Craig, William Lane. *The Son Rises: Historical Evidence for the Resurrection of Jesus*. Eugene, OR: Wipf & Stock, 2000.
Evans, Craig A. *Fabricating Jesus: How Modern Scholars Distort the Gospels*. Downers Grove, IL: InterVarsity, 2006.
Evans, Craig A., and N. T. Wright. *Jesus, the Final Days: What Really Happened*. Louisville, KY: John Knox Press, 2009.
Habermas, Gary R., and Michael R. Licona. *The Case for the Resurrection of Jesus*. Grand Rapids: Kregel, 2004.
Habermas, Gary R., and Antony Flew. *Did the Resurrection Happen? A Conversation with Gary Habermas and Antony Flew*. Downers Grove, IL: InterVarsity, 2009.
Keener, Craig S. *The Historical Jesus of the Gospels*. Grand Rapids: Eerdmans, 2009.
Köstenberger, Andreas J., and Justin Taylor. *The Final Days of Jesus*. Wheaton, IL: Crossway, 2014.
Licona, Michael R. *The Resurrection of Jesus: A New Historiographical Approach*. Downers Grove, IL: IVP Academic, 2010.
———. *Why Are There Differences in the Gospels? What We Can Learn from Ancient Biography*. Oxford: Oxford University Press, 2017.
McDowell, Josh, and Sean McDowell. *Evidence for the Resurrection*. Ventura, CA: Regal, 2009.
Roberts, Mark D. *Can We Trust the Gospels? Investigating the Reliability of*

Matthew, Mark, Luke, and John. Wheaton, IL: Crossway, 2007.
Strobel, Lee. *El caso de Cristo*. Edición en inglés actualizada y ampliada. Grand Rapids: Zondervan, 2016.
———. *In Defense of Jesus* (antes, *The Case for the Real Jesus*). Grand Rapids: Zondervan, 2016.
Swinburne, Richard. *The Resurrection of God Incarnate*. Oxford: Oxford Press, 2003.
Wallace, J. Warner. *Cold-Case Christianity: A Homicide Detective Investigates the Claims of the Gospel*. Colorado Springs: David C. Cook, 2013.
Wright, N.T. *La resurrección del Hijo de Dios.* Estella, Navarra: Editorial Verbo Divino, 2008.

El origen y la fina calibración de nuestro universo y nuestro planeta

Bussey, Peter. *Signposts to God: How Modern Physics and Astronomy Point the Way to Belief*. Downers Grove, IL: IVP Academic, 2016.
Craig, William Lane. *Reasonable Faith: Christian Truth and Apologetics*. Tercera edición. Wheaton, IL: Crossway, 2008.
Dembski, William A. *Mere Creation: Science, Faith, and Intelligent Design*. Downers Grove, IL: InterVarsity, 1998.
González, Guillermo y Jay Wesley Richards. *The Privileged Planet: How Our Place in the Cosmos Is Designed for Discovery*. Washington, DC.: Regnery, 2004.
Lewis, Geraint F., and Luke A. Barnes. *A Fortunate Universe: Life in a Finely Tuned Cosmos*. Cambridge: Cambridge University Press, 2016.
Ross, Hugh. *Improbable Planet: How Earth Became Humanity's Home*. Grand Rapids: Baker, 2016.
———. *Why the Universe Is the Way It Is*. Grand Rapids: Baker, 2008.
Strobel, Lee. *El caso del Creador*. Miami: Editorial Vida, 2005.
Wallace, J. Warner. *God's Crime Scene: A Cold-Case Detective Examines the Evidence for a Divinely Created Universe*. Colorado Springs: David C. Cook, 2015.
Ward, Peter, and Donald Brownlee. *Rare Earth: Why Complex Life Is Uncommon in the Universe*. Nueva York: Copernicus, 2000.

Guía para los comentarios en grupo y la reflexión personal

Introducción

1. ¿Qué le impulsó a leer este libro? ¿Alguna experiencia o interrogante que le animó a escoger un libro sobre los milagros? Describa lo que genera su interés en este tema.
2. En una escala de uno a diez, en la cual el uno indica que se siente «totalmente escéptico» y el diez que está «convencido por completo», ¿cómo calificaría su posición actual en cuanto a lo milagroso? ¿Por qué escogió esa calificación? ¿Qué haría falta para que subiera de calificación en esta escala?
3. El libro comienza con varias historias breves acerca de algunos sucesos muy poco vistos. ¿Le parecen que alguno de ellos es un verdadero milagro? ¿Cuál y por qué?
4. ¿Cree que los milagros de Jesús se produjeron tal como los describen los evangelios del Nuevo Testamento (Mateo, Marcos, Lucas y Juan)? ¿Hay algún acto sobrenatural de Jesús que le haya sido más difícil de creer que los demás? Tenga la bondad de explicar su respuesta.
5. ¿Alguna vez ha tenido una experiencia que solo puede explicar como una intervención divina en su vida? Tenga la bondad de describirla. ¿Qué hace que le parezca sobrenatural? ¿Cómo le hizo sentir este milagro? ¿Cambió su manera de ver a Dios? Si así fue, ¿cómo lo hizo?
6. ¿Cómo distinguiría entre una coincidencia poco usual y un verdadero milagro?

Capítulo 1: La formación de un escéptico

1. Describa su peregrinar espiritual. ¿Qué factores influyeron en su fe cuando era niño? ¿Cómo han cambiado sus creencias a lo largo de los años? ¿Cuál es su punto de vista espiritual en el presente?
2. El escéptico Michael Shermer cuenta una desgarradora historia en la cual su novia quedó paralizada en un accidente. Él afirma que sus oraciones pidiendo su sanidad no tuvieron contestación. ¿Cómo cree usted que habría respondido en una situación similar?
3. El patriota estadounidense Thomas Paine escribió: «¿Es más probable que la naturaleza se salga de su curso o que un hombre diga una mentira? En nuestros tiempos, nunca hemos visto a la naturaleza salirse de su curso; en cambio, tenemos buenas razones para creer que en ese mismo tiempo se han dicho millones de mentiras; por tanto, hay una probabilidad al menos entre millones de que la persona que informa sobre un milagro esté mintiendo».[1] ¿Está de acuerdo con él? Explique la razón de su respuesta.
4. ¿Qué clase de evidencias serían necesarias para convencerle de que se ha producido realmente un milagro?
5. Shermer describe algunas de las preguntas que perturbaron su fe. ¿Hay alguna cuestión que haga que vacile en cuando a abrazar plenamente el cristianismo? ¿Cuáles son esas cuestiones? ¿Dónde podría hallar unas buenas respuestas a sus preocupaciones?

Capítulo 2: El argumento contundente

1. ¿Cómo definiría usted la *fe*? Un viejo chiste habla de un estudiante de la escuela dominical que dijo: «Fe es creer algo, aunque uno sepa en su corazón que no puede ser cierto». Hay escépticos que afirman que la fe significa creer en algo, a pesar de que no existan evidencias a su favor. . . o incluso evidencias en su contra. La mayoría de los cristianos definen la fe como un paso en la misma dirección en la cual nos señalan las evidencias. ¿Con cuál de esas definiciones se identifica usted? ¿Cómo definiría *usted* la fe?
2. El escéptico Michael Shermer cree que los argumentos del filósofo escocés David Hume contra los milagros son decisivos. A partir de lo que ha leído, ¿hasta qué punto le parece fuerte la posición de Hume?
3. El ateo Jerry Coyne dijo: «Para tener una seguridad real en cuanto a un milagro, se necesitan evidencias masivas, bien documentadas y, o bien

evidencias repetidas o independientemente corroboradas por múltiples fuentes dignas de crédito». Su conclusión: «Ningún milagro religioso se acerca siquiera a la satisfacción de esas normas». ¿Está de acuerdo o en desacuerdo? ¿Por qué?

4. Shermer dijo que haría falta que a una persona amputada le volviera a brotar el miembro perdido para convencerlo de que Dios ha sanado a esa persona. ¿Es ese un nivel razonable para la fe? Explique su respuesta.
5. ¿Qué papel pueden desempeñar los factores psicológicos o emocionales en el hecho de que una persona crea que Dios la ha sanado de una enfermedad? ¿Qué clase de milagro desafiaría esa explicación en base a esos factores?

Capítulo 3: Los mitos y los milagros

1. El escéptico Michael Shermer cree que los cuatro evangelios—Mateo, Marcos, Lucas y Juan—, fueron escritos para presentar principios morales, no para poner por escrito algo que había sucedido realmente. ¿Está de acuerdo o en desacuerdo? ¿Por qué?
2. Shermer pregunta por qué los judíos no aceptan la historia de la resurrección, aunque comparten con los cristianos una buena parte del mismo Libro santo. ¿Por qué piensa usted que sucede eso?
3. Si Dios hizo brotar el universo de la nada, este sería el milagro más espectacular de todos. ¿Está convencido de que el universo fue creado por Dios? Explique su respuesta.
4. Shermer cree que el cielo, tal como lo describimos los cristianos, sería un lugar «aburrido». ¿Está de acuerdo o en desacuerdo? ¿Por qué?
5. Si resultara verdad que Dios *existe*, Shermer afirma que le diría que él ha seguido la Regla de Oro lo mejor que ha podido. ¿Cómo piensa usted que le respondería Dios? ¿Le vienen a la mente algunos pasajes bíblicos que se refieren a este tema?
6. Shermer relata una misteriosa historia acerca del radio de transistores que comenzó a sonar después de su boda. ¿Qué piensa con respecto a ese incidente? ¿Fue simplemente una coincidencia extraordinaria o algo más?

Capítulo 4: Del escepticismo a la fe

1. ¿Qué piensa que quiso decir C. S. Lewis cuando escribió: «En realidad, los milagros nos vuelven a contar en letra pequeña la misma historia que se halla escrita en el mundo entero con letras demasiado grandes para que alguno de nosotros las pueda ver»?
2. El erudito cristiano Craig Keener llegó a la fe por una experiencia emocional que tuvo siendo adolescente y más tarde estudió las evidencias que apoyan al cristianismo. ¿Se identifica con eso? ¿Por qué? ¿Cómo han influido las evidencias en su propio peregrinar en la fe. . . o no han influido?
3. ¿Considera «milagrosa» la conversión de Keener? ¿En qué sentido se debe considerar todo nuevo nacimiento espiritual como milagro?
4. Los jóvenes que le hablaron de Jesús a Keener no eran precisamente partidarios del «evangelismo por amistad». Sin embargo, Dios usó su imperfecta interacción con él para llevarlo a la fe. Describa algún momento en el cual haya hablado de sus creencias espirituales con otra persona. ¿Se sintió incómodo al hacerlo? ¿Cuál fue el resultado? ¿Qué haría más fácil el que le hablara de su fe a los demás?
5. Keener describe a un profesor que dijo que no creería en Dios, incluso si alguien resucitara de entre los muertos enfrente de él. ¿Qué podría causar el que alguien tuviera la mente tan cerrada? ¿Qué se necesita además de las evidencias para llevar a la fe a personas así?

Capítulo 5: De Hume a Jesús

1. Craig Keener, profesor de Nuevo Testamento, defiende a Mateo, Marcos, Lucas y Juan como pertenecientes al género literario de las «biografías antiguas», y no al de las mitologías o las leyendas. ¿Cambia esto la forma en que usted ve estos evangelios? ¿Qué significa la observación de Keener en función de la precisión historica de estos escritos?
2. Los milagros de Jesús se hallan presentes en los relatos escritos más antiguos sobre su vida y su ministerio. ¿Mejora esto su credibilidad para usted? Explique su respuesta.
3. Keener refuta al escéptico David Hume, a quien Michael Shermer había citado como que presentó un «argumento contundente» contra los milagros. ¿Cómo cae Hume en la trampa del razonamiento circular? El filósofo John Earman, que no es cristiano, le puso a su libro el título de

Hume's Abject Failure. ¿Le parece que ese sea un título correcto? ¿Por qué?

4. Algunos escépticos exigen «evidencias extraordinarias» para los milagros, pero Keener dijo que unas «evidencias suficientes y dignas de crédito» son todo lo que se debería necesitar. En su opinión, ¿es esta una norma razonable? Explique su respuesta.
5. Si alguien informa que se ha producido un milagro, ¿qué evidencias necesitaría ver usted para apoyar su afirmación? ¿Qué clase de testigos presenciales consideraría convincentes? Si tuviera la oportunidad, ¿qué preguntas le haría a un testigo presencial para determinar si ellos han estado diciendo la verdad? ¿Qué clase de documentación del supuesto milagro consideraría útil?
6. ¿Le parece que los cristianos califican demasiado rápido de milagros los acontecimientos? ¿Acaso serán demasiado crédulos? ¿Deberían ser más escépticos? Presente sus razones. ¿Cuál es la diferencia entre un escepticismo saludable y una mente cerrada?

Capítulo 6: Una oleada de milagros

1. Craig Keener relata la historia de Teresa, la hermana mayor de su esposa, a quien mordió una serpiente, y dejó de respirar durante más de tres horas. ¿Cuál es su reacción ante esa historia? ¿Fue esto un milagro o simplemente un caso notable de resucitación? ¿Por qué ella no sufrió la clase de daños cerebrales que se producen normalmente después de seis minutos sin oxígeno?
2. La historia de Keener acerca de Bárbara, una paciente de esclerosis múltiple al borde de la muerte, parece particularmente convincente. ¿Cuál fue su reacción? ¿Le asombró de una manera especial algún aspecto de su historia? ¿Se le ocurre alguna explicación naturalista para todo lo que le sucedió?
3. Keener relata varias historias tomadas de las investigaciones que hizo para su libro, entre ellas la sanidad de un tobillo roto, la sordera y un problema del corazón. ¿Cuál es su reacción ante esos informes? ¿Le parecen dignos de crédito? Explique su respuesta.
4. ¿Por qué piensa que no hay informes sobre personas con amputaciones a las cuales les ha vuelto a crecer el miembro perdido? ¿Hay otras sanidades

dignas de crédito que sean claramente visibles, tanto como lo sería la sanidad de una persona con alguna amputación? ¿Cuáles?

5. Las sanidades milagrosas están alimentando el crecimiento de las iglesias cristianas en el mundo entero, incluyendo China, Filipinas, Brasil y Etiopía. ¿Cuáles son las razones posibles de que Dios esté manifestando su poder de una manera tan dramática en esos lugares?
6. Keener dice: «El antisobrenaturalismo ha reinado como premisa académica inflexible en el occidente durante un tiempo excesivamente largo». ¿Está de acuerdo con él? ¿Qué actitud deben tomar los eruditos hacia las afirmaciones sobre lo milagroso? ¿Por qué?

Capítulo 7: La ciencia de los milagros

1. Stephen Jay Gould, científico de Harvard, afirmó que la ciencia y la fe ocupan unos «magisterios sin superposición mutua»; en otras palabras, la ciencia trata con el universo empírico, los hechos y las teorías, mientras que la fe se centra en las cuestiones relativas al significado moral y a los valores. ¿Por qué no funciona esta distinción en el caso del cristianismo?
2. El libro de texto *Psychology of Religion* dice: «Las evidencias sobre la eficacia de las oraciones. . . se mantienen fuera del dominio de la ciencia». ¿Está de acuerdo o en desacuerdo? ¿Deberían tratar los eruditos de estudiar los milagros evidentes? ¿Cuáles instrumentos podrían usar los científicos para determinar si un milagro es digno de crédito o no?
3. El escéptico Michael Shermer se apoyó fuertemente en la investigación de STEP realizada en el año 2006, que mostraba que la oración no tenía efecto alguno, o tal vez incluso un pequeño impacto negativo, sobre la curación de pacientes con dolencias del corazón. Sin embargo, la profesora Candy Gunther Brown, de la Universidad de Indiana, reveló que las personas que oraron en ese estudio formaban parte de una secta no cristiana que ni siquiera cree en que Dios realice milagros. Su conclusión es que ese estudio no nos dice nada acerca del impacto que tiene la oración cristiana auténtica sobre la sanidad. ¿Está de acuerdo con ella? Explique su respuesta.
4. ¿Cuál es su reacción ante los estudios sobre la oración que llevó a cabo Brown en Mozambique y Brasil, donde se examinaron personas con limitaciones visuales y auditivas, se oró por ellas y después se las volvió a

examinar, con frecuentes informes sobre mejoras en su estado? ¿Qué piensa de los otros estudios que ella cita y que señalan que la oración tiene un impacto positivo? ¿Le parecen dignos de crédito?
5. Si pudiera planificar un nuevo estudio para determinar si se han producido sanidades milagrosas, ¿qué aspecto tendría ese estudio?
6. Brown distingue entre la oración intercesora *distante* y la oración intercesora *próxima*. ¿Por qué es importante esa distinción?

Capítulo 8: Sueños y visiones

1. ¿Cree que Dios guía algunas veces a las personas por medio de sueños? ¿Alguna vez ha tenido un sueño que cree que provino de algo ajeno a usted? ¿Ha habido alguna corroboración externa de esa creencia suya? Describa su experiencia.
2. ¿Cuáles son los peligros de que los cristianos nos centremos demasiado en los sueños? ¿Cómo nos podemos proteger de las confusiones?
3. Tom Doyle, misionero en el Oriente Medio, describe varios ejemplos de sueños y visiones extraordinarios entre los musulmanes. ¿Se identificó de manera especial con alguna de sus historias? ¿Por qué?
4. En el Oriente Medio, con frecuencia a la persona que quiere aceptar la fe en Cristo se le pregunta primero si está dispuesta a sufrir por Jesús y, en segundo lugar, si está dispuesta a morir por él. Sinceramente, ¿cómo respondería usted si le hicieran esas preguntas?
5. Lee Strobel habla del único sueño que recuerda de su niñez: la aparición de un ángel que le dijo que algún día él comprendería el mensaje de la gracia. ¿Cómo considera esa experiencia? ¿Milagro? ¿Coincidencia? ¿Por qué?
6. ¿Por qué piensa que Dios no usa los sueños y las visiones para alcanzar a millones de personas más con el evangelio?

Capítulo 9: El asombroso milagro de la creación

1. ¿Gravitan más sus intereses alrededor de la ciencia, la historia, las humanidades o algo más? ¿Cuál aspecto de la ciencia es el que más le fascina? ¿Por qué? Además del uso del método científico, ¿de qué otras maneras podemos determinar si algo es cierto o no?

2. Romanos 1.20 dice: «Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa». A partir de este versículo, el físico Michael Strauss señala que los milagros no son necesarios para que nosotros sepamos que existe un Dios; más bien, vemos evidencias a su favor de una manera más común a través del mundo que él hizo. En la opinión de usted, ¿cuáles aspectos de la naturaleza señalan con mayor fuerza hacia la existencia de Dios? ¿Por qué?
3. Strauss dice que, a causa de la abrumadora cantidad de datos científicos, no creer en el Big Bang sería como creer que la Tierra es plana. ¿Hasta qué punto se siente seguro de que el mundo haya comenzado con el Big Bang? ¿Le parece que ese suceso contradice la afirmación de la Biblia según la cual Dios lo creó todo o que la favorece?
4. El argumento cosmológico *kalam* dice que todo lo que comienza a existir tiene una causa; el universo comenzó a existir, por tanto, el universo tiene una causa. ¿Hasta qué punto le parece fuerte ese argumento? ¿Se le ocurren ejemplos de cosas que hayan tenido un principio, pero carecen de causa?
5. El filósofo William Lane Craig dice que si Dios creó el universo, entonces los milagros como el nacimiento virginal de Jesús son simples juegos de niños. ¿Está de acuerdo? Explique su respuesta.
6. Strauss dijo: «No vivimos la vida a partir de unas oscuras posibilidades. La vivimos a partir de las probabilidades. ¿Es posible que mi esposa me envenenara el cereal esta mañana? Todo es posible, pero no todo es probable». ¿Qué relevancia tiene esta afirmación en la investigación de las cosas consideradas como milagros?

Capítulo 10: Nuestro universo y nuestro planeta milagrosos

1. El ateo Christopher Hitchens admitió que la delicada calibración del universo es el argumento más convincente que presentan los cristianos a favor de la existencia de Dios. ¿Hasta qué punto le parece fuerte esa evidencia?
2. ¿Cuál de los ejemplos de esta delicada calibración le ha causado un

impacto mayor y por qué?

3. Richard Swinburne, de Oxford, dijo que cuando se trata de explicar la delicada calibración del universo es «el colmo de la irracionalidad» postular la proliferación de más universos, para la cual no existe ninguna evidencia física, en lugar de creer en la existencia de un Dios. ¿Está de acuerdo? Explique su respuesta.
4. El astrofísico Hugh Ross dijo: «Vale la pena hacer notar que las Escrituras hablan del comienzo trascendente de la realidad física, incluso del tiempo mismo (Génesis 1.1; Juan 1.3; Colosenses 1.15-17; Hebreos 11.3); acerca de la continua separación o «expansión» del cosmos (Job 9.8; Salmos 104.2; Isaías 40.22, 45.12; Jeremías 10.12); acerca de las leyes físicas inmutables (Jeremías 33.25), una de las cuales es la ley generalizada del deterioro (Eclesiastés 1.3-11; Romanos 8.20-22). Dedique un momento a buscar las citas bíblicas que más le interesen. ¿De qué manera confirma la ciencia lo que nos dicen las Escrituras acerca de la creación?
5. Tim Maudlin, filósofo de la ciencia, afirma que solo hay dos explicaciones plausibles para la delicada calibración del universo: un multiverso o un diseñador. Según el punto de vista de usted, ¿cuál de las dos explicaciones se ajusta mejor a las evidencias en general? ¿Qué hechos apoyan su conclusión?
6. Una objeción común de los escépticos es esta: «Si Dios creó el universo, entonces ¿quién creó a Dios?». ¿Hasta qué punto son convincentes las respuestas que ofrecen Michael Strauss y William Lane Craig? ¿Por qué?

Capítulo 11: El milagro de la resurrección

1. ¿Ha visto alguna vez esos programas de la televisión sobre la forma en que unos investigadores han resuelto casos antiguos de asesinatos que otros no han podido resolver? ¿Cuáles son las habilidades esenciales que necesitaría un detective para resolver con éxito esos casos «cerrados»? ¿Qué relevancia tendría esa pericia suya en la determinación sobre si Jesús realmente resucitó de entre los muertos?
2. El detective J. Warner Wallace usó el ejemplo de una víctima apuñalada para ilustrar de qué forma los supuestos previos pueden impedir que los detectives busquen la verdad. ¿Cómo pueden influir las opiniones formadas con anterioridad en una persona para que sea sensible o no a la

posibilidad de que ocurran milagros? ¿Alguna vez ha tenido la mente cerrada con respecto a lo milagroso? ¿Qué le sucedió?

3. Cuando Wallace era ateo, su evaluación de los cuatro evangelios lo convenció de que los escritores tuvieron el propósito de recoger por escrito lo sucedido. El escéptico Michael Shermer cree que los evangelios son historias fantasiosas que fueron relatadas con el propósito de presentar un concepto moral. Ahora que ha leído sus dos explicaciones, ¿cuál cree usted que es el punto de vista mejor apoyado por las evidencias y por qué?
4. Wallace indica que cuando los testigos experimentan algo que es único, que no se repite y es personalmente importante o poderoso, hay una probabilidad mucho mayor de que lo recuerden. ¿Le viene a la mente un ejemplo de eso, tomado de su propia vida? ¿Cómo se aplica esta observación a la fiabilidad de los evangelios?
5. La investigación de la historicidad de la resurrección se puede reducir a dos cuestiones: ¿Estaba muerto Jesús después de ser crucificado y es fiable en que se lo encontrara vivo nuevamente más tarde? ¿Cree que Wallace estableció de una manera satisfactoria ambos puntos? ¿Cuáles hechos le parecieron los más persuasivos?
6. Wallace estudió varios desafíos populares a la resurrección: que la tumba de Jesús estaba vacía, porque habían tirado su cuerpo y nunca lo habían sepultado; que los discípulos conspiraron para mentir acerca de haber visto vivo a Jesús después de su crucifixión; que los discípulos estaban teniendo visiones o alucinaciones cuando lo vieron a él, y que Jesús (según el Corán) nunca llegó a ser ejecutado. De todos esos desafíos, ¿cuál le parece el más fuerte y por qué? ¿Hasta qué punto se siente satisfecho con su explicación?
7. Wallace dice que después de haberse convencido de la identidad de Jesús, «cuanto más comprendía la verdadera naturaleza de Jesús, más quedaba al descubierto mi propia naturaleza… y no me agradaba lo que veía». ¿Se puede identificar con esa incómoda experiencia? ¿Cómo?

Capítulo 12: Avergonzados por lo sobrenatural

1. ¿Ha tenido alguna vez una experiencia aparentemente sobrenatural que no haya querido compartir porque no deseaba que la gente pensara que usted es un fanático religioso? Tenga la bondad de relatar su historia. Aunque

nunca le haya pasado eso personalmente, ¿puede comprender por qué las personas se pueden sentir de esa forma? ¿Cuáles podrían ser las razones posibles para su reticencia?

2. Hace más de treinta años, dos respetados pensadores cristianos escribieron un artículo llamado «Avergonzados por la presencia de Dios», en el cual acusaban a algunas iglesias de operar como si en realidad, Dios no tuviera importancia alguna. «El problema central de nuestra iglesia, de su teología y de su ética consiste en que, sencillamente, es atea», escribieron. ¿Le parece que esa evaluación, aunque dura, sigue siendo verdadera hoy? ¿En qué sentido? ¿Ha visto ejemplos de iglesias o de personas cristianas que proclaman las doctrinas de la fe, pero viven como si Dios fuera irrelevante para ellas?
3. ¿Está de acuerdo con Roger Olson en que hay iglesias y personas cristianas que no están plenamente convencidas de que Dios se halle aún sobrenaturalmente activo? ¿De qué manera se reflejaría esto en su vida y sus actitudes?
4. Olson afirma: «Cuanto más ricos somos y más estudios tenemos, menos cómodos nos sentimos con lo milagroso». ¿Está de acuerdo o en desacuerdo? Olson dice que la búsqueda de respetabilidad lleva a algunos cristianos a sentirse avergonzados ante lo sobrenatural. «Nos sentimos desesperados por encajar en el grupo», afirma. ¿Qué piensa de esa observación suya?
5. El pastor Bill Hybels habla acerca de «los susurros de Dios», las delicadas insinuaciones del Espíritu Santo por medio de las cuales Dios nos guía. Hybels afirma que esas indicaciones divinas forman parte integral de su propia vida. ¿Puede describir alguna experiencia en la cual cree que Dios le estaba guiando?
6. Olson señala que el equilibrio es importante: no ser demasiado crédulos con respecto a lo milagroso, al mismo tiempo que permanecemos sensibles a la actividad sobrenatural de Dios. ¿Qué papel desempeñaría ese equilibrio en su propia vida? ¿Cómo nos podemos proteger los cristianos para no inclinarnos excesivamente hacia el escepticismo o la ingenuidad?
7. Olson describe una fascinante experiencia que tuvo con respecto a un himno. Al final llega a la conclusión de que se puede haber tratado de una coincidencia o que puede haber sido Dios, enviándole sutilmente un mensaje. ¿Cuál de las dos cosas cree que era y por qué?

Capítulo 13: Cuando los milagros *no* suceden

1. ¿Ha orado fervorosamente alguna vez para que Dios haga un milagro en su vida, pero el milagro que pidió nunca se produjo? Describa las circunstancias. ¿Cómo reaccionó? ¿Cuáles fueron las emociones que sintió? ¿Cómo afectó esta experiencia su manera de ver a Dios?
2. Al luchar con el deterioro mental de su esposa, Douglas Groothuis nunca ha dudado de la existencia de Dios, pero en ocasiones ha puesto en tela de juicio su bondad. ¿Se puede identificar con esa situación? Si puede, ¿cómo lidió con sus sentimientos? Groothuis añade que cuando piensa en Jesús pendiendo de la cruz por él, «eso me devuelve la sensatez espiritual». ¿Por qué cree que le sucede eso?
3. Groothuis declara: «Nosotros tal vez no sepamos a corto plazo lo que Dios está realizando, pero dados la credibilidad del cristianismo y mis cuarenta años de cristiano, me siento justificado al creer que puede haber un sentido y un propósito en el sufrimiento». ¿Qué clase de «sentido y propósito» cree que se puede encontrar en el sufrimiento? ¿Qué bien podría sacar Dios de experiencias de este tipo?
4. Groothuis dice que está aprendiendo a «sufrir bien». ¿Qué aspecto tendría eso? ¿Cómo se puede lamentar una persona sin pecar? En la cruz, Jesús clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Su lamento tuvo respuesta en su resurrección. ¿Por qué la resurrección de Jesús es la respuesta definitiva también para nosotros?
5. Groothuis establece una distinción entre el sufrimiento *sin sentido* y el *inescrutable*. ¿Cómo describiría la diferencia entre ambos? ¿Le es útil esa distinción? ¿En qué sentido?
6. ¿Qué piensa acerca de la «oración de renuncia» hecha por Groothuis? ¿Cuándo es adecuado hacer una oración así? Cuando le pregunté a Groothuis de qué manera cambió esa oración su actitud con respecto a la sanidad, me respondió: «En lugar de sentirme como si siempre estuviera golpeando a Dios con los puños, ahora me siento más bien como si estuviera descansando en sus brazos». ¿Cuáles de esas sensaciones le describen a usted cuando no llega la respuesta que ha pedido?

Conclusión: Llegue a su propio veredicto

1. ¿Ha orado alguna vez en voz alta en la presencia de alguien que está enfermo? ¿Cuáles son los pensamientos que le pasaban por la cabeza mientras lo hacía? ¿Con cuánta valentía y seguridad le pidió a Dios de forma específica que sanara a esa persona? ¿Se sintió más cómodo orando para que Dios guiara a su médico u obrara por medio de sus medicamentos? ¿Por qué?
2. Adrian Holloway señala que ni siquiera el mismo Jesús sanó a las personas de forma automática; sus discípulos no pudieron curar a un muchacho endemoniado, ni siquiera después de haber recibido autoridad para sanar; y Pablo nunca se pudo librar del aguijón que tenía en su carne. Holloway dice: «Por tanto, hay razones bíblicas para que no nos sorprendamos si no se sana todo el mundo en todas y cada una de las situaciones». ¿Le ayuda eso con el interrogante sobre la razón por la cual muchas personas siguen enfermas, a pesar de haber orado por su sanidad? Explique su respuesta.
3. Tricia Lott Williford, que quedó viuda con dos hijos pequeños, dice: «La fe no se mide por nuestra capacidad para manipular a Dios de manera que consigamos lo que *nosotros queremos*. Se mide por lo dispuestos que estemos a someternos a lo que *él quiere*». ¿Qué deduce de esa observación? ¿Qué impacto podría tener esto en su propia actitud cuando no llegan los milagros que ha pedido?
4. Para la escéptica Harriet Hall, a ella le haría falta que una gallina hablara inglés, aprendiera a leer y venciera a un gran maestro de ajedrez para «llegar a la conclusión provisional» de que ha sucedido algo «imposible de explicar sin apelar a fuerzas sobrenaturales». ¿Es ese un nivel razonable de situar el nivel de credibilidad? ¿Qué podría motivar a alguien para exigir un nivel así de pruebas a favor de lo milagroso?
5. La conclusión de Lee Strobel es que «el caso *contra* los milagros no convence». ¿Comparte su opinión? Describa sus razones en pro o en contra. ¿Qué dice acerca del caso *a favor* de los milagros? Después de leer este libro, ¿está convencido de que Dios sigue interviniendo de manera sobrenatural en la vida de las personas? ¿Cuál fue el elemento más persuasivo para usted en el caso a favor de los milagros y por qué?
6. Michael Shermer cree que Dios, si es que existe, no lo juzgará duramente, debido a sus esfuerzos por llevar una vida buena. Sin embargo, Romanos 3.23 nos advierte que «todos han pecado y están privados de la gloria de Dios». La Biblia dice con toda claridad que no nos podemos ganar la salvación por medio de nuestras buenas obras, sino que la tenemos que

recibirla como un don de la gracia y por medio de la fe. Romanos 6.23 explica: «Porque la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor». ¿Por qué le es difícil a la gente recibir este don del perdón y la vida eterna? ¿Ha dado ya ese paso? Si no lo ha hecho, ¿por qué no darlo ahora?

Notas

Citas (páginas 15-16)

1. «Thomas A. Edison on Immortality: The Great Inventor Declares Immortality of the Soul Improbable», entrevista con Edward Marshall, *Columbian Magazine* 3.4 (enero 1911).

2. Richard Dawkins, *The Blind Watchmaker: Why the Evidence of Evolution Reveals a Universe without Design* (Nueva York: Norton, 1996), p. 139.

3. Stephen Hawking y Leonard Mlodinow, *The Blind Watchmaker: Why the Evidence of Evolution Reveals a Universe without Design* (Nueva York: Bantam, 2010), p. 30 [*El gran diseño* (Barcelona: Crítica, 2010].

4. C. S. Lewis, *God in the Dock: Essays on Theology and Ethicis* (Grand Rapids: Eerdmans, 2014), p. 13 [*Dios en el banquillo* (Madrid: Rialp, 2010)].

5. Fyodor Dostoyevsky, *The Brothers Karamazov* (Nueva York: New American Library, 1957), p. 34 [*Los hermanos Karamazov* (Madrid: Edaf, Madrid, España)].

6. John C. Lennox, *Miracles: Is Belief in the Supernatural Irrational?* (Cambridge, MA: Veritas Forum, 2013), p. 25. Este folleto contiene el texto de la charla de Lennox bajo el mismo título en el foro Veritas celebrado en la Universidad de Harvard en 2012.

7. Eric Metaxas, *Miracles: What They Are, Why They Happen, and How They Can Change Your Life* (Nueva York: Dutton, 2014), p. 16.

8. G. K. Chesterton, *The Innocence of Father Brown* (Londres: Cassell, 1911), p. 2.

Introducción: La investigación de lo milagroso

1. Ver Anugrah Kumar, «Ben Carson Says God Helped Him Ace College

Chemistry Exam by Giving Answers in a Dream», *Christian Post*, 9 mayo 2015, www.christianpost.com/news/ben-carson-says-God-helped-him-ace-college-chemistry-exam-by-giving-answers-in-dream-138913.

2. Helen Roseveare, *Living Faith* (Minneapolis: Bethany House, 1980), pp. 44-45.

3. Miller relata su historia en *Speechless* (Houston: Worldwide, 2017) y *Out of the Silence* (Nashville: Thomas Nelson, 1996).

4. Visita NuVoice Ministries en www.nuvoice.org.

5. Ver Joel Landau, «"Mysterious Voice" Led Utah Cops to Discover Child Who Survived for 14 Hours in Submerged Car after Mom Drowned», *New York Daily News*, 9 marzo 2015, www.nydailynews.com/news/national/mysterious-voice-leads-police-baby-car-crash-article-1.2142732; Leonard Greene, «Baby Survives Being Trapped 14 Hours in Submerged Car», *New York Post*, 9 marzo 2015, http://nypost.com/2015/03/09/baby-survives-14-hours-trapped-in-car-submerged-in-icy-river; Billy Hollowell, «Police Can't Explain the Mysterious Voice That They Claim Led Them to the Baby Girl Trapped for 14 Hours in Frigid Waters», *The Blaze*, 10 marzo 2015, www.theblaze.com/news/2015/03/10/police-cant-explain-the-mysterious-voice-that-they-claim-led-them-to-the-baby-girl-trapped-for-14-hours-in-frigid-waters.

6. Justin Brierley, «Derren Brown: The Miracle Maker Reveals His Christian Past», *Premier Christianity*, septiembre de 2016, www.premierchristianity.com/Past-Issues/2016/September-2016/Derren-Brown-The-miracle-maker-reveals-his-Christian-past.

7. Nicholas Kristof, «Am I a Christian, Pastor Timothy Keller?», *New York Times*, 23 diciembre 2016, www.nytimes.com/2016/12/23/opinion/sunday/pastor-am-i-a-christian.html.

8. Para un buen análisis de esta cuestión, ver John Piper, «Are Signs and Wonders for Today?», *Desiring God*, 25 febrero 1990, www.desiringgod.org/messages/are-signs-and-wonders-for-today.

9. Miller, *Speechless*, p. 122.

10. Miller, *Speechless*, p. 141.

11. Para estas y muchas otras definiciones y sus citas, ver Michael R. Licona, *The Resurrection of Jesus: A New Historiographical Approach* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2010), pp. 134-136.

12. Richard L. Purtill, «Defining Miracles», en *In Defense of Miracles: A*

Comprehensive Case for God's Action in History, eds. R. Douglas Geivett y Gary R. Habermas (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1997), p. 72.

13. Purtill, «Defining Miracles», pp. 61-62.

14. Noah Berlatsky, «Is It Immoral to Believe in Miracles?», *Religion Dispatches*, 22 diciembre 2016. www.religiondispatches.org/miracle-myth-review.

15. Timothy McGrew, «Do Miracles Really Violate the Laws of Science?», *Slate*, sin fecha, www.slate.com/bigideas/are-miracles-possible/essays-and-opinions/timothy-mcgrew-opinion.

16. Un ejemplo representativo escogido al azar entre mil adultos de Estados Unidos acompañaba este cuestionario. El error de la muestra es de +/-3.1 percentiles a un nivel de seguridad del noventa y cinco por ciento. La frecuencia de respuestas fue del cincuenta y cinco por ciento. El sondeo fue llevado a cabo cuando comenzó la investigación para este libro en el año 2015.

17. Basado en un cálculo de población del gobierno de Estados Unidos hecho en 2016, fijando la cantidad de personas mayores de dieciocho años en 249.454.440. Ver www.census.gov/quickfacts/fact/table/US/.

18. Harriet Hall, «On Miracles», *Skeptic* 19.3 (2014): p. 18.

19. Este sondeo fue conducido por HCD Research y el Instituto Louis Finkelstein Institute para Estudios Religiosos y Sociales del Seminario Teológico Judío; ver «Science or Miracle? Holiday Season Survey Reveals Physicians' Views of Faith, Prayer and Miracles», *BusinessWire*, 20 diciembre 2004, www.businesswire.com/news/home/20041220005244/en/Science-Miracle-Holiday-Season-Survey-Reveals-Physicians.

20. Ver «Science or Miracle?».

Capítulo 1: La formación de un escéptico

1. Cathy Lynn Grossman, «Richard Dawkins to Atheist Rally: 'Show Contempt' for Faith», *USA Today*, 24 marzo 2012, http://content.usatoday.com/communities/Religion/post/2012/03/-atheists-richard-dawkins-reason-rally/1.

2. Otra versión: «Me he esforzado cuidadosamente por no burlarme, lamentarme o denunciar las acciones humanas, sino comprenderlas» (Baruch Spinoza, *Tractatus Politicus*, trad. al inglés, A. H. Gossett [1667;

reimp., Londres: Bell, 1883]), citado por Michael Shermer, *The Mind of the Market: How Biology and Psychology Shape Our Economic Lives* (Nueva York: Holt, 2008), p. xxiv.

3. Carta de Alfred Russel Wallace a su cuñado Thomas Sims en 1861, citada por James Marchant, ed., *Alfred Russel Wallace: Letters and Reminiscence* (1916; reimp., Nueva York: Qontro, 2010), 1:94.

4. Todas las entrevistas han sido editadas en busca de precisión, claridad y contenido.

5. Ver Michael Shermer, *How We Believe: Science, Skepticism, and the Search for God*, 2ª ed. (Nueva York: Holt, 2003), pp. 4–5.

6. «Dios nos susurra en nuestros placeres, habla en nuestra conciencia, pero grita en nuestro dolor: este es su megáfono para alertar a un mundo sordo» (C. S. Lewis, *The Problem of Pain* [1940; reimp., Nueva York: HarperCollins, 1996], p. 91 [*El problema del dolor* (Nueva York: HarperOne, 2006).

7. Richard Dawkins, *River Out of Eden: A Darwinian View of Life* (Nueva York: Basic Books, 1995), p. 133.

8. Hoy Maureen, aún parapléjica, está casada y tiene dos hijos.

Capítulo 2: El argumento contundente

1. Huxley dijo: «Ellos [los creyentes] estaban muy seguros de haber alcanzado una cierta “gnosis”—con mayor o menor éxito, habían resuelto el problema de la existencia, mientras que yo estaba muy seguro de no haberlo logrado, y tenía una convicción bastante fuerte de que ese problema era insoluble» (*Collected Essays* [Nueva York: Appleton, 1894], pp. 237-238).

2. Ver Michael Shermer, *The Believing Brain* (Nueva York: Holt, 2011), p. 2.

3. Jerry A. Coyne, *Faith vs. Fact: Why Science and Religion Are Incompatible* (Nueva York: Viking, 2015), p. 124.

4. Richard L. Purtill, «Defining Miracles», en *In Defense of Miracles: A Comprehensive Case for God’s Action in History*, ed. R. Douglas Geivett y Gary R. Habermas (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1997), p. 72.

5. No soy pariente del delantero Eric Strobel, de Rochester, Minnesota, que jugaba en ese histórico equipo.

6. Herbert Benson et al., «Study of the Therapeutic Effects of Intercessory Prayer (STEP) en Cardiac Bypass Patients: A Multicenter Randomized Trial

of Uncertainty and Certainty of Receiving Intercessory Prayer», *American Heart Journal* 151.4 (abril de 2006): pp. 934-42.

7. Citado por Ernest C. Mossner, *The Life of David Hume* (Oxford: Clarendon, 1980), p. 117.

8. William Edward Morris and Charlotte R. Brown, «David Hume», *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, https://plato.stanford.edu/entries/hume.

9. Michael Shermer, *Why People Believe Weird Things: Pseudoscience, Superstition, and Other Confusions of Our Time*, ed. rev. (Nueva York: Holt, 2002), p. 45.

10. Ver David Hume, *Enquiries Concerning the Human Understanding and Concerning the Principles of Morals*, 2.a ed., ed. L. A. Selby-Bigge (Oxford: Clarendon, 1902), pp. 116-17, http://oll.libertyfund.org/titles/hume-enquiries-concerning-the-human-understanding-and-concerning-the-principles-of-morals.

11. Graham H. Twelftree, *Jesus the Miracle Worker: A Historical and Theological Study* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999), p. 40.

Capítulo 3: Los mitos y los milagros

1. Juan 21.25 dice: «Jesús hizo también muchas otras cosas, tantas que, si se escribiera cada una de ellas, pienso que los libros escritos no cabrían en el mundo entero».

2. Graham H. Twelftree, *Jesus the Miracle Worker* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999), p. 19.

3. Marcus J. Borg, *Jesus: A New Vision* (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1987), p. 61.

4. El Evangelio de Tomás, formado por 114 dichos supuestamente atribuidos a Jesús, carece de enlace real con el discípulo de ese nombre. Fue escrito entre los años 175 y 200 d. C., mucho tiempo después de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Ver Lee Strobel, *In Defense of Jesus* (Grand Rapids: Zondervan, 2007), pp. 23-67.

5. Ver Strobel, *En defense de Jesús*, pp. 165-198.

6. Tim Callahan, «Did Jesus Exist? What the Evidence Reveals», *Skeptic* 19.1 (enero de 2014).

7. En 1 Corintios 15.17 dice: «Y, si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es ilusoria y todavía están en sus pecados».

8. Michael Shermer en Twitter, 31 agosto 2016, 9:01 a.m., http://twitter.com/michaelshermer.

9. Michael Shermer, «Anomalous Events That Can Shake One's Skepticism to the Core», *Scientific American*, 1 octubre 2014, www.scientificamerican.com/article/anomalous-events-that-can-shake-one-s-skepticism-to-the-core.

Capítulo 5: De Hume a Jesús

1. Ver Mateo 11.21; Lucas 10.13.

2. Ver Mateo 11.4–6; Lucas 7.22.

3. Ver 1 Corinthians 15.

4. Por ejemplo, ver Gary R. Habermas, «The Case for Christ's Resurrection», en *To Everyone an Answer*, ed. Francis J. Beckwith, William Lane Craig, y J. P. Moreland (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2004), pp. 180-98. Según Ulrich Wilckens, el credo «indudablemente se remonta a la fase más antigua de todas en la historia del cristianismo primitivo» (*Resurrection: Biblical Testimony to the Resurrection* [Edimburgo: St. Andrews Press, 1977], p. 2).

5. Ver Geza Vermes, «The Jesus Notice of Josephus Re-examined», *Journal of Jewish Studies* 38.1 (primavera de 1987): pp. 1–10; ver también Geza Vermes, *Jesus the Jew: A Historian's Reading of the Gospels* (Minneapolis: Fortress, 1981), p. 79.

6. Raymond Brown, *The Death of the Messiah* (New York: Doubleday, 1994), 2:144 [*La muerte del Mesías* (Estella: Verbo Divino, 2005)].

7. Lucas 11.20.

8. Gerd Theissen y Annette Merz, *The Historical Jesus: A Comprehensive Guide* (Minneapolis: Fortress, 1998), p. 281.

9. Larry Shapiro, *The Miracle Myth: Why Belief in the Resurrection and the Supernatural Is Unjustified* (Nueva York: Columbia University Press, 2016), pp. 148, xiv–xv.

10. Por ejemplo, ver David Johnson, *Hume, Holism, and Miracles* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1999), pp. 76–78.

11. Ver Mark J. Larson, «Three Centuries of Objections to Biblical Miracles», *Bibliotheca Sacra* 160.637 (enero de 2003): p. 87.

12. John Earman, *Hume's Abject Failure: The Argument against Miracles* (Oxford: Oxford University Press, 2000), p. 3.

13. Earman, *Hume's Abject Failure*, p. 5.
14. Earman escribe, «Al criticar el argumento de Hume contra los milagros, a veces he sido sometido a una especie de inquisición a la inversa: dado que ataco a Hume, ¿debo no tener algún programa oculto de la apologética cristiana? Encuentro este tipo de inquisiciones profundamente desagradables, ya que desvían la atención de los problemas reales. Sin embargo, no estoy en contra de poner mis cartas sobre la mesa. Veo mucho que es valioso en la herencia judeo-cristiana, pero no encuentro que haya algo atractivo, ya sea intelectualmente o emocionalmente, en la doctrina teológica del cristianismo" (*Hume's Abject Failure*, p. viii).
15. Jeffrey Koperski, «Crítica de John Earman, *Hume's Abject Failure: The Argument against Miracles*», *Philosophia Christi* 4.2 (2002): p. 558.
16. Johnson, *Hume, Holism, and Miracles*, solapa delantera.
17. Johnson, *Hume, Holism, and Miracles*, p. 4.
18. Keith Ward, «Believing in Miracles»», *Zygon* 37.3 (septiembre 2002): p. 742.
19. Jerry A. Coyne, *Faith vs. Fact* (Nueva York: Viking, 2015), p. 124.
20. Para la respuesta a esta afirmación del físico Michael G. Strauss, ver «Extraordinary Claims and Extraordinary Evidence»," blog del Dr. Michael G. Strauss, 21 mayo 2017, www.michaelgstrauss.com/2017/05/extraordinary-claims-and-extraordinary.html (accessed September 28, 2017).

Capítulo 6: Una oleada de milagros

1. Ver Philip Yancey, «Jesus and Miracles»», blog de Philip Yancey, 20 agosto 2015, www.philipyancey.com/Jesus-and-miracles, énfasis añadido.

2. Gardner fue becario del Colegio Real de Obstetras y Ginecólogos y de la Asociación de Cirujanos en África oriental. Sirvió como un examinador de la Universidad de Newcastle-upon-Tyne. Fue ordenado en la United Free Church de Escocia. Ver Rex Gardner, *Healing Miracles: A Doctor Investigates* (Londres: Darton, Longman & Todd, 1986), contracubierta.

3. Gardner, *Healing Miracles*, pp. 202-205.

4. Gardner, *Healing Miracles*, p. 206.

5. Gardner, *Healing Miracles*, p. 165.

6. Ver Harold P. Adolph, *Today's Decisions, Tomorrow's Destiny* (Spooner, WI: White Birch, 2006), pp. 48–49; Scott J. Kolbaba, MD,

Physicians' Untold Stories (North Charleston, SC: CreateSpace, 2016), pp. 115–22.

7. «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece».

8. Curiosamente, el pastor visitante, Wesley Steelberg Jr., se había curado de una afección cardíaca cuando le habían dado solo pocas horas de vida; ver Craig S. Keener, *Miracles: The Credibility of the New Testament Accounts* (Grand Rapids: Baker Academic, 2011), pp. 1:431-32.

9. Ver Chauncey W. Crandall IV, MD, *Raising the Dead: A Doctor Encounters the Miraculous* (Nueva York: FaithWords, 2010), pp. 1–5.

10. Crandall, *Raising the Dead*, pp. 171–73.

11. Robert A. Larmer, *Dialogues on Miracle* (Eugene, OR: Wipf & Stock, 2015), pp. 117-19.

12. Ver Mateo 12.9-14.

13. J. P. Moreland, *Kingdom Triangle: Recover the Christian Mind, Renovate the Soul, Restore the Spirit's Power* (Grand Rapids: Zondervan, 2007), p. 168.

14. Allan Anderson y Edmond Tang, eds., *Asian and Pentecostal: The Charismatic Face of Christianity in Asia*, ed. rev. (Eugene, OR: Wipf & Stock, 2011), p. 391.

15. Jim Rutz, *Megashift* (Colorado Springs: Empowerment, 2005), p. 4.

16. «Me gustaría utilizar mi francés rudimentario hablando con ella». La versión francesa se ve mejor en la versión impresa que cuando vacilé al hablarlo.

Capítulo 7: La ciencia de los milagros

1. Paul Copan et al., eds., *Dictionary of Christianity and Science* (Grand Rapids: Zondervan, 2017), p. 621.

2. Stephen Jay Gould, «Nonoverlapping Magisteria», *Natural History* 106 (marzo 1997): p. 19.

3. Gould, «Nonoverlapping Magisteria», p. 22; también Stephen Jay Gould,*Rocks of Ages: Science and Religion in the Fullness of Life* (Nueva York: Ballantine, 1999).

4. Mateo 11.4, 5.

5. Marcos 1.44.

6. Candy Gunther Brown, *Testing Prayer: Science and Healing* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2012), p. 7.

7. Mary Jo Meadow y Richard D. Kahoe, *Psychology of Religion: Religion in Individual Lives* (Nueva York: Harper & Row, 1984), p. 120.

8. «También está escrito: “No pongas a prueba al Señor tu Dios” —le contestó Jesús» (Mateo 4.7).

9. No se debe confundir con la Iglesia de Unificación o Universalismo Unitario. Para mayor información acerca de Unity School of Christianity, visite www.unity.org

10. Ron Rhodes, *The Challenge of the Cults and New Religions* (Grand Rapids: Zondervan, 2001), p. 118.

11. Ruth A. Tucker, *Another Gospel: Cults, Alternative Religions, and the New Age Movement* (Grand Rapids: Zondervan, 1989), p. 189, énfasis añadido.

12. Ver Ron Rhodes, ed., *Christian Research Newsletter* 5.2 (1994), www.iclnet.org/pub/resources/text/cri/cri-nwsl/web/crn0052a.html, énfasis añadido.

13. Ver «Unity School of Christianity», Probe, 27 mayo 1995, www.probe.org/unity-school-of-christianity (consultado el 28 de septiembre de 2017). Usada en este aspecto teológico, la palabra *secta* no tiene un sentido despectivo o peyorativo, y no sugiere forzosamente que se trata de una secta secreta, abusiva, controladora de la mente o autoritaria. El ya fallecido Walter Martin, experto en religiones alternativas, definía de esta forma a las sectas teológicas. «Con la palabra “secta” nos referimos a un grupo de naturaleza religiosa que rodea a un líder de grupo de enseñanzas que, o bien niegan, o representan de manera incorrecta la doctrina bíblica esencial» (*The New Cults* [Ventura, CA: Regal, 1980], p. 16. Otro experto, Alan Gomes, define las sectas como «un grupo de personas que se proclaman cristianas, pero abrazan un sistema particular de doctrina, enseñado por un líder único, un grupo de líderes o una organización, el cual (el sistema) niega (de forma explícita o implícita) una o más doctrinas centrales de la fe cristiana, tal como son enseñadas en los sesenta y seis libros de la Biblia» (*Unmasking the Cults* [Grand Rapids: Zondervan, 1995], p. 7). Para un estudio sobre la forma en que se debe definir a las sectas, ver Rhodes, *Challenge of the Cults*, pp. 19-35.

14. Citando a May Rowland, directora de Silent Unity de 1916 a 1971; ver Neal Vahle, *The Unity Movement: Its Evolution and Spiritual Teachings* (Filadelfia, PA: Templeton Foundation Press, 2002), pp. 246-247.

15. Charles Fillmore, *Christian Healing* (Lee’s Summit, MO: Unity School of Christianity, 1954), p. 162, citado por Tucker, *Another Gospel*, pp. 184-185.

16. Myrtle Fillmore, *Myrtle Fillmore’s Healing Letters* (Unity Village, MO: Unity Books, 1988), p. 106.

17. «What Is Affirmative Prayer?», www.unity.org/prayer/what-affirmative-prayer, énfasis añadido.
18. Ver Santiago 5.14.
19. «Religions», *World Factbook*, www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/fields/2122.html.
20. Tim Stafford, *Miracles: A Journalist Looks at Modern Day Experiences of God's Power* (Bloomington, MN: Bethany House, 2012), pp. 150-151.
21. «Comparitive [sic] Examples of Noise Levels», www.industrialnoisecontrol.com/comparative-noise-examples.htm.
22. «Understanding the Eye Chart», www.pearsoneyecare.com/2013/06/30/understanding-the-eye-chart.
23. Brown, *Testing Prayer*, p. 217.
24. Ver Brown, *Testing Prayer*, p. 214.

Capítulo 8: Sueños y visiones

1. Lucas 13.22-29

2. Ver Nabeel Qureshi, *Seeking Allah, Finding Jesus: A Devout Muslim Encounters Jesus*, 2.ª ed. (Grand Rapids: Zondervan, 2016). Mi amigo Nabeel murió de cáncer estomacal en 2017 a los treinta y cuatro años luego de escribir libros *exitosos* acerca de Jesús y viajar por el mundo para hablar de su fe cristiana.

3. Ver Tom Doyle, *Dreams and Visions: Is Jesus Awakening the Muslim World?* (Nashville: Nelson, 2012), p. 127.

4. Lee Strobel, *El caso de la fe* (Miami: Vida, 2014), p. 186.

5. Doyle, *Dreams and Visions*, p. v.

6. Tom Doyle, *Killing Christians: Living the Faith Where It's Not Safe to Believe* (Nashville: W Publishing, 2015), contracubierta.

7. Doyle cambia los nombres de las personas sobre las que habla en el Oriente Medio para proteger su identidad y resguardarlas de posibles peligros. El nombre de Rachel al final de este capítulo es también ficticio, para evitar conflictos con sus parientes musulmanes.

8. Juan 14.27.

9. Doyle da una historia más completa acerca de Noor en su libro *Dreams and Visions*, pp. 3-12.

10. Génesis 18.25.
11. Juan 1.1.

12. Juan 14.6.

Capítulo 9: El asombroso milagro de la creación

1. Geraint F. Lewis y Luke A. Barnes, *A Fortunate Universe: Life in a Finely Tuned Cosmos* (Cambridge: Cambridge, UK: University Press, 2016), p. 291.

2. Génesis 1.1.

3. Al considerar la creación como un «milagro», estoy usando este término en el sentido amplio de que se trata de un suceso asombroso causado por Dios. John C. Lennox, profesor de Oxford, observa: «Hablando en sentido estricto, los milagros son sucesos en los cuales se produce una excepción a las leyes reonocidas. Como tales, está claro que *presuponen* la existencia del curso normal de las cosas. De aquí se sigue que en realidad, no tiene sentido pensar en la creación del curso normal de las cosas como un milagro» (*Gunning for God* [Oxford: Lion, 2011], p. 167).

4. Citado por Lee Strobel, *El caso de la fe* (Miami: Vida, 2014), pp. 67-68.

5. Robert Evans, «Key Scientist Sure "God Particle" Will Be Found Soon», Reuters Science News, de abril 2008, www.reuters.com/article/us-science-particle-idUSL0765287220080407; ver también Leon Lederman y Dick Teresi, *God Particle: If the Universe Is the Answer, What Is the Question?* (Nueva York: Dell, 1993). El origen preciso de este apodo es difícil de determinar, un poco como el propio bosón. Pero el físico experimental Lederman escribió: «Este bosón es tan central al estado actual de la física, tan crucial para nuestra comprensión definitiva de la estructura de la materia y, sin embargo, tan elusivo, que yo le he puesto un apodo: la Partícula Dios. ¿Por qué la Partícula Dios? Por dos razones. Una, porque la casa editora no nos permitió llamarla la Partícula [palabra soez borrada], a pesar de que ese nombre habría sido un título más adecuado, teniendo en cuenta su naturaleza malvada y los gastos que está causando. Y la otra, porque hay una cierta conexión con otro libro, un libro *mucho* más antiguo…» (p. 22).

6. Ver Ken Boa y Larry Moody, *I'm Glad You Asked: In-Depth Answers to Difficult Questions about Christianity* (Colorado Springs: David C. Cook, 1995).

7. «Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios,

es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa».

8. Citado por George Gamow, *My World Line: An Informal Autobiography* (Nueva York: Viking, 1970), p. 44.

9. Stephen Hawking, *A Brief History of Time*, ed. rev. (Nueva York: Bantam, 1998), p. 146 [*Historia del tiempo* (Barcelona: Crítica, 2013)].

10. Ver William Lane Craig y Kevin Harris, «The First Split Second of the Universe», Reasonable Faith, 15 marzo 2016, www.reasonablefaith.org/the-first-split-second-of-the-universe.

11. Arvind Borde, Alan Guth y Alexander Vilenkin.

12. Michael Martin, ed., *The Cambridge Companion to Atheism* (Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2007), p. 183.

13. William Lane Craig, *On Guard*: *Defending Your Faith with Reason and Precision* (Colorado Springs: David C. Cook, 2010), pp. 70–71.

14. Lane, *On Guard*, p. 74.

15. Strauss explica lo que sigue: «Algunos científicos dicen que las fluctuaciones cuánticas son sucesos “no causados”. En primer lugar, hay algunas interpretaciones de la mecánica cuántica que podrían ser correctas, y que aún exigen que todo lo que suceda tenga su causa, tal como lo interpreta Bohm. En segundo lugar, estos sucesos “no causados” obedecen a las leyes de la física, aunque solo sea de manera probable. ¿Carece de causa un suceso que obedece a unas leyes precisas? En tercer lugar, estos sucesos se siguen produciendo dentro de nuestra urdimbre de espacio y tiempo, de manera que una vez más, se necesita una base para que se produzcan. En cuarto lugar, en realidad nosotros no sabemos de qué manera interpretar la función de las olas mecánicas cuánticas, y esas medidas siguen unas leyes conocidas con precisión. Es el proceso de la función de ola a la medida en que no sabemos de qué manera funciona en realidad, y que es usado para alegar que existen sucesos sin causa. Estos argumentos no son irrefutables, pero yo creo que es realmente excesivo afirmar que un suceso que se halla limitado por nuestras leyes de espacio y tiempo de la física y son explicados por unas matemáticas que no sabemos de manera inequívoca cómo interpretar, es realmente un suceso “no causado”».

16. Craig, *On Guard*, pp. 91–92.

17. Alexander Vilenkin, *Many Worlds in One: The Search for Other Universes* (Nueva York: Hill and Wang, 2006), p. 176.

Capítulo 10: Nuestro universo y nuestro planeta milagrosos

1. «Christopher Hitchens Makes a Shocking Confession», www.youtube.com/watch?v=E9TMwfkDwIY.

2. Geraint F. Lewis, astrofísico de Cambridge, y Luke A. Barnes, investigador postdoctoral en el Instituto de Astronomía de Sydney, respondieron a la afirmación de que «la calibración delicada ha sido desmentida» diciendo «No, no lo ha sido». Barnes revisó la literatura científica sobre este tema, resumiendo las conclusiones de más de doscientos estudios publicados en el campo. «En general, la fina calibración del universo para la vida se ha mantenido bien bajo el escrutinio de los físicos», escriben. Añaden que «no se trata» de que «la delicada calibración sea invento de un montón de creyentes religiosos que hayan secuestrado la física para sus propios fines». Al contrario, afirman que «la física ha tendido a consolidar nuestra comprensión de la delicada calibración» (*A Fortunate Universe: Life in a Finely Tuned Cosmos* [Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2016], pp. 241-42).

3. Crédito para Daniel Bakken, apologista cristiano que tiene un diploma en física.

4. Paul Davies, *The Edge of Infinity* (Nueva York: Simon & Schuster, 1982), p. 90.

5. Ver Hugh Ross, *The Creator and the Cosmos: How the Greatest Scientific Discoveries of the Century Reveal God* (Colorado Springs: NavPress, 1995), p. 117.

6. Roger Penrose, *The Emperor's New Mind* (Oxford: Oxford University Press, 1989), p. 344 [*La nueva mente del emperador* (Barcelona: Debolsillo, 2006)].

7. Paul Davies, *The Cosmic Blueprint* (Nueva York: Simon & Schuster, 1988), p. 203 [*Proyecto cósmico* (Madrid: Pirámide, 1989)].

8. Edward Harrison, *Masks of the Universe: Changing Ideas on the Nature of the Universe* (Nueva York: Macmillan, 1985), p. 252.

9. Peter D. Ward y Donald Brownlee, *Rare Earth: Why Complex Life Is Uncommon in the Universe* (Nueva York: Copernicus, 2000), p. 220. Para un excelente estudio sobre la importancia de las placas tectónicas, ver las páginas 191-220.

10. Hugh Ross, «Probability for Life on Earth», Reasons to Believe, 1 abril

2004, www.reasons.org/articles/probability-for-life-on-earth; ver también Hugh Ross, *Improbable Planet: How Earth Became Humanity's Home* (Grand Rapids: Baker, 2016).

11. Ver John D. Barrow y Frank J. Tipler, *The Anthropic Cosmological Principle* (Oxford: Oxford University Press, 1996).
12. Citado por Lewis y Barnes, *A Fortunate Universe*, p. 355.
13. Citado por Strobel, *El caso de la fe* (Miami: Vida, 2014), p. 88.
14. Citado por Lee Strobel, *El caso del Creador* (Miami: Vida, 2014), p. 165.
15. Citado en Lewis y Barnes, *A Fortunate Universe*, material del prefacio.
16. John Horgan, «Cosmic Clowning: Stephen Hawking's "New" Theory of Everything Is the Same Old Crap», *Scientific American* blog post, 13 septiembre 2010, https://blogs.scientificamerican.com/cross-check/cosmic-clowning-stephen-hawkings-new-theory-of-everything-is-the-same-old-crap.
17. «Además», añade Strauss, «aunque resultara que la idea del multiverso fuera cierta, en realidad apoyaría el caso a favor de un creador». ¿Por qué? Él lo explica: «El teorema de Borde-Guth-Vilenkin no solo señalaría hacia un principio para el cual se habría necesitado un creador, sino que las dimensiones extra de la teoría de la serie exigirían que existiera algún creador en múltiples dimensiones. Eso significaría que podría realizar actos milagrosos en nuestras cuatro dimensiones. De hecho, el descubrimiento de otros universos o dimensiones extra aumentaría, en cierto sentido, la magnitud necesaria de cualquier creador. Uno se podría hacer legítimamente una pregunta: "¿Cuántos universos crearía un Dios infinito?"».
18. John Polkinghorne, *Science and Theology* (Minneapolis: Fortress, 1998), p. 38.
19. Richard Swinburne, *Is There a God?* (Oxford: Oxford University Press, 1995), p. 68.
20. John Leslie, *Universes* (Nueva York: Routledge, 1989), p. 198.
21. Strobel, *El caso del Creador* (Miami: Vida, 2014), p. 132.
22. Strobel, *El caso de la fe (Miami: Vida, 2014)*, p. 86.
23. Paul Copan et al., eds., *Dictionary of Christianity and Science* (Grand Rapids: Zondervan, 2017), p. 66.
24. Isaías 55.8, 9 dice: «Porque mis pensamientos no son los de ustedes, ni sus caminos son los míos —afirma el Señor—. Mis caminos y mis pensamientos son más altos que los de ustedes; ¡más altos que los cielos sobre la tierra!».

Capítulo 11: El milagro de la resurrección

1. Ver Richard Whitehead, «Forensic Statement Analysis: Deception Detection», Law Enforcement Learning, sin fecha, www.lawenforcementlearning.com/course/forensic-statement-analysis.

2. Esto es una paráfrasis de la siguiente cita de C. S. Lewis: «Debemos seguir señalando que el cristianismo es una proclamación que, si fuera falsa, *carecería* de importancia, y si es verdadera tiene una importancia infinita» (1970; reimp., *God in the Dock: Essays on Theology and Ethics* (Grand Rapids: Eerdmans, 2014), p. 102 [Dios *en el banquillo* (Madrid: Rialp, 2010]).

3. Ver Lucas 1.1-3.

4. Ver 1 Pedro 5.1; 2 Pedro 1.16-17.

5. 1 Juan 1.1.

6. Hechos 4.20.

7. Hechos 10.39.

8. Ver 1 Corintios 15.

9. Simon Greenleaf, *The Testimony of the Evangelists: The Gospels Examined by the Rules of Evidence* (Grand Rapids: Baker, 1984), p. 34.

10. Ver Michael R. Licona, *Why Are There Differences in the Gospels? What We Can Learn from Ancient Biography* (Oxford: Oxford University Press, 2017).

11. Juan 20.2. «El discípulo amado» («aquel a quien Jesús amaba») es la forma en la cual el apóstol Juan se refiere a sí mismo.

12. Lucas 24.24 dice: «Algunos de nuestros compañeros fueron después al sepulcro y lo encontraron tal como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron».

13. Las citas de Licona proceden de «Why Are There Differences in the Gospels? An Interview with Michael R. Licona», *Bible Gateway*, 27 junio 2017, www.biblegateway.com/blog/2017/06/why-are-there-differences-in-the-gospels-an-interview-with-michael-r-licona, énfasis añadido.

14. Ver J. J. Blunt, *Undesigned Coincidences in the Writings of Both the Old and New Testament: An Argument of Their Veracity* (1847; reimp., Londres: Forgotten Books, 2017); Lydia McGrew, *Hidden in Plain View: Undesigned Coincidences in the Gospels and Acts* (Chillicothe, OH: DeWard, 2017).

15. Ver Mateo 4.18-22.

16. Ver Lucas 5.1-11.

17. Mateo 26.67-68.
18. Ver 1 Corintios 15.17.
19. Sura 4:157–158 del Corán: «Que ellos dijeron (alardeando): "Nosotros matamos a Cristo Jesús, el hijo de María, el Mensajero de Alá", pero ellos no lo mataron, ni lo crucificaron, sino que eso se hizo que les pareciera, y los que difieren de esto están llenos de dudas, sin ningún conocimiento (cierto), sino solo conjeturas que seguir, porque es totalmente seguro que ellos no lo mataron. No; Alá lo levantó hasta sí mismo; y Alá es exaltado en Poder, Sabio…».
20. Josefo, Tácito, Mara bar Serapion, Luciano y el Talmud.
21. Ver Gary R. Habermas y Michael R. Licona, *The Case for the Resurrection of Jesus* (Grand Rapids: Kregel, 2004).
22. Bart Ehrman, *How Jesus Became God: The Exaltation of a Jewish Preacher from Galilee* (Nueva York: HarperOne, 2014), pp. 7. 157, énfasis añadido.
23. Craig A. Evans, «Getting the Burial Traditions and Evidences Right», en *How God Became Jesus: The Real Origins of Belief in Jesus' Divine Nature*, ed. Michael F. Bird *et al.* (Grand Rapids: Zondervan, 2014), p. 73.
24. Ibíd., p. 76.
25. Ibíd., p. 89.
26. Ibíd., p. 93.
27. Ver 1 Corintios 15.4. Wallace hace notar también que un documental de 2007, *The Lost Tomb of Jesus*, afirmaba que se había encontrado la tumba familiar de Jesús, en la cual había un osario con una inscripción en arameo que decía: «Jesús, Hijo de José». Posteriormente, los eruditos han socavado la credibilidad de esa película. A pesar de eso, afirma Wallace, el hecho de que los escépticos hayan abrazado las afirmaciones de este documental en esos momentos hace ver su falta de coherencia. «Los escépticos niegan con frecuencia el hecho de que Jesús fuera sepultado en una tumba… hasta que, por supuesto, sirve a sus propósitos el afirmar que existe una tumba de Jesús. No se pueden tener las dos cosas a la vez».
28. Jodi Magness, «Jesus' Tomb: What Did It Look Like?» in *Where Christianity Was Born*, ed. Hershel Shanks (Washington, DC.: Biblical Archaeology Society, 2006), p. 224.
29. Hechos, Clemente de Roma, Policarpo, Ignacio, Dionisio de Corinto (citado por Eusebio), Tertuliano y Orígenes.
30. Ver Sean McDowell, *The Fate of the Apostles: Examining the Martyrdom Accounts of the Closest Followers of Jesus* (Nueva York: Routledge, 2016).

31. 2 Corintios 5.17.
32. Ver Lee Strobel, *El caso de Cristo* (Miami: Vida, 2014), pp. 199-216.
33. Ver Stan Telchin, *Betrayed!* (Grand Rapids: Chosen, 1982).

Capítulo 12: Avergonzados por lo sobrenatural

1. Cuando le pregunté en mi entrevista cómo define él a un arminiano, Olson contestó: «Un arminiano es un cristiano protestante que cree que Dios nos da libre albedrío para aceptar o rechazar la salvación que le ofrece. Él no toma la decisión por nosotros, pero sí nos da la capacidad de decidir, de la cual carecemos en nosotros mismos». Después añadió: «Yo considero arminiano a todo aquel que se ajuste a ese perfil, incluso si él no se llama a sí mismo arminiano».
2. Stanley Hauerwas y William H. Willimon, «Embarrassed by God's Presence», *Christian Century* p. 102 (30 enero 1985): pp. 98–100.
3. Hauerwas y Willimon, «Embarrassed by God's Presence», p. 100.
4. Ibíd., p. 100, cursiva del autor.
5. Hauerwas y Willimon, «Embarrassed by God's Presence», p. 100.
6. Para más detalles sobre este episodio de salud y las lecciones espirituales que yo derivé de él, ver Lee Strobel, *El caso de la gracia* (Miami: Vida, 2015), pp. 177-185.
7. Bill Hybels, *The Power of a Whisper: Hearing God, Having the Guts to Respond* (Grand Rapids: Zondervan, 2010), p. 16.
8. Hybels, *Power of a Whisper*, p. 16.
9. Ibíd., p. 17.

Capítulo 13: Cuando los milagros no suceden

1. Douglas Groothuis, *Walking Through Twilight: A Wife's Illness—A Philosopher's Lament* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2017).
2. James F. Sennett y Douglas Groothuis, *In Defense of Natural Theology: A Post-Humean Assessment* (Downers Grove, IL: IVP Academic, 2005). La tesis del libro: «La teología natural sigue viva y en buen estado en la filosofía contemporánea; la supuesta refutación de Hume sobre la iniciativa es un mito cuya denuncia se habría debido hacer mucho tiempo atrás» (p. 15).
3. Ver mi entrevista con el filósofo Peter Kreeft, del Boston College, en *El*

caso de la fe (Miami: Vida, 2014), pp. 32-57.
4. Mateo 27.46; ver el salmo 22.1.
5. Bernard Schweizer, *Hating God: The Untold Story of Misotheism* (Oxford: Oxford University Press, 2010).
6. Ver Juan 11.1-44.
7. Eclesiastés 3.1, 6 dice: «Todo tiene su momento oportuno; hay un tiempo para todo lo que se hace bajo el cielo… un tiempo para intentar, y un tiempo para desistir…».
8. Ver Paul Tournier, *To Resist or to Surrender* (Eugene, OR: Wipf & Stock, 1964).
9. Ver Juan 6.67-68.
10. Catherine Marshall, *Adventures in Prayer* (Nueva York: Ballantine, 1975), pp. 62–63, énfasis en el texto original.
11. Marshall, *Adventures in Prayer*, pp. 70-71.
12. Ver Romanos 5.3-5.
13. Mateo 5.4 dice: «Dichosos los que lloran, porque serán consolados».
14. Marcos 12.30 dice: «Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas».

Conclusión: Llegue a su propio veredicto

1. Mateo 13.58; ver Marcos 6.1-6.
2. Ver Mateo 17.14-16.
3. Ver 2 Timoteo 4.20.
4. 2 Corintos 12.7.
5. Tricia Lott Williford, «When Everyone Else Is Getting Their Miracle: How to Deal with Feeling Overlooked», blog de Ann Voskamp, 10 julio 2017, www.annvoskamp.com/2017/07/when-everyone-else-is-getting-their-miracle-how-to-deal-with-feeling-overlooked.
6. Nancy Guthrie, *Hearing Jesus Speak into Your Sorrow* (Carol Stream, IL: Tyndale, 2009), 19, énfasis en el original.
7. Harriet Hall, «On Miracles», *Skeptic* 19.3 (2014): pp. 17–23. Todas las citas de la doctora Hall que hay en este capítulo proceden de este artículo.
8. Ver John Earman, *Hume's Abject Failure: The Argument against Miracles* (Oxford: Oxford University Press, 2000).
9. Ver 1 Corintios 15.12-19.
10. Efesios 2.8-9 dice: «Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la

fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte».

11. Romanos 3.23: «Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios». Romanos 5.8: «Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros». Romanos 6.23: «Porque la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor». Romanos 10.9-10: «Que, si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para ser justificado, pero con la boca se confiesa para ser salvo». Romanos 10.13: «Todo el que invoque el nombre del Señor será salvo».

12. Proverbios 2.2-5, paráfrasis.

Guía para los comentarios en grupo y la reflexión personal

1. Thomas Paine, *The Age of Reason*, *Definitive Edition* (Grand Rapids: Michigan Legal Publishing, 2014), p. 54.

Índice